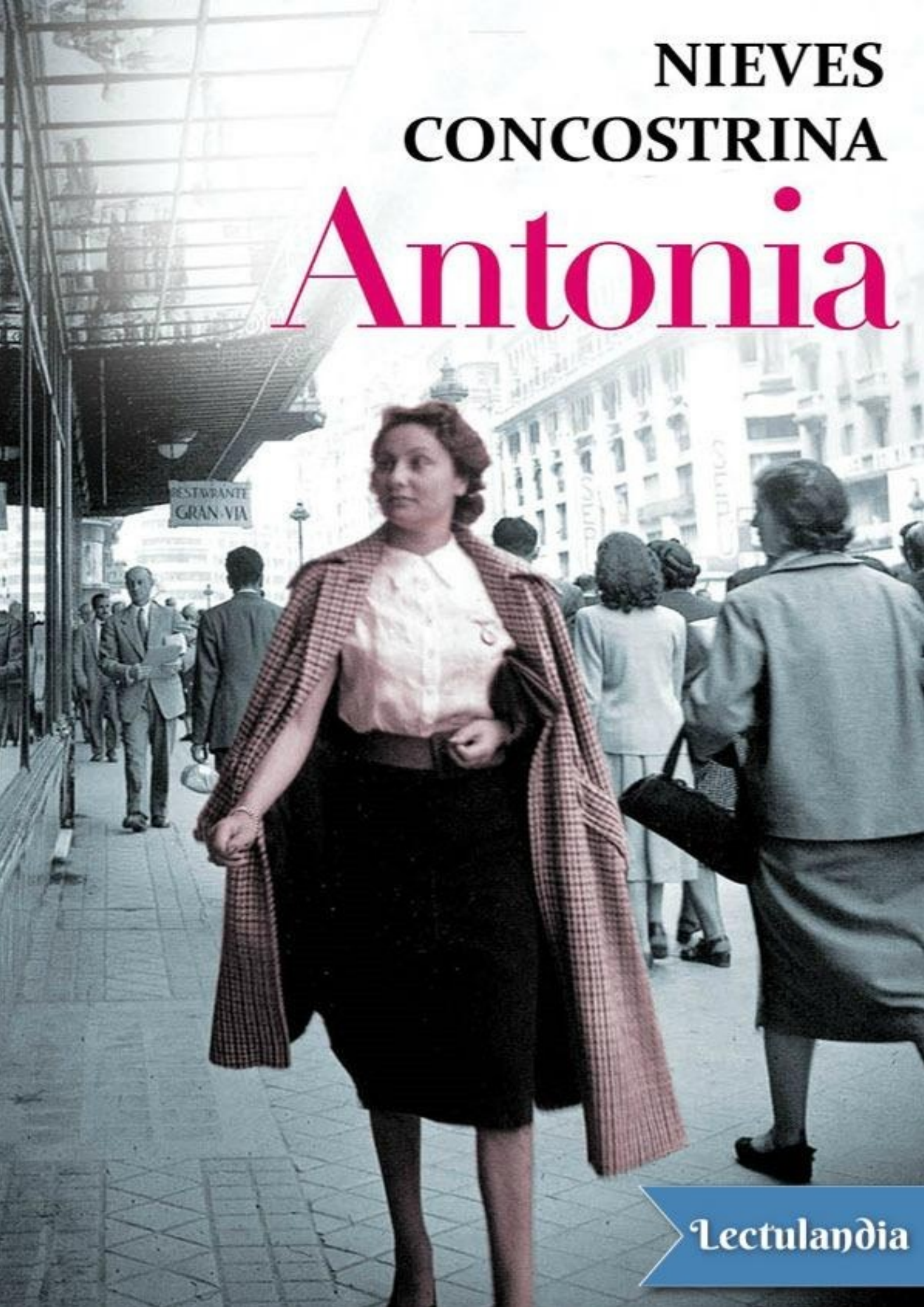


NIEVES
CONCOSTRINA

Antonia



Lectulandia

El día de Reyes de 1930 nació Antonia en la castiza calle del Águila de Madrid. La Juana tenía casi cuarenta años cuando trajo al mundo a su primera y única hija, una criatura tan rolliza como las coliflores que despachaba en el mercado de Santa Isabel.

Así llegó al mundo la protagonista de esta novela, la primera que ha escrito Nieves Concostrina y en la que —con su habitual humor y su ingenio para recrear situaciones reales que en la mayoría de los casos superan cualquier ficción— hace un justo homenaje a la generación que sobrevivió a la guerra y la posguerra entre la picaresca, la miseria y los trapicheos. Antonia es una más de los cientos de miles de españoles que no conocieron el bienestar hasta los años sesenta; héroes y heroínas anónimos que se dejaron la piel para que sus hijos no sufrieran su misma historia.

Esta es la vida de una mujer que pasó de tener la calle como única escuela a jugar en Bolsa a los setenta años.

Lectulandia

Nieves Concostrina

Antonia

ePub r1.1

Titivillus 24.01.15

Título original: *Antonia*
Nieves Concostrina, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A toda esa generación de mayores que,
como Antonia, no conoció el bienestar ni la felicidad.
A todos aquellos héroes y heroínas analfabetos
que se dejaron la piel para que sus hijos
no sufrieran su misma historia.
A los que lo dieron todo por nosotros.*

La vida no es lo que uno vivió, sino lo que uno recuerda
GABRIEL GARCIA MÁRQUEZ

Esta es la vida que Antonia no ha podido olvidar.

2013

El parqué

—Mamá, deja de mojarle el dedo cada vez que pases la página.

—Ya... hija, la costumbre.

—Es que me estás poniendo el iPad perdido de saliva.

—No encuentro la página de la Bolsa. ¿Dónde leches está la Bolsa en este aparato?

—Está en el mismo sitio y en la misma página que si estuvieras viendo el periódico de papel. Al final de Economía y antes de Opinión.

—¿Y dónde está Opinión? ¿Con los chistes? Pues yo creo que los chistes los he pasado ya.

—Pues retrocede. En vez de arrastrar el dedo de derecha a izquierda, hazlo de izquierda a der... ¡Que no te mojes el dedo, coño!

—Nada, que no me hago.

—Dame. Te lo busco yo antes de que la tableta se ahogue... Ya está aquí tu Bolsa, ¿qué quieres buscar? ¿Ibex o mercado continuo?

—El normal, donde están todos. Es que con los dividendos que me dieron de Funespaña compré Banesto a tres y pico y estoy esperando a que suban un poco para vender y cambiar las puertas del armario de la entrada.

—Pues están los bancos como para subir la cotización.

—Pero Banesto se va a fusionar con el Santander, que lo he oído en alguna parte, y a lo mejor sube. Esto se ve muy pequeño... no lo veo ni con las gafas.

—Vale. Pues junta los dos dedos y los pones sobre la pantalla en la zona que quieres hacer más grande.

—¿Y con qué mano sujeto este aparato?

—Tienes que juntar los dedos de la misma mano, los mismos con los que pelas las gambas, el índice y el gordo, y con la otra mano agarras la tableta. Eso es... así; ahora los abres sin despegarlos de la pantalla y se hace más grande. Te pones la letra todo lo gorda que quieras y puedes verlo sin gafas. Y Banesto estará en el mismo sitio de la lista que si lo buscaras en la página de papel, antes de la «C» y después de la «A».

—Uy... es verdad, qué grande se ve. A ver... Ba... nes... to... ¡Anda! ¡Mira qué bien! Están a cuatro y pico. Mañana voy al banco y las vendo. Y de paso compro algunas de «gugles», porque todo el mundo tiene estos cacharros y no me extraña que hayan subido tanto.

Sacó a Roco por la mañana y, tras maldecir su espinazo por tener que seguir doblándolo a sus ochenta y tres años para recoger la caca del chucho, se acercó a la sucursal y le pidió a Jorge, el empleado que le llevaba la cartera de valores, que vendiera las de Banesto.

—¿Cuánto le he sacado? —preguntó.

—Alrededor de setecientos euros, más o menos —respondió Jorge.

—Pues con eso creo que ya tengo para las puertas del armario del pasillo.

—¿Vas a comprar otras, Antonia?

—Sí... Tres mil euros de «gugles».

Antonia firmó la nueva orden de compra despacito, letra a letra —nunca aprendió a unir las—, y volvió a quejarse de que dejaran tan poco hueco en los impresos para que ella pudiera estampar su habitual «A. Villarreal» con un churro debajo que le diera aspecto de firma. Pero daba igual si había mucho o poco espacio. El churro siempre se le salía del papel.

1930

Nacimiento

Juana Herrero era verdulera en la esquina de la calle Santa Isabel con el pasaje de Doré, esa castiza zona de Madrid encastrada entre Lavapiés, Antón Martín y Tirso de Molina. Allí voceaba sus repollos en temporada, flores por los Santos y pollos en Nochebuena. En verano trasladaba el puesto a Las Vistillas aprovechando que los madrileños repetían año tras año el rito de hacer una merienda con el culo aplastando el fresco de la hierba. Esa atalaya junto al Viaducto era inigualable para hincarle el diente a un buen melón recién llegado de Añover de Tajo mientras se contemplaba la ribera del Manzanares con la Casa de Campo al fondo.

La Juana vendía lo que se terciara y en donde fuera con tal de aprovechar la demanda de cada estación, pero su sitio estaba en pleno guirigay de la calle de Santa Isabel, luchando porque su bulla fuera más escandalosa que la del que vendía calamares en el tenderete vecino y, a ser posible, apagara el vocerío de la verdulera de tres puestos más allá. «¡La mejor cebolla dulce! ¡Tengo la patata gallega a diez el kilo!». Si las ventas se presentaban flojas, la Juana se iba a por la clienta que pasaba de largo y, a la vez que le cortaba el paso, le plantaba su mejor coliflor delante de las narices: «Se la doy por cinco. No hay otra coliflor tan *apretá en to el mercao...* para cenar esta noche... rebozadita». Y si se llevaba algún bufido por el asalto, soltaba alguna fresca cuando ya solo veía la espalda de la fallida clienta: «¡Pues algo de verdura te vendría bien para hacer de vientre! ¡Cara de *estreñía!*».

La Juana se trabajaba bien su negocio y pregonaba como pocas, casi siempre puesta en jarras, la mayor parte de las veces remangada y con su atuendo invariable: un pañolón sobre los hombros, con los picos cruzados sobre el pecho y sujetos a la cintura por debajo de su mandil negro.

Lo malo era que las perras que sacaba desgañitándose durante el día, Miguel se las bebía por la tarde en las tabernas de La Latina.

Juana era una superviviente. Literalmente. De los diecisiete hijos que parió su madre, Petra la Ciega, solo ella y un hermano llegaron a adultos. Decían los vecinos de la calle Olmo, donde escupió al mundo a las diecisiete criaturas de una en una —ni siquiera tuvo la suerte de ahorrar tiempo con algún parto doble—, que lo de la Petra se veía venir... que acabaría pidiendo en la boca de metro de Antón Martín si seguía pariendo sin ton ni son. En cada alumbramiento fue dejándose un poco más de vista, y, según iba dando a luz, fue perdiendo la suya. Así acabó, estaba visto; mendigando en las escaleras del metro. Esa fue la única salida que le quedó a aquella vieja ciega y famosa por gastar la peor mala leche de todo el barrio. No veía, pero intuía con

precisión milimétrica a qué altura estaba la cara de alguien para calzarle un guantazo.

No es que la Juana tuviera mucho aprecio por su madre, pero si la veía todos los días es porque le venía bien que viviera en un bajo de la calle Olmo, casi esquina con Santa Isabel, para guardar allí las verduras de un día para otro. Se evitaba así tener que cargar con la mercancía cada mañana, cuesta arriba desde su casa de la calle del Águila, tomando luego la de Toledo, atravesando Cascorro y subiendo por la calle Juanelo hasta rematar la maldita pendiente que moría en Santa Isabel.

Las verduras que tenía que reponer cada mañana las dejaba compradas en el mercado de la Cebada, y hasta su puesto se las llevaban luego los mozos en mula, pero el sobrante del día había que dejarlo lavado y al fresco para que mantuviera su buena cara en la jornada siguiente. Cada atardecer, cuando se echaba la hora de desmontar el puesto, la Juana se acercaba a la fuente de la calle Ave María, refrescaba las hortalizas, empapaba bien las arpilleras que las mantendrían cubiertas y frescas hasta el día siguiente y las dejaba a buen recaudo en el bajo donde vivía su madre.

La Juana tenía un acuerdo con la portera de la casa, que vivía en la puerta de enfrente de su madre del mismo bajo. A cambio de proveerla de verduras gratis, Josefa le echaría un ojo a la ciega de vez en cuando por si necesitaba algo. Pero la Josefa era de natural avaricioso, y aprovechando que la Petra no veía, a la vez que echaba el ojo alargaba la mano y birlaba algo del género que la Juana dejaba, creía ella, a buen recaudo. No calculó la portera los riesgos de robarle a una verdulera que le sacaba dos palmos.

Llegó el momento en que Juana acabó notando que las patatas menguaban de un día para otro, y que cada manojo de espárragos, atados por docenas, amanecía con uno menos, como si se hubieran comido entre ellos. Una tarde, Juana se despidió a voces de su madre y dio un gran portazo para que Josefa creyera que se iba, pero retrocedió sobre sus pasos y se escondió con una botella agarrada por el cuello, dispuesta a esperar lo que hiciera falta con tal de pescar al sinvergüenza que le estaba birlando el género. Un buen rato estuvo en silencio y a oscuras, aguardando, hasta que se abrió la puerta y entró la portera, que se fue arrimando a las arpilleras mientras disimulaba preguntando a la Petra si necesitaba algo. La Juana no cruzó palabra. Se fue a por ella, atacó por la espalda y le estampó la botella en la cabeza.

Soltando gritos y chorreando sangre, la Josefa enfiló a la carrera hasta la comisaría de Santa Isabel con un pañuelo apretando la herida, mientras Juana la perseguía con la botella todavía en la mano. Así llegaron las dos hasta el cuartelillo, y antes de que Josefa dejara de gemir y pudiera abrir la boca, la Juana dijo: «¡He sido yo! ¡Y le he dado por robarme! ¡Y como mienta, le doy otra vez aquí mismo! ¡Ladrona!».

En comisaría los guardias pusieron orden como pudieron entre aquellas dos fieras. Visto que la brecha no era muy grande pese a lo escandaloso de la sangre, dejaron para después de tomarles declaración el llevar a la Josefa hasta la casa de socorro. La portera contó la verbena a su manera sin quitarse la mano de la cabeza,

lamentándose de que tenía hambre y que solo había ido aquella tarde a coger un par de patatas para cocerlas. El guardia reprendió a la Juana, no por el botellazo, sino porque «la comida había que repartirla».

—¡Qué coño voy a repartir, si a esta sinvergüenza ya le pago por cuidar de mi madre! ¡No, si encima tengo que aguantar que me robe y se aproveche de una ciega! ¡Te parto el alma como no digas la verdad! ¡Cabrona! —Y se fue otra vez a por ella con la mano abierta, porque la botella rota se la habían requisado.

El guardia le paró los pies y solo consiguió bajarle los humos después de amenazarla con dormir esa noche en comisaría. El episodio murió aparentemente ahí, con una reprimenda para las dos y enviando a la Juana para su casa con la advertencia de que, la próxima vez, denunciara el robo del género antes de cobrárselo a botellazos.

Guardar los cardos, escarolas, lombardas y cebolletas en casa de Petra la Ciega también le permitía a Juana pillar la cuesta abajo más ligera de regreso a su casa. Allí la esperaba Miguel. Como siempre, sin una perra, confiando en que las verduras se hubieran dado bien para que Juana aflojara, aunque fuera entre insultos, unos céntimos para unos cuantos chatos de vino de pellejo.

Miguel Villarreal era pintor de brocha gorda, pero entre el poco trabajo que buscaba y el mucho que perdía por vivir con la resaca instalada en su cabeza, ni siquiera sacaba para darse gusto en la taberna. O la Juana llegaba con la faltriquera tintineando y con ganas de pagarle los vinos, o esa tarde había bronca y Miguel aguantaba sobrio, de morros y por obligación.

Era un chulo de los de antes. Cigarrillo en la boca y manos en los bolsillos cuando se paraba apoyado contra una pared, aunque su postura más pinturera y estudiada era tocando la espalda contra la barra, con la mano izquierda sujetando un chato y con la mano derecha colgando del dedo gordo metido en la cinturilla del pantalón. Qué demonios vería la Juana en ese torero de tercera. Porque estaba claro lo que Miguel había visto en ella: la mujer que le templaba la cama y le daba de comer caliente.

Era un vivales. Firmaba con una cruz, pero con apenas dieciséis años había espabilado lo suficiente como para dejar arreglados todos los papeles que le librarán del futuro e irremediable servicio militar por ser el mayor de cuatro hermanos huérfanos de padre y madre. Aprovechó su condición de primogénito, pero a la primera de cambio dejó a la pequeña Dora en un colegio-asilo y a los otros dos, Germán y Urbano, buscándose la vida.

A Miguel le tiraban los ruedos, así que agarró los trastos y en compañía de otro maletilla con el que hizo buenas migas buscaron cuadrillas a las que engancharse para ir haciéndose un nombre a base de bregar con novillos resabiados. Domingo González Mateos apuntaba mejores maneras que Miguel; sería por eso que acabó abriendo la linajuda saga de toreros de los Dominguín. Pero, en 1913, aquellos dos maletas no pasaban de colarse en los trenes y en becerradas de pueblos de mala muerte que improvisaban redondeles entrelazando carros y carretas. Las perras

gordas que les regalaba el respetable, solo cuando el respetable lo tenía a bien, las recogían al vuelo con un capote extendido, pero las más de las veces la recaudación daba para cenar un día sopas de ajo y al siguiente sardinas arenques.

Llegaron a vestirse juntos de luces, con trajes de quinta mano que habían sufrido decenas de revolcones y a los que no les cabía ni un remiendo más, pero Dominguín se tomó el toro en serio y acabó deshaciéndose del lastre de Miguel, más dispuesto a los jolgorios que le pudieran proporcionar las ganancias, por pobres que fueran, que en invertirlas a futuro.

Miguel llegó a lucir hasta nombre, el Peque de San Millán. Lo de peque, por jovencito y bien *planta*, que lo era; lo de San Millán, porque en esa calle que une La Latina con la plaza de Cascorro estaban las tres tabernas de donde Miguel siempre salía el penúltimo, justo antes que el dueño. El avisgado de Miguel hizo sus cálculos y pensó que, en caso de hacerse un nombre en el mundo del capoteo, el detalle de pasear un apodo torero por la calle de las tascas le aseguraría los chatos de vino por la jeta. Ni triunfó ni sacó tajada, pero meneos se llevó unos cuantos por bregar malamente con vacas y novillos que llegaban al ruedo con el título de bachiller. Los relatos de sus revolcones, que él engrandecía en San Millán hasta convertirlos en graves cogidas, los adornaba con pases que nunca dio y banderillas que jamás puso; ni sabía cómo hacer un buen quite ni mucho menos se daba maña haciendo los recortes de los que presumía.

—¿Cómo te fue el domingo toledano en Torrijos, Miguel? —le tiraban de la lengua los amigos de taberna.

—Podría haber ido mejor, pero es que el maestro no escucha... Que yo le digo que *cuidao* con el pitón derecho, y él, que nada... por el derecho. Que le digo que el toro es para lucirse con el capote y llevárselo a los medios, y él, que nada... un par de pases y a por la muleta. Que conozco bien a los bichos de José Bueno... nobles, bien *mandaos*, pero hay que rebajarles los humos con la mano abajo... despacito... así... y así... —Se recreaba Miguel en la explicación dando pases al natural con el brazo izquierdo extendido y sin que su mano derecha soltara el vaso.

—¿Pero cortó o no cortó oreja?

—¡Qué va a cortar! Si no llego a estar al quite cuando le levantó las zapatillas del suelo, no sé yo...

Pero Miguel faroleaba con más arte que toreaba. Si alguien recibía empellones por su mala brega era él, y se cuidó muy mucho de no contar aquel episodio en Cadalso de los Vidrios en el que un becerro hasta le meó. Se quedó tan quieto después de un revolcón, con el novillo también inmóvil, sin atender a los engaños que pretendían sacarlo de encima del Peque de San Millán, que el animal desahogó una gran meada que Miguel aguantó con los ojos apretados y hecho un ovillo, encarcelado entre las cuatro patas del meón. El canguelo le paralizó hasta los oídos, y al menos eso le libró de oír las risotadas que llegaban desde el graderío.

—¡No te vaya a oler luego una vaca...! ¡Que la enamoras!

—¡Salte de ahí... que después del baño viene lo gordo!

Lo suyo no era el toreo más allá del de salón de tasca, y cuando Dominguín buscó mejores compañías que las de Miguel, el Peque de San Millán no se dio por aludido y siguió relatando faenas inexistentes de domingadas a las que no iba. Hasta que le llegó una oferta de su tío Gonzalo.

En 1914 hacía ya dos años que el ejército no aceptaba la redención en metálico de los reclutas de familias pudientes, las que pagaban unos cuantos miles de pesetas a cambio de librar a los hijos del servicio militar. Tampoco se aceptaba, pero esto era solo la cínica teoría oficial, la sustitución del niño bien por un familiar pobre de hasta cuarto grado de parentesco dispuesto a ocupar la plaza del recluta a cambio de dinero.

El tío Gonzalo había hecho fortuna; nadie sabía cómo, pero la hizo, y a su hijo Gonzalito le llegaron los veintiún años y la obligación militar con la patria. Los posibles de papá le permitían convertirse en «soldado de cuota», una forma de esquivar el deber pagando mil pesetas a cambio de servir diez meses o dos mil para limitar a cinco el tiempo de servicio, y en los dos casos, eligiendo destino. Ni que decir tiene que el resto de los quintos sorteados tenían que cumplir tres años con el fusil al hombro.

El tío de Miguel se las apañó para librar a Gonzalito del servicio militar pagando tres mil pesetas, que además le evitaron cumplir con los cinco meses de instrucción, pero a cambio de encontrar un primo que sustituyera al pimpollo. Y Miguel era el perfecto primo, en todos los sentidos.

Gonzalo le ofreció algo que no podía rechazar: renunciar a su ventaja de no servir por ser huérfano y el mayor de cuatro hermanos, agarrar las mil pesetas que le metió su tío en el bolsillo del chaleco a la vez que le proponía el intercambio y presentarse como voluntario en sustitución de su primo Gonzalito. O eso, por las buenas, o, por las malas, la buena mano que ya había demostrado tener en el ejército conseguiría que le anularan a Miguel su ventaja de huerfanito y sufrido primogénito porque su tío revelaría que había dejado abandonados a dos hermanos y en un asilo a la pequeña.

Miguel aceptó el chantaje y las mil pesetas, y al tiempo se le vinieron a la memoria unas coplas que siempre le oía canturrear a un maletilla extremeño con el que pisó algunas capeas:

*Si te toca, te jodes, que te tienes que ir
a la guerra del moro a que luches por mí,
que tu madre no tiene dos mil pesetas pa'ti.*

Así fue como Miguel pasó a ser de la quinta del 14, con la esperanza de que el destino que le cayera en suerte fuera zona ganadera, para seguir echando unas tientas

a las vacas, o con pueblos cercanos aficionados a las becerradas. Ya encontraría él encaje entre la instrucción para seguir agarrado al capote. Cualquiera sitio menos África, porque las cosas se estaban poniendo feas en el protectorado español de Marruecos y el gobierno necesitaba llenar aquello de soldados que pararan los pies a las tribus del Rif. No hubo suerte. Le cayó Tetuán, y allí, toros, más bien pocos.

Pasó sus tres años de servicio como pudo y escaqueándose hasta donde le dejaron, porque eso del servicio a la patria no le caló. De todas las escaramuzas con el moro salió con bien, y tampoco estuvo dispuesto a acudir a las tretas que vio en otros compañeros, que buscaban recibir un «tiro de suerte», dejando una pierna o un brazo a la vista de un enemigo con puntería para acabar herido y alejarse de la primera línea o volver a casa. Eso dolía, y Miguel no podía arriesgarse a quedar lisiado, no fuera a ser que pudiera encauzar su sueño torero a su regreso y la cojera lo fastidiara.

Regresó entero y tan fabulador como siempre a sus tascas del barrio de La Latina, pero a sus relatos taberneros de torero de tres al cuarto ahora se añadieron las faenas guerreras. Muchos años después, a principios de los cuarenta, siempre le gustaba recordar que sirvió a las órdenes del capitán Franco. «¡A bombazos con ellos! ¡Que no quede ni uno vivo! —Así contaba Miguel que animaba el capitán a la tropa cuando atacaban los campamentos de moros—. Y luego va el cabrón y se los trae aquí para su guardia».

Las mil pesetas que le dio su tío Gonzalo duraron lo que duraron, y Miguel se agarró a una brocha para pintar fachadas. Aprendió el oficio de sus otros tíos, Ignacio y Bernardo, que nunca pudieron hacer carrera de él porque no había lunes de resaca que se presentara a trabajar. La semana empezaba para Miguel los martes y, a ser posible, se las apañaba para que en invierno le encargaran pintar exteriores, fachadas. Entre que un día llovía y el otro helaba, la faena se suspendía y la taberna disfrutaba de su presencia.

Un martes conoció a la Juana voceando espárragos frescos desde su puesto de Santa Isabel mientras él daba la primera mano de pintura a la delantera del recién construido cine Doré. Y pasó lo que pasó. Un par de requiebros a aquella mujerona robusta y alta, y se la llevó de calle. Era 1923. Nunca se casaron.

El día de Reyes de 1930, en la primera planta del número 27 de la calle del Águila, nació Antonia. La Juana tenía casi cuarenta años cuando trajo al mundo a su primera y única hija, una criatura con cinco kilos bien cumplidos y tan rolliza como las coliflores que su madre despachaba. No es que a la cría la pesaran —no había con qué—, pero a una bregada verdulera con ojo para calcular los melones que entran en un saco no se le escapó que su hija andaba en los cinco kilos... pasados.

Los partos se apañaban en el barrio, porque siempre había alguna vecina cerca que se daba maña para cortar el cordón, cuidar de que saliera la placenta y lavar en un

barreño de agua caliente al crío. A la Juana la atendió en el alumbramiento la señora Juliana, vecina del bajo izquierda, una casa que también era la gallinejera del barrio. A la vivienda se entraba una vez traspasado el portal; a la freiduría, por la misma calle del Águila. El olor que siempre acompañaba a la señora Juliana, limpia y aseada pero embebida como estaba de ese tufillo espeso de sebo y entrañas de cordero, marcó para el resto de sus días a Antonia. Nada había que le gustara más que un buen plato de gallinejas, entresijos, mollejas y patatas fritas.

La casa donde iba a criarse Antonia daba cobijo a una peculiar vecindad. El pasillo grandón que arrancaba en el portal, más amplio que cualquiera de las viviendas, no había olido una capa de pintura desde que le dieron la primera. A la izquierda, la puerta de la señora Juliana; a la derecha, la de Bernabé, el único soltero de la casa y hermano de la señora Carmen, sin marido conocido y que vivía unos metros más allá, en el patio donde terminaba el pasillo, con sus dos hijas, la Carmen y la Rubia.

El patio era rectangular, rodeado por quince puertas holandesas desvencijadas, siete a un lado, siete al otro y una al fondo. Por el día, con buen tiempo, todas mantenían la parte superior abierta para no perder ripio de lo que se cocía en la casa, pero en invierno permanecían cerradas con la intención de mantener el frío a raya. Una inútil intentona, porque en la mayoría entraba una mano de canto entre la puerta y el suelo y casi ninguna llegaba a encajar en el marco de arriba.

La Domi era la portera, una vecina más del patio, pero portera al fin y al cabo. Lo sabía todo de todos. Era la que veía llegar a Miguel tambaleándose de lado a lado del pasillo y la que luego orientaba la oreja hacia el piso de arriba por si la Juana había renovado su repertorio de insultos. Conocía bien las curdas que se agarraban la Rosalía y su hija, lo guarra que era Paca la viuda y lo fácil que era engañar a Concha «la medio tonta» para que te hiciera un recado o te cosiera algo a cambio de un plato de cocido sobrante. Le pusieron la medio tonta para diferenciarla de Pedrito, otro tonto, pero tonto entero.

Con la Domi vivía su marido, estibador en el mercado central de pescado y ajeno a los líos que se llevaba su mujer con el dueño de Casa Aroca, un bar de la calle Toledo que servía buenos guisos. Ajeno él, pero no el resto de los vecinos, que tenían tan calada a la Domi como la Domi a ellos. Nada había que echarse en cara.

El patio reunía también a la viuda Rogelia, que vivía en la esquina izquierda, justo al lado de la fuente que surtía a todos los vecinos de la casa, con sus hijos Amelia y Luisito —pobrecito el Luisito; decían que tenía el baile de San Vito porque caminaba con las piernas un poco locas y con pasos descontrolados, pero es que todavía no habían oído hablar de la polio—. Enfrente de Rogelia, Teresa la Paleta. Como era de Ávila y la única que no había nacido en Madrid, cargó con el sambenito del apodo, pero tanto ella como el marido, Bernardo, y su hijo lo aceptaron así porque así era. Hasta cuando llegaba alguna carta de la familia de Ávila, debajo del nombre de Bernardo venía escrito eso de «el de Teresa la Paleta». Pocos vecinos se libraban

de un sobrenombre y algunos perdieron el de pila para los restos.

En el fondo del patio vivía la señora Paca, la Guarra, siempre con lamparones retestinados en la pechera, y en la misma casa se apañaban su hijo Francisco con su segunda mujer, Pilar. Francisco enviudó de la primera cuando dio a luz. La placenta no se desprendió y la mujer que buscaron para que la asistiera en el parto metió la mano para sacarla. Lo que le sacó fueron las entrañas y allí murió la mujer de Francisco, desangrada y retorcida de dolor. El niño salió adelante, así que Francisco buscó enseguida otra mujer, Pilar, que le solucionara la papeleta y que se hizo famosa nada más llegar por los eructos que desahogaba.

—¡Guarra! —se oía de vez en cuando en el patio—. ¡Eres peor que tu suegra!

—¡Os jodéis! —replicaba Pilar, y soltaba otro más gordo.

En la puerta de al lado vivía otra hija de Paca la Guarra, Manuela, la que casó con Manolo y con el que tenía dos criaturas: Paquita y Manuel. Entre la hija, el yerno y los nietos no reunían tanta mugre como la abuela Paca. Y las manchas no eran lo peor... lo peor era lo que no se veía pero se adivinaba. Todo el día rascándose a dos manos o aliviándose con la aguja del ganchillo por debajo del moño. El día que se le echó la vecindad encima a la señora Paca fue con la epidemia de piojos.

—Pásate la lendreras, Paca..., que se te ha abierto la piojera y mira la que has liado... Estamos todos infestados por tu culpa. Hasta tus nietos están perditos... —la recriminó sin paños calientes la Juana—. Nos han subido los piojos hasta el primer piso...

—Habló la pulcra... Hay epidemia en el barrio, so lista... —se defendía Paca—. Los piojos no han salido de mi casa. Yo tengo, pero a mí también me los han pegado...

—¿Que te los han pegado? ¡Anda ya... pero si viven contigo a cuerpo de rey! ¡Que te pases la lendreras, coño... o te meto la cabeza en zotal!

Corrió por toda la casa el chismorreó de que a la Paca se le había abierto la piojera, esa patraña instalada en la época y que les tenía convencidos de que cuando los piojos estaban más que de visita, empadronados, se metían bajo del cuero cabelludo y ya no había forma de echarlos. Creían que si la piojera reventaba por exceso de habitantes, los bichos salían a manadas y colonizaban nuevos huéspedes. Los vecinos se encargaron de ir engordando el chisme, y enseguida pasaron de comentar que ni los piojos estaban a gusto con Paca la Guarra, a exagerar diciendo que se podían coger a puñados en el patio. Aquella epidemia en el 27 de la calle del Águila se solucionó invadiendo todos los rincones de las casas con zotal, espulgándose los vecinos unos a otros lendreras en mano y llevando casi a rastras a la Paca a la beneficencia municipal para que la desinfestaran.

El patio, que en sus mejores tiempos había tenido un suelo uniforme de cemento, lo cubría una parra que daba uvas ásperas de piel gorda, y por debajo de la red de hojas

y ramas cruzaban unas cuerdas de donde colgaban faldas, bragas, pantalones, sábanas y los picos de las criaturas. Salvo cuando llovía o helaba, ni un solo día del año se veía libre el tendedero de todo tipo de trapos.

Unas escaleras, que arrancaban justo antes del patio y en la que ni uno solo de sus peldaños era igual al siguiente ni parecido al anterior, llevaban hasta el corredor de la primera y única planta donde se alineaban otras siete puertas. Una más, al fondo del pasillo, daba acceso al otro váter comunitario, el del patio estaba junto a la casa donde la Rosalía convivía con su madre, y contigua a otra donde habitaba su hermana Paz.

La primera puerta del pasillo daba cobijo a la Juana, a Miguel y a la recién llegada Antonia, que estrenó el mote de Chochete nada más nacer y del que luego logró deshacerse para pasar a ser, simplemente, Antoñita la de la Juana.

Mercedes la Chepa y su marido, Jesús, empleado en la panadería de la misma calle del Águila, vivían en la puerta de al lado; y una más allá, la Engracia con su marido, Inocencio, y las dos hijas, Ino y Luci. Al padre no se le conocía más oficio que el de «soguilla», y todas las mañanas, calle Fuencarral arriba, calle Hortaleza abajo, se ofrecía como mozo de cuerda para hacer portes o ayudar en alguna mudanza. La Engracia, mientras, se dejaba los ojos como pantalonera, encerrada en casa en invierno o sacando una silla al patio para aprovechar en verano hasta el último rayo de luz.

Era una buena mujer la Engracia. La que enseñó años después a Antonia, nada más terminar la guerra, a dar las primeras puntadas con la aguja a base de hacer ojales y más ojales. Antoñita la oía sorber su tristeza cuando se sentaba a coser a su lado. Al Inocencio lo reclutaron y nunca volvió a saber de él. Colgada de una alcayata de la pared quedó la cuerda de los portes.

No fue la única baja que acabaría sufriendo el 27 de la calle del Águila. Tras la cuarta puerta de la primera planta vivían la señora Carmen y sus hijos, Dioni y Juan. Al pequeño pudo conservarlo junto a ella, pero Dioni fue uno de los de la «quinta del biberón». La República lo movilizó con dieciséis años y la señora Carmen ya no le vio cumplir los diecisiete.

Y a punto estuvieron también de caer la Chepa y su marido. Por morbosos. Y mira que se lo advirtieron. «No vayáis... que os la estáis jugando... que allí no se os ha perdido nada». Pero a ellos les dio por acercarse una mañana sí y la otra también hasta las tapias de la sacramental de San Isidro para ver a los fusilados a los que los milicianos les habían dado el paseo la noche anterior. Alguien dio el chivatazo nada más terminar la guerra y los dos acabaron detenidos y condenados a muerte. Nadie supo quién les libró ni cómo se deshicieron de la pena, pero un día regresaron y el asunto no se volvió a tocar, más que nada porque la Chepa, prácticamente, volvió para morir. Regresó muy debilitada de la cárcel y la vida se le fue escapando en forma de colitis crónica. Jesús lo lamentó, pero empleó el tiempo justo en llorar a su mujer, porque tres meses después se estaba casando con Paz, la hermana de la

Rosalía. Nadie se extrañó por la velocidad a la que cuajó la nueva pareja... total, llevaban liados desde antes de la guerra.

La que sacó la lengua a pasear fue la Domi, sin calcular que ella iba a salir directamente perjudicada. En una de las citas de la portera con el dueño de Casa Aroca en un «piso de compromiso» que había en la Carrera de San Francisco, se encontró en las escaleras con el marido de la Chepa y con Paz, que iban a «echar la dormida» a la habitación de al lado. Todos se miraron y todos bajaron los ojos para no verse. Confiaban en que ninguno diría nada porque todos tenían por lo que callar, pero la condición de portera de la Domi acabó pudiendo más porque el cotilleo le quemaba por dentro. Se lo dijo a la Paleta; la Paleta, a la Juana; la Juana, a la Engracia; la Engracia, a la Paca; la Paca, a su nuera Pilar... y menos mal que cuando el chisme llegó a oídos de Paz quiso la suerte que no estuvieran en el 27 de la calle del Águila ni el marido de la Domi ni la mujer de Jesús.

Paz se fue a por la portera y le arreó un guantazo con la mano abierta y sin avisar.

—¡A quién llamas tú puta! ¡Putas tú! ¡Desgraciada! ¡Y te metes en tus asuntos, so pécora! ¡Que todos sabemos de tus idas y venidas con el de Casa Aroca! ¡En cuanto vuelva tu marido se va a enterar de por qué te metes entre pecho y espalda tan buenos cocidos!

—¡Dile tú algo a mi marido y la única que falta por enterarse se va a enterar! ¡Y la Chepa tiene peor leche que mi marido!

El asunto se zanjó con unos cuantos gritos más y sin que la Domi devolviera el bofetón. Un pacto de silencio entre el resto de los vecinos ayudó a que nunca se enteraran ni la mujer de Jesús ni el marido de la Domi.

Todas las viviendas tenían una única estancia de unos quince metros cuadrados donde encajaba todo en uno: cocina, dormitorio y comedor. Para comer, se apartaban los jergones contra la pared; para dormir, se retiraba la mesa y se extendían los colchones de paja. Solo Bernabé disfrutaba en su pisito de soltero de dormitorio separado, por eso cuando su sobrina la Rubia se echó novio y se arrejuntó, ocupó la habitación de su tío y Bernabé trasladó su colchón al comedor para sumarse a la costumbre de apartar la mesa cada noche y el catre cada mañana.

La vecindad era una piña, y empleaban el mismo entusiasmo en unirse contra una piojosa como para echar una mano a la propia piojosa. Cuando las uvas de la parra del patio estaban para comer, se cortaban y se repartían entre todos. Si alguien caía enfermo, ahí estaban los vecinos para que cuando viniera el médico por un asunto grave no se llevara mala impresión: uno sacando una toalla limpia, otro una pastilla de jabón a estrenar y el de más allá cooperando con su mejor jofaina llena de agua calentita. Menos la guarra de Paca. Esa, mejor que no aportara nada.

Alguna bronca aislada, que no pasaba a mayores, daba vidilla al patio; como cuando la Rosalía agarró de los pelos a Teresa la Paleta y la arrastró hasta el

sumidero.

—¡Cincuenta veces te hemos dicho que el agua se tira aquí, guarra! —Y la Rosalía le empujaba la cabeza contra el desagüe—. ¡Cincuenta veces!

Teresa la Paleta vivía en el extremo opuesto del sumidero y nunca se acercaba hasta él para vaciar el barreño con el agua jabonosa y sucia. Todas las vecinas lavaban con el barreño en la puerta y luego pedían ayuda a la que estuviera por allí para acercarlo y vaciarlo. Menos Teresa. Ella terminaba de lavar, volcaba el agua sucia en su puerta y dejaba que atravesara el patio corriendo entre las piedras de pedernal que asomaban donde el cemento se había perdido. El jabón renegrido se secaba, se quedaba entre los cantos y había bronca.

—Tereeeesa... —le decían—, llámanos y te ayudamos a vaciar el barreño en el sumidero, como hacemos todas. Que dejas el patio perdido.

La Paleta solo dejó de hacerlo cuando vio cómo las gastaba la Rosalía.

No fue la única gresca que trajo el agua, y también con la Rosalía por en medio. Esta vez era la Rogelia la que se quejaba de que le empaparan la puerta de agua al aclarar la ropa en la fuente.

—¡Me estáis pudriendo la madera y me voy a cagar en la leche que os dieron a todos! —retumbó un día la voz de la Rogelia en el patio.

—Anda ya, Rogelia... si la casa te la dio el casero con la madera de la puerta podrida... Haber cogido otra que no estuviera al lado de la fuente —replicaba Rosalía—. Yo vivo al lado del retrete y me aguanto cuando tú cagas...

—Yo cago en mi casa, igual que tú te emborrachas en la tuya con tu madre...

—No empecemos, Rogelia... no empecemos. —Y la Rosalía se daba la vuelta para no enredarse más de la cuenta.

La madre de Rosalía acabó muriendo en una de las chispas que se agarraba, a veces mano a mano con su hija y a veces sola. Una tarde de invierno, cuando la Juana volvía a casa después de recoger su puesto de verduras, olió a carne quemada antes de enfilear la escalera hacia su casa. Entró al patio, siguió su olfato y llegó hasta la puerta de Rosalía. Metió la nariz por el ventanuco y se encontró a la madre borracha perdida y caída sobre el brasero.

—¡La madre de la Rosalía se está achicharrando! —gritó Juana en mitad del patio—. ¡Rosalía! ¡Rosalía! ¡Que tu madre se quema! ¡Paz! ¡Paz! —chillaba Juana, aporreando la puerta de al lado—. ¡Tu madre!

Pero la Rosalía estaba más achispada que su madre, con la cabeza metida entre los brazos y apoyada sobre la mesa. Ni sentía ni padecía. Y Paz no andaba por allí, así que, entre Bernabé, la Juana, el marido de Teresa la Paleta y la Domi, cargaron con la madre a la carrera hasta la casa de socorro de San Francisco dejando el revuelo en el patio. Unos vecinos arremolinados y repitiendo eso de: «Si es que se veía venir»; otros, intentando espabilar a la Rosalía. La madre murió de camino; eso dijeron, pero lo mismo la sacaron muerta de la casa.

La noche terminó de complicarse cuando la Juana regresó y se encontró a Miguel

con su habitual mal vino, mala jeta y peor leche.

—¿Dónde está la cena?

—Miguel, no me calientes, que vengo de la casa de socorro... La madre de la Rosalía se ha muerto. ¿Es que no ves la que hay liada abajo?

—¡A mí me da igual si se muere la borracha de la Rosalía, la madre que la parió o Perico el de los palotes! Tú me pones a mí la cena porque eso es lo primero... se muera quien se muera...

—¿Y tú llamas borracha a la Rosalía? ¿Tú... que no te sostienes y te has vuelto a mear encima? Anda y no me busques... ¡que hoy no hay cena! —Y la Juana se dio la vuelta y tomó camino del patio.

Miguel, valiente solo cuando le amparaba el vino y tan traicionero como siempre, agarró un puchero de barro y le abrió la cabeza a la Juana en mitad del pasillo. Los gritos disolvieron la reunión de abajo y los vecinos tiraron escaleras arriba. Era la segunda vez en pocas horas que la Domi, Bernabé y la Juana, con una brecha que necesitó de doce puntos, visitaban la casa de socorro.

Aquella noche, nadie pegó ojo en el 27 de la calle del Águila.

La limpieza de los retretes también acarrea alguna que otra querrela. Era una faena que compartían todos y por riguroso orden según de qué puerta colgara «la trampilla», un trozo de madera con un cordel que la vecina que se había encargado de limpiar el retrete un día colgaba de la puerta consecutiva para que la responsable de agarrar la bayeta cumpliera con su obligación en la jornada siguiente. Tampoco es que robara mucho tiempo limpiar aquel cuchitril de un metro por un metro, adornado solo por una solitaria bombilla grasienta que colgaba de un cable remendado con esparadrapo renegrido. La bombilla hacía años que había dejado de lucir, pero tampoco había nada que ver: el retrete era un poyete forrado de baldosín de barro con un agujero en el centro. Solo lo usaban de día. Por las noches cada uno utilizaba en la intimidad de la casa un orinal que por la mañana vaciaba en la letrina común. Y ese era el problema.

—Mercedes... hoy tenías la «trampilla» y no has hecho el retrete.

—Yo no he dejado de hacer lo que tengo que hacer cada vez que me toca, pero la Engracia ha vaciado los orinales después de limpio y lo ha dejado perdido... No voy a limpiar dos veces el retrete, digo yo... —se revolvía Mercedes—. ¡Que lo limpie ella!

—Pues si te toca, te toca... Y encima le has colgado la «trampilla» a la Juana, que está recién parida...

—Ahí tienes razón, ¿ves? Y cuando tienes razón, tienes razón... De eso no me he dado cuenta... por la costumbre. Ya la quito y le hago yo mañana el turno.

La Juana no se encontraba en condiciones ni para limpiar retretes ni para soportar a Miguel, cabreado como estaba porque su mujer no se separaba de la faltriquera

donde guardaba las cuatro perras con las que tendrían que aguantar hasta que pudiera volver a montar el puesto. Pretendía él invitar a unos chatos por el nacimiento de su hija, pero no le quedó otra que enredar a Luciano, uno de los taberneros de la calle San Millán, para que le fiara hasta el viernes, cuando cobrara el pintado de una fachada.

—Solo por esta vez, Luciano... que en tres días cobro. ¿Cómo no voy a convidar si acabo de ser padre? El viernes estoy aquí como un clavo y te pago esta ronda...

—¿Esta ronda? ¿Cómo que «esta ronda»? ¿Y las otras rondas? Mira, Miguel, no me tomes por pánfilo, que no hay fachadas en Madrid para pagarme lo que me debes —refunfuñaba Luciano mientras agarraba la frasca—. Te pongo un chato, pero a este invito yo para que tu criatura venga con suerte. Supongo que te habrás llevado un chasco... ¿no?

—Hombre... me hubiera gustado más un chico —contestó Miguel con gesto resignado y disimulando una sonrisilla por haber conseguido su vino.

—No, si no lo digo por eso. Ni siquiera me habías dicho que era una cría. Lo digo porque, conociéndote, te habrás quedado planchado al ver que traía un pan debajo del brazo en vez de un pellejo de vino...

Miguel aguantó la gracia y las risas del resto de los parroquianos con tal de que Luciano no se arrepintiera del convite, pero no tenía mucha correa para aguantar chufas.

—Y bébetelo despacito, que no hay más. ¿Cómo está la Juana? —preguntó Luciano.

—Con la misma mala leche de siempre. Como se la pase a la niña, voy listo. No tenía bastante con una y me viene otra... Menudo regalito me han dejado los Reyes.

Y bebió a sorbitos, alargando el trago y el tiempo por si aquella tarde aparecía algún otro asiduo generoso que se quisiera estirar con unos cuantos vinos más. No hubo suerte. Todos tenían a Miguel más calado que los melones que vendía la Juana en Santa Isabel, y las fantasmadas con las que intentaba entretenerlos a base de recordar lances toreros y batallitas de trincheras a cambio de una tarde de chatos ya solo provocaban desinterés.

La Juana cuidaba de su niña Antonia con la inexperiencia propia de las primerizas, pero con más torpeza de la previsible. Tenía más maña con los repollos que con su hija, y la criatura acabó sufriendo alguna consecuencia que la dejó marcada de por vida. Ni una semana llevaba Antoñita en este mundo cuando Juana, en aquel frío enero de 1930, quiso calentar una camisita dejándola un buen rato arrimada al fogón para que cogiera calor; pero tanto la calentó, sin caer en la cuenta de que los botones de nácar se iban a recalentar de más, que cuando le puso la camisa el botoncito del cuello se le quedó agarrado a la piel. Los chillidos de la niña se oyeron hasta en el patio, pero la primera en llegar fue la Engracia.

—¿Qué has hecho ahora, Juana?

—¡Ay! ¡Que la niña se me ha quemado!

—¡Cómo se te va a quemar la niña! ¡La habrás quemado tú! Anda, bájate al patio y cógele a la Paleta una hoja de sábila de sus macetas... a ver si así no le sale ampolla. Recién nacida y ya la has marcado. Entérate de que no puedes tratar a la niña como si fuera una remolacha, que la vas a desgraciar...

—Si era para que estuviera calentita. Es que no me apaño, Engracia... no me apaño.

—Bueno, ya te apañarás, mujer... con el tiempo —intentaba animarla la Engracia después de la bronca—. Si esto nos ha pasado a todas...

Juana bajó a todo meter al patio y cortó un trocito de la hoja gorda del áloe de Teresa la Paleta con cuidado para no desgraciar mucho la planta, que no le gustaba que le tocaran sus tiestos. La Engracia untó la quemadura con unas gotas de la leche que soltaba la sábila. Dio igual. Aplacó el llanto, pero Antoñita lució el resto de su vida un perfecto redondelito en el cuello con forma de botón.

Y menos mal que la niña nació robusta y dispuesta a ser una superviviente, porque todavía tuvo que resistir en sus primeros días de vida a un medio ahogamiento en el barreño durante un baño, un vómito durante el sueño por estar colocada boca arriba y una caída del moisés al que su madre empujó sin querer con el culo en una de las peleas con Miguel. Esa cría, estaba visto, iba a trampear todas las zancadillas que la vida le iba a poner en el camino.

Quince días aguantó Juana con la niña. Había que volver al mercado, y en aquel invierno especialmente crudo no podía tenerla en el puesto. Imposible cargar con ella para ir temprano al mercado de la Cebada a por género, ni tenerla a la intemperie hasta las siete de la tarde, ni mucho menos pensar en dejarla con la abuela. Petra la Ciega no mostró especial interés por su nieta ni estaba en condiciones de cuidarla.

En la casa nadie podía echarle una mano para todo el día y durante toda la semana. Cada uno soportaba sus propias miserias, que no eran pocas, y bien estaba ayudar a la Juana en lo que se iba terciando, pero cargar con la niña mientras ella estaba en Santa Isabel de lunes a sábado... eso ya no. Juana tenía demasiada faena con las verduras y Miguel demasiado de lo mismo en la taberna. No quedaba tiempo para la pequeña.

La solución vino de la mano de la hermana de Miguel, Dora, la tía de Antoñita: Juana le pagaría una cantidad para que le atendiera a la niña, pero aquella atención acabó convirtiéndose en crianza. Dora fue más madre para Antonia que la propia Juana. Y lo hizo de mil amores. Si no se lo hubiera pedido, ella se habría ofrecido porque no le gustaba el ambiente que le esperaba a la recién nacida. «Sois dos salvajes —les recriminaba cada vez que podía—. Todo el día pegándoos a brazo partido».

Además de que unos pocos cuartos vinieran bien, Dora le estaba agradecida a la Juana. Su cuñada siempre se había portado bien con ella.

Fue Juana la que la sacó del asilo-colegio de huérfanas en el que la había dejado Miguel. No se entendía a qué vino llamar colegio a aquel hospicio, porque Dora salió leyendo a trompicones, escribiendo torcido y uniendo las letras malamente. Eso sí, las monjas le enseñaron a remendarse sus propios calcetines, a fregar, a pelar patatas... Aprendió el rosario de memoria, las réplicas en las misas... aprendió a encajar guantazos sin rechistar y con resignación cristiana, a ponerse en fila para el baño semanal... aprendió a planchar y aprendió a quemarse; aprendió a bordar chapuceramente y aprendió a pincharse... fregó sartenes, ollas, cacerolas... y también aprendió a no llorar.

Cuando cumpliera los dieciséis años, el asilo pondría a la joven Dora en la calle o le buscarían una casa para servir, y Juana pensó que, antes de que cayera vaya usted a saber dónde y en manos de sabe Dios qué clase de gente, ella le buscaría un trabajo por el barrio. Al fin y al cabo, era de la familia.

Dora encontró acomodo gracias a su cuñada, sirviendo en una lechería de la calle Torrecilla del Leal, a dos calles de donde Juana tenía el puesto. A cambio de limpiar y despachar, tenía cama, comida y quince pesetas al mes. Si Dora necesitara algo, Juana estaría cerca.

Pero el que se arrimó de más fue Rafael Pozuelo, un jovencito agraciado del barrio que aprovechaba para camelarse a la muchacha cada vez que se acercaba a comprar el cuartillo de leche diario, y que después de mucho requiebro y unos cuantos chocolates con churros los domingos cuando había perras suficientes, la dejó embarazada. Se acabó el servir, se acabaron los tres duros mensuales y se acabó el despacho de leche.

La mala noticia era que Rafael vivía con su madre. En la última puerta del tercer piso de la corrala de la calle del Espino número 6 terminaron compartiendo casa Dora, su suegra Dolores y Rafael, que era el que mantenía la casa ejerciendo de ebanista en un taller de la calle Fuencarral. Allí mismo, en la calle del Espino, nació su hija Amelia en 1925, así que cuando la familia acogió a Antonia cinco años después, la rolliza recién nacida se convirtió en el primer juguete de su prima y en el gran consuelo de Dora y Rafael. Era la segunda hija que no habían podido tener y que ya nunca tendrían por sus propios medios.

Dora estaba hueca, como de vez en cuando le recordaba con muy mala baba su suegra. «La vieja», que así la llamaba su nuera cuando no la oía, nunca perdonó que su hijo le metiera en casa a esa muerta de hambre procedente de un hospicio, y siempre creyó que aquella espabilada había ido a pescar a su Rafael. Dos años después del nacimiento de Amelia, Rafael volvió a dejar embarazada a Dora, pero, pasados tres meses, una hemorragia les hizo creer que habían perdido a la criatura. Los dolores los aguantó Dora como pudo porque «era lo normal», pero no acababa de levantar cabeza. Cayó en picado y la vida se le empezó a ir sin que nadie pusiera

remedio. El médico al que llamaron también consideró normal la debilidad de Dora después del supuesto aborto, y no encargó más medidas que buenos caldos y compresas de agua fría en la cabeza y calientes en el vientre. Pero ni el mejor de los caldos hubiera podido remediar su mal. Fue una vecina del segundo piso de la corrala, María, la que, pese a que su instrucción se limitaba a firmar con una cruz, demostró tener más luces que el médico de los calditos.

—A la Dora se le ha ido el feto atrás y se está pudriendo por dentro. Llevadla al San Carlos o se os muere en casa... Hazme caso, Rafael, que la Dora se te muere... que lo sé yo. Que a mi madre también se le fueron atrás dos fetos.

—¿Atrás? ¿Dónde atrás? Pero si ella dice que ya echó lo que tenía que echar. Sabrá ella...

—Que te digo yo a ti que no. Que la criatura está dentro y muerta... y se va a llevar por delante a la Dora. Vete al San Carlos...

Como pudieron, cargaron con Dora hasta el hospital clínico San Carlos, casi al final de la calle Santa Isabel, y hasta allí llegó con un hilo de vida. Los médicos, después de abrir, le dijeron a Rafael que se fuera despidiendo: Dora había sufrido un embarazo extrauterino que no había sido tratado a tiempo. Si Rafael no entendió a María cuando le dijo que el feto «se había ido atrás», menos entendió eso de «extrauterino», pero el resumen de todo es que la vecina tenía razón y que Dora se moría a chorros por una infección interna provocada por aquella criatura que decidió instalarse donde no debía.

Pero Rafael estaba decidido a cumplir su palabra antes de que Dora se fuera. Dijo que se casaría y se casó. In artículo mortis, pero se casó. Allí mismo, en un extremo de aquel largo pabellón de agonizantes, con todas las camas alineadas con las cabeceras pegadas a los muros, Rafael y Dora contrajeron matrimonio delante de un juez sin que la novia supiera que estaba abandonando la vida a la vez que la soltería. La concurrencia no pasó de seis personas: Juana y Rafael con lágrimas en los ojos, la suegra haciendo esfuerzos para que se le escapara alguna, y con dos de los hermanos de Dora, Miguel y Urbano, haciendo de testigos. Al tercero, Germán, no lo encontraron. Andaba durmiendo una de sus melopeas en casa de la Carmen, pero allí no lo buscaron.

Un largo año estuvo hospitalizada Dora en el San Carlos, y estaba claro que no se quería largar de este mundo. Aguantó tres operaciones de las que los médicos advirtieron que, probablemente, no saldría viva, pero de las tres salió. Después de soportar en soledad varios años de hospicio, después de haber encontrado una familia... ¿iba a rendirse ahora? De eso nada. Dijo que salía y salió, para disgusto de su suegra que, encima, ya lo era de forma oficial. La dejaron hueca, como bien se encargaba de restregárselo la vieja cada vez que podía, pero superó el trance y la infección no pudo con ella.

A Dora la acompañaron el resto de sus días una fragilidad y una delgadez crónicas, pero la esterilidad pasó a segundo plano cuando su sobrina llegó para

quedarse con ella. Los años que le esperaban a Antoñita en la corrala de la calle del Espino iban a ser los más plácidos de su infancia; una pena, porque fue precisamente de los que menos se enteró. Los tíos Dora y Rafael acabaron siendo sus padres y su seguridad, mientras Juana seguía a sus verduras y Miguel a sus vinos.

—Vosotros no habéis bautizado a la niña, ¿verdad? —preguntó un día Dora.

—Ya sabes que Miguel ha jurado no pisar nunca una iglesia —contestó Juana—. Y bautizarla... ¿para qué? ¿Para tener que dejarle tres pesetas al párroco? Si le pregunto a Miguel, dirá que es un desperdicio en agua, por muy bendita que sea, pudiéndolas gastar en vino.

—Habla con el párroco de la Paloma, Juana, que ya pongo yo las perras... y le hago de madrina, pero a la chiquilla hay que bautizarla. Además, no creo que sean tres pesetas.

—A ti te acostumbraron las monjas muy mal... No sé yo a qué viene tener que bautizarla, si ni siquiera nos han casado.

—Cuando nosotros bautizamos a Amelia en San Cayetano tampoco estábamos casados. Una cosa no quita a la otra, y además, lo bien hecho, bien parece.

—Pero seguro que el párroco de San Cayetano no tiene tan mala leche como el de la Paloma. Que no conoces tú a don Gregorio... que te niega hasta el saludo si no eres feligrés, y nosotros no pisamos por allí.

—Pero Rafael y yo sí estamos casados, y si lo están los padrinos, seguro que con eso se arregla. Si quieres, voy yo a hablar con él.

—Te estabas muriendo... lo mismo tu boda ni vale. Y encima no te casó un cura. Mira, haz lo que quieras... si quieres bautizarla, la bautizamos, pero a ver cómo convences a tu hermano.

Ni la religión ni las iglesias iban con Juana, aunque mantenía una incoherente costumbre que no dejaba de hacer ni un solo año por Semana Santa en compañía de sus vecinas de la calle del Águila: acudir a la iglesia de la Paloma para recoger de manos del párroco el agua bendita que luego se salpicaba por los cuatro rincones de su casa y evitar así que entrara el demonio. «Ni que el demonio fuera un zopenco y no supiera elegir mejores casas para quedarse», protestaba Juana cada año cuando las vecinas la avisaban para ir a cumplir con el rito. Pero iba, porque había que ir, aunque continuara rezongando durante los escasos cincuenta metros que separaban su casa de la Paloma. Tan cerca estaban, que el toque de campanas atronaba en el patio, y no había domingo que la vecindad no oyera a la Juana canturrear chufas al compás del soniquete del tañido: «¡Cómo se la menean hoooooooooy... cómo se la menean al señor cuuuuuura...!».

Tampoco Dora pisaba por misa ni se le había perdido nada en parroquia alguna, pero le daba no sé qué dejar a la niña sin bautizar. Para ella era algo que había que hacer porque había que hacerlo, así que se plantó en la iglesia de la Paloma y pidió

hablar con el párroco. Le esperó sentada en los últimos bancos, y solo viéndole los andares ya le adivinó sus malas pulgas. Don Gregorio andaba por los sesenta años y nunca distendía el entrecejo, seguramente debido a una irritación retestinada por haberle tocado en mala hora aquella parroquia donde las tabernas tenían una feligresía mucho más devota que la que él reunía cada domingo. Apenas un puñado de beatas que siempre le contaban lo mismo en el confesionario.

Dora dobló la rodilla ante él, le besó la mano y después del obligado «Buenos días, padre», le dijo que venía a pedir hora para el bautizo de una sobrina recién nacida.

—¿Y por qué no han venido los padres? —preguntó don Gregorio con el ceño fruncido y las manos agarradas en la espalda.

—Están trabajando, padre, y me he ofrecido yo a venir. Es que viven aquí hace muy poco —mintió Dora para curarse en salud—, pero a mí me conoce don Marino, el párroco de San Cayetano. —Otra mentira—. Pregúntele usted por mí, por la Dora, que ya le dirá él que haré de buena madrina.

—No trato yo con don Marino. Bastante faena tengo con lo que me ha tocado... ¿Y por qué no la bautizan en San Cayetano?

—Porque a la niña le toca la Paloma. Nació aquí al lado, en la calle del Águila.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Tres semanas, pero parece que tiene más porque está muy hermosa...

—A mí, como si pesa kilo y medio. Dígales a los padres que traigan la partida de matrimonio y un duro.

—¿Un duro? Me han dicho que usted cobraba tres pesetas.

—Pues te lo han dicho muy mal. Y yo no cobro nada, el dinero es para las necesidades de la parroquia y para el volante del bautismo. Y son tres pesetas si el bautizo es temprano y de lunes a viernes...

—Es que el padre está ahora de pintor por Arganda —y venga mentiras— y la madre es verdulera en Santa Isabel... Andan trabajando. ¿No puede ser en domingo por las tres pesetas? Aunque sea temprano... o el sábado por la tarde.

—Esto no es un mercado y aquí no se regatea... Sábado y domingo, un duro. Dígales a los padres que vengan el día del bautizo, confesados y comulgados.

Y don Gregorio se dio media vuelta, siguió el pasillo entre los bancos, al llegar ante el altar hizo una rápida y rutinaria genuflexión, se santiguó y torció a la izquierda hacia la sacristía.

«Anda y que te dé un mal dolor...», masculló Dora mientras le veía desaparecer tras la puerta. Pues sí que tenía mala leche el tal don Gregorio... ¿Que se confesara su hermano? Pues como no le pillara en el quinto vino, iba listo. ¿Que comulgaran Juana y Miguel? Por ahí no iban a pasar. ¿Y de dónde iban a sacar la partida de matrimonio? ¿Y el duro? No, si al final el bautizo se iba a ir al guano.

La tía de Antonia no se rindió. Habría que apañarse con el bautizo de lunes a viernes y seguir regalándole mentiras al cura, pero a la chiquilla se la bautizaba como

que ella se llamaba Dora. Las tres pesetas las tenía ahorradas y para lo de la partida habría que buscar una excusa.

Dos días después, Dora se presentó otra vez en la Paloma con Antoñita en los brazos, por si la presencia de la criatura ayudaba a facilitar las cosas con el cura.

—Sí que está bien comida la niña... —fue lo primero que dijo don Gregorio.

—Nació así de rolliza, con cinco kilos. Bueno, ahora debe de andar ya por casi seis. Y mire qué guapa... He traído las tres pesetas, padre, pero ayer estuvimos a por la partida de matrimonio y no nos la han dado. La iglesia se les quemó en el año 28 y dicen que no guardan nada... Es que los padres vienen de otro barrio, por Cuatro Caminos, y se casaron allí. Nos han dicho que también podemos ir a pedir el volante a otro sitio, pero que tardan en darlo. ¿Y si mientras le pasa algo a la niña? No vamos a dejarla sin bautizar porque falte un papel. ¿No podemos arreglarlo? He traído las tres pesetas, padre. —Dora intentaba ablandar al párroco para que no permitiera que la nueva parroquiana se quedara en el limbo, porque ya sabría él que en aquel barrio una cuarta parte de los chiquillos no llegaba a cumplir el año.

—A la niña no le va a pasar nada porque se la ve fortachona —replicó don Gregorio, pero Dora notó que la excusa coló en cuanto le vio alargar la mano y guardarse las tres pesetas en el bolsillo de la sotana—. La bautizaremos el jueves que viene, a las siete de la mañana. Y venid confesados y comulgados, los padres y los padrinos.

—Sí, padre. Iremos todos a San Cayetano, con don Marino, que la tengo al lado de casa y a mi cuñada le pilla cerca del puesto. A mi hermano le diré que se confiese en Arganda... y que pida permiso en el trabajo. Aunque, siendo en jueves, le parte la semana. ¿De verdad que no lo puede usted arreglar para un sábado por las tres pesetas? Es que un duro es mucho, ya sabe usted cómo anda este barrio.

—Trae dos pesetas más, que seguro que las tiráis en dos entradas del cinema Pavón y estás porfiándome sabiendo que aquí se van a aprovechar mejor, que son para los pobres de la parroquia.

Y don Gregorio repitió el gesto de dos días antes. Media vuelta, a zancadas por el pasillo de bancos, genuflexión y giro a la izquierda camino de la sacristía. Dora se quedó tan chafada como tras la primera entrevista, pero esta vez, en sus adentros, cambió la maldición: «No te ahogará el alzacuellos, cabrón...».

Lo de los «pobres» le había llegado al alma. Tenía guasa el asunto. Cobrarles el bautizo a unos pobres con la excusa de ayudar a otros pobres. «Será cabrón —se repitió entre dientes—. Pues qué se cree que somos nosotros, ¿terratenientes? Y encima me sale con el cinema Pavón... cabronazo... como si nos sobrara para ir al cine. Si me han dicho que ya hasta hacen películas que se oyen y yo todavía no he oído ninguna... cabrón... cabronazo... bien sabes que vale a peseta la entrada. Pues será porque tú sí vas al cine, con el dinero de los bautizos, seguro». Y Dora continuó renegando mientras enfilaba la calle Calatrava camino de su corrala con Antoñita en brazos.

Ya hubiera querido ella haber visto más de dos películas en toda su vida. Desde que Rafael la llevó una vez al cine Doré a ver *Frivolinas*, en la primavera del 27, solo había vuelto en otra ocasión con su cuñada Juana. Pero cómo le había gustado. En la película no hablaban, pero Rafael le leía en bajito a Dora los letreros para que siguiera el argumento sin perderse. Porque Rafael sabía leer y escribir. De vez en cuando se paraba la proyección y, mientras una orquesta tocaba, un coro de bailarines salía al escenario que había delante de la pantalla e interpretaba los números de la película. Aquella primera vez fue como ver cine y teatro al mismo tiempo.

La que fue a ver con la Juana, ya embarazada de Antonia, no tenía baile. Tenía aviones, muchos aviones. Debía de ser por eso que la película se llamaba *Alas* y se anunciaba como «una soberbia producción que tantos y merecidos éxitos ha obtenido. Una maravillosa cinta en la que se suceden emocionantes y arriesgadísimas escenas». Era una película que había venido del extranjero y que estrenaron en el Monumental Cinema de la plaza de Antón Martín. Estuvieron las dos muy entretenidas con tanta ida y venida de aviones que se estrellaban o se derribaban entre sí; que despegaban, aterrizaban, bombardeaban... y con una chica que lucía unos labios impecablemente pintados hasta en las más desastrosas escenas de guerra y que tan pronto coqueteaba con uno como parecía estar enamorada de otro. Deberían haber ido con alguien que les leyera los carteles, aunque la disfrutaron igual. Al fin y al cabo, fueron, sobre todo, a ver el Monumental por dentro. El cine más grande de todo Madrid.

Dora se olvidó de aquel tiparraco con sotana en cuanto cayó en la cuenta de que lo más difícil estaba por llegar: aleccionar a su hermano Miguel y que se aprendiera todas las mentiras que había tenido que soltar en su nombre.

—Acuérdate, acordaos —les advirtió aquella tarde a la Juana y a su hermano—. Si os pregunta, decís que habéis confesado y comulgado la tarde anterior. Tú conmigo, en San Cayetano —dijo, dirigiéndose a su cuñada—, y tú en alguna iglesia de Arganda. Y no tenéis partida de matrimonio porque la iglesia donde os casasteis se quemó. Las tres pesetas ya están pagadas. El jueves a las siete bautizamos a Antoñita en la Paloma. Os quiero allí como un clavo.

—Lástima de dinero. Y a esa hora ya se está haciendo de noche —protestó Miguel, pensando que era el mejor momento para estar en la tasca.

—De la mañana, Miguel. A las siete de la mañana, que el cura este tiene precios por días y por horas. Y no se te ocurra agarrarte una de las tuyas el miércoles, que te quiero ver despejado y hecho un pincel.

—¿Se lo decimos a Urbano y a Germán? También son tíos de la niña —preguntó Juana.

—Me fío tan poco de este —dijo Dora, señalando con un gesto de cabeza hacia su hermano— como de los otros dos. Decídselo si queréis, pero no los veo yo a esas horas pisando una iglesia. Además, no hace falta tanta gente... ¿o es que vais a

invitar a café con churros? —preguntó con retranca.

—Y a un suizo... no te digo —replicó Miguel—. La Juana cada vez trae menos a casa y a mí no me sale faena.

—¿Que a ti no te sale faena?! ¡Me cago en la madre que te parió! —se le encaró la Juana—. ¡Pero si esta semana has dejado a tu tío tirado con una fachada a medias porque no sales de la taberna...!

—Lleva toda la semana lloviendo, so lista... ¿para qué voy a ir si la pintura no seca? ¿Para estar mano sobre mano y gastar en tranvía?

—Claro... para qué vas a gastar en tranvía si te lo puedes beber. Pues lo mismo podrías haber ido, aunque llueva, que mientras te podría salir otro tajo de interior, que ahí no llueve... so listo. Que eres tú muy listo.

Miguel levantó la mano amenazante contra Juana, pero se quedó en el gesto cuando su cuñado Rafael le paró los pies. A punto estuvo de liarse otra vez, pero Juana sabía que solo se atrevía con ella cuando estaba borracho. Sereno no pasaba de ponerse farruco. La bronca le vino bien a Miguel como excusa para levantarse y largarse de casa de su hermana camino de las tascas de la calle San Millán, pero aún tuvo tiempo de oír a la Juana:

—¡Y no pases por casa a buscar dinero! ¡Te va a dar igual... que ya sé que me has encontrado el escondite debajo del fogón! ¡No vas a encontrar ni una perra!

—¿Se ha vuelto a gastar todo este sinvergüenza? —preguntó Rafael.

—El otro día me quitó lo que tenía para pagar el género de la semana. Menos mal que en la Cebada saben que siempre cumplo y me han fiado. Y debemos cuatro duros de alquiler al casero de los dos últimos meses... Yo no sé qué voy a hacer con este hombre. Y encima nos pagáis el bautizo de la niña —se lamentó Juana.

—Mandarle a hacer gárgaras, eso debías hacer, que ya te lo he dicho muchas veces. Estás manteniendo a un vago. Y a un chulo. Será mi cuñado, pero yo le quiero lejos, y tú deberías quererlo más lejos aún —replicó Rafael.

Rafael le tenía mucho aprecio a la Juana, pero no podía, nunca pudo con Miguel.

El jueves 30 de enero, con un frío que pelaba, se reunieron los convocados poco antes de las siete en la puerta de la iglesia de la Paloma. A Urbano no lo encontraron y Germán estaba detenido por escándalo público desde la noche del martes. Se había encaramado a la estatua de Eloy Gonzalo en la plaza de Cascorro borracho perdido y allí arriba estuvo un buen rato entretenido, meando a todo el que se arribaba para convencerle de que bajara. Se tiró tres días detenido porque también meó a los dos guardias que fueron a por él.

Don Gregorio recibió a todos con su ceño agrio, espabiló el bautizo en un pispás y, sorprendentemente, ni se preocupó de preguntar si venían todos confesados. O tenía prisa y quería quitarse de encima cuanto antes a aquellos muertos de hambre, o no amaneció dispuesto a oír más embustes.

Pasaron luego a la sacristía para rellenar los datos del volante de bautismo, y así, por las buenas y sin más comprobaciones, acabó apañándose de un solo golpe el bautizo de Antoñita y el estado civil de los padres. El cura fue completando todos los apartados y la niña quedó registrada como hija del «legítimo matrimonio» de Miguel Villarreal y Juana Herrero. Aquella fe de bautismo acabó siendo el documento que oficializó un matrimonio inexistente y que se demostró muy útil en los futuros trabajos de Miguel, porque le ayudó a cobrar puntos por esposa legal e hija legítima.

Amelia también sacó partido a la llegada de su prima. A falta de juguetes, fue bienvenida una muñeca de carne y hueso a la que al mínimo descuido martirizaba sin más maldad que el puro divertimento infantil. La mayor distracción de Amelia consistía en hacerle decenas de coletitas a Antonia y atarlas con las hebras de los estropajos de esparto. La niña se rebelaba como podía, pero no había vez que las primas se quedaran solas que no acabara la pequeña con la cabeza poblada de moños que Rafael o Dora tenían que deshacer pacientemente entre los pucheros de la pequeña. Tirones sufría cuando se los hacían y tirones cuando se los quitaban. Por muchos años que pasaron, Antonia no olvidó el trauma y nunca llevó bien que le tocaran la cabeza. «Cuidadito con los tirones», advertía siempre al peluquero.

Con seis años, Antoñita tenía bien aprendido el camino hasta la calle del Águila, apenas un kilómetro de caminata que a veces hacía de la mano de su tía, a veces con su prima Amelia. Desde aquel enero de 1930 en que vino al mundo, Antoñita no pasó una semana sin que la llevaran a ver a su madre o que su madre fuera a verla. En ocasiones se daba el milagro de que Miguel también estuviera cuando acercaban a la niña. Pero la tía Dora no se fiaba como para dejarla estar con ellos más de un día, por lo general, desde las tres de la tarde del sábado, cuando Juana levantaba el puesto, hasta el domingo por la noche. Y eso, como mucho. Bien con la resaca de la mañana o con la borrachera de la tarde llegaría la bronca, y como quien evita la ocasión evita el peligro, antes de que eso ocurriera, allí estaba Dora para agarrar a Antoñita y llevársela de vuelta a la tranquilidad de su corrala. Sufría como si fuera su propia hija, así que Juana y Miguel parecían más unos parientes que recibían la visita de otros, que los propios padres de la criatura. De cualquier forma, la niña salió ganando con el cambio.

Se había metido la noche un sábado de julio de 1936, cuando, durante una de aquellas visitas a su madre, Antonia tuvo la primera referencia de que algo se salía de la rutina.

1936

Guerra

El mundo de Antonia nacía por el este en el barrio de su tía Dora, el de Lavapiés, y moría hacia el oeste en el de La Latina, el de sus padres. Por el norte limitaba justo hasta el puesto de verduras de su madre en Santa Isabel y, a sus seis años, lo más al sur que habían visto sus ojos era la ribera del Manzanares, donde la llevaron en tres o cuatro ocasiones a que se diera un chapuzón con una cuerda atada a la cintura. Dora nunca se había metido en más agua que la del barreño para su aseo semanal y le daba miedo que la niña se ahogara. Con un simple tirón de la cuerda podía recuperar a Antoñita. Allí, junto a unas huertas, se bañaban los pobres de la zona, porque los que disponían de una peseta y cincuenta céntimos podían entrar a la zona popular de la Isla, un complejo de tres piscinas, dos de verano y una de invierno, que habían construido río arriba, frente a la Casa de Campo. Lo inauguraron en el 32, aprovechando que en mitad del cauce emergía un islote. Entrar a la piscina de preferencia se disparaba hasta las dos o tres pesetas, dependiendo de la edad del bañista y de si se quería tener acceso a otros lujos adicionales aparte del baño.

Antonia había visto una vez la Isla desde la orilla, cuando tenía cuatro años, porque acercarse hasta aquella imponente construcción con aspecto de barco varado en mitad del Manzanares también tenía su atractivo para los madrileños que no podían entrar. Ir a ver la Isla fue para ella una extraordinaria salida al más allá, y bien que se divirtió contemplando cómo se tiraba la gente desde el borde de la piscina; algunos gritando, otros haciendo posturitas, las chicas de dos en dos y de la mano, tapándose con la otra la nariz, empujándose unos, corriendo por el borde otros... Antoñita oía los ¡chof! y a veces podía distinguir hasta las salpicaduras. Y le llegaban las risas de los que chapoteaban, pero la vista no le alcanzaba para apreciar la cristalina agua clorada, muy distinta a la que corría entre los ojos del puente de Toledo.

El arquitecto de la Isla, Luis Gutiérrez Soto, se enorgullecía de haber creado un espacio de ocio que acabara con el espectáculo de los lamentables, sucios, inmorales y bochornosos baños de lodo en las orillas del río, olvidándose de que esos indecorosos, impúdicos y vergonzosos chapoteos eran los únicos a los que algunos niños podían acceder. Para Antoñita, aquellos chapuzones en agua turbia eran una fiesta. Aunque nunca aprendiera a nadar.

Aquel 18 de julio no había quien soportara el calor en Madrid, y Dora bajó por la mañana con la niña hasta el Manzanares. Echó media tortilla fría al bolso, compró media barra de pan por el camino y a eso de las tres de la tarde estaban de vuelta y entrando por la calle del Águila. Dora se extrañó de ver poco movimiento en el

barrio... sería por el calor. Y más se sorprendió de ver el portal cerrado. La Domi nunca cerraba en verano hasta muy entrada la noche. Aporreó el portalón y la portera preguntó desde dentro quién era.

—Soy yo, Domi... la Dora.

—La Juana está arriba —le dijo la portera mientras abría la puerta con la llave de hierro de casi un palmo que siempre llevaba colgando de la cintura.

—¿Pero a qué viene cerrar el portal a estas horas? —preguntó mientras la Domi volvía a arrimar la puerta.

—Esto se está poniendo feo con los militares. Dicen que se han levantado y vete tú a saber lo que puede pasar. Así no entra nadie que no tiene que entrar. Tú es que no te enteras o qué...

—Yo vengo de la ribera y allí solo había chiquillería. Menos que otras veces, la verdad...

—¿Y no has visto el humo por López de Hoyos? Porque está ardiendo un convento por allí...

—¿Otra vez?

—¿Cómo que otra vez? Si ese es la primera vez que lo queman.

—Digo que si otra vez la han tomado con las iglesias.

—Yo eso no lo sé, pero hay un convento ardiendo... y no creo que haya sido por un brasero en pleno julio. Por la Paloma he pasado a media mañana y estaba cerrada, y San Andrés también. Y si cierran las iglesias, yo cierro el portal.

Juana bajó al encuentro de su cuñada, agarró a la niña, quedaron para la recogida del día siguiente y Dora volvió a paso ligero hacia su casa de la calle del Espino con Amelia agarrada de la mano. Había un tufillo raro en el ambiente.

Antonia pasó aquella tarde jugando en el patio y en mitad de un corrillo de vecinos que compartían lo visto allí o allá. Tampoco es que tuvieran mucha información, porque en La Latina todos vivían sus penurias pegados al barrio, el más pobretón de todo Madrid, y solo sabían lo oído en los cafés o lo que comentaban los vecinos del portal de al lado.

Las noticias les llegaron de primera mano cuando se echó la noche encima y empezaron a oír los primeros «pac... pac» que se colaban desde el raso que dejaba ver el patio. Eran los «pacos», los francotiradores que acabaron con ese nombre por el peculiar sonido de los disparos. Entre el vilo en el que les mantuvieron los «paqueos» y que la noche se presentó más calurosa de lo normal, se sentían más seguros todos juntos y al escaso fresco que proporcionaba la parra.

La charla se frenó de repente por unos golpes desesperados en el portalón y los gritos de un hombre.

—¡Ábranme! ¡Por Dios... ábranme!

—¿Quién es? —preguntó Juana a voces desde la entrada del pasillo pero sin abandonar el patio.

—¡Por favor, ábranme! ¡Que me vienen siguiendo! ¡Abran!

—¡Domi, ábrele! ¡Corre! ¡Abre! —le gritó Juana a la portera. Pero la Domi estaba clavada en el patio con cara de «Ya sabía yo que esto iba a pasar»—. O le abres tú o subo a por la llave a casa, pero no podemos dejarlo ahí.

—No abras, Juana —insistía el resto de los vecinos—. No abras...

—¡Coño... cómo no voy a abrir, si le vienen siguiendo! Yo no me lo llevo en la conciencia.

Juana le arrebató la llave a la portera, recorrió en tres zancadas el pasillo y abrió el portalón. Un hombre joven, sudoroso y aterrorizado entró, dio un quiebro para ponerse detrás de la puerta y solo dijo:

—¡Cierre!

Nadie preguntó, porque nadie quería saber. Nadie, salvo Antonia.

—¿Qué te pasa?

—Nada, niña... la guerra.

Al menos esa noche aquel hombre salvó la vida. Le dieron agua y un mendrugo y lo dejaron dormir acurrucado en el pasillo. A la mañana siguiente, la Domi le abrió temprano y se largó por donde había venido.

El domingo 19 de julio ya estaba todo patas arriba en Madrid, y gracias al boca a boca, todo el mundo se puso más o menos al tanto, pero sin entrar en detalles. En el barrio se enteraron de que los militares se habían levantado y estaban ganando en algunos sitios de España, pero que en Madrid les habían parado los pies. Debía de ser por eso que se oían gritos de «No pasarán», y que por eso también había hombres y mujeres pistola en mano y vestidos con monos a la caza del fascista. Las iglesias estaban ardiendo otra vez, como en el 31, y a la Juana no se le ocurrió otra cosa que acercarse calle arriba con la niña de la mano para ver el espectáculo de fuego que ofrecía la parroquia de San Andrés. Aquella fue la segunda referencia de Antonia de que algo raro estaba pasando.

En el barrio quemaron San Andrés y San Isidro, y por donde vivían Dora y Rafael acabaron en llamas San Cayetano y San Lorenzo. La Paloma se libró porque don Gregorio, muy previsor él, entregó la llaves de la parroquia a las milicias para evitar el incendio. El único desbarajuste grave que sufrió la iglesia fue el destrozo de los santos de cartón piedra y la confiscación de los candelabros de latón para hacer cartuchos. Aquel domingo ya no hubo misa y la Paloma pasó a ser cuartel en manos de los milicianos.

Durante el resto del verano el barrio se mantuvo en vilo, y aunque las miserias de los vecinos no les convertían en sospechosos de estar de parte de los sublevados, mejor andar con cuidado, que por menos de nada te paraban para pedirte cuentas. La vecindad de la calle del Águila se unió más que nunca, porque la única vida segura se podía hacer al refugio del patio. En cualquier caso, ahí no les alcanzaría una bala perdida, como la que dio en una pierna a Merceditas, una niña del número 29 que

quedó coja para los restos. Nadie supo de dónde vino y tampoco nadie buscó culpables.

Tal y como estaban las cosas, hubo que empezar a tomar precauciones. La Juana se afilió a la CNT, porque la única forma de conseguir trabajo era tener el carné del sindicato. Y, por lo que pudiera pasar, Miguel vistió a Antoñita de miliciana y la llevó al estudio de un fotógrafo en la calle Toledo. Si les paraban para pedirles cuentas y comprobar que no eran fascistas, Juana sacaría de la faltriquera su carné de afiliada y Miguel de su cartera la foto de la niña. La tía Dora hasta quemó las patentes de socios de la cofradía de la Purísima, el seguro de entierro que pagaba a toda su familia, incluidos Antoñita, Juana y Miguel, para tener donde caerse muertos y evitar ir a una tumba de caridad. Si alguien entraba en su casa y los pillaban con un papel donde hubiera una virgen estampada, los sacarían a todos de paseo.

Aunque lo cierto es que por aquel barrio pedían las explicaciones justas, porque la mayoría de los vecinos eran considerados fieles republicanos por ser obreros, incultos, pobres, ignorantes, chabacanos, castizos y nada religiosos. A casi nadie se le pasaba por la cabeza que alguien que sobrevivía a duras penas, sin educación, hambriento, malhablado y desamparado pudiera comulgar con quienes debería considerar los causantes de sus males. Los padrones decían que en Madrid solo quedaba un 20 por ciento de analfabetos, pero en el distrito de La Latina bien sabían que, o bien ellos no contaban en las estadísticas, o todo ese 20 por ciento vivía allí.

Ni un solo vecino del 27 de la calle del Águila tenía ideología ni ganas de luchar por unos o por defender a otros. Tampoco conocían el significado de la palabra, pero se aprendieron bien, porque así se lo hicieron saber, que vivían en zona roja. La otra, la nacional, estaba un poco más lejos... por el Retiro, decían, más allá de la Puerta de Alcalá, pero solo la conocían de oídas.

La guerra iba a traer algo bueno para Antonia. Ya no había puesto que montar ni verduras que vender, y por fin pudo recuperar a su madre a jornada completa. Las tornas cambiaron y ahora las visitas esporádicas eran a casa de su tía Dora, y solo cuando se podía. A Miguel, en cambio, que se las prometía felices, la guerra le trajo un disgusto de los gordos: le pusieron a trabajar con pico y pala. Lo que no había conseguido nadie, lo logró la República.

En el barrio hubo tres destinos posibles para los hombres. Unos agarraron voluntariamente una pistola, se pusieron el mono miliciano y se sumaron al terror de las detenciones y los paseos; otros fueron reclutados, y a los demás les tocó hacer «fortis», que con este nombre genérico y cañí se quedaron las trincheras, las barricadas y las fortificaciones. Miguel, con los cuarenta y cinco ya cumplidos, se libró de ser reclutado, pero le tocó doblar el lomo a la altura de la Puerta de Toledo y algunos días al otro lado del Manzanares. Siempre volvía renegando, en parte por su total ausencia de espíritu republicano y patrio, pero sobre todo por el pago que

recibía: cien gramos de mortadela unos días, cien gramos de chicharrones otros, y casi siempre un hatillo de leña. Eso no había forma de cambiarlo por vino.

Habría que haber visto las «fortis» en las que trabajó. Contaba que, más que servir para la defensa, las fortificaciones acabarían aplastando a los que se suponía deberían proteger. Los muretes que se levantaban estaban tan mal contruidos, que un solo proyectil derribaba varios metros. Y peor era lo de las trincheras, que en realidad eran zanjas discontinuas que obligaban a salir de una para entrar en otra. «A más de uno le van a arrear en el camino de tanto entrar y salir», decía Miguel.

La Juana tiró de sus contactos en el mercado de la Cebada, y gracias a su carné de la CNT consiguió trabajo en un local de reparto de racionamiento de verduras y frutas, en el 111 de la calle de Toledo, lo que irremediamente supuso un nuevo traslado de Antoñita hacia los brazos de su tía Dora en la calle del Espino. Era una niña de ida y vuelta.

Ni que decir tiene que la Juana supo sacar partido de su puesto de privilegio, y aunque las despachadoras estaban vigiladas, siempre escamoteaba algo para ella y para Dora. Sus vecinas de la calle del Águila también sacaron ventaja de tener a la Juana repartiendo racionamiento. A menudo caían un par de patatas de más o una naranja que no entraba en el reparto, aunque estuviera picada.

Y bien que apretaba el hambre, aunque todavía les quedaban a algunos ganas de chufla, como cuando apareció en la fuente de Neptuno un cartelón que decía: «O me dais de comer o me quitáis el tenedor». Eso vino contando el Inocencio, que siguió aprovechando cada día antes de que le llegara el reclutamiento trabajando con su cuerda al hombro y haciendo portes. Nunca le faltó faena durante los primeros meses de guerra, porque muchos cerraron tiendas y negocios y siempre había alguien que le reclamaba para algún traslado de trastos. Inocencio era el vecino del 27 de la calle del Águila que más se movía por las afueras del barrio y siempre regresaba con noticias de lo que se cocía más allá de La Latina. A veces, incluso, volvía a casa con algo más que su cuerda al hombro.

Una tarde, tras cumplir con el encargo de trasladar una mesa de comedor y seis sillas en la calle del Barquillo, regresaba Inocencio a por más tajo hacia Fuencarral cuando se topó en el camino con una situación que pasó del absurdo a lo cómico en menos de lo que tardó en liarse dos pitillos. Un paisano cargaba en su espalda con un gran saco de patatas por la calle Colmenares cuando otro ciudadano, intachablemente vestido, con buen gabán, puro en la boca y orondo como un barril, lo frenó en seco.

—¡Camarada! —Convenía adaptarse a los modos milicianos hasta para pedir la hora, aunque aquel hombre, en otro tiempo, hubiera llamado la atención del paisano con un simple «¡Eh! ¡Mozo!»—. ¿Me vende usted unas patatas?

—Claro que sí, señor —contestó el paisano, enderezando el lomo tras dejar el saco en el suelo y sin dejar de hacer una radiografía de reajo a aquel tipo al que

adivinó bien comido y con posibles—. El racionamiento nos aprieta a todos, ¿eh?

—Malos tiempos, camarada. Pero así le aligero peso y se lleva usted unas perras. ¿A cómo me las vende?

—Yo solo se las vendo a condición de que me las compre todas. Puestos a aligerar, aligéreme del todo.

—¿Cuántas lleva?

—Sesenta kilos —mintió el paisano ante la poca habilidad que presintió tenía aquel ricachón para calcular que solo llevaba cuarenta—. Se las pongo a dos el kilo por el favor que me hace.

—¡Hecho! Aquí tiene, camarada, ciento veinte pesetas.

El paisano agarró el dinero, lo guardó, abrió el saco y comenzó a sacar las patatas y a dejarlas en el suelo. A esas alturas ya había algún vecino asomado al balcón para ver en qué quedaba el negocio. Inocencio también se paró, porque se olió que de aquel encuentro alguien iba a salir con cara de pánfilo. Apoyado de medio lado en la esquina de Colmenares con Infantas, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda y liándose un cigarrillo a ciegas, sin perder ripio del episodio, ni siquiera se molestó en disimular una sonrisa cuando vio que al menos diez patatas descansaban sobre la acera.

—Pero... ¿qué hace? No me las deje ahí, hombre... camarada —protestó el ciudadano.

—¿Y qué quiere que haga? —preguntó el otro, dejando de sacar patatas—. Usted me ha comprado las patatas, no el saco.

—¿Y qué vale el saco?

—Diez pesetas.

—¿Es de paño fino? Pues sí que se han puesto caros los costales de tubérculos...

—Precisamente por eso, señor, porque es un costal de tubérculos y no un saco de patatas... vale diez pesetas —replicó con sorna el paisano, volviendo a sacar más patatas.

—¡Pare usted ya con las patatas! Y tenga los dos duros.

—Pues muchas gracias, señor. Que tenga usted un buen día. —Y enfiló por la calle con las manos en los bolsillos.

—Oiga... pero... ¿Me las deja aquí? ¿No me las acerca usted a casa?

—No, camarada. Ya he cargado bastante con ellas, y ahora los tubérculos son suyos. Y el costal, también —contestó el paisano, girando la cabeza pero sin detener su camino.

A esas alturas del episodio, algunos de los asomados a los balcones decidieron abandonar su palco para bajar a la escena. Había que ver en primera fila cómo salía del trance aquel ciudadano que todas las patatas que había visto en su vida eran bien guisadas y en un plato de porcelana fina. Inocencio también se acercó al hombre, y con mejor intención que los que ya iban rodeándole a prudencial distancia, se ofreció a llevarle el saco a cambio de un par de duros más. Siempre y cuando su casa no

estuviera muy lejos, claro.

—¿Otros dos duros? ¡Me van a salir las dichas patatas a precio de faisán! Y además, me he quedado con tres pesetas en el bolsillo. Se las doy si me lleva el saco hasta Serrano.

—¿Y por dónde cae Serrano? —preguntó Inocencio, que se quedó con ganas de preguntar también qué era un faisán—. ¿Está cerca?

—Por la Puerta de Alcalá...

—Ca... no, señor. Eso es el otro mundo, y cuesta arriba desde Cibeles. Vale los dos duros... si no tres.

—Pues vaya con viento fresco, que yo me quedo con mis patatas. Ya me las apañaré.

Inocencio volvió a su observatorio de la esquina, porque aquello, estaba visto, no se iba a quedar así. Reprodujo su postura de antes y comenzó a liarse el segundo cigarrillo. Pensó que, seguramente, la reputación de aquel hombre no le permitía cargar con un saco lleno de cuarenta kilos de patatas, o quizás ni siquiera se lo planteó al pensar que eran sesenta. Pero lo que sí hizo sin dudarlo fue proteger su compra. Después de devolver al saco sus tubérculos amontonados sobre los adoquines, se sentó encima y decidió esperar a que la solución viniera sola o a que se diera el milagro de que pasara por allí algún conocido.

El grupo de vecinos en torno al ciudadano se iba haciendo mayor, como gatos rodeando la jaula de un jilguero para dar con la forma de meter mano al pájaro. El hombre intentaba no perder las formas y miraba al frente con fingida naturalidad; con toda la naturalidad que podía transmitir un hombre de brillantes botines, sombrero de buen fieltro, barba perfectamente recortada y gabán de buenas hechuras sentado encima de un saco de patatas en el adoquinado de la calle Colmenares.

La primera en acercarse fue una mujer que, con cierta timidez, le rogó que, ya que tenía tantas patatas, le vendiera un par de kilos. Y casi le convence de que pusiera a buen precio el kilo para poder liquidar al menos la mitad del saco y que el transporte le fuera más fácil. Pero la defensa de su costal se había convertido ya en una cuestión de orgullo, y seguramente aquellos muertos de hambre no le pagarían el kilo a más de una peseta, la mitad de lo que él había desembolsado. Ni hablar.

Dos mujeres más se aproximaron a intentar convencerle de que vendiera algunas patatas, pero el hombre continuó instalado en su negativa. Hasta que se oyó una voz desde un balcón del primer piso que rezumaba retintín castizo:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Ca-ma-ra-da! ¡No seas ansioso! ¡Acaparador!

El susto provocó que el hombre se levantara como un resorte, pero al despegar el culo de su asiento patatero el sacó volcó y las patatas comenzaron a rodar. Fue visto y no visto. Chiquillos por allí, mujeres por allá y otros hombres que, junto con el Inocencio, aguardaban desde todos los frentes a que se abriera la veda, hicieron desaparecer las papas en un santiamén. Aquel ciudadano, incapaz de atender todos los flancos, decidió sumarse a los asaltantes y llenarse los bolsillos con todas las que

podiera. En los del gabán, en los de los pantalones, en el sombrero...

En un lado de la calle Colmenares quedó el saco hecho un gurrño, vacío, mientras la chiquillería, las mujeres y el Inocencio desaparecían con el botín. El hombre se quedó mirándolo y su cara reflejaba sus dudas. «¿Me llevo el saco? Ya que me ha costado dos duros...». Y su autocrítica: «Quién me mandaría a mí meterme a comprar patatas a granel...».

Dada la carga de patatas conseguida y el tiempo perdido, Inocencio decidió interrumpir su faena como mozo de cuerda y volver a la calle del Águila. Aquel día se había dado bien, pero más le hubiera solucionado el mes conseguir las diez pesetas por llevarle el saco de patatas a aquel finolis que al final se fue con no más de cinco de sus tubérculos en los bolsillos.

Cuando la Domi le vio llegar con las patatas no pudo por menos que preguntarle cómo había conseguido aquella abundancia. Y el Inocencio se fue recreando en el relato de la peripecia mientras media vecindad le rodeaba entre risotadas a cuenta de la comedia protagonizada por el orondo vecino de la señorial calle de Serrano.

El hambre apretaba a todos y en todo Madrid, pero los más perjudicados eran los menos acostumbrados a pasarla y los que siempre habían tenido la despensa llena gracias a la posibilidad de pagar buena carne y mejor pescado. La escasez de suministros que sufría la ciudad dejó a los más pudientes desconcertados. Con dinero, pero sin posibilidad de adquirir viandas, mientras que los que nunca habían paladeado lujos sabían sacar partido a una ración de cualquier cosa. Así que, entre las habilidades de la Juana para escamotear algo en el despacho del racionamiento y fortunas como la del Inocencio con las patatas, en el 27 de la calle del Águila no se pasaba hambre.

Las que mejor mano tenían para hacer sabrosas «comidas de nada» eran Teresa la Paleta y Paca la Guarra. En aquellos tiempos todos olvidaron sus escrúpulos con la abuela Paca, porque solo ella sabía cómo preparar una jugosa merluza... sin merluza. Entre todos aportaban lo que podían para que de vez en cuando sirviera una merienda-cena en el patio. Unas raspas de bacalao, sal, arroz, aceite y carbón le daban a Paca la Guarra para hacer una comilona que a todos les sabía a gloria bendita, porque, total, nunca habían probado la merluza de verdad. Consistía en cocer el arroz con las raspas hasta dejarlo bien pasado. Luego Paca lo escurría, lo dejaba enfriar bien apretado y dándole a la masa una forma redonda y alargada, y lo cortaba en rodajas del grosor de un dedo. Rebozaba después en harina, freía y aquello sabía a exquisita merluza rebozada. Si además aparecían un par de huevos para alegrar el rebozado, la merienda vecinal alcanzaba la categoría de banquete real.

A veces remataban hasta con una chocolatada que preparaba Teresa la Paleta con harina teñida, agua y un poco de azúcar. Y si había suficiente aceite, nadie como ella hacía esos aperitivos crujientes y saladitos a base de finas tiras de mondas de patatas

y cáscaras de naranja.

La carne, ni la olían, pero un golpe de suerte como el que le tocó al Inocencio con el panoli de las patatas vino a solucionar otro festín de la mano de Dora y Rafael y a cuenta de un burro que, además de llenarles el estómago, salvó las vidas de los tíos de Antoñita una madrugada de otoño del 36.

Dormían ya todos en la casa en de la calle del Espino, cuando los gritos de un vecino despertaron a toda la corrala. Era el Dioni, que arrastraba como podía por el patio a un asno que se resistía a avanzar porque se olía su destino.

—¡Un burro! ¡El Dioni ha pillado un burro! —chillaban los vecinos según iban saliendo de sus casas en pijama y asomándose a las barandillas de los pasillos.

—¡Bajad todos, que hay que matarlo! ¡El que no baje no come! —gritaba con chufla el Dioni.

—¡Venga, Dora, levanta! ¡Vamos abajo! —apremió Rafael, y con ellos salieron Amelia, Antoñita y Dolores.

Los vecinos fueron sumándose arremolinados en torno al Dioni y al burro, a la vez que salivaban con los futuros guisos de patatas con la carne del pescuezo y los filetes de lomo empanados que saldrían de aquel animal. A nadie le importaba de dónde lo había sacado y cómo había conseguido llevarlo hasta la calle del Espino a esas horas de la madrugada sin que los milicianos se lo confiscaran. Solo pensaban en comer carne fresca de jugoso burro. Apenas habían llegado Dora y Rafael al patio sin soltar a las niñas de la mano, cuando todos los vecinos pegaron un brinco por un estruendo que les llegó desde el tejado de la corrala. Cayeron algunos cascotes que descalabraron a algún vecino; nada grave, pero la peor parte se la llevó el pollino. La buena suerte quiso que el asno parara con su cabeza un pedrusco que lo dejó grogui, lo que iba a facilitar las cosas a la hora de degollarlo.

A la misma velocidad que Rafael y Dora bajaron, volvieron a subir. El ruido había venido de su casa. Cuando entraron, vieron un obús perfectamente acostado y sin detonar en el colchón que solo minutos antes habían abandonado. La cama estaba partida y hundida en su centro, como si acunara aquel pedazo de proyectil, y sobre ella, un enorme agujero por el que se había colado.

El revuelo de la corrala por culpa del burro, con las luces que fueron encendiendo los vecinos según iban despertándose, había convertido el número 6 de la calle del Espino en un blanco perfecto para el bombardero que sobrevolaba Madrid a las cinco de la madrugada. Estaban acostumbrados a oírlo pasar casi cada día, y de hecho lo llamaban «el lechero» por su puntualidad tempranera, pero nunca les había regalado su carga, hasta que aquella madrugada la emoción por la llegada del pollino les hizo olvidar a todos que estaban en guerra y que las órdenes eran no encender las luces.

Aquello, de momento, no tenía solución. El obús estaba bien acomodado y el burro, aún atontado en el suelo, esperaba abajo su destino. Mejor ocuparse primero del asno y luego dar aviso del bombazo, no fuera a ser que vinieran a desactivar el proyectil y de paso requisaran al animal. El Dioni hizo de perfecto matarife. Lo

despiezó, lo repartió y, dos horas después, allí no había pasado nada. Nada, salvo que aquel burro había salvado las vidas de Dora y Rafael.

Los tíos de Antoñita sacaron más tajada del burro que el resto de los vecinos, compadecidos todos por el desastre que les había provocado el obús. Solo cuando tuvieron bien escondida su parte, dieron aviso en la comisaría de la plaza de Lavapiés e informaron de que en el tercer piso del número 6 de la calle del Espino había un obús acostado.

Aquella misma mañana acudieron unos especialistas del ejército a desactivar el proyectil, y, cuando se lo llevaron, Rafael tomó una decisión que pensaba compartir con su cuñada Juana y, sintiéndolo mucho, con el vago de Miguel. A mediodía, los tíos de Antoñita tomaron camino de la calle del Águila y, tras el relato del suceso, Rafael hizo su propuesta.

—Dora y yo nos vamos de la calle del Espino. Con las niñas y con mi madre. Se nos ha metido el miedo en el cuerpo con esto de la bomba. Nos podía haber matado, y si seguimos en el barrio, algún bombardeo nos acabará matando. Vivimos en primera línea de fuego y nos estamos jugando la vida. Están evacuando las casas y yo tengo un conocido que tiene mano para alojarnos en uno de los edificios incautados del centro.

—Como si por allí no cayeran bombas —replicó Miguel.

—Pues lo tienes muy fácil. Tú te quedas y que se venga la Juana —se revolvió Dora.

—Joder, Dora... siempre estás con la escopeta levantada. No he dicho que no quiera ir... he dicho que allí bombardean tanto como aquí... que a la Telefónica la llaman «el queso de gruyer» de los agujeros que tiene. Aquí nos disparan desde el cerro de los Ángeles y allí desde la Casa de Campo.

—Pero vamos a una casa con sótano, y si hay sótano, hay refugio. Que a este paso me veo viviendo en los andenes del metro. Nosotros nos vamos y Antoñita se viene —remató Rafael, sin dar más opción.

—¿Y dejamos la casa así... por las buenas? ¿Y si se nos mete alguien? —preguntó Juana.

—Juana, por el amor de Dios... —dijo Rafael—. ¿Pero quién va a querer meterse aquí? Si esto es el frente. El barrio se está quedando medio vacío. Y qué te van a quitar, ¿dos sillas medio rotas y un catre? Coge los cuatro cacharros que tienes y arreando... Esta misma tarde nos mudamos a la calle Cedaceros, que ya he quedado con el Peque.

—¿Al lado de las Cortes? ¡Nos van a freír! —volvió a protestar Miguel.

—¡Pues tú te quedas, coño... y que te frían aquí! —sentenció la Dora, levantándose—. Nosotros ni siquiera podemos dormir en la casa. Nos han bombardeado el colchón. Vámonos, Rafael, que no quiero que entre unas cosas y otras se nos haga de noche con el traslado.

El Peque era un personaje al que, la verdad, mejor tener como amigo. Conocía a Rafael porque habían crecido juntos en Lavapiés, y fue de los que no dudaron en echarse una pistola al cinto de miliciano nada más producirse el levantamiento. Bien conocía él los pisos que habían sido incautados por las bravas a los sospechosos de simpatizar con el alzamiento o los que directamente habían sido abandonados por sus propietarios aprovechando el verano. Muchas familias dijeron irse de vacaciones cuando vieron la que se venía encima, y otras lo decidieron de un día para otro cuando comprobaron que Madrid había resistido el primer envite de los golpistas.

Era fácil adivinar dónde vivían los evacuados con un simple vistazo a los balcones de los edificios señoriales. Niños desarrapados y asomados que desentonaban con las vistosas fachadas, mujeres tendiendo en las barandillas ropa remendada, gallinas sacando el pescuezo entre los balaústres... Por cualquier calle ilustre podía verse un burro oprimido en el balcón de un tercer piso o dos cabras desconcertadas en un mirador del principal. Esos eran los evacuados de los pueblos de los alrededores de Madrid que habían llegado a la capital con el colchón enrollado y tirando de los animales que creyeron les podrían sacar de algún apuro. Y bien que cumplieron los cuadrúpedos, porque llenaron decenas de estómagos cuando los burros empezaron a ser un estorbo en el piso, cuando las cabras dejaron de dar leche porque tenían más hambre que sus dueños, o cuando las gallinas se olvidaron de poner huevos en el mullido de los sillones y comenzaron a aclocarse por pura comodidad.

A una de esas casas llegó Antonia con sus tíos, sus padres, la vieja y el Peque a finales de octubre del 36. Era un piso enorme que acogía a diez familias refugiadas, una en cada habitación, y que aún dejaba ver el lujo del que habían disfrutado sus anteriores habitantes. Todo lo de valor había volado, pero todavía quedaban algunos muebles y varios libros a los que ninguno de los nuevos inquilinos supo sacarle el gusto. La mayoría porque no sabía leer, y los que sabían —solo el Peque y el tío Rafael— no encontraron entretenimiento en lecturas sobre el *Nuevo tratamiento quirúrgico del estrabismo* o *Mi modelo de pinza para la extracción in toto de la catarata*. Les dieron utilidad, junto con los marcos de las puertas, como alimento del fogón.

La casa era propiedad del doctor Castresana, uno de los oftalmólogos más notables de Madrid, y en donde también había estado instalada su consulta. El escaso material médico que allí quedó abandonado pasó a formar parte del parque de atracciones en el que se convirtió el piso para toda la chiquillería refugiada. Se turnaban de dos en dos para subirse en la camilla con ruedas mientras los demás empujaban pasillo arriba, pasillo abajo; atravesando el gran arco que daba entrada al salón y saliendo por la doble puerta que comunicaba con la estancia que en mejores tiempos debió acoger un comedor para, al menos, dos docenas de comensales.

Los dos cuartos de baño de la casa fueron lo más codiciado por todos los inquilinos. Ninguno de ellos había disfrutado en su vida de uno semejante. Con su

lavabo de agua corriente; con su bañera; con su retrete de porcelana... con otro recipiente ovalado y bajito, a medio camino entre un inodoro y un lavabo que ninguno sabía para lo que servía pero al que dieron utilidad como lavadero. Tomar asiento por tiempo de más en aquella taza de lujo trajo más de una bronca con los vecinos que esperaban su turno con el papel de periódico en la mano. Aunque no tuviera tapa, se estaba de lo más a gusto.

En un lateral del salón, junto al mirador esquinero que daba al cruce de la Carrera de San Jerónimo con la calle Cedaceros y desde donde se alcanzaba a ver la fuente del dios Neptuno —rebautizado como el Emboscao, porque los sacos terreros le llegaban hasta la corona—, quedó un piano indefenso, acogotado; un superviviente de la expoliación tras la huida de la familia, pero que en cambio no resistió los aporreos con una plancha de hierro que los niños encontraron entre la cacharrería abandonada. Llegó el día en que el piano dejó de sonar y quedó hecho trizas para combustible del fogón.

La casa del doctor Castresana estaba desvalijada, y, salvo un puñado de libros de oftalmología, la camilla y aquel piano por el que ninguno de los saqueadores tuvo interés, seguramente por lo complicado del transporte, poco más quedaba. Unos platos sueltos de una vajilla de filo dorado y con iniciales, dos o tres pucheros, tres o cuatro muebles desvencijados y con el barniz perdido, cacharros inservibles y alguna que otra sorpresa.

El tío Rafael encontró caída, arrebujada detrás del último cajón vacío de una cómoda, la chaqueta de un pijama de caballero que quedó oculta, huérfana de los pantalones a juego, cuando los dueños hicieron las maletas. La descubrió al sacar los cajones para hacerlos astillas en cuanto se presentaron los fríos de diciembre. Y era de su talla. La usaba rara vez, porque era de buen género y le hacía elegante; podría durarle muchos años si no la castigaba con muchas puestas. Nunca comía con ella, por si se manchaba, y jamás se la ponía a la hora de dormir para que no se le arrugara. Además, todo el mundo se acostaba vestido por si había que salir zumbando en cuanto las sirenas anunciaban los bombardeos. ¿Y si en la carrera desenfundada hacia el refugio se le hacía un enganchón?

Rafael usaba su distinguida chaqueta de pijama de vez en cuando y solo para estar por la casa, como si llevarla puesta convirtiera aquello en un hogar. Pero, muy a su pesar, tuvo que dejar de lucirla. Cada vez que decidía ponérsela aparecían los bombarderos fuera del horario habitual.

—¡Echa esa chaqueta al fogón de una vez, coño! ¡O déjala para trapos! —le decía Miguel—. Que no hay vez que te la pongas que no caigan los pepinazos aquí mismo. Y además no te pega, es de señoritingo.

—A ver si el dueño le ha echado mal de ojo —apoyaba Dora—. No te pongas lo que no es tuyo... que encima es verdad, cada vez que la usas aparecen los obuses.

Rafael dejó de ponérsela, pero se olía que las quejas de Miguel eran pura envidia por no haberla encontrado él, aunque también conocía lo supersticiosa que era su

mujer, así que mejor guardar la chaqueta por si de verdad atraía las bombas. Eso sí, hacerla trapos... de eso nada. Ya habría ocasión de volverla a lucir.

Miguel también encontró algo. Aunque en realidad no encontró nada. El cuadro estaba allí, a la vista de todos. Demasiado grande, de más de un metro de largo, como para que les hubiera pasado desapercibido a los que requisaron todo lo demás. Era un gran relieve de metal un poco oscurecido, representaba la Sagrada Cena y estaba colgado en la habitación que les había correspondido a Antonia y a sus padres en el reparto. Puede que los saqueadores lo despreciaran deliberadamente por su significación religiosa, o porque no repararon en que aquello no era vulgar estaño, sino plata maciza.

A Miguel aquel cuadro le daba escalofríos. Si lo dejaba en su sitio, le podrían tomar a él por fascista católico, y no quería allí nada de valor. Mucho menos a esos doce santos con su patrón velándoles el sueño. Y encima, cenando. No quiso romperlo ni bajarlo a la calle; ni siquiera advertir al Peque.

Hacia la mitad del largo pasillo que recorría la casa, se abría un semicírculo que debió albergar en su día una especie de capilla pequeña. Eso dedujo Miguel, porque había un pedestal medio roto con aspecto de haber sostenido una imagen, y la pared estaba entelada de rojo. Descosió una de las costuras por la zona más cercana al techo, metió el cuadro por la ranura, dejó caer la Sagrada Cena hasta el suelo y apañó luego como pudo las dos piezas descosidas para disimular la abertura. Entre la pared y la tela, escondidos, pasaron casi tres años Jesucristo y sus doce apóstoles, de espaldas a la guerra y salvados por un hombre que huía de curas e iglesias como de la peste.

Las familias refugiadas en la casa del doctor Castresana se organizaban sus guisotes —unos más sustanciosos que otros, dependiendo de la habilidad de cada uno a la hora de conseguir comida—, turnándose con el gran fogón de la cocina y con tres o cuatro hornillos. El hambre estaba instalada en todos los estómagos madrileños, pero Antoñita no la conoció. La Juana no reparaba en riesgos a la hora de conseguir comida, y cada dos por tres se adentraba en las huertas que quedaron abandonadas en Carabanchel por su cercanía a la línea de fuego para ver lo que seguía criándose por allí de forma asilvestrada. Cualquier bala perdida podría haberla matado, pero la Juana era valiente. Siempre encontraba en su rebusca algunos manojos de acelgas, lechugas y, si había suerte, un par de repollos maltrechos a los que la verdulera Juana sabía devolverles su buena cara. Los refrescaba bien, los limpiaba y cargaba con el botín de guerra hasta su sitio en Santa Isabel. Ya no había puestos, pero allí seguía su trozo de acera para hacer trueque y cambiar sus escasas verduras por cualquier otra cosa que sirviera para adornar un guiso.

Entre los trapicheos verduleros de su madre y las sisas en el despacho del racionamiento, entre los cien gramos diarios de chicharrones o mortadela que cada

día traía Miguel en pago por hacer «fortis» y entre que uno de los vecinos de la casa del doctor Castresana, Julián el Matarife, trabajaba en el matadero y nunca faltaba carne de pescuezo de caballo, Antonia no supo lo que era tener el buche vacío. Ni siquiera cuando veía con la nariz pegada al ventanal los bombardeos de panecillos que los fascistas lanzaban desde el aire para ganarse a la población tuvo la tentación de bajar a por uno. No todos se atrevían a recogerlos, porque los milicianos hicieron correr la voz de que estaban envenenados para rendir Madrid.

A ojos de Antonia, casi todo eran buenas noticias. Aquella nueva casa era como un patio de vecindad, con muchos niños con los que trastear sin salir de casa, con sus tíos y sus padres reunidos, sin hambre... Salvo el Peque.

El Peque le daba miedo. No había día que no llegara relatando sus valentonas, presumiendo de los que había «paseado» la noche anterior mientras metía cuchara en los cocidos que preparaban Dora y Juana. Quedó claro desde el principio que tenía derecho a que le hicieran de comer por haberles buscado la casa. La Juana acabó por plantarle cara aun sabiendo que aquel hombre, cada día más crecido pese a su invariable escasa estatura, podría cobrárselo.

—¡Estoy harta de oír los que matáis cada noche! ¡Y estoy harta de que la niña lo oiga!

—Son fascistas... bien muertos están —contestaba el Peque, arrimándose un plato de sopa—. Y la niña no es tonta, ya sabe ella que estamos en guerra, y que en la guerra muere gente, ¿verdad, bonita? —Y le sacudía la cara a Antonia agarrándola por la barbilla—. Son los malos, niña. O los matamos o nos matan. A ti también.

—¡Que no le digas eso a mi hija! Y os estáis llevando a muchos por venganzas de unos y otros, que de todo se oye. A cuántos habréis matado por matar...

—Déjalo, Juana... —terciaba Miguel.

—Pues que deje de contar muertos, o el cocido se lo preparas tú.

El Peque dejó de contabilizar sus paseos, al menos delante de la Juana, pero continuó dejando su pistolón sobre la mesa con un golpe seco cuando se sentaba a comerse su ración. Bien sabía Antonia que había guerra, aunque su madre la protegiera de oír los fusilamientos del Peque. Tenía que estar atenta al grito que uno u otro daban en la casa cuando comenzaban los bombardeos.

—¡Que están tirando!

—¡Al refugio! ¡Al refugio!

Y así cada noche de cada día. Todo quedaba empantanado. Todos corriendo escaleras abajo para hacinarse en el sótano. Miguel se quejaba de que le hubieran sacado de la calle del Águila por estar en primera línea de fuego para llevarle a donde más bombas caían, tan cerca de la «avenida de los obuses», que así llamaban a la perforada Gran Vía.

Solo en una ocasión Antoñita vio caer una bomba desde la ventana esquinera de la casa, pero porque en la carrera desenfundada hacia el refugio se olvidaron de ella. Cayó justo enfrente de la puerta de las Cortes y nunca olvidó el socavón que produjo

y cómo levantó los raíles del tranvía; todos mirando al cielo. Llegó casi a la vez la segunda, que impactó en la esquina de Carrera de San Jerónimo con Cedaceros, y pasó por delante de sus narices mientras contemplaba desde el ventanal la polvareda que había provocado la primera. No tuvo tiempo de más, porque la Juana, que había interrumpido su carrera por las escaleras al darse cuenta de que faltaba la niña, la agarró del brazo y la llevó casi en volandas antes de que la tercera pudiera dar de lleno en la casa del doctor Castresana. Cuando paró el bombardeo y abandonaron el refugio, Antoñita volvió al ventanal y miró. Abajo, entre escombros, la mujer que casi todos los días vendía periódicos sentada en su silla de tijera estaba tirada en el suelo, blanquecina de polvo.

La señora de los periódicos fue la segunda ocasión en la que Antoñita vio un muerto. La primera apenas llegó a echar un vistazo casi de reojo, forzando el movimiento de la cara para mirar mientras su madre le sujetaba la cabeza para impedirlo con la mano extendida a la altura de los ojos.

Muy rara vez salía Antonia de la casa del doctor Castresana. Pero un día acompañó a su madre a una visita rápida que acabó en bronca por el empeño de la Juana en reclamarle a un primo una antigua deuda. Se enteró de que el Faustino estaba trabajando de enfermero en el hospital de sangre en el que se había convertido el hotel Palace, y como pillaba al lado fue a exigirle los dos duros que le debía. La riña se lio de más entre los primos porque el Faustino le dijo a la Juana que no estaba el momento para devolver nada, que estaba allí de voluntario y trabajaba solo por la comida.

—De eso nada, que ya me he enterado yo de que te están pagando los milicianos. Si no te echo el guante aquí, ¿cuándo te lo echo? Me lo ibas a devolver en tres semanas y ya han pasado tres años. Quiero mis dos duros, que ya deberían ser tres.

—Cuatro... no te digo. ¿Para qué los quieres ahora? ¿Para dárselos al chulo de tu marido y que se lo gaste en putas?

—A ver si te los vas a acabar gastando tú en botica como sigas por ese camino, que está nuestra hija delante.

—Tu hija... puede, pero ya sabes tú que esta niña no es de Miguel. El sifilítico de tu marido no sirve. Ya te devolveré los dos duros cuando salgamos de esta.

La Juana no le arreó allí mismo porque estaba en territorio desconocido. Pegó un tirón de la niña y volvió a la casa.

—¿Qué es sifilítico, mamá? —le preguntó Antoñita en el camino.

—Nada, hija. El Faustino, que es un gilipollas.



—No irás a poner eso...

—¿El qué? ¿Que mi abuelo no es mi abuelo porque tu padre no era tu padre? Ni que fuera un orgullo tenerlo en esta familia.

—Qué va a pensar la gente. ¿Se tiene que enterar todo el mundo de que mi padre era sifilítico?

—A lo mejor eso explica muchas cosas. Puede que tuviera tan mala leche por la sífilis. ¿Pero al final la pilló o no la pilló?

—Yo qué sé. Ni siquiera la llamábamos sífilis. El tío Rafael me contó mucho después que cuando mi padre vino de la guerra de África se trajo una enfermedad «de mujeres». Vete tú a saber lo que haría por allí. Vino muy malo y le pincharon unas inyecciones que le pusieron peor. Dicen que la sífilis te dejaba impotente, por eso el Faustino le diría aquello a mi madre.

—O sea, que ahora me entero de que soy nieta de abuelo desconocido, mira tú...

—Pero no lo irás a poner...

—Eso fue lo que le dijo su primo a tu madre, lo mismo no era verdad.

—Que se trajo la enfermedad era cierto, y que le pincharon y se puso muy malo, también. Mis tíos no me iban a mentir. Si de verdad mi padre era impotente, no lo sé, pero tú no lo pongas. Qué pensarán...

—Vamos a ver... tu padre, que ya no sabemos si era tu padre, era un borracho, un vago, un chulo con el carácter revirado y valiente solo para pegarle a su mujer... ¿y a ti te preocupa que se sepa que fue sifilítico?

—¿Es que a ti no te importa?

—¿A mí? Es una buena noticia saber que el cabrón de tu padre no era mi abuelo.

—Oye, que si quedamos en que no era tu abuelo, pues tampoco era mi padre.

—Pues eso.

—Pues vale, pero no lo pongas.

—Ya veré.



Alguna vez, cuando se adivinaba un día tranquilo de bombardeos, la Juana se llevaba a Antoñita con ella hasta Santa Isabel, por donde se dejaba ver siempre que podía para defender su espacio y que todos vieran que su sitio seguía siendo suyo; que la Juana seguía viva. En algún momento terminaría la guerra y ella volvería a instalar su puesto y a vocear sus alcachofas en temporada, flores por los Santos y pollos en Navidad.

Cuando enfilaban la cuesta de Santa Isabel, tomándola desde el final de la calle, tenían que pasar sin más remedio por el depósito de cadáveres, donde se amontonaban los cuerpos porque no había suficiente suelo para colocarlos alineados. Eran los «paseados», expuestos en el interior pero visibles desde fuera, porque la orden era dejar los batientes de las ventanas abiertas. Las caras de los que se agolpaban agarrados a los barrotes dejaban adivinar por qué habían ido hasta allí: los rostros más inexpresivos, los que intentaban disimular la angustia aunque les delatara su frenético movimiento de ojos deteniéndose en las caras de los muertos, en unos zapatos o un traje reconocibles, en un anillo... eran los que buscaban sin querer encontrar al familiar que esa noche no había vuelto a casa. Los de gesto más dolorido, los que paseaban su mirada lentamente sobre las pilas de cadáveres, habían ido

llevados por la curiosidad más morbosa, por el inédito y empalagoso olor de la muerte. Las grandes ventanas, tan verticales que llegaban casi hasta el suelo, dejaban ver el espectáculo desde la altura de Antoñita, entre los huecos que se abrían entre los mirones, pero la Juana siempre apretaba el paso cuando pasaba por allí, y si su hija la acompañaba, plantaba la mano para que la niña no mirara.

Un día miró. Fue muy fugaz. Solo vio gente tumbada. Pero la vio, y sabía que eran muertos.

Aquel efímero vistazo se le quedó estampado, como una foto fija desenfocada, y cada vez que oía los bombardeos o veía el pistolón del Peque encima de la mesa mientras se tomaba su sopa, volvía a reproducirse en su cabeza el montón de cuerpos. Hasta que otra imagen desplazó a los muertos del depósito de Santa Isabel, cuando divisó en la calle, asomada a la ventana, el cadáver desbaratado y polvoriento de la señora que vendía periódicos.

La silla permanecía intacta y las hojas de papel revoloteaban por la calle.

1939

Hambre

Antoñita cumplió nueve años en la casa del doctor Castresana. La guerra no la hizo más valiente, ni capaz de entender algo de lo que había pasado. Siempre pegada a la falda de su tía o de su madre, o sufriendo las perrerías de su prima Amelia. Su mismo mundo se repetía día tras día sin nada extraordinario que recordar más allá de los muertos de Santa Isabel y la señora de los periódicos. Bombas, refugio, miedo, el Peque, su pistolón, más bombas, de vuelta al refugio, otra vez el miedo...

—¿Dónde estará el Peque? Hace días que no viene...

—Y este ya no vuelve, Juana —contestó Rafael—. Esto se acaba y ha salido por pies. O vete tú a saber si el paseo se lo han acabado dando a él, que no creo, porque es un vivales.

—Que se acaba ya lo sé. Lo he notado porque en el despacho de racionamiento me están pagando de más y con billetes que no van a valer. Ya te lo digo yo. Me huelo que, en cuanto entren los otros, el dinero me va a servir para hacer lumbre.

En mitad de la charla oyeron los gritos que venían desde la escalera. «¡La guerra ha terminado! ¡La guerra ha terminado! ¡Volvemos a casa!». Esa era la única alegría, ser de nuevo un muerto de hambre, pero en casa; seguir con las miserias, pero en el barrio; volver a la calle sin tener que mirar al cielo, regresar al fresco de la parra del patio de la calle del Águila, montar el puesto...

Ya lo sabían, pero poco les importaba a los refugiados en la casa del doctor Castresana de quién era el triunfo. Nadie dijo «Hemos ganado» o «Han perdido»; «Hemos perdido» o «Han ganado». Les pilló la guerra con una mano delante y otra detrás, y la paz no les iba a cambiar la postura. Ni ganaban ni perdían nada.

Antoñita no sabía qué pensar. Volvía a casa, pero ¿a qué casa? ¿Con sus tíos y su prima Amelia a la corrala de la calle del Espino? ¿Con sus padres a la calle del Águila?

—¿Y no nos podemos quedar aquí viviendo? —preguntó Antonia a su tía—. Así seguimos todos juntos.

—Esta casa no es nuestra —respondió la Dora—. Los dueños querrán volver. Nosotros a nuestro sitio, a nuestro barrio.

—Pero es que aquí hay lavabo. Y taza de retrete.

—Lo importante no es dónde se caga, sino que el sitio donde cagues sea tuyo —replicó Juana a su hija—. ¿Es que no quieres volver a casa? Pues los que vivían aquí también querrán volver.

Y Juana no quería ni pensar con lo que se iba a encontrar aquella gente. Se les iba

a caer el alma a los pies. Todas las puertas y las ventanas con todos sus marcos habían acabado en ceniza y pocos cristales estaban en su sitio; en las zonas donde el suelo era de baldosas quedaron ronchones renegridos como testigos de las hogueras, y en donde la superficie era de tarima, parte de las tablas fueron levantadas y quemadas; los techos, ahumados; las paredes, desconchadas...

Aunque tampoco quería ni imaginar lo que se iban a encontrar ellos cuando volvieran a la suya.

El 27 de la calle del Águila seguía en pie y a las casas se podía entrar a vivir, que ya era mucho para haber aguantado en primera línea de fuego. La de Antoñita solo estaba un poco más derruida que cuando la dejaron, aunque ahora se veían las vigas de madera porque del retumbar de los bombardeos se habían desprendido trozos de techo. El camastro seguía allí. El fogón, también, y, en un rincón, desvencijado y volcado, había aguantado el palanganero.

El resto de los vecinos fue llegando.

La corrala de la calle del Espino estaba un poco más perjudicada. Allí seguía el boquete del obús que acabó acostado, pero en el comedor se podrían apañar. Lo malo es que la familia había aumentado y el cuchitril no daba para tanto. Tenían que acoplarse Dora y Rafael con su hija Amelia, la vieja, Carlos y Carmen.

Carmen era la hermana de Rafael, pero se había ido muy jovencita de casa porque buscaba mejor vida. Creyó encontrarla haciendo la calle, y así, metida a puta, tropezó con la mejor de sus suertes cuando se topó con Carlos el Marquesito, un dandi que después de unos cuantos encuentros la retiró y le dio la buena vida que estaba buscando. Era timador de guante blanco, tan capaz de venderle a un ganadero sus propias reses como hábil para trampear en las casas de juego. Pero la guerra lo había dejado sin clientela y sin casa, y, mientras levantaba de nuevo el negocio, se instaló con Carmen en la corrala de la calle del Espino.

Tampoco tuvieron tiempo de estorbarse en aquellas apreturas, porque la fortuna quiso que nada más terminar la guerra, recién retornados a la corrala, muriera una hermana de la vieja. La mujer había sobrevivido a los bombardeos, a las colas del racionamiento, al frío y al hambre durante los tres años de guerra y acabó muriendo el cuarto día de paz. A solo unos pasos de allí, en el número 88, tercero interior de la calle del Amparo, había vivido la tía de Rafael y Carmen. Dolores les ofreció a las dos parejas irse a vivir a la casa de su hermana fallecida, y Dora vio el cielo abierto cuando supo que iba a dejar de verle la jeta a la vieja, siempre cabreada, siempre renegando... Anda que tardó en hacer otra vez el petate con cuatro cacharros para instalarse con su marido y la niña en la nueva casa. Además, viviendo con ellos el Marquesito, nunca faltaría dinero. Una pena que Antoñita no se hubiera quedado, porque en la calle del Amparo había retrete y lavabo.

Pero apenas hubo tiempo de retomar la normalidad. Todo se precipitó.

El cambio de domicilio no impidió que Rafael fuera localizado por las autoridades una mañana de mediados de abril.

—¡Rafael Pozuelo! ¡Policía! ¡Abra!

Rafael abrió la puerta con la Dora a su espalda y con Amelia detrás de su madre agarrada a la Carmen. El Marquesito había salido temprano de casa porque estaba recomponiendo su negocio. Frente a ellos había dos miembros de la Policía Armada perfectamente pertrechados y un civil de punta en blanco que los acompañaba.

—Buenos días. Ustedes dirán... —dijo Rafael con un hilillo de voz.

—¿Han estado ustedes evacuados en el principal del número 10 de la calle Cedaceros desde noviembre del 36? —preguntó uno de los policías, sin ni siquiera responder al saludo.

—Sí, señor... allí nos llevaron. Pero éramos muchos...

—No se asuste —intervino con tono conciliador el civil bien vestido—. Soy el doctor Castresana, el dueño de la casa... de lo que queda de casa, donde han estado ustedes refugiados. Estoy buscando a todas las personas que han vivido allí. ¿Qué había cuando ustedes llegaron?

Rafael, que desconocía ser el primero de la lista de los interrogados, no pensaba mentir por si acaso esa pregunta ya se la habían hecho a otros.

—Allí no había nada, señor. Cuando llegamos estaba todo arrasado. Un piano, algo de cacharrería, una camilla... y, que yo viera, una cómoda. Por cierto, se dejó usted la chaqueta de un pijama. Se la he guardado. —Y antes de que pudieran frenarle, Rafael se fue a la habitación, agarró la prenda que con tanto cuidado había conservado y se la ofreció al doctor Castresana.

—Puede quedársela, porque ya no sé dónde están los pantalones.

—Pues esos sí que no estaban...

—¿Y el piano?

—No le voy a mentir... como no sabíamos tocarlo, acabó en leña para el fogón. Y la cómoda también.

—Aparte del pijama, ¿cogieron ustedes algo más o vieron que alguien se llevara algo? —intervino uno de los policías con ganas de retomar el interrogatorio—. Dénos los nombres de los que vivían con ustedes en la misma casa.

—Dora, tráete los platos —dijo Rafael a su mujer, pero la Dora ya venía con ellos desde la cocina—. Son dos platos que nos trajimos, pero no sé dónde está el resto.

Y Rafael empezó a relatar los nombres de los demás refugiados, empezando por su familia y siguiendo con sus cuñados Juana y Miguel, mientras el policía apuntaba en una libreta.

—... y luego estaba Julián, el del matadero, con su señora y sus dos chiquillos, y Petra la viuda, con su hija y su yerno, el Casimiro, y tres nietos. Al Casimiro no lo movilizaron porque le faltaba un ojo. Y también vivían el Manuel con su mujer y su nuera. El hijo no sé cómo se llamaba y solo le vi una vez, cuando vino del frente.

Paco, que creo era chatarrero, estaba con su hija Juani y con dos nietos, y después llegó el señor Lucio con...

—¡Pero cuánta gente se metió en mi casa! —interrumpió el doctor Castresana.

—Nos llevaron allí porque estábamos en primera línea de fuego... —intentó excusarse Rafael, aliviado porque no quería llegar a mencionar al Peque—. A nosotros nos bombardearon el colchón.

—¿Su cuñado Miguel es el del número 27 de la calle del Águila? —volvió a preguntar el policía.

—Sí, señor, pero entramos a la vez, y tampoco se llevaron nada. Mi madre está en el 6 de la calle del Espino, aquí al lado, pero no sé dónde viven los demás.

—Eso ya lo sabemos porque ha sido ella la que nos ha dicho que ustedes estaban aquí. A los que faltan ya los iremos localizando —remató el policía—. Buenos días.

—Y muchas gracias —se despidió el doctor Castresana.

—¿No quiere usted los platos? Tienen sus iniciales... y el filo de oro.

—Quédeselos. No voy a ir reuniendo la vajilla plato a plato.

Rafael esperó dos minutos y salió corriendo a casa de la Juana y Miguel. Con un poco de suerte, no irían directamente allí y podría contarles cuanto antes lo que había declarado, no se fueran a meter en un lío por relatar cosas distintas; pero los dos policías y el civil no se presentaron en la calle del Águila hasta el día siguiente. La Juana ya tenía preparado el puchero de hierro que se llevó de la casa del doctor Castresana para devolvérselo, y Miguel declaró con pelos y señales dónde había escondido la Santa Cena de plata mientras el policía apuntaba en su libreta.

—Mi cuñado Rafael no se lo dijo porque lo escondí sin decírselo a nadie. Ya sabe usted cómo estaban las cosas... —se explicó Miguel mientras Juana permanecía al lado con la cacerola entre las manos.

—Es usted un buen cristiano —intentó halagarle el médico, agradeciéndole que no hubiera fundido la plata—. El Señor le pagará por haberle salvado de tanta barbarie.

A Juana se le escurrió el puchero de una mano cuando oyó lo de «buen cristiano» y, al intentar frenar la caída, el cacharro le dio en la cabeza a Antoñita, que asistía a toda la escena pegada a su madre. La niña solo soltó un ay, pero no lloró.

—¿Es su hija? —preguntó el doctor Castresana.

—Sí señor —respondió la Juana—, y este puchero es suyo.

—Me parece que lo necesita usted más que yo —dijo el médico, echando una ojeada rápida a aquel cuartucho con techo y paredes desconchados y con medio suelo de baldosas de barro y el otro medio sin solar.

—Si tuviera con qué llenarlo, puede.

—Ahora todo irá a mejor. Dios aprieta, pero no ahoga. Puede quedarse con el cacharro —se fue despidiendo el médico—. Y muchas gracias por haber salvado la Santa Cena, Dios quiera que siga allí. Buenos días.

La Juana conservó su puchero, a Antoñita le salió un chichón y Dios siguió

apretando con más ganas.

La Policía volvió una semana después para comunicarle a la madre de Antoñita que tenía que presentarse a la mañana siguiente en la comisaría de la calle del Cordón número 2. La Juana sabía que no había hecho nada, pero también sabía que bastaba con que cualquiera al que le hubieras pisado un callo te señalara como rojo para acabar detenido. «A ver si el señoritingo del puchero me ha denunciado porque no ha encontrado el cuadro —pensó la Juana, pero inmediatamente lo descartó porque, de haber sido así, habrían citado a Miguel—. Lo mismo alguien se ha chivado de que me saltaba el control de la Puerta de Toledo para ir a las huertas de Carabanchel. Como no sea algún vecino envidioso de la casa del doctor Castresana... pero no... no creo. A lo mejor no es por nada. Solo por controlar, si no, no me hubieran citado, me habrían llevado directamente. A la Chepa y a su marido se los llevaron detenidos por ir a ver a los fusilados en las tapias de San Isidro... no los citaron». La Juana buscaba en su cabeza algo por lo que alguien se quisiera cobrar un asunto pendiente, pero no encontraba nada por lo que pagar. «Seguro que no es nada, Juana —se repetía una y otra vez—, que se te figuran los dedos huéspedes». Pero se descompuso.

A la mañana siguiente, Juana se presentó en la comisaría de la calle del Cordón con Miguel y con Antoñita de la mano. En los bajos de las casas de alrededor vio la niña, al otro lado de los barrotes de las ventanas, mucha gente apretada. Todos de pie. Muy juntos. En las comisarías de distrito no había espacio para encerrar a tanto detenido, así que se incautaron los pisos cercanos y vacíos para convertirlos en centros de detención provisionales a la espera del destino de los encerrados.

Después de identificarla, el policía se levantó y se fue hacia los archivadores. Abría un cajón, buscaba, cerraba. Abría otro, volvía a buscar... Nada.

—De momento, no aparece la denuncia —dijo el guardia—. Preséntese mañana aquí a la misma hora.

—Pero... ¿Qué denuncia? ¿Por qué me han denunciado? Si no aparece es porque no hay nada contra mí. ¿Por qué tengo que volver? No he hecho nada —dijo Juana con toda la humildad que pudo.

—Usted viene y se acabó. Algo habrá hecho si se la ha citado. A la misma hora.

Dos días más duraron las idas y venidas desde la calle del Águila a la comisaría de la del Cordón. El tercero, quedó detenida.

—¿Por qué? ¿De qué me acusan? —preguntó la Juana con la voz temblona.

—Por roja. Está acusada de denunciar en enero del 37 a un sacerdote que vivía escondido en el bajo de la calle del Olmo.

—¿A un cura? ¡Si yo no conozco a ningún cura! Y en el bajo de la calle del Olmo vive mi madre... ¡Yo no he denunciado a nadie! —Y enseguida cayó en la cuenta—. Ya sé quién ha sido. La Josefa. ¡La portera... por el botellazo!

Juana se atropellaba con las explicaciones. Decía que eso era una venganza, que

jamás había denunciado a nadie a los rojos, que la portera de casa no la había perdonado... que le abrió la cabeza con una botella... que le robaba verduras... que acabaron en comisaría... que no pasó nada... que...

—Si no ha hecho usted nada, ya se verá —zanjó el policía—. A mí no me tiene que dar explicaciones. Se queda detenida a la espera de juicio. —Y entonces reparó en Miguel, que permanecía cuajado junto a su mujer—. ¿Y usted quién es?

—¿Yo? Su marido.

—¿Y usted qué ha hecho en la guerra?

—Fortificaciones.

—¿Para los rojos?

—Para los que me mandaban...

—Pues usted también queda detenido.

—¿Qué hacemos con la niña? —preguntó Juana.

—¿Tiene algún familiar?

—Mi madre, la Petra —contestó la Juana.

—¿Y dónde está?

—En la boca del metro de Antón Martín. Pidiendo... es ciega.

Antoñita vio cómo se llevaban a sus padres mientras a ella la dejaron esperando en un rincón a que viniera un guardia que la acompañara hasta Antón Martín. ¿Por qué había dicho su madre que la llevaran con la ciega? ¿Por qué no la dejaban con sus tíos? ¿Adónde se los llevaban?

La niña tenía tanto aprecio a su abuela como el que sentía su abuela hacia ella. Se aterrorizaba solo con verla. Tan siniestra, con los ojos blancos, mirando siempre a ninguna parte, ennegrecida... La única vez que la Juana la dejó con ella mientras hacía un recado, Antoñita se llevó un guantazo de la vieja con la mano mojada que le hizo ver puntitos de colores. Petra estaba lavando en un barreño y la niña enredando a su lado con el agua y el jabón de sebo; Antoñita cambió la pastilla de sitio, la Petra no la encontró al primer tiento y le sopló un sonoro bofetón sin mediar palabra. Por entonces solo tenía cuatro años, pero nunca olvidó el sopapo.

El guardia no soltó a Antoñita de la mano desde la comisaría hasta la plaza de Antón Martín.

—¿Se llama usted Petra? ¿Es la madre de Juana Herrero? —preguntó el policía a la única ciega que vio pidiendo en la boca del metro, sentada en un lateral del primer escalón.

—¿Quién pregunta?

—Soy policía de la comisaría de la calle del Cordón. Su hija ha quedado detenida y le traigo a su nieta. ¿Es usted o no es usted Petra?

—No.

—Señora, no vayamos a tener un problema. La única ciega que hay aquí es usted y se tiene que hacer cargo de su nieta.

—¿Y el Miguel? ¿Por qué no se la llevan a su padre?

—También está detenido.

—¿No ve que yo no me puedo hacer cargo de nadie? —dijo la vieja, levantándose del escalón.

—Es su nieta, señora... Aquí se la dejo. Cójala. —Y el guardia dio media vuelta y se fue mientras Antoñita se quedó agarrada a la ciega y preparada para esquivar el guantazo.

Esperó lo justo hasta ver desaparecer al policía, pegó un tirón de la mano y echó a correr. Antonia llegó sin aliento a la calle del Espino. La otra vieja no estaba en casa, pero una vecina la llevó hasta la calle del Amparo y allí encontró el abrazo de Dora. Antonia contó a su tía la peripecia de aquella mañana. Que sus padres estaban presos, que dijeron que eran rojos, que la llevaron con la ciega, que se escapó...

—¿Y por qué han dicho que los dejaban presos? ¿Por rojos? ¿Así, sin más?

—A mi padre por las fortificaciones, y a mi madre porque ha denunciado a un cura.

—¡Anda ya! ¡Qué va a denunciar tu madre a un cura! Si no se habla con ninguno... —se extrañó la Dora.

—Eso han dicho, no sé... Pero no vayas a preguntar, tía, que te cogen a ti también.

Juana y Miguel permanecieron dos semanas hacinados con otros detenidos en unos bajos incautados en el número 2 de la plaza del Cordón. Las mujeres en unas habitaciones: los hombres, en otras. Dormían de pie, apoyados unos contra otros. Las ventanas permanecían siempre abiertas, pero varios guardias vigilaban que nadie se detuviera en la calle para mirar ni tener contacto con los presos. Desde el día siguiente de la detención, Dora se acercaba cada mañana con su sobrina para intentar ver más allá de los barrotes de los ventanales, sin pararse, a los padres de Antoñita. Si había suerte y Juana y Miguel habían conseguido arrimarse a la ventana, podrían verlos. Pero no la hubo.

Después de diecisiete días de paseos calle arriba y calle abajo, esperando ver a alguno de los dos, Dora apartó el miedo y se decidió a preguntar en la comisaría por su hermano y su cuñada. Antoñita tiraba de ella para que no entrara porque se veía otra vez de vuelta a la boca de metro de Antón Martín de la mano de un guardia.

—Han sido trasladados hace dos días —contestó el policía que la atendió, después de mirar en unos archivadores.

—¿Y me puede usted decir adónde? Si de paso me dice usted por qué, se lo agradecería mucho... es que no sabemos nada de ellos desde hace más de dos semanas.

—¿Cómo que por qué? Por rojos. Miguel Villarreal está en la Provincial de Hombres Número 1, la de Porlier, y Juana Herrero, en la de mujeres de Ventas.

—¿Y eso dónde está? La cárcel de Ventas sé que está en Ventas, ¿pero la otra?

—Pues si la de Ventas está en Ventas, la cárcel de Porlier está en Porlier. ¡Siguiente!

Dora averiguó que la cárcel de Porlier era el antiguo colegio de los escolapios convertido en prisión en el 36. Y, efectivamente, estaba en Porlier, en la calle General Díaz Porlier, la cárcel de la que fueron saliendo los detenidos durante la guerra acusados de fascistas a la misma velocidad que entraron los señalados como rojos desde abril del 39.

A la mañana siguiente salieron temprano y con paso ligero Antoñita y su tía. El paseo desde Lavapiés hasta la cárcel era largo, y luego tenían que intentar llegar a la de Ventas. Dora no quería ponerse en lo peor, pero estaban fusilando a mucha gente, y animaba a su sobrina para oírse en voz alta y consolarse a la vez.

—Ya verás como al final podemos verlos y que no es nada. Es que están preguntando a mucha gente porque es lo que pasa siempre cuando hay guerra. Pero en cuanto terminen de preguntarles, los sueltan.

—¿Tú has estado en muchas guerras? —preguntó la niña.

—Guerra... guerra... no. Pero sé lo que pasa porque me lo cuenta el tío Rafael, que lee periódicos.

—Tía, si a ti te preguntan si eres roja, tú di que no, porque si dices que sí, te van a querer preguntar más cosas. Y di que el tío tampoco.

—Te has quedado bien con lo de «rojo», ¿eh? Pues claro que no somos rojos. Ni tus padres. Somos pobres, pero ni amarillos ni *coloraos*, que los colores no nos dan de comer. Y deja de preocuparte tanto por nosotros y piensa en que van a soltar a tus padres, hija.

—Y cuando los suelten... ¿con quién me quedo yo? —Antoñita buscaba arrancarle una promesa.

Tres horas estuvieron esperando en una cola que se extendía por la calle hasta llegar a las cuatro mesas alineadas en el gran vestíbulo del antiguo colegio. Les dijeron que Miguel Villarreal no estaba allí, que preguntaran en la de al lado, en la de Torrijos, porque en Porlier estaban saturados y a algunos presos los habían derivado a esa otra cárcel separada solo por una calle.



—Un momento. ¿A tu padre lo llevaron a la cárcel de Torrijos? Tú siempre me has dicho que estuvo en la que da a la calle Conde de Peñalver.

—Es que Conde de Peñalver antes se llamaba Torrijos. Hija, me lío con las cárceles. Es que estaban las dos juntas, y las dos daban a Conde de Peñalver y a la calle de Porlier. Pero que igual te da. Eran cárceles.

—No me da igual porque en la de Torrijos estuvo Miguel Hernández.

—Y Pepe López, no te digo... ¿Ese quién es?

—Un poeta muy famoso, y en la cárcel de Torrijos escribió uno de sus poemas más famosos, las «Nanas de la cebolla», en septiembre del 39. Hay una placa en la fachada que lo dice.

—¡Anda! Pues mi padre estuvo a la vez, porque entró en mayo. ¿Y a ese poeta por qué lo encerraron?

—Por lo mismo que a todos, por rojo. ¿No te dijo tu padre si lo conoció?

—¿Mi padre? ¿Hacer migas con un poeta? Tú estás tonta.



En la prisión de Torrijos, después de otras dos horas de espera, les confirmaron que Miguel Villarreal estaba encarcelado a la espera de que le tomaran declaración, pero ese día no podrían verle. Los días asignados para sus visitas iban a ser los martes a las nueve de la mañana. Podrían llevarle un paquete con comida, algún artículo para su aseo, algo de ropa y dos mudas.

Se les fue la mañana en localizar a Miguel y aún tenían que llegar a la de Ventas para saber qué había sido de Juana. Menos mal que la Dora había echado al bolso un trozo de tortilla de patata de la noche anterior. Apretaron el paso todo lo que pudieron para llegar a la cárcel de mujeres de Ventas, y, después de otras dos horas de cola solo se encontraron con que a Juana Herrero no se la podía ver. Estaba incomunicada. «Vuelvan la semana que viene. Si quieren, le pueden traer paquete». Dora hizo el camino de regreso en silencio. Al menos estaban vivos, pero Antoñita parecía llevar mejor ánimo que en el de ida. Volvía a casa, con sus tíos.

Cada martes, a las nueve de la mañana, Dora acudía a ver a su hermano con la niña y el paquete. A veces con un peine, otras un jabón de afeitar, la brocha, bicarbonato para los dientes, una tartera con chicharrones, las sobras de un cocido... lo que pillara. Le metía también un pantalón, una camisa y la muda limpios y recogía la ropa sucia de la semana anterior. La angustia era siempre la misma, que le hubiera tocado alguna saca y un día la respuesta fuera: «Lo han fusilado».

Pasaban luego a un largo corredor donde había dos alambradas paralelas que lo recorrían. A un lado, los presos que recibían visita; al otro, los parientes, y, entre las dos verjas, un pasillo ancho por donde paseaban y vigilaban los guardias para que no hubiera nada más que intercambio de gritos. Aquello era un guirigay de cientos de personas intentando entenderse a voces con las del otro lado; queriendo saber, preguntando por la familia, pidiendo que viniera algo en el siguiente paquete... Había que recorrer el lateral de las visitas buscando al otro lado al pariente, pegado a su lado de la verja, y hacerse hueco enfrente de él.

—¡Cómo estás! —Esa era siempre la primera pregunta de Dora a su hermano.

—¿¡Quéééééé!?! —respondía invariablemente Miguel.

—¡Que cómo estás! ¡Que si te han dicho algo!

—¡Todavía no me han tomado declaración! ¿¡Se sabe algo de la Juana!?

—¡No! ¡No nos dejan verla! ¡Ahora vamos para allá!

—¡¿Te han dado la ropa sucia?!

—¡Sí! ¡Ahí te he dejado unos chicharrones y cinco cigarros! ¡Y te he traído el peine! ¡No vuelvas a perderlo!

—¡No lo he perdido, coño, me lo han robado!

—¡Rafael te manda recuerdos!

—¡No te lo crees ni tú! ¡¿Y el Germán y el Urbano?! ¡¿Los has visto?! —se preocupó Miguel por sus hermanos.

—¡A Germán no, pero el Urbano me ha dicho que está bien! ¡Nos vamos a dejarle el paquete a la Juana y a ver si hay suerte y nos dejan verla!

Poco más podían decirse porque nada más debía oírse. Antoñita asistía cada semana a parecidos diálogos a voces sin intervenir más allá del «hola» y el «adiós», siempre acompañados de un gesto con la mano. Cada martes, después de los cinco minutos que duraba la visita, deprisa, deprisa, tomaban camino hacia la de Ventas para hacer la cola y volver a escuchar la misma respuesta: «No se la puede ver. Está incomunicada». Los intentos por saber algo de la Juana continuaron todos los martes de cada semana durante once meses.

De momento, no faltaba qué comer ni qué ponerse. Dora organizaba bien el abastecimiento y trapicheaba mejor. Conseguía cajetillas de noventa cigarrillos liados y puso a su suegra y a Antoñita a venderlos sueltos en la esquina de la calle Miguel Servet con Amparo. La vieja se quedaba esperando a que algún paisano se acercara a comprar, pero Antoñita espabiló enseguida. En cuanto veía a alguien en la calle echarse mano al bolsillo, lo abordaba a la carrera y ofrecía su mercancía con una sonrisa: «¿Quiere un cigarrito, señor?». La vieja se ponía negra. Decía que vendía poco porque Antoñita le quitaba todos los clientes antes de que llegaran a la esquina. «Pues corra usted como corre la niña», le contestaba la Dora con toda la mala leche.

El vecino de arriba de Dora y Rafael también se beneficiaba del estraperlo del tabaco. Joaquín Campos Pareja vivía en el cuarto con su mujer, la Luisa, y eran amigos de los tíos de Antoñita desde hacía años. Fue Rafael quien enseñó a Joaquín a leer y a escribir. De vez en cuando, la Dora le daba permiso a Antoñita para que le fiara una cajetilla de noventa hasta que consiguiera dinero, y lo cierto es que siempre cumplió con el pago.

Pronto dejó de pedir fiado, porque las cosas se le pusieron de cara. Joaquín se afilió a Falange nada más acabar la guerra y comenzó a prosperar, aunque Dora y Rafael nunca sospecharon que el vecino de arriba llegara a tanto, porque consiguió ser teniente de alcalde del distrito de La Latina y alcanzó las concejalías de urbanismo y abastos. «Coño, lo que se consigue con un carné de falangista — recordaba años después Rafael cuando se encontraba a su antiguo amigo en el periódico—. ¡Pero si a este le enseñé yo a leer!».

Joaquín aparecía de vez en cuando por la calle del Amparo con grandes bolsas de ropa procedente de la ayuda internacional que sacaba de extranjis. En una ocasión,

Antoñita subió con su tía a casa de Campos Pareja a elegir algunas prendas entre un montón de ellas extendidas por el comedor. «Coge lo que quieras», le dijo Joaquín a Dora. Y Dora se decidió por un abrigo para Rafael, un pantalón para llevárselo a Miguel a la cárcel, una chaqueta de lana para el paquete de Juana, una falda para ella, otra para su hija Amelia, un chaquetón para Antoñita y nada para la vieja.

Salvo las excursiones desde Lavapiés de cárcel en cárcel, los siguientes meses fueron tranquilos para Antonia. Las habituales perrerías de su prima Amelia con los moños en cuanto la Dora y Rafael se daban la vuelta —ahora tenía que atarla a la silla para que la niña no se revolviere—, el tío peregrinando de carpintería en carpintería para conseguir un hueco como ebanista, la Dora trapicheando en el mercado negro y el Marquesito poniendo en pie su negocio.

Antoñita quería mucho a Carlos porque siempre la defendía de Amelia y le regalaba alguna caricia. «No te metas con ella, Meli... no ves que la pobre está sola; que tiene a sus padres en la cárcel». Tenía cariño a Antonia porque la veía desamparada y porque su hijo tendría su misma edad de haber vivido. Lo mató la meningitis en el 34.

Amelia no se arredraba; tenía para los dos. Cuando no le plagaba la cabeza de coletitas a su prima, la convencía para que atara una bola de papel a la cola de Moro, el gato. Luego Amelia prendía fuego al papel, el gato corría como un endemoniado saltando de mueble en mueble y acababa bufando a la que consideraba su agresora, Antoñita.

A Carlos le atacaba donde más le dolía. Lo observaba mientras se acicalaba, y cuando ya había terminado de abotonarse y estirarse la americana, cuando tiraba del pañuelo de bolsillo para que asomara lo justo, cuando se calaba el sombrero ligeramente ladeado... Amelia le escupía y corría a esconderse. El Marquesito nunca perdía la paciencia, ni con ella ni con nadie, por su buen carácter y porque su oficio de timador le había enseñado a guardar siempre las formas.

Últimamente estaba dedicado en exclusiva a las casas de juego, y a veces sentaba a Antoñita en sus rodillas, junto a la mesa del comedor, y le decía: «Ven, vamos a contar». La niña no pasaba de diez, pero se divertía viendo los billetes extendidos y cómo el Marquesito iba juntándolos en fajos con gomas.

Varias veces lo detuvieron, pero nunca pisó una celda. Daba aviso a su mujer, la Carmen sacaba de debajo de la cama la caja con los billetes, se echaba al bolso un par de fajos y se iba a comisaría. En una ocasión la acompañaron la Dora y Antoñita hasta la de Centro. Carmen preguntó por un tal Manuel, entregó el dinero y luego las llevaron a las tres hasta un despacho desde el que se oían risas a través de la puerta. Allí estaba el Marquesito, fumándose un puro con el comisario Poveda y cada uno con una copa de coñac en la mano en animada charla. En cuanto el comisario recibiera el recado de que el dinero había llegado, Carlos podría irse.

Carlos y Carmen acabaron yéndose a vivir a su propio piso de la calle Ave María, pero la Dora no los perdía de vista porque donde estaba el Marquesito estaba el dinero, y si el estraperlo y la ebanistería no daban lo suficiente, Carlos lo completaba. Algunos sábados por la tarde se acercaba la pareja con una tarta hasta la calle del Amparo para jugar a las cartas con la Dora y Rafael. Sin trampas.

La última partida fue un sábado de enero de 1940.

—Esto está muy cargado, Dora. Abre la ventana que nos van a matar los gérmenes —dijo el Marquesito.

—Tú y tus gérmenes, Carlos. Lo que te va a matar es tanta pulcritud, que no puede ser bueno lavarse tanto. Hace mucho frío fuera... va a nevar. ¡Y en esta casa no hay gérmenes de esos! —protestó Dora.

—Pues la abro yo, que se reconcentran los microbios y esto hay que ventilarlo.

El Marquesito abrió la ventana pese a los dos grados bajo cero que se instalaron en Madrid, y de regreso a su casa, bien entrada la noche y con Carmen agarrada de tan buena percha, les cayeron los primeros copos. Los periódicos dijeron que desde 1916 no se recordaba una nevada ni un frío tan intensos, y la Dora y Carlos fueron dos de los muchos damnificados. Cogieron bronquitis, pero la del Marquesito acabó derivando en neumonía. Cuando la Dora mejoró no dejó de acompañarle ni un solo día, pero ni ella ni Carmen podían hacer carrera de él. Tanto mudar la cama, tanto bañarse para matar los gérmenes que le obsesionaban, tanto cambiar de pijama cada dos horas... «Que se te queda el sudor frío, Carlos, deja de entrar y salir de la cama, que estás empeorando», le insistía su mujer.

Apenas cuatro semanas antes la Dora le había dicho que su pulcritud lo mataría, y el tiempo le dio la razón. Murió sin perder la compostura, como un señor. Se despidió de todos, pidió una copa de coñac y la alzó desde la cama mirando un cuadro de la Virgen. «Brindo por la muerte», fue lo último que le oyó decir Antoñita.

De haber seguido vivo el pulcro Marquesito, Antonia, seguro, se hubiera librado de su peor recuerdo de infancia en aquel mar de calma doméstica. Carlos se hubiera percatado enseguida de que Urbano tenía sarna solo con mirarle las erupciones entre los dedos y sus continuas rascaduras en el ombligo y en la entrepierna.

El hermano de la Dora estuvo poco más de una semana viviendo con ellos en la calle del Amparo porque, por algún rifirrafe con el casero que nunca explicó, había dejado precipitadamente su pensión de la plaza de Antonio Zozaya, en el Rastro, donde tenía su puesto de antigüedades. Comenzó vendiendo quincalla a principios de los veinte, pero tenía ojo de buen tasador y poco a poco fue apartando las baratijas y especializándose en la compra-venta de objetos que le dejaban mayores beneficios.

Se instaló con su hermana, su cuñado y las niñas hasta encontrar otra habitación, pero no vino solo, y cuando se fue dejó en Antoñita su tarjeta de visita. Fue la única a la que contagió, y para ella comenzó un calvario que su tío Rafael aliviaba con un minucioso cuidado: cada noche la desnudaba, la metía en un barreño de agua jabonosa muy caliente y, sentado al lado, rascaba de todo el cuerpo las costras con un

estropajo de esparto. La secaba, la embadurnaba de una repugnante pomada de azufre, la envolvía en una sábana limpia y a la cama. Así cada noche de cada día durante una semana, hasta que Antoñita dejó de ser una sarnosa.

Y mejor le hubiera ido conviviendo con la sarna que con su padre. Un viernes de marzo de 1940 Miguel apareció en la calle del Amparo. Después de once meses en la cárcel de Torrijos le habían tomado declaración el día anterior para interrogarle por su implicación con los rojos. Insistió en que solo había hecho fortificaciones, y porque le obligaron —de esto no cabía la menor duda porque jamás hubiera agarrado pico y pala ni por ideología ni por voluntad propia—; y por si ayudaba a su puesta en libertad, añadió que había luchado en la guerra de África a las órdenes del capitán Franco.

Le recriminaron que no se hubiera resistido a colaborar con los rojos y le dijeron que mejor le habría ido «vendiendo piedras de mechero». «Eso, señor, habría sido contrabando», contestó el avispado Miguel. Al día siguiente quedó en libertad sin cargos.

Salvo las torturas de los piojos, las misas, el hacinamiento, el rancho pastoso, el frío y el hambre, Miguel no sufrió más calamidades. Se aprendió el «Cara al sol», se cagaba en todas las vírgenes y los santos en sus adentros cada vez que tenía que saludar brazo en alto y agradecía cada mañana no haber salido en la saca de la noche anterior. Se libró de recibir palos, pero no de ver cómo los repartían. «He visto cómo les hacían “el avión”», les contó Miguel a su hermana y a Rafael aquella primera tarde de libertad.

«Hijos de puta... les preguntaban si sabían “hacer el avión”, y cuando respondían que no, les decían “pues te vamos a enseñar”. Bajaban cuatro anillas del techo, se las metían en las muñecas y en los tobillos, y tiraban para arriba. Estaban desnudos y los molían a golpes hasta dejarlos medio muertos. Estos están dejando así de chiquita —decía Miguel juntando los dedos— a la Santa Inquisición».

En la cárcel fue alimentando su rencor contra la Juana. «Por su culpa me han trincado... por acompañarla», se quejaba ante Dora y Rafael. Y a Antoñita se le iba acelerando la respiración.

—La Juana no ha hecho mal a nadie. La han detenido por lo mismo que a ti. Por nada —le recriminó Dora—. Y ni siquiera has preguntado por ella. Más te valdría preocuparte por ir a buscarla, que está tu hija delante.

—¿A buscarla? ¿Para que me metan otra vez? Ya aparecerá... si aparece. Que tiene la lengua muy larga. Qué habrá hecho... ¿Me puedo quedar aquí? —pidió Miguel, pensando solo en comer caliente.

—¡Esto parece la casa de tócame Roque! ¿Es que no tienes la tuya? —protestó Rafael—. Ya ha pasado por aquí el Urbano y dejó a la niña perdida de sarna... ¿Qué traes tú, piojos? Te puedes quedar esta noche, pero te lavas y mañana tempranito,

arreando. Te acercas hasta Ventas, que la Dora está harta de dar paseos... y luego, a tu casa.

—¡Qué tirria me tienes! Y no, no traigo piojos... Ya se ocuparon de raparme al cero para quitármelos.

A la mañana siguiente Miguel se fue, y por una extraña sincronización, la Juana apareció dos días después. Antoñita se abrazó a su madre, pero la notó rara, sin fuerzas. Había adelgazado, tenía los ojos hundidos y la voz apagada. Llevaba un papel en la mano que le dio a Rafael: «Caso sobreseído provisionalmente por no haber causa contra la acusada».

—¿Pero de qué te acusaban, Juana? ¿Qué te pasó con un cura? —preguntó la Dora—. La niña nos dijo que habías denunciado a uno...

—He sufrido mucho. Me han hecho sufrir mucho...

—¿Pero qué ha pasado? ¿Qué te han hecho? —insistía Rafael.

—Me han hecho mucho —pero Juana no contaba nada—. Dicen que me han sobreseído.

—Te vas a tomar unas pocas patatas guisadas que tengo de anoche y te vas a acostar. Ya ha pasado... luego nos cuentas tranquilamente —la animó su cuñada.

—Es provisional. A otras las soltaron y volvieron... y las fusilaron. He sufrido mucho. Menos mal que la niña se quedó con mi madre...

—Me vine con los tíos —intervenía Antoñita para hacerse notar.

—Les arrancaban a los hijos de las faldas cuando las sacaban a fusilar, no sé adónde se los llevaban, pero se oían los gritos... y luego los tiros. Decían que todas estábamos allí por putas, y no había agua. Me han rapado...

—Déjalo ahora, Juana, que ya pasó. Luego nos lo cuentas. Tómate las patatas y duerme un poco.

Poco más pudieron sonsacarle a la Juana, salvo que el cura al que supuestamente denunció fue precisamente el que la libró de su encierro.

La portera de la calle del Olmo a la que la Juana le abrió la cabeza de un botellazo por robarle las verduras tuvo escondido en su casa a un cura en el 37. Vivía en el tercero del mismo edificio, pero se trasladó a un cuartucho que había bajo el hueco de las escaleras y al que se accedía desde la casa de la portera. La Josefa nunca olvidó el botellazo y vio la oportunidad de vengarse en cuanto acabó la guerra. Acusó a Juana de haber denunciado a los milicianos el escondite del cura y de haber participado en el asalto al Cuartel de la Montaña, aunque Juana no sabía de qué asalto le hablaban ni dónde estaba esa montaña con cuartel.

A la denuncia de la portera se sumó la de Bernardo, un cintero al que la Juana le dejaba vocear las cintas pegado a su puesto de verduras porque no tenía una perra para pagar el tributo de venta ni espacio para instalarse. Aquel cabrón desagradecido calculó que si denunciaba por roja a la Juana, podría quedarse con su puesto cuando los tenderetes volvieran a poblar la calle de Santa Isabel.

Tres denuncias. Las tres falsas.

Once meses tardaron en localizar al cura, que exculpó a Juana sin dudarlo y explicó que, efectivamente, estuvo oculto en uno de los bajos de la calle del Olmo hasta que pudo escapar al otro lado del frente, pero que a él nadie le denunció, mucho menos la Juana, a la que conocía de vista cuando iba a visitar a su madre. No olvidó decir en su declaración que, además, la hija de la ciega le daba género a la Josefa. La palabra de un cura iba a misa y la defensa que hizo de Juana llevó a sospechar que el asalto al Cuartel de la Montaña también era una acusación falsa. La denuncia del cintero quedó igualmente en nada porque no tuvo arrestos para acudir a ratificarla.

De todo ello no se enteró Juana hasta el mismo día en que abandonó la cárcel de Ventas con su papel de sobreseimiento. Atrás dejaba una celda que en mejores tiempos albergó a dos presas y que ella compartió con quince más. O veinte. No se acordaba. Nunca hablaba de ellas, pero algo pasó. En la cárcel de Ventas se quedó enterrado el temperamento de aquella verdulera de la calle Santa Isabel.

Al día siguiente, agarró a su hija de la mano y enfiló camino hacia el 27 de la calle del Águila. Para Antonia se acabó la buena vida.

El primer guantazo se lo llevó Juana en la misma calle. Miguel la vio venir y se fue a por ella. «¡Por tu culpa! ¡Un año de cárcel por tu culpa!». La Juana no respondió. Se puso el brazo sobre la cara por si llegaba el segundo golpe y tiró con la niña para casa. Antonia comprobó que su madre no era la misma. Era la primera vez que no la veía devolver el bofetón.

Durante los días siguientes Juana continuó achantada, encajando palizas por no traer cuartos a casa ni prepararle el cocido a Miguel. No hacía otra cosa que sacar una silla al patio y sentarse a ver pasar las horas, con aquella cuartilla doblada en cuatro metida en el bolsillo del mandil y agarrándola con la mano para no perder su tacto. Se la daba a leer a todo el que se acercaba, hasta a los que no sabían descifrarlo. Ella solo quería asegurarse de que las letras seguían allí... «Mira, estoy “sobreseída” —les decía a todos, enseñándoles el papel—. No he hecho nada. Lo pone ahí. Lee... lee». «Que sí, Juana, que lo dice muy claro, que te han sobreseído porque no hay nada contra ti. Tienes que salir, mujer, tienes que volver a tus repollos», la animaba la Domi. Pero Juana no salía más allá de las cuatro calles de su barrio. Si veía a un guardia, se cruzaba de acera; si la llamaban desde lejos, daba un respingo. Estaba convencida de que volverían a por ella como volvieron a por muchas.

Al sexto día se armó de valor y, sin separarse de su papel, se fue hasta Santa Isabel para intentar recuperar su sitio, pero allí había otra verdulera, otras caras y otros puestos. Todas las licencias de los tachados como rojos habían pasado a gentes afiliadas al Sindicato Vertical. Buscó al Julián, uno de los guardias de la zona que, antes de que se echara la guerra encima, se encargaba de recaudar los impuestos y de vigilar para que las broncas entre vendedores o con los clientes no llegaran más allá de lo necesario. La Juana siempre hizo buenas migas con el Julián, pero no lo encontró. Le contaron que ahora estaba en el antiguo Parque de Mendigos de

Yeserías; que se cambió de bando y le habían dado un cargo en esa nueva cárcel dedicada a presos políticos.

No lo pensó dos veces. Antes de seguir aterrorizada por un sobreseimiento que no se creía y visto que Miguel no le quitaba la mano de encima, la Juana se fue a buscar a Julián a la prisión de Yeserías. Aquella noche ya no volvió a casa y hasta una semana después no pudo mandar recado a Miguel y a Antonia con uno de los presos que salió.

—Busco a Miguel —dijo el hombre cuando entró al patio de la casa.

—No está —le recibió la Domi—. Andará por la taberna del Aquilino. ¿Quién lo busca?

—Vengo de Yeserías y le traigo un recado de su mujer. Que está bien, pero que no puede salir de momento.

—¿Pero es que está otra vez presa?

—Ni sí ni no. Está como si estuviera presa, pero sin estarlo. Un apaño que le han hecho, porque dice que no quiere salir hasta que pase todo. Que prefiere estar dentro para que no la cojan.

—O sea, ¿que la Juana se ha encerrado para que no la encierren? ¡Pero en qué cabeza cabe!

—Yo digo lo que me ha dicho que dijera. Que está allí, como si estuviera detenida, pero trabajando en las cocinas. Dice que mientras esté dentro no le puede pasar nada. También le digo a usted que no sé qué hará en la cocina, porque... ya me ve... comer, lo que se dice comer, poco...

—Pues fuera no va a comer ni más ni mejor. No tendremos maneras, pero el cuerpo se nos está poniendo de lo más finolis. El racionamiento no llega ni siquiera para matar el hambre.

—Una patata cruda ya será mejor que el mendrugo de pan negro que nos daban con un cazo de caldo.

—¡Huy, una patata! ¡Quién la pillara!

—Bueno, señora, que no quiero más cháchara porque solo he venido para cumplir con el recado de la Juana —zanjó el hombre—, que, al fin y al cabo, me trataba bien y de vez en cuando me colaba en el caldo una raspa de corvina o una miaja de boniato. Es una buena mujer, y yo le cumplo. ¿Se lo dice usted al marido?

—Pues se va a poner bueno... pero quede tranquilo, que yo se lo digo.

Miguel recibió la noticia con un insulto. «¡Será hija de puta!».

Antonia se sintió perdida. Otra vez.

Su padre no permitió que volviera con su tía Dora. Necesitaba dos manos en casa que le hicieran de comer y supieran dar un agua a la ropa. No es que Antonia se desentendiera ni con una cosa ni con la otra, pero era lista y aprovechaba cada guantazo para aprender una maña nueva.

A Miguel no le quedó otra que volver a agarrar la brocha para conseguir algunas perras. Por las tardes siempre se repetía el mismo rito: salía de trabajar, se aseaba y se cambiaba en casa, se ataba un pañuelo al cuello, agarraba a Antonia y se la llevaba a los puestos del mercado de la calle Calatrava. Compraba lo que le apeteciera y de lo que hubiera para la cena; casi siempre sardinas... un huevo de vez en cuando, alguna patata para freírla... y enviaba a su hija de vuelta a casa para que le preparara la cena mientras él se iba a echar unas horas a la taberna de la Gorda, la de Pepe o, sobre todo, la del Benigno. Miguel cobraba los lunes; o los martes, si el lunes había estado atrapado en la resaca del domingo, pero con demasiada frecuencia el miércoles ya se había bebido la paga.

Mandaba entonces a Antonia a una de las tascas a pedir prestado un duro para comida. «Dice mi padre que se lo devuelvo el lunes, señor Benigno», y el tabernero siempre aceptaba el trato porque sabía que Miguel se dejaba casi todo el sueldo en el vino de su casa.

Antonia carecía de destreza en la cocina. Las entendederas de sus diez años no le daban para limpiar el pescado, y precisamente las sardinas fueron las que le acarrearón más bofetones. La primera vez que abrió el envoltorio de papel de periódico y miró cara a cara a tres sardinas boquiabiertas, esperando que alguna de ellas le dijera qué hacer, tomó su primera decisión equivocada: las cocinó enteras y en injusta recompensa recibió un sopapo por haberlas frito con cabeza y sin limpiar la tripa. Visto que los arenques seguían sin darle pistas, en la segunda ocasión los sopapos llegaron a pares por haberles pegado un tajo a los pescados por debajo de la tripa. Cuando Miguel se los encontró en el plato, allí solo había tres colas fritas. Y cuando no era por una cosa, era por otra, pero los sopapos derivaron en somantas a cuenta de las malditas sardinas.

La mayor parte de las veces, Miguel regresaba de la taberna cuando Antonia ya estaba dormida. Aquella tarde, la niña dejó preparada media docena de sardinas para que su padre cenara, bajó a jugar al patio, regresó luego a casa y se acostó, pero cuando Miguel llegó con su habitual melopea, en el plato descascarillado de loza que había sobre el fogón solo quedaba el rastro de unas gotas de aceite.

—¿Dónde están las sardinas?! —despertó Miguel a su hija, zarandeándola.

—¡En el fogón! ¡Están en el plato, encima del fogón!

—¡No hay nada en el fogón! ¡Te las has comido tú! ¡¿Verdad?! ¡Dilo! ¡Te las has comido! —siguió gritando su padre, calentito por el vino, mientras la sacaba a rastras de la cama.

Antonia juraba que no, que las había dejado en el plato, pero los golpes no paraban y de nada servían las rabiosas negativas de la niña. Más de una noche tuvo que subir la Domi a parar a Miguel antes de que matara a su hija, porque la comida continuó desapareciendo. «¿Por qué te comes lo de tu padre, si sabes cómo las gasta?», le decía la portera. «Yo no me como nada, Domi... tengo hambre porque no me como nada», se defendía entre lloros.

Una onza de chocolate un día, unos orejones, otro; un huevo cocido, el pan del racionamiento... y venga palizones una noche sí y otra también, hasta que la Dora buscó solución para que su hermano dejara de moler a palos a Antonia. Por la niña haría cualquier cosa, hasta llevársela a vivir con ella para los restos, pero Miguel no consentía en soltar a su criada... a menos que él también se fuera a vivir con ellos. De eso nada. Por ahí Rafael no pasaba.

Dora decidió que todas las noches cenarían en su casa, y visto que Antonia no se apañaba con la cocina, también ella le prepararía la tartera que al día siguiente se llevaría Miguel al trabajo. La niña, feliz, porque cesaron los vapuleos y porque recuperaba por un rato diario a sus tíos. Miguel, satisfecho de comer bien, aun sabiéndose mal recibido y aunque tuviera que pagar la comida que le cocinaba su hermana. Una pena no poder escamotearlo para vino.

Las patatas cocidas en ensalada que preparaba su tía era uno de los platos preferidos de Antonia. La noche que tocaban se las comía con ansia, como para guardar reservas hasta que cayeran en una próxima cena. A Miguel también le gustaban, y una noche le pidió a la Dora que le guardara una ración para la tartera del día siguiente y que le pusiera encima un huevo que sacó del bolsillo, bien envuelto en el pañuelo moquero.

—Anda que has traído huevos para los demás —le recriminó Rafael.

—Me lo han regalado... ¿Qué quieres? ¿Que mojemos cinco en un huevo?

—Eres tú muy listo —le dijo la Dora—. Si lo hubieras sacado antes, lo habría picado con las patatas. Anda, dame...

—Pero no me lo cuezas. Fríelo y ponlo encima —le dijo a su hermana.

—Mañana estará frío y seco —replicó la Dora.

—No importa. Me gusta frito y esta no sabe hacerlo —contestó Miguel, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Antonia—. Los revienta todos.

De regreso a la calle del Águila, Miguel puso la tartera encima del fogón. La abrió para disfrutar de la vista de un esplendoroso huevo frito encima de las patatas, y abierta la dejó. A la mañana siguiente, allí seguían las patatas, pero el huevo había volado. Antonia volvió a llevarse lo suyo y otra vez tuvo que subir la Domi cuando oyó los gritos de la niña. «¡Para ya, Miguel! —intentó frenarle la portera mientras separaba a Antonia para arrimársela—. ¡Esta niña no puede comer tanto. No es un pozo sin fondo!». Y por un momento, todavía con la mano arriba, Miguel pensó que su hija no podía ser tan torpe como para buscarse una paliza cada dos por tres. Además, Antonia se pirraba por las patatas en ensalada, ¿por qué iba a comerse solo el huevo?

La noche siguiente hizo guardia.

Dejó abierta la tartera con dos chicharros fritos y se sentó en la esquina más oscura. Antonia dormía arrebuja en su catre cuando por el hueco que quedaba entre la desvencijada puerta y el suelo de cemento vio entrar sigilosamente a una gigantesca rata que cada noche iba a buscar su ración, aunque últimamente no

encontrara el botín con la regularidad de días atrás. La rata se sabía el camino. Directa desde el hueco de la puerta, giró a la derecha y, sin separar el lomo de la pared, llegó al fogón, escaló y, con una delicada escrupulosidad, sacó el primero de los jureles para llevarlo hasta un rincón de la carbonera de más abajo. Cuando volvió a por el segundo, Miguel la estaba esperando con el palo de la escoba. La batalla despertó a Antonia de un bote, y ya se preparaba para recibir su castigo cuando vio a su padre arreando palos a un bicho que se defendía con brincos enloquecidos como gato panza arriba. Nunca había visto saltar tan alto a una rata, y nunca la había visto de ese tamaño.

En el fondo de la carbonera tenía la ratera su despensa. Allí estaban los orejones a medio roer, restos de chocolate, el chicharro recién almacenado, el pan negro intacto... Tanto palizón por culpa de aquella repugnante rata tan bien comida que hasta se permitía menospreciar el pan del racionamiento.

En la primavera de 1940, el hambre empezó a apretar sin piedad. Hasta las raciones en casa de la Dora, que se defendía lo justo con el estraperlo de tabaco, fueron mermando. Era imposible organizar un menú decente cuando todas las cartillas del racionamiento de la familia de Antonia eran de tercera categoría, las de los pobres. Una semana había que apañarse con un octavo de aceite refinado de no se sabe qué, una tajada de bacalao y jabón; y a la siguiente, con cincuenta gramos de azúcar amarillo, manteca animal y cien gramos de lentejas que se quedaban en poco más de ochenta cuando se retiraban los gorgojos. Las cenas que a duras penas apañaba la Dora no le llegaban a Antonia para calmar la gazuza. Se acostaba con hambre y se despertaba con ruido en las tripas, y decidió poner remedio por su cuenta.

Nunca nadie se ocupó de llevarla al colegio. «Allí pegan a los niños, y a mi hija no le pega nadie», decía la Juana antes de que se viniera la guerra encima. «¿Al colegio? ¿Para qué? —añadía Miguel si alguien preguntaba—. Que espabile y traiga las judías a casa, eso es lo que tiene que aprender». Una mañana, Antonia se levantó muy dispuesta, tomó camino de la Puerta de Toledo y se plantó en el colegio Joaquín Costa, en Pontones.

—Vengo a apuntarme —le dijo a un hombre que estaba en la entrada.

—¿Y vienes sola? ¿Dónde están tus padres? —le preguntó el bedel antes de saber qué hacer con aquella mocosa en alpargatas.

—Mi madre no sé dónde está —mintió Antonia—, y mi padre, trabajando. Me han dicho que me puedo apuntar.

—¿Y tu padre lo sabe?

—Sí, me ha mandado él —volvió a mentir—. Quiere que aprenda a leer y a escribir. —Y venga mentiras.

El bedel no medió más palabra y la dejó plantada mientras él desaparecía por una puerta. Salió al rato y le dijo que ese colegio no le correspondía, que siguiera calle

abajo hasta el paseo Imperial y preguntara en una escuela que había frente a la estación de las Pulgas. Antonia llegó al siguiente colegio y contestó casi a las mismas preguntas que en el anterior. Hasta que llegó una para la que no tuvo respuesta.

—¿Estás bautizada?

—No... sí... no lo sé.

—Pues que traiga tu padre la partida de bautismo, porque si no estás bautizada no te puedes apuntar.

¿Estaba bautizada? Nunca nadie se lo había dicho. Seguro que su tía Dora lo sabría. Corrió cuesta arriba hasta la calle del Amparo, subió a la carrera los tres pisos, llamó a la desesperada y abrió su prima Amelia.

—Meli... ¿tú sabes si estoy bautizada?

—Yo qué sé... supongo que sí, como todo el mundo. ¿Y a ti qué te importa?

—Porque si no estoy bautizada no me apuntan en el colegio. ¿Dónde están los tíos? —siguió preguntando sofocada.

—Mi madre ha ido a la cola del racionamiento... ¿Es que te quieres hacer culta?

—¡Quiero comer! —remató Antonia mientras ya bajaba por la escalera a la misma velocidad que había subido.

Encontró a la Dora haciendo cola y, casi sin aliento, repitió su pregunta:

—Tía, ¿a mí me han bautizado?

—Pero qué te pasa, hija... de dónde vienes. Estás empapada. Pues claro que estás bautizada, en la Paloma. Mis pesetas me costó que el tal don Gregorio te regara la cabeza.

—Me han dicho en el colegio que tengo que llevar el papel del bautismo para apuntarme. ¿Tú tienes ese papel?

—No, eso te lo dan en la parroquia. ¿Por qué te quieres apuntar al colegio?

—Me ha dicho la Luci que en los colegios dan de comer. Voy a ir a uno que hay enfrente de la estación de las Pulgas.

—Te van a dar lo que yo te diga —terció en la conversación el hombre que estaba por delante de la Dora en la cola—. Si dieran de comer, estábamos todos apuntados y nos hacíamos intelectuales.

—¿Y cómo lo hago, tía? ¿Te vienes conmigo y me sacas el papel?

—Ahora no puedo, Antoñita, que llevo hora y pico de pie derecho y no está la cosa para perder el turno. Vete a la Paloma, entra en la sacristía y da tu nombre. Di que necesitas el volante y que te bautizó el cabrón de don Gregorio a finales de enero de 1930. ¿Te acordarás? 1930. Creo que fue el 30 de enero, pero no me acuerdo. Lo de cabrón no lo digas... Tú da solo tu nombre y la fecha.

Su tía nunca se equivocaba. En la iglesia de la Paloma le entregaron el ansiado papel dos días después de haberlo pedido y tras pagar veinte céntimos que sisó de lo que le dio su padre para pagar una deuda en la taberna del Benigno. Por allí seguía todavía el tal don Gregorio, y bien que lo conocía de vista Antonia. Era el mismo que siempre la sacaba de la cola de los pobres y le negaba la limosna.

Una vez a la semana, los domingos después de la misa, los niños se organizaban en una fila, pegados a la pared de la iglesia, esperando que el cura saliera a darles unas pesetas, pero don Gregorio hacía antes un recorrido marcial por las caras de aquellos harapientos firmes y modositos y echaba a los que no les sonaba su cara. Antonia siempre le oía lo mismo: «Tú no, que nunca te veo por misa», y la sacaba de la cola.

Y encima tuvo que pagar a la misma iglesia que le negaba la limosna los veinte céntimos de su partida de bautismo. Con su papel regresó al colegio, se apuntó y al día siguiente estaba como un clavo en la puerta, agarrando un pequeño lapicero roído que le pidió al Benigno y que afiló con un cuchillo antes de salir de casa.

Su primera lección fue aprenderse de memoria en qué consistía el Rito Nacional para cumplirlo con estricta puntualidad a la entrada y salida del colegio. La profesora hacía que las niñas repitieran el enunciado como loros: «El Rito Nacional es el deber del español, que consiste en saludar con el brazo en alto la bandera y el himno de la patria, las banderas y los himnos del Movimiento Nacional; en gritar los “¡vivas!” y saludos de España cuando se pronuncie el nombre del Caudillo, en responder: “¡Arriba España!” y “¡Viva España!” y en cantar los cantos nacionales, que son el “Cara al sol”, el “Oriamendi” y el “Himno de la Legión”. Han de ser cumplidos con alegría y con disciplina, con entusiasmo y con solemnidad».

Pero más allá del enunciado, lo único que se aprendió Antonia de pe a pa fue el «Cara al sol» que cada mañana cantaban las niñas alineadas y brazo en alto en el patio del colegio. Nada más entrar en el aula, sin pupitres, con solo sillas pequeñas, la mesa y el asiento de la maestra y un encerado rematado arriba por un crucifijo y el retrato de un señor muy estirado y vestido de militar, la primera lección era el aprendizaje y la comprensión del rezo del rosario, que por la tarde volvían a recitar a su hora establecida, las cinco, justo antes de salir para volver a entonar la cantinela del sol, la camisa nueva y el rojo ayer.

Antonia afinaba los oídos y repetía a saltos frases del rosario como un loro, pero no entendía a qué venía esa instrucción diaria mañanera si todas las demás niñas ya se sabían la retahíla de oraciones. Se aprendió los principios de cada rezo y luego movía la boca con el mayor disimulo, pero nunca le entró en la mollera el orden de los misterios dolorosos, gozosos y liosos, ni aprendió a colocar cada espíritu santo, cada virgen, cada flagelación y cada ascunción en el misterio correspondiente.

Antonia solo esperaba la gloriosa hora del recreo en el que le daban un mendrugo de pan con una sardina; o la hora de la tarde, cuando se repartía otro chusco con queso. Su apetito intelectual le salía de lo más hondo de sus tripas.



—Alguna letra te aprenderías entre queso y sardina...

—Alguna, sí. «Que túúúúúúúú bordaste en rojo ayeeeeeeeeer...», eso me lo aprendí de carrerilla. Y la letra del credo, pero se me ha olvidado. No sé qué de «por la señal de la santa cruz».

—Creo que esa no es del credo. Digo letras del abecedario.

—¿De esas? Una mierda. Nos enseñaban las vocales, algunas consonantes, pero no nos explicaban cómo juntarlas. Lo único que querían era que aprendiéramos a rezar. Yo llevaba el lápiz y las hojas sueltas de un cuaderno que me dio el Benigno y copiaba las letras de la pizarra, pero luego no sabía qué hacer con ellas. La maestra las dejaba apuntadas y se iba. Al rato, al recreo, a esperar la sardina. Luego, a casa. Y por la tarde, otra vez las letras sueltas, el mendrugo con queso, el rosario, la bajada de bandera y se acabó. Hasta el día siguiente.

—¿Al menos el queso y la sardina estaban buenos?

—A mí me sabía todo bien, pero cuanto más comía, más hambre tenía. Por eso me cambié de colegio, porque me dijeron que en el de Don Pedro daban más.

—¿Dónde estaba el colegio de don Pedro?

—¿Pues no te lo estoy diciendo? En la calle de Don Pedro.

—Creí que don Pedro era un señor.

—Digo yo que sería un señor, pero cuando yo fui era la calle del colegio.

—¿Y allí eran más rumbosos con la comida? ¿Te daban jamón?

—Sí... jamón. Se me había olvidado a qué sabía. Desde que se murió el Marquesito no volví a probarlo. La Luisita me contó que daban fiambre de chicharrones fritos. Fui y me apunté.

—¿Otra vez con la partida de bautismo?

—En la Paloma me preguntaron que para qué quería tantas, pero, mientras pagaras, te la daban. Otros veinte céntimos que tuve que sisar para sacarla. ¿Te he contado que un día me dieron un pastel? ¿No? Cuando hice la comunión.

—¿En la Paloma?

—No, en Don Pedro. Era mayo cuando fui a apuntarme al colegio y al ver que tenía diez años y pico me dijeron que tenía que hacerla. Me juntaron un día con varias niñas, me prendieron un velo en la cabeza y la hice. Y luego nos dieron el pastel.

—Pues te pusiste como el quico ese día. La hostia y el pastel. Tu padre no fue, supongo.

—Ni se enteró de que estuve de colegio en colegio... Yo, con estar cuando volviera a casa y que le tuviera solucionada la papeleta de la comida y la ropa lavada, le valía. Están llamando... Debe de ser el carpintero, para tomar las medidas de las puertas.



Fue Juanín, el hijo de la Luisa, el que le dio la excusa a Antonia para abandonar el colegio de Don Pedro. Los rezos y los himnos no menguaban en proporción a como lo hacía el mendrugo de pan con chicharrones, que acabó mutando en un pellizco de pan duro untado con manteca.

Andaba el mañoso del Juanín trasteando en la calle con uno de los artefactos que él mismo se fabricaba y con los que le gustaba amedrentar a los niños —su juego favorito consistía en girar a toda velocidad una cuerda atada a un bote de hojalata lleno de papeles a los que prendía fuego—. Los críos le huían para evitar un chichón o una quemadura, pero Antonia decidió no amilanarse aquella tarde. Mientras el Juanín la perseguía, ella buscaba por la calle algo con lo que defenderse, hasta que dio con una botella rota que agarró del cuello. La levantó con tanta rabia para

amenazar a su perseguidor, que en el recorrido se rajó de arriba abajo la pantorrilla.

El cabroncete del Juanín salió de naja mientras Antonia sangraba y chillaba en mitad de la calle. Su amiga Paca fue la única que acudió en su ayuda, la que le enrolló en la pierna un trapo que recogió del suelo y la que la acompañó a la pata coja hasta la casa de socorro. El médico la recibió de mala gana y no tuvo piedad a la hora de coser la herida. «¡Si no te estás quieta, te ato!». Y la ató boca abajo a una camilla para coser la herida, puntada a puntada y sin anestesia. La única mano que le quedó libre a Antonia agarró la bata del médico y la hizo jirones. Salió dolorida, cojeando, afónica y abroncada.

Toda la vida arrastró Antonia las consecuencias de aquella herida. Un costurón que la edad disimuló y una ligera hinchazón en la pierna y el pie que nunca la abandonó. Si el zapato de su pie izquierdo se ajustaba, el otro le apretaba. Si la talla era para el pie derecho, el del izquierdo le bailaba.

El estar unos días con la pierna a rastras le quitó las ganas de volver al colegio, aunque no consiguió sacárselo de la cabeza porque se llevó los piojos de recuerdo. Las vecinas se turnaban para ablandar las liendres con vinagre y pasarle el peine al sol del patio, pero estaba difícil desembarazarse de los bichos porque al juntarse con los demás piojosos del barrio se volvía a infestar. Y la herida de la pierna picaba con los calores de junio. «Hija, eres la pupas», le decía la Domi.

Al menos aprendió a esquivar algunas palizas de su padre. Las noches de verano, sentada en el bordillo del portalón, vigilaba la calle del Águila por si le veía aparecer escorado hacia el lado izquierdo, señal de que venía cargado. Antonia se esfumaba entonces en sentido contrario y calculaba el tiempo hasta que el vino le rindiera en la cama. Cuando volvía, se quedaba a dormir al raso, arropada por los vecinos que sacaban los colchones al patio para descansar con la fresca.

Alguna noche le salieron mal las cuentas. Volvía de dar una vuelta con la Paca de la verbena de la Puerta de Toledo y, entrando en el portal, se lo encontró de frente. El guantazo fue monumental, y Antonia volvió a ver chispitas de colores, como cuando su abuela la arreó con la mano mojada.

Miguel era único repartiendo hostias solo con su mujer y su hija, y todavía tuvo oportunidad de darle la última a la Juana el día que la vio aparecer por la calle del Águila. Salió de su refugio de Yaserías para ir a ver a su hija, pero no llegó ni al portal. Antonia la vio desde lejos, pero Miguel le cortó el paso desde la taberna de la Gorda y la tumbó al primer golpe. «¡Nos has abandonado!», le gritó hecho una fiera mientras la Juana permanecía en el suelo con el brazo sobre la cara para parar el siguiente porrazo. Se incorporó de un brinco y salió pitando por donde había venido sin llegar a abrazar a su hija. Antonia corrió renqueando calle abajo, arrastrando su pierna herida, intentando alcanzar a su madre. «¡Mamá... mamá...! ¡Mamááááá!».

La perdió en el primer cruce y esa fue la última imagen que guardó de su madre.

De espaldas. Corriendo.

A mediados de noviembre de 1942, mientras Antonia jugaba en la calle, se acercó una mujer.

—¿Conocéis alguno a Antonia, la de la Juana?

—Soy yo —dijo la niña.

—Tu madre se ha muerto hace unos días. Que lo sepas.

—...

Miguel se puso un brazalete de luto por el qué dirán y Teresa la Paleta tiñó de negro toda la ropa de Antonia.



—¿Y ya está? ¿No os dijeron dónde la enterraron? ¿Cómo te quedaste?

—No sé cómo me quedé. No me acuerdo. Allí quieta, mientras los demás niños siguieron jugando. No sé qué más pasó ni dónde la enterraron. Mi padre solo se ocupó de ponerse una tela negra en el brazo. Alguien me dijo años después que murió de una insuficiencia cardíaca.

—Pero eso lo ponían siempre cuando alguien se moría en la cárcel. Infarto o asistolia, que era como se justificaban las muertes por hambre.

—Pues sería el hambre. La última vez que la vi, aunque fuera desde lejos, le bailaba la ropa. Estaba muy delgada.

—¿Nunca sacaste la partida de defunción? Ahí pondría el cementerio al que la llevaron. ¿Nadie preguntó? ¿La tía Dora?

—¡Pero tú qué te crees que eran aquellos años! Todo el mundo se moría todos los días. Lo único que nos preocupaba era comer y sobrevivir. El hambre no te dejaba parar a llorar por nadie. Y además, crecí sin madre. Si no llega a ser por mi tía... Solo sé que se me había muerto alguien importante y que toda la vida la he echado de menos, pero casi nunca la tuve.

—Habría que buscarla.

1943

El trapicheo

Fue la Engracia, que sobrevivía cosiendo en casa pantalones para los militares y la Guardia Civil, la que se encargó de enseñar a Antonia a manejar la aguja. La sentaba con ella en el patio y acabó convirtiéndola en una ayudante ojaladera de braguetas a cambio de un jornal de dos reales diarios. Cada tarde, a última hora, Antonia acompañaba a su maestra a un almacén de la Carrera de San Jerónimo para entregar la faena del día y recoger las piezas que había que armar la jornada siguiente. Cuando llegaban a la esquina con Cedaceros, siempre echaba una ojeada hacia arriba y buscaba el mirador de la casa del doctor Castresana intentando adivinar algún movimiento dentro. ¿Quién viviría ahora allí? Y quién pudiera volver a revivir aquellos tres benditos años de guerra que acabaron siendo los más felices. Qué más daban los bombardeos si tenía a su madre y a sus tíos. Todo lo que le faltó en aquel refugio, ahora le sobraba. Hambre. Palizas. Soledad. Abandono.

La zarpa del hambre apretaba a todos los vecinos del 27 de la calle del Águila estrujándoles el ingenio para sacar algunas pesetas con las que trapichear en el mercado negro y conseguir algo más que la escasa bazofia que facilitaba el racionamiento..., aunque a veces conviniera esconder la moral en el fondo de un bolsillo. La Encarna, amiga de Antonia y de su misma edad, vecina del primer piso, era de las que tenía la honradez instalada en las tripas y, según sonaran más o menos, la virtud iba y venía. Vivía con sus padres y una vieja a la que le habían alquilado un rincón de la casa. La abuela andaba casi todo el día en la calle, pidiendo, y a cambio de un pago semanal, le permitían alojarse en el cuartucho familiar con su jergón y un pequeño baúl en el que atesoraba unas escasas posesiones que la Encarna se encargó de mermar. Un día un mantel, otro día una manta...

La Encarna le pedía a veces a su amiga Antonia que le guardara tal o cual cosa durante unos días, y a cambio le pagaba de vez en cuando una merienda. Antonia nunca preguntaba de dónde sacaba todo aquello ni por qué tenía que guardárselo, hasta que un día oyó a la vieja dando chillidos y llorando en el patio porque le habían robado una manta.

No dijo nada, pero agarró la manta, y mientras el lío seguía en el patio, entró en la casa de Encarna y se la tiró a la cara. «¡La has robado! ¡Pues te la guardas tú... y se la devuelves a la vieja!». Dio media vuelta y bajó corriendo al patio para unirse al alboroto, momento que aprovechó la Encarna para entrar a casa de Antonia y colgar la manta detrás de su puerta. Pero la vio desde abajo, justo cuando los vecinos estaban hablando de llamar a la Policía.

Subió de dos en dos los escalones, entró en su casa y desde el corredor se asomó al patio con la manta extendida y, a voces, atropellándose con las explicaciones, les contó a todos que la había robado la Encarna, que ella se la guardó porque no sabía de quién era, que se la devolvió cuando lo supo y que su vecina se la volvió a meter en casa. Antonia ya no iba a cargar con más culpas de nadie; ni de ratas ni de vecinas. La Encarna acabó confesando que también le había robado un mantel a la vieja, pero que ese estaba empeñado y había perdido el resguardo.

Y es que no había forma de defender la propiedad privada en el 27 de la calle del Águila. Cada vecino podía entrar en casa de los demás metiendo la mano por los agujeros de las destartadas puertas y corriendo el cerrojo. Ni antes ni después del episodio de la Encarna, nadie empleaba esfuerzos en proteger lo poco que tenían, porque costaba más arreglar la puerta que lo que se pudieran llevar, pero se demostró que cualquier miseria servía a los intereses de la ratera.

Miguel vio desaparecer una bota de vino bien curada que colgaba de un clavo de la pared a la derecha del fogón, y su hija volvió a pagar el pato. De nada sirvieron los lloros y los juramentos, ni que Antonia insistiera en que cualquiera podía haberla robado porque cualquiera podía entrar en la casa. Le pudo la rabia y, en mitad del ataque de ira, se arañó la cara. Hecha un Cristo se la encontró la Domi cuando subió desde el patio alertada por los gritos. La curó como pudo, pero Antonia quedó señalada para unos cuantos días y solo encontró consuelo por esta nueva acusación, como siempre, en los brazos de su tía Dora.

Tuvo que pasar tiempo para que, como consecuencia de otro robo, se descubriera a la que había birlado la bota.

La máquina de coser de la Engracia apareció un día sin la canilla, una pieza fundamental sin la que la pantalonera no podría cumplir con el encargo del día. La ladrona esperó a que la dueña saliera a uno de sus recados para colarse en la casa y robar la pieza, sin tener en cuenta a un testigo con el que no contaba. La Engracia, tras perder a su marido en la guerra, había quedado preñada no se sabía de quién, y aquella niña de apenas dos años asistió a toda la maniobra de la ladrona.

Cuando la Engracia fue a echar mano de su máquina y vio que faltaba la canilla, sus maldiciones se oyeron en la Puerta de Toledo, y fue la niña la que, con su lengua de estropajo, le dijo que había sido la Encarna: «Se la ha metido aquí...», decía la cría, señalándose con la manita en el pecho.

Cuando llegó Antonia se encontró en el patio un revuelo de mil demonios, con la Encarna negando el robo y reculando, la Engracia con su hija en brazos y queriendo enganchar de los pelos a la ladrona con la mano libre mientras las vecinas la frenaban, y con la niña dale con la manita y con que se la había «metido aquí...».

—¡Es que tengo hambre! —acabó confesando otra vez la Encarna.

—¡¿Y los demás no?! ¡Japuta! —le gritaba la Engracia—. ¡Que me dejo los ojos haciendo pantalones! ¡Recoge cartón, como tu madre! ¡Yo te mato como vuelvas a entrar en mi casa a robarme el pan de mis hijos!

—¡Pues deja de tener hijos, que de la chivata no conoces ni al padre! —siguió empeorando las cosas la Encarna.

La Engracia le pasó la niña a la Paca y ya nadie pudo impedir que le echara mano al moño, la tumbara y la dejara medio desnuda en el patio buscándole la canilla por debajo de la camisa. Y la encontró. La Encarna pataleaba y seguía con la pejuguera de que tenía hambre, cuando terció Antonia.

—¡Oye! ¿No habrás sido tú la que se llevó la bota de mi padre? ¡Porque después de que te mate la Engracia te mato yo!

—La empeñé... —dijo la Encarna, hipando y aún tirada en el suelo mientras la reunión se disolvía.

—Tú la empeñas y la paliza me la dan a mí... Pues luego se lo dices a mi padre y te las apañas para devolvérsela —dijo Antonia, ya más calmada y ayudándola a levantarse—, que me las llevo todas. Cuando no es la rata eres tú, y cuando no, la Rosita.

—¿Qué te ha hecho la Rosita? —preguntó la Encarna mientras se abrochaba la camisa.

—Pues otra... que parezco la tonta del barrio. De los cascos de botellas que recoge su madre por la calle, le quitaba los mejores, los de coñac, y cuando la pilló, la Rosita le contó que yo le di la idea porque las botellas de coñac las pagan a quince céntimos.

—Joder con la Rosita, y parecía tonta.

—Su madre vino como una fiera a decirme que dejara de incitar a su hija a robar. Cuando la pille se va a llevar dos *quantás*, por meterme a mí en sus líos, que parezco el pito del sereno.

—Cómo son algunas, de verdad...

— ...

Y Antonia se quedó con ganas de soltarle un sopapo a la Encarna, pero, total, los arañazos de la cara ya habían cicatrizado y no dejaron señal.

Solo un par de veces se buscó ella sola el palizón. Había encajado tantos por culpa de otros, que estaba dispuesta a llevarse alguno más, pero sacándoles beneficio. La barrita de pan que cada día recogía en los ultramarinos del señor Manolo no le hacía ni cosquillas en el estómago y decidió recurrir a Silvia, la estraperlista del barrio, para ver cuánto le daba por los siete cupones del pan de la semana. Los cuarenta céntimos que sacó los empleó en comprar una barra de pan blanco con la que corrió hasta el puesto callejero de la Ramona en la calle Arganzuela para que, con los céntimos que sobraron, se la rellenara con gallinejas y entresijos recién fritos. Sentada en el poyete de la Fuentecilla, donde manaba el agua más fresca de Madrid, Antonia se comió el mejor bocadillo de su vida. Saboreándolo, cerrando los ojos en cada mordisco y regándolo con traguitos de agua arrimando el morro al caño.

Apenas había terminado de limpiarse con la manga las últimas miguitas de la boca, cuando oyó los gritos que venían desde el número 4 de la calle Calatrava. Algo había pasado frente a la pescadería del crimen.

Saltó del poyete, cruzó la calle Toledo y se hizo hueco entre el remolino de gente que rodeaba en el portal a una vecina trastornada que no paraba de gritar. «¡El pescadero ha matado a su cuñada! ¡Que vengan los guardias! ¡Que la ha *matao!*».

¿Otro muerto? ¿Otra vez el pescadero?, pensó Antonia. En esa calle mataban mucho.

Meses antes nadie dejó de enterarse en el barrio de la desgracia de Manuel, un niño de nueve años que fue sorprendido robando una sardina por uno de los hermanos que regentaban la pescadería del número 5 de la calle Calatrava. La patada que le dio en la cabeza con el zueco de madera dejó al chaval en el sitio y con el arenque todavía en la mano, pero el agresor era falangista y la muerte de Manuel quedó sin consecuencias para el asesino. La única secuela fue el nombre con el que acabó bautizado el establecimiento: la pescadería del crimen.

Frente a ella, en el número 4, vivían los dos hermanos pescaderos, uno de ellos casado con una guapa moza deseada por su cuñado. Aquel sábado, los dos pescaderos acudieron juntos a la boda de un familiar y la mujer se quedó en casa, circunstancia que aprovechó el cuñado para despistarse de la celebración y, envalentonado por el vino, regresar a la calle Calatrava para conseguir por las malas lo que no lograba por las buenas. La mujer se resistió a mordiscos, y su pariente, con el orgullo herido y la entrepierna dolorida, bajó a la pescadería a por uno de sus cuchillos.

Mientras Antonia se zampaba su bocadillo de gallinejas sentada en la Fuentecilla, el mismo pescadero que había matado a Manuel de una patada asesinaba a la mujer de su hermano.

Cuando llegó a la calle del Águila con la noticia del nuevo crimen y el buche lleno, Miguel todavía no se había enterado de la venta de los cupones, pero cuando lo supo, la tunda no llegó. Al fin y al cabo, los siete cupones que había vendido eran los de su cartilla de racionamiento, no de la de Miguel, y su padre se limitó a decirle que allá se las apañara sin pan toda una semana.

Y así fue. Pan para hoy y hambre para mañana, porque al día siguiente solo quedaba el recuerdo de las gallinejas, los cotilleos en torno al crimen y sus tripas haciendo ruido y pidiendo más.

El gusto que le dejó el bocadillo la animó a dar el siguiente paso. Esta vez no vendería los cupones; por las cartillas le darían más. Regateó lo que pudo con la estraperlista, pero no consiguió sacarle más de una peseta. Otro atracón de gallinejas y, ahora sí, llegó la paliza.

Miguel acudió a Dora para contarle el desastre, porque la venta de las dos cartillas les dejaba sin el racionamiento para los restos. Quizás su hermana, que seguía trapicheando con el estraperlo de tabaco, conociera a la aprovechada.

—Porque como no recupere mi cartilla, te juro que la mato —le dijo Miguel a la

Dora—. Es igual que su madre, va a lo suyo.

—Por Dios, Miguel, que es una niña. Tiene hambre, está sin madre y tú estás más tiempo en la taberna que ocupándote de ella. La tienes molida. Me la voy a tener que traer conmigo, porque lleva en su cuerpo más cardenales que los que tienen en Roma.

—De eso nada. Mi hija se queda en casa y la enderezo. Y ya sabes, si te la quieres traer, me vengo con ella. No voy a quedarme solo.

—Eso... para que tengas en quien desahogar tu mal vino. Voy a ver si encuentro a la espabilada que se ha quedado con las cartillas, pero como vuelvas a señalar a Antoñita, soy yo la que te parte el alma.

La Dora agarró a Antonia de la mano y se fue a por la tal Silvia para cantarle las cuarenta. Le dijo de todo menos bonita. Que se había aprovechado de una niña hambrienta, que parecía mentira que se valiera de la necesidad de otros, que la peseta que le había dado por las cartillas era una mierda... «¡Y me las devuelves ahora mismo! ¡O te denuncio, aunque también me cueste a mí ir *pa'lante!*».

La estraperlista aceptó el trato a cambio de recuperar su peseta, Dora rescató las cartillas y el hambre reconquistó a Antonia.

Tuvo que recurrir a su anterior rutina de madrugar y esperar con los otros chiquillos del barrio a que llegara el camión con los víveres hasta la antigua churrería del señor Castor, en la misma calle del Águila. Desde que acabó la guerra, nunca más volvieron a ver al churrero pringado de harina y con su mandil blanco. Estrenó camisa azul con su yugo y sus flechas bordadas a la altura del corazón y el local pasó a ser del Auxilio Social, donde Antonia hacía cola con la escudilla en la mano a la espera de que le sacudieran con un golpe seco de cazo una masa compacta de judías con arroz.

Siempre judías blancas con arroz.

El camión llevaba por las mañanas lentejas, patatas, bacalao en salazón, cebollas, leche en polvo, sémola, repollos, habas, orejones... y la chiquillería estaba atenta por si en la descarga se rompía un saco y rodaban por el suelo unos cuantos garbanzos que recogían a la carrera. Pero siempre daban judías blancas con arroz, lo único que se cocía en aquella antigua churrería, porque los mismos víveres que se descargaban por la mañana salían de noche en motocarros camino del mercado negro.

Con el tiempo dejaron de ver por allí al señor Castor. Comenzó a ocuparse de sus tiendas de muebles y a comprar fincas que le llevaron a un barrio mejor.

Para Antonia había llegado el momento de conseguir un trabajo que le proporcionara algo más que la miseria que le daba la Engracia por hacer ojales en las braguetas casi todas las horas del día. Con trece años y el oficio que le enseñó la pantalonera, ya podía bandearse como aprendiz en algún taller de costura. Comenzó a recorrer sederías, donde los talleres de sastras y modistas colocaban anuncios reclamando principiantas, aunque siempre tenía que pedirle a alguien que le leyera la dirección.

Se colocó en un taller de la Cava Baja, donde demostró darse muy buena maña con los ojales, sobrehilando bordes y picando cuellos y solapas de las chaquetas para fijar la entretela. Una con cincuenta le pagaban al día. Toda una fortuna comparada con el salario de la Engracia.

Era minuciosa y seria, y cumplía con todo lo que la encargaban sin rechistar. «Antonia, haz esto». «Antonia, haz lo otro». «Antonia, barre». «Antonia, vete a llevar la piedra de afilar agujas a la sastrería de la plaza de Cascorro». Cuatro días llevaba en el taller cuando una de las oficialas la envió con aquella pesada carga envuelta en un paño negro. Fatigada a veces con el peso entre los brazos, a ratos echándose a la espalda, parando cada cuatro pasos, Antonia llegó baldada a la sastrería de Cascorro.

—Vengo del taller de la Cava Baja —dijo Antonia sin resuello.

—¿Qué traes ahí? —preguntó la encargada de la sastrería.

—La piedra de afilar agujas.

La encargada apenas disimuló una sonrisa y miró con complicidad a las dependientas de la tienda. Todas bajaron la vista, apretando los labios para que no se les escapara una carcajada que desbaratara la novatada. «Ya no necesitamos la piedra —dijo la encargada—. Devuélvela al taller por si acaso les hace falta allí».

A la niña le empezó a temblar el mentón, pero, aguantando las lágrimas, cargó de nuevo con el bulto y salió de la sastrería sin decir nada. Apenas había perdido de vista la tienda, desenvolvió el paño y vio dos vulgares piedras que dejó tiradas en mitad de la calle.

—¡He venido aquí a aprender a coser, no a que se rían de mí! —fue lo primero que dijo Antonia nada más entrar por la puerta del taller, llorando y enrabiada.

—¿Dónde están las piedras? —preguntó la oficiala.

—En su sitio, en la calle. Las he tirado.

—¡Cómo que las has tirado! ¿Y el paño?

—También. Quiero mi jornal, que me voy.

—¡Qué poca correa, niña! Pues si te vas, te descuento el paño, que era de buen género.

—¡Y una mierda me va a descontar! ¡De mí no se ríe nadie! ¡Estoy harta de que todos me tomen por tonta! ¡Si quiere el paño, se va a buscarlo a Cascorro, y a mí, o me paga lo que me debe o se acuerdan de la Antonia! ¡Y no me llame niña!

—Vale, fiero... vale. Pero hay que saber aguantar una broma.

El escándalo del taller provocó que apareciera el encargado, que intentó convencer a la aprendiz para que no se fuera, a la vez que abroncaba a las oficialas por haberse cebado con una niña de trece años y por perder el tiempo con guasas. Antonia siguió reclamando su paga entre lágrimas y no aceptó quedarse. Su corta vida había sido una pesada burla. Ni una más.

«¡Que se vayan todos la mierda! ¡De mí no se ríe nadie más! ¡¿Me han oído?! ¡Nadie!», fue lo último que le oyeron cuando abandonó el taller con su jornal del día en el bolsillo. Y siguió relatando por la calle. «¿Qué se han creído? ¿Que la Antonia

es tonta? ¡No te digo! ¡Mi prima con las coletitas, la Encarna cargándome el muerto, el borracho de mi padre, la Rosita... hasta las ratas se ríen de mí! ¡Pues se acabó!».

En el taller lamentaron perder una buena aprendiz, pero Antonia salió tan dolorida como orgullosa por no haberse dejado pisar una vez más. Con las piedras dejó tirada a la niña apocada, y entre las pesetas de su primer jornal se coló una desconfianza que ya no se pudo sacudir de encima.

Encontró hueco en otro taller de la calle Jardines, donde aprendió solo un poco más de oficio en los ratos que le dejaban la escoba, el estropajo, los recados y el fogón. Cansada de ser criada más que aprendiz, agarró el canasto de las chufas y se empleó en un tercer taller de la calle Bailén donde duró apenas un mes, en cuanto la sastra le ordenó que le lavara los trapos del periodo. «¡Oiga! ¿Que todavía no me ha venido a mí y ya tengo que lavar los de otras? ¡De eso nada! ¡Vaya usted a hacer gárgaras!». Eso de «hacer gárgaras» se lo oía mucho a su tía Dora y estaba deseando soltárselo a alguien.

Pasó por dos o tres más, y en ninguno dejó de sacar una enseñanza más para el taller siguiente. Pespuntes, fruncidos, jaretas, hilvanes, dobladillo, corte al sesgo...

La siguiente búsqueda la hizo con su amiga Paca, de pocas luces y escasa habilidad con la aguja, pero ya se ocuparía Antonia de enseñarle y tapar sus carencias a cambio de sentirse acompañada en esos talleres regentados por tantos aprovechados.

Acabaron las dos en la calle Sombrerete, en el local de un maestro sastre que siempre trabajaba con una lata a sus pies. Bajo la mesa donde cortaba los trajes, el maestro arrojaba a ese bote que en su momento guardó anchoas en salazón, los restos de los hilos, los recortes pequeños de tela... y algo más.

Cuando las oficialas terminaban su jornada, Paca y Antonia tenían que barrer, recoger el taller, vaciar la lata y dejarla con agua para el día siguiente. Paca le dijo un día a Antonia que ella no volvía a vaciar la lata.

—¿Por qué? —preguntó Antonia.

—Porque escupe... y el maestro está del pecho.

—Anda que me lo has dicho...

—Te lo digo ahora. Yo no la vació más. Si quieres, hazlo tú.

—Vas lista. Para que me lo pegue a mí...

La tuberculosis se cebaba en Madrid y Antonia no estaba dispuesta a acabar en un sanatorio de pobres. La lata se quedó como estaba y las dos principiantas esperaron a la mañana siguiente la bronca de la esposa del sastre.

—¿Y esta lata? ¿Qué hace aquí sin vaciar? Tiradla ahora mismo —les ordenó la mujer.

—Tírala tú —le dijo Paca a Antonia, dando un paso atrás.

—Yo no la tiro.

—¡Cómo que no! —se revolvió la mujer, puesta en jarras—. ¿Y eso por qué?

—Porque su marido está enfermo y escupe.

—¿Que mi marido está enfermo?! ¡Fuera del taller ahora mismo! ¡Fuera!

Y vuelta a buscar a las sederías. La siguiente parada fue en la calle del Arenal, donde encontraron trabajo en un piso lúgubre donde un matrimonio cheposo se había especializado en la confección de sotanas y casullas. Acostumbradas al bullicio de los talleres, cada hora con aquella pareja ennegrecida se les hacían dos; tenían prohibido hablar si no era para consultar algo que tuviera que ver con la costura, y una parada para acudir al retrete requería pedir permiso. A Paca y Antonia las sotanas les amedrentaban aun sin tener un cura dentro y coser en medio de un silencio tan tétrico provocaba que, cada vez que sonaba el timbre, un brinco les despegara el culo de la silla. Eran los sacerdotes, que acudían a realizarse las pruebas.

—Yo no subo —le dijo una tarde la Paca en el mismo portal de la calle Arenal—. Esos dos me dan miedo.

—Pues yo no subo sola —contestó Antonia—. Si tú no vas, yo tampoco.

—Por lo menos, sube a cobrar lo que nos deben...

—Qué lista. Y doy yo la cara, ¿no?

—Es que son dos pesetas...

—Pues subimos las dos a pedir las y nos despedimos.

—Yo no subo.

—Pues yo tampoco.

Pero dos pesetas eran dos pesetas, y tres días después, un sábado por la mañana, se armaron de valor y fueron a reclamarlas. No pasaron de la puerta. Todo lo que se llevaron fue una sarta de insultos por parte de la mujer, a la que, cuando corrían escaleras abajo, todavía la oían gritar «¡Sinvergüenzas! ¡Nos habéis dejado colgados! ¡Rojas! ¡Que sois unas rojas!».

La sociedad acabó disolviéndose y cada una buscó nuevo oficio. Paca se fue con su madre a vender cebollas a un puesto del mercado de la Cebada, y Antonia encontró un trabajo de chiripa uno de los días que la avisaron para que fuera a recoger a su padre a la taberna. Estaba, como de costumbre, intentando mantener la verticalidad, encajado en el rincón entre la barra y la pared, y con toda la pernera izquierda del pantalón empapada. Se había vuelto a mear encima.

A punto de salir de la tasca, cargando con aquel borracho como podía, un parroquiano amigo de su padre le dijo que en el taller de ebanistería donde trabajaba su hija buscaban a una aprendiz barnizadora.

—¿Cuánto pagan? —preguntó Antonia, aún sujetando a Miguel.

—Siete pesetas al día, creo... —contestó el hombre.

—¡¿Siete pesetas?! —Y en ese momento soltó el paquete—. ¿Dónde es? ¿Adónde tengo que ir?

—Al Portillo de Embajadores. Vete a la ebanistería del maestro Eduardo Anero y pregunta por Pepe, el oficial. Dile que vas de mi parte. Y recoge a tu padre, que casi se abre la cabeza. Menos mal que va como va...

Miguel amaneció a la mañana siguiente con un moratón en el pómulo derecho, pero nunca supo por dónde le vino el golpe.

Antonia se esmeró con su nuevo oficio. Comenzó dando cera a los cajones hasta que tuvo maña para empezar a dar aceite a la madera, a lijar, a saber el tiempo justo que necesitaban permanecer los listones sumergidos en laca, a barnizar con muñequilla... Ella preparaba las piezas y Pepe, el oficial, ensamblaba el mueble. Lástima que el taller ardiera, porque allí la trataban bien, aunque las enseñanzas que se llevó bien aprendidas le sirvieron para encontrar otro puesto de barnizadora en Ebanistería Martínez. El fuego también consumió aquel trabajo.



—¿Ardían o las quemabas tú? Porque trabajas en dos ebanisterías y las dos arden... no sé qué pensar.

—¡Qué las voy a quemar yo! Si es que antes se trabajaba como se trabajaba. Los barnices, las maderas, el serrín... todo era muy inflamable, y los oficiales fumaban en los talleres. También estuve en otra que no se quemó, al menos mientras yo trabajé allí.

—¿Dónde?

—Cerca de Lavapiés. En el taller de don Ángel Romero, que hacía muebles de oficina muy finos.

—Pues sacaste buenos cuartos entre unas cosas y otras.

—Para lo que me lucía. Todo me lo quitaba el cabrón de mi padre. Apenas podía sisar un poco para irme a la verbena con la Encarna o a tomarme una horchata con la Paca. Todo lo que ganaba con las fachadas y en Vista Alegre él se lo bebía y se lo comía; y con lo mío, bebía más y comía mejor. Hasta que me harté y me metí al estraperlo.

—¿Es que volvió al toreo? Eso no me lo habías dicho.

—Qué va... A la última que toreó fue a la rata que le robaba la comida. Iba los domingos a sacarse unas pesetas a Vista Alegre de arenero, pero tuvo que dejarlo cuando le pilló un toro asistiendo al don Tancredo. ¿Te cuento o no te cuento lo del estraperlo?

—¿Qué toro? ¿Qué Tancredo? ¿Cuándo fue eso?

—Antes de meterme a estraperlista.



El gusanillo del toreo nunca abandonó a Miguel. Su plaza de referencia siempre había sido la de Vista Alegre, y por allí cultivaba algunas amistades antes de la guerra que le dejaban instalarse de extranjis en el callejón para presenciar algunas domingadas

que luego le daban tema de conversación en la tasca y excusas para seguir dando lecciones de por qué tal peón la había pifiado en banderillas o por qué cual maestro había dejado la estocada caída. Pero la guerra dejó en ruinas el coso de los Carabancheles porque le tocó en suerte estar en primera línea de fuego. Las torres que presidían la plaza cayeron con los bombardeos y las gradas acabaron siendo un anárquico montón de cascotes. La Dirección General de Regiones Devastadas no encontró presupuesto para su reconstrucción hasta 1944, pero el resultado final fue tan distinto al original que la plaza pasó a la chufra y acabó rebautizada como la Chata, dado que nunca más se supo de sus famosas torres.

Incluso antes de que volviera a inaugurarse, no había festejo en el que Miguel no se dejara ver por si encontraba a algún antiguo amigo que le colara o algún trabajo que le reportara unas pesetas sueltas que a la vez le permitían ver la corrida.

Antes de que el renovado coso se inaugurara oficialmente el 18 de julio de 1947, Miguel no perdía oportunidad de acercarse hasta la Chata durante los espectáculos cómico-aurinos y festivales benéficos que se celebraban con la plaza aún en obras. Convenía que nadie se olvidara de su cara y su buena disposición para cuando llegaran mejores tiempos con las corridas de primeras figuras.

Acabó haciéndose un hueco de arenero y para lo que se terciara; enganchando las reses estoqueadas a las mulillas del arrastre, asistiendo al don Tancredo de turno o retirando en un capazo la arena ensangrentada para que el siguiente toro no se amansara olisqueando lo que quedaba de su pariente.

Así fue como un domingo del 45 se llevó una cornada de la que no dejó de presumir los días de su vida.

Uno de los espectáculos que más acongojaba al respetable era el que puso de moda el valenciano Tancredo López a finales del siglo XIX y que se usaba como entretenimiento previo a la lidia. Miguel y otro de los areneros colocaban en el centro del ruedo un pedestal blanco de medio metro de altura al que se encaramaba un valiente, vestido igualmente de blanco, antes de que se abrieran los toriles. Desde esa atalaya, inmóvil, en mitad del silencio curioso de los espectadores, mezcla del gusto por ver al toro mosqueado en torno al cajón y el deseo oculto de que embistiera y ver volar por los aires aquella falsa estatua, don Tancredo veía salir al toro y aguantaba la postura sin que la respiración le delatara. El animal se frenaba la mayor parte de las veces ante el pasmarote; olía, bufaba bajando la testuz y apartando la arena con sus patas delanteras, pero sin atreverse a arremeter; rodeaba el cajón, volvía a bufar, amagaba con la embestida... hasta que el don Tancredo daba por terminado el espectáculo con un salto ágil seguido de una carrera hacia el burladero, o hasta que el toro apeaba de un empellón al valiente porque el engaño no había prosperado.

Llegaba entonces el momento de la lidia, pero antes había que sacar al toro de los medios y mantenerlo entretenido junto a la barrera para que los areneros retiraran el cajón. Aquella tarde, el novillo no se fijó en los engaños de los peones, y en cuanto vio movimiento en el centro del ruedo volvió a por la presa que se le había

escabullido. Miguel no tenía las habilidades de las que presumía, y en vez de salir por pies como el otro arenero en cuanto vio al bicho enfilarse a por ellos, prefirió lucirse ejecutando un quiebro que no salió bien.

El novillo se enceló con Miguel. Lo revolcó por todo el albero sin hacer caso a los peones, que a base de capotazos y tirones de rabo intentaban quitárselo de encima. Finalmente pudieron llevarse al bicho mientras un torero le hizo un torniquete con el corbatín a la vez que cargaban con Miguel camino de la enfermería. La cornada fue limpia. Le abrió toda la pantorrilla en diagonal desde el tobillo hasta la corva.

Una semana estuvo Miguel en el sanatorio, a donde su hija acudió a verlo con Dora en un par de ocasiones, y estaba deseando salir para recoger las mieles de su hombrada. Sin posibilidades durante el siguiente mes de subirse a un andamio para pintar ni de volver a Vista Alegre, Miguel volvió con su cojera a recorrer tabernas para relatar su hazaña. No perdía oportunidad de remangarse la pernera para presumir de costurón, y aunque no la subía más allá de la corva, exageraba la cornada y decía que continuaba muslo arriba.

El novillo que lo empitonó acabó siendo un miura, su exceso de chulería por querer recrearse ante el respetable derivó en heroico quite para asistir a Antonio Bienvenida y la llegada a la enfermería en volandas entre angustiosos ayes lo disfrazó de valentía entrando por su propio pie.

La cita a la que nunca faltaba Miguel era a la del sábado por la tarde en la puerta de la ebanistería donde trabajaba Antonia. Allí estaba como un clavo para recoger el salario semanal de su hija. Visto que su padre no derrochaba intenciones de volver a trabajar, un día se armó de valor y le planteó quedarse con una mínima parte del sueldo de barnizadora para cubrir alguna necesidad tan simple como comprarse unos zapatos para los domingos o renovar una falda a la que no le entraban más remiendos. La respuesta fue un rotundo «¡No!», seguido de una amenaza.

—Si vives en mi casa, me entregas todo, y si no, «San Pirando» —le dijo Miguel a su hija, chasqueando los dedos.

—Pues me las piro —remató Antonia—. Y a partir de ahora te cocinas tú. Dame mi cartilla de racionamiento.

—Ya la has visto.

No se fue muy lejos. Llegó a un acuerdo con su vecina Manuela, a la que pagaba quince pesetas al mes a cambio de cama y una exigua comida. Ya hubiera querido ella volver a los acogedores brazos de sus tíos, pero el piso de la calle Amparo estaba hasta los topes. La vieja había caído enferma y la tenían acogida; la Carmen se fue a vivir con ellos tras perder la casa en la que vivió con el Marquesito, y Fernanda, la otra hermana de Rafael, llegó por sorpresa desde Navalcarnero para quedarse un mes. Dos años después no la habían podido desalojar. El racionamiento no daba para tantos y su prima Meli complicó la convivencia porque acarrearba más problemas de

los que contribuía a resolver.

Antonia prefirió quedarse a vivir en su vecindad y bandeárselas sola. Las palizas desaparecieron y los encuentros con su padre se ciñeron a simples coincidencias en la calle, con miradas de reojo y sin cruzar una palabra más allá del insulto.

—Putá —le decía su padre.

—Cabrón —contestaba Antonia por lo bajini, dejando un perímetro de seguridad y asegurándose de que no la oyera.

Con tanta gente en casa de sus tíos, Antonia redujo las visitas a una vez a la semana, aunque solo fuera por no aguantar los rezongueos de la vieja y los desprecios de su prima. Acudía sobre todo a que su tío, con el mismo mimo que la libró de la sarna, le curara unas repugnantes pupas que cada mes le salían en la nuca. Supuraban, escocían, y a la muchacha se le escapaban las pocas energías que tenía por esas llagas que se reactivaban puntualmente todos los meses de forma cada vez más virulenta. Rafael levantaba las costras, lavaba y desinfectaba las heridas... hasta que la tía Dora dijo que aquello no podía seguir así. «A ti te pasa algo y nos vamos mañana mismo a que te vea un médico».

El doctor miró las pupas de Antonia y empezó a preguntar:

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Tu cartilla de racionamiento es de tercera?

—Sí.

—Ya. ¿Qué te han dado para esta semana?

—Cincuenta gramos de azúcar blanco, cien de pan amarillo, pasta para sopa y manteca.

—Y algo más que habrás conseguido por tu cuenta, digo yo...

—Una patata y medio chicharro... Y un caldo claro que me dio mi tía ayer.

—Ni aun queriendo se consigue comida, doctor —dijo Dora, interrumpiendo el interrogatorio.

—¿Algo de fruta? ¿Leche? ¿Nada? —continuó preguntando el médico.

—No —respondió Antonia—. Bueno... y un poco de arroz cocido el martes.

—¿Cuándo tuviste la última regla?

—No me ha venido.

—Esta jovencita tiene amenorrea —sentenció el doctor.

—Pues la niña caga bien. Tú haces bien de vientre, ¿verdad, hija? ¿O tienes *caguetilla* y no me lo has dicho? —preguntó Dora a su sobrina.

—Alguna vez voy un poco suelta, pero pocas —contestó Antonia.

—Lo que digo, señora —dijo el médico con una medio sonrisa—, es que su sobrina tiene un retraso del desarrollo por desnutrición. Tendría que alimentarse mejor.

—Si le parece, la empadrono en el Ritz... no te digo —se revolvió la Dora—. Estamos todos muertos de hambre, pero ya me contará usted... El racionamiento es

para volverse loco. ¿Qué se hace con un poco de azúcar y un arenque? ¿Pastel de sardina? Yo hago siete caldos con el mismo hueso. ¡Agua caliente!

—No se me solivante, mujer —la aplacó el médico sin tomarse a mal la contestación—. Vamos a poner unas inyecciones para solucionarlo.

—¿Con las inyecciones se va el hambre? —preguntó Antonia.

—Eso no te lo puedo curar yo. Las inyecciones son para provocarte el periodo.

—¿Y las pupas?

—Que te las sigan curando. Bien lavadas y desinfectadas. Se irán solas en cuanto desarrolles.

Y el médico no se equivocó. Antonia tuvo su primera regla con dieciséis años bien cumplidos, las pupas desaparecieron y se sintió lo suficientemente adulta para meterse a estraperlista.

Su amiga Encarna, a la que hacía tiempo ya había perdonado los líos en los que la había metido a cuenta de los robos en el 27 de la calle del Águila, la animó a que hablara con la Silvia, la que mangoneaba todo el estraperlo que se movía por el Rastro, y con varias mujeres a su cargo. Bien que la conocía Antonia, porque fue la misma que le compró por cuatro perras las dos cartillas de racionamiento.

La Silvia aceptó a la novata en el mercado negro de las telas, y Antonia entendió enseguida cómo funcionaba el negocio. Tenía que andar por el Rastro a la caza de clientas, con unas toallas en la mano que hacían de reclamo y esquivando a según qué guardias. Los que recibían de la Silvia sus buenos pellizcos a cambio de mirar hacia otro lado no suponían ningún riesgo.

—¿Quiere toallas, señora? Mire qué buen rizo... También tengo manteles, y buenas sábanas de hilo...

Si la mujer se interesaba, Antonia la acercaba hasta el cuartel general de su jefa para que negociara directamente con la clienta. Cuando la venta prosperaba, Antonia, que no perdía ripio del trato hasta ver si se consumaba, recibía su comisión. Menuda era la Silvia, además, pegando cambiazos. Si oteaba que la compradora era un poco pánfila, la sábana de cama grande que acababa de vender desaparecía en un rápido movimiento y la incauta descubría, solo cuando llegaba a casa, que la compra había menguado y la sabanilla no cubría ni la mitad del colchón. O que los dos metros de tela para un mantel, pese a que lo medía y lo cortaba delante de la clienta, no pasaba del metro veinte.

Antonia comenzó a manejarse bien con el dinero, tanto, que ahora era su tía Dora la que de vez en cuando se acercaba al Rastro para pedirle algunas pesetas prestadas con las que sacar adelante su poblada casa.

—¿Tienes algo que dejarme, Antoñita? —le dijo un día que fue a buscarla—. Tu prima Meli está en la cárcel y no tengo ni para el paquete.

—¡En la cárcel! ¿Qué ha hecho ahora?

—No sé yo en lo que está metida... No hay quien haga carrera de ella. Tu tío Rafael anda buscando un abogado que la saque, pero nos piden mucho dinero. De momento, solo puedo llevarle paquetes... y para rematar, la quieren juzgar por lo militar. La acaban de pasar a Ventas, pero ha estado encerrada en un cuartel por Carabanchel. ¿Tienes diez o doce pesetas para dejarme? —le pidió su tía mientras se secaba las lágrimas.

—Claro que sí, tía. —Y Antonia echó mano de su faltriquera para sacar tres duros—. ¿Ha sido por culpa de la Isabel?

—De la Isabel... y de una tal Valentina. Ya sabes con quién se junta y para qué.

—¿Las han pillado haciendo algo?

—Sí, pero no por lo que estás pensando. Las han cogido por robar.

Meli había elegido su propio camino para salir del barrio. Era un bellezón simpático, tan descarada como dispuesta a dejar atrás la miseria y la necesidad. La Dora siempre culpó indirectamente al Marquesito de que su hija se torciera; las ropas elegantes que le vio lucir, sus altones por los cafés de moda y los buenos dineros que le vio manejar empujaron a Meli a salir al encuentro de esa vida que nunca iba a encontrar en aquel arrabal por donde la rondaban un buen puñado de muertos de hambre.

A ella, además, no le gustaban los hombres salvo para torearlos. «Un día te vas a llevar un guantazo, Meli —la recriminaba Antonia—. No te puedes reír así de ellos».

Le gustaba citar a cuatro a la vez, en el mismo sitio y a la misma hora, mientras ella y su inseparable amiga Isabel los observaban, escondidas, desde la esquina de enfrente.

—Mira qué cuatro *perfumaos*... —se pitorreaba Meli—. Adónde pensarían llevarme, si van en alpargatas.

—El del pañuelo al cuello no está mal... bajito, pero pinturero —criticaba Isabel.

—El chulo engominado que está fumando es el Cristino, el que me trae filetes de vez en cuando. Ese hasta se quiere casar, pero ya le he dicho que espere sentado.

—A ese tendrías que aguantarle un poco, que no siempre se encuentra un novio en el matadero.

—Yo no quiero novios de Lavapiés, que con estos no voy a ninguna parte. Y mira el otro... se ha puesto tan fino que parece que se va a salir por el cuello de la camisa.

Isabel vivía en la buhardilla de la calle del Amparo, justo encima del piso de los tíos de Antonia. Dora y Rafael sabían de los tratos en los que andaba con su hija, porque Meli dormía más veces arriba que en su casa con la excusa de la aglomeración de parientes. Decía a sus padres que trabajaba de secretaria en un despacho de la calle Mayor, pero apenas ayudaba en casa con su salario y nunca se esmeró en disipar las sospechas de que el dinero venía de vete tú a saber dónde.

Isabel le habló un día a Meli de su amiga Valentina, una joven planchadora del barrio que le propuso un negocio. «Yo es que no sirvo, pero tú eres más *echá pa'lante*

». Y le contó el plan.

A cambio de unos magreos esporádicos, la Valentina andaba sacándole los cuartos a un hombre mayor que vivía en la calle Prado con su mujer medio impedida. Habitaban un gran piso cuya ala derecha tenían arrendada a una gestoría que tramitaba asuntos militares. La esposa tenía su mundo en casa y pasaba la mayor parte del tiempo en el extremo opuesto a la gestoría, acostada en su dormitorio y pegada a la radio para no perderse ni uno de los seriales matutinos y radioteatros vespertinos ni despistarse de las «Charlas de orientación religiosa» semanales que arreaba el padre Venancio Marcos en las ondas de Radio Madrid.

La palabrería constante de la radio la aislaba de cualquier ruido en el otro extremo de la casa, incluso cuando no prestaba atención al soniquete porque andaba entretenida con las revistas femeninas que puntualmente le llevaba la chica de servicio. La doña era capaz de leer las últimas tendencias de alta costura en *El hogar y la moda* a la vez que, sin despistarse de la lectura, añadía su canturreo al ruido radiofónico de los anuncios que ya tenía memorizados de tanto escucharlos.

*Siempre que quieras tener
alegre el alma y la cara
el coñac debes beber
de Palomino y Vergara.*

Las pocas ocasiones en las que el marido paraba en casa, se enfermaba de tanto oír el eco de los anuncios que su esposa repetía machaconamente en su habitación y que le llegaban hasta su sillón del cuarto de estar.

—«Noche y día, sofá-cama Mexía» —oía corear a su mujer.

—Maldita vieja. Por qué no te callará una apoplejía —remataba el verso el marido desde el otro cuarto.

—«Para el otoño madrileño, gabardinas Butragueño» —decía la inválida un rato después.

—La cabeza te metía yo en un barreño.

—«Volverán las oscuras golondrinas, y hallarán Gallina Blanca en las cocinas».

—¡Te quieres callar ya con el suplicio de los anuncios! ¡Que me tienes loco!

—¡Pues vete con tus furcias, que te canten al oído! —Y repetía más alto aún—: «¡Como el vino de Jerez brilla en su caña, como el sol brilla en España y las rosas en abril, así brillan con fulgores indelebles las arañas y los muebles de Almacenes Ruiz!».

Pese a su edad y su torpeza, la inválida había desarrollado suficiente maña para trasladarse ella sola a una silla de ruedas que siempre tenía a la derecha de la cama. Los trabajadores y los clientes de la gestoría, aunque accedían por la misma puerta del piso, no molestaban a los propietarios y, dada la amplitud de la casa, apenas se les

oía entrar y salir de lunes a sábado en horario de oficina.

El marido pasaba la mayor parte del día fuera, buscando intimidades con la Valentina o con la que se le cruzara y matando ratos entre tertulias y partidas de dominó en los cafés de la plaza de Santa Ana. Pero el poco dinero que le daba su mujer no le alcanzaba para cubrir todos sus gustos. La sirvienta encargada de hacer la compra y ocuparse de todos los recados que ordenaba la vieja manejaba más dinero que él.

El marido se apañaba con su exigua pensión y alguna caridad que de vez en cuando le sacaba a su esposa, porque el dinero del alquiler, ni lo oía. Los ingresos que puntualmente le llevaba un empleado y que la vieja recibía en propia mano, sin levantarse de la cama, inmediatamente los guardaba en una caja fuerte que a su vez encerraba en su mesilla de noche. Las llaves colgaban de su cuello y permanecían custodiadas entre sus grandes pechos.

La Valentina recibió una oferta muy directa por parte de su benefactor. La bien nutrida caja fuerte de su mujer era inaccesible, pero no así la que la gestoría ocultaba detrás de una gran fotografía de Franco y de donde el marido había visto sacar más de una vez el dinero con el que pagaban a la inválida. A ojo, allí habría por lo menos cincuenta mil pesetas. Veinticinco mil para cada uno.

Acceder a la casa sería pan comido. El hombre le facilitaría las llaves del portal y de la vivienda a la Valentina, que sigilosamente llegaría hasta la gestoría, abriría el despacho con otra llave de la que él tenía un duplicado y forzaría la caja. La vieja, acostada en la otra punta de la casa, con la radio permanentemente encendida y coreando anuncios, no sería un problema, y la chica que servía tenía libre los sábados por la tarde hasta la diez de la noche.

El día del golpe, el marido se buscaría una buena coartada jugando al dominó o unos cuantos testigos en la tertulia de alguno de los cafés que frecuentaba.

Valentina no vio del todo claro ocuparse ella sola del robo y se buscó como compinche a la Isabel, que a su vez le contó el plan a su íntima Meli dado su mayor aplomo y escasos escrúpulos. Una tarde se reunió aquel trío de villanas y estudiaron cómo llevar a cabo el robo sin salir escaldadas.

—¿Seguro que la vieja no se puede levantar? —preguntó Meli a la Valentina.

—Seguro. Ni se va a enterar de que entramos porque tenemos llave, y, además, siempre está con la radio a todo meter. Con lo que nos tenemos que apañar solas es con la caja fuerte de la oficina. Hay que conseguir herramientas.

—¿Tú no le puedes coger a tu padre algunas de las que usa con sus muebles? —se dirigió la Isabel a Meli—. No sé... un par de martillos y alguna palanca.

—Algo tendrá. De eso ya me ocupo yo. Pero tenemos que organizarnos bien. Si lo hacemos, mejor nos vamos vestidas de hombres para que nadie nos reconozca por los alrededores. Y nos cortamos el pelo. ¿A cuánto has dicho que tocamos?

—El viejo calcula que habrá unas cincuenta mil pesetas para repartirnos a medias, pero ya le digo yo luego que había menos. Le damos diez mil a él y nos quedamos

con el resto —dijo la Valentina—. Tenemos que hacerlo un sábado por la tarde, que es cuando la de servicio tiene libre.

—Pues el sábado que viene —sentenció Meli—. Mañana mismo nos vamos a la peluquería y que nos corten a lo *garçon*... y tú, Isabel, consigue un par de monos de trabajo en el Rastro. Las herramientas son cosa mía. ¿Tienes ya las llaves de la casa, Valentina?

—Está esperando que le diga que sí lo hago para dármelas.

El sábado 25 de mayo de 1946 era el día.

Con paso rápido, imitando un caminar masculino, Meli y la Valentina llegaron hasta el portal de la calle Prado vestidas con dos monos azules y cada una con la bolsa que guardaba sendos martillos y formones escamoteados a Rafael. Llevaban el pelo corto y unas gorras que disimulaban sus facciones femeninas.

Entraron al portal con la primera llave, subieron al principal, abrieron la puerta con la segunda, entraron, cerraron con cuidado y se quedaron quietas hasta comprobar que la radio estaba encendida. Desde el fondo de la casa les llegaba la voz de Antonio Machín cantando «El manisero».

Siguiendo el plano que les hizo el viejo en una hoja de papel, llegaron hasta la puerta que daba acceso a la gestoría. Emplearon la tercera llave, cerraron despacio y se fueron directas a la pared desde donde el Caudillo, ligeramente ladeado, con mirada desafiante y los brazos cruzados, las observaba acercarse. Aparearon de su atalaya a Franco y estudiaron por dónde meter mano a la caja fuerte encastrada en la pared. No parecía muy sólida. Seguramente introduciendo los formones por las juntas de la puerta y apalancando la podrían abrir.

No funcionó. Los formones se doblaron.

—Verás tú cuando los vea mi padre... —se quejó Meli casi en un susurro.

—Ya le comprarás diez formones con tus veinte mil pesetas. Sigue dándole —ordenó la Valentina.

Al final optaron por golpear con los martillos; al principio con medida y ataques secos. Luego, más continuados. Y más fuertes. Lo siguiente que oyeron fue unos gritos que les llegaban desde la calle. «¡Policía! ¡Llaman a la Policía! ¡Que me están robando! ¡Ladrones!».

La vieja había oído la escandalera de los martillazos desde la cama; sacó su mejor maña para instalarse en su silla de ruedas y, sigilosamente salió hasta el pasillo para comprobar horrorizada que los golpes llegaban desde el interior de la casa. Retrocedió entonces hasta su habitación, echó el pestillo a la puerta y, agarrada con las dos manos a la barandilla del balcón sin despegar el culo de su silla, se desgañitaba gritando a los paseantes sabatinos de la calle Prado. Era tal el escándalo que salía de aquel mirador del principal, que las dos rateras identificaron las voces como procedentes de la calle y, embebidas en su tarea, dedujeron que otro robo se debía de estar produciendo en la misma zona a la misma hora. Unos minutos después, rendidas ante la fortaleza de la caja fuerte, decidieron abandonar y largarse por donde

habían venido. No llegaron más allá del portal.

La Policía las trató como lo que aparentaban, dos hombres, y pegadas contra la pared las mantuvieron con las manos a la espalda hasta que tomaron declaración a la víctima, que en mitad de la histeria explicó su peripecia. Cuando los guardias supieron que el intento de robo se había perpetrado en una gestoría que trajinaba con importantes documentos militares, dieron aviso al Gobierno Militar para que los dos cacos pasaran a disposición de más altas instancias.

Pese a que la farsa del disfraz acabó al descubierto en cuanto llegaron los militares, Meli y la Valentina no se libraron de pasar una semana en el calabozo de un cuartel. Allí cantaron todo a su manera, intentando que cargara el viejo con el muerto: que las había engañado, que eran dos indefensas chicas con hambre, que no les advirtió de que eso tenía que ver con los militares, que lo único que iban a sacar eran quinientas pesetas que les prometió el instigador...

Del cuartel fueron transferidas a la cárcel de Ventas, de donde Meli pudo salir a los seis meses bajo fianza y a la espera de juicio. Y mucho antes podría haber salido, pero el dinero que guardaba en casa de su íntima Isabel había volado.

Le pidió a su madre que subiera a la buhardilla y le dijera a la Isabel que le diera una caja de metal donde tenía suficientes ahorros para la fianza, pero cuando Dora recibió la caja allí no había ni dos duros.

—¡Cómo que no hay dinero! ¡En esa caja había mil pesetas! —reaccionó Meli ante sus padres en una de las visitas—. ¡La puta de la Isabel me las ha robado!

—¿Ahora es una puta la machorra de la Isabel? ¿Y cuando duermes con ella no te lo parece? ¿Y de qué tenías tú tanto dinero? —preguntó Rafael con rabia contenida.

—De mis cosas. Son mis ahorros para poder salir de esa vida de mala muerte.

—Muy bonito —la recriminó su madre—. Y para dejar la mala vida te metes a ladrona.

—Pues la del Marquesito no te parecía mal, porque buen jamón que nos llevaba.

—Ojito y no compares, que Carlos era un timador con clase, no un ladrón —defendió Rafael la memoria de su cuñado—. Nunca robó a nadie.

—No, les limpiaba el dinero, pero no les robaba. Anda, cuéntame otra...

—Madre mía... mil pesetas —se lamentó la Dora—. Qué dineral, y nosotros muertos de hambre. Y encima pidiendo dinero a tu prima para traerte el paquete. En qué puteríos estarás metida... A ver si te crees que nos hemos tragado que trabajas de secretaria.

—Eso son asuntos míos. Ahora lo importante es que me saquéis de aquí. ¿La Antonia no tiene dinero guardado?

—Tu prima me da lo que puede. Está en el estraperlo y dejada de su padre. ¿Qué quieres que haga la chiquilla? Se busca las habichuelas como puede y sin robar a paráliticas —la regañó la Dora.

—Otra muerta de hambre —se revolvió Meli.

—Pues esa muerta de hambre es la que paga tu paquete. Porque ya te lo he dejado

en la entrada... pero me están dando ganas de que te pudras aquí dentro y te apañes con lo que te dan. Ya quisiera yo que nos hubieras salido la mitad de buena que ha salido Antoñita.

Por muy poco no coincidieron en la cárcel las dos primas.

1947

Novio

Dora y Rafael se deslomaron en mil faenas buscando dinero hasta reunir la fianza de Meli, y Antonia puso todo lo que pudo de su parte para librar de la cárcel a la gamberra de su prima. Como estraperlista sacaba buenos cuartos, pero los repartía con su tía Dora.

Aunque el estraperlo al menudeo estaba relativamente consentido —bien sabía la Policía que era la única forma de subsistencia de los más miserables—, de vez en cuando se hacían redadas para cubrir las apariencias. Antonia olía a los guardias de paisano de lejos, pero no le llegó el tufillo de aquel hombre que se le acercó a mediados de enero interesado en comprar unas sábanas. Lo guio hasta la Silvia y allí esperó a que se cerrara el trato para recibir su comisión.

Se las llevaron a las dos. Aquel día hubo redada en el Rastro.

Las encerraron en un calabozo de la temida Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, pero la Silvia salió a las dos horas y recuperó todo el género que le incautaron. El padrino de su hijo era jefe de Policía en la comisaría del Rastro, de ahí la impunidad con la que trabajaba desde hacía años. «No te preocupes —le dijo a Antonia cuando se iba—, que lo arreglo y te saco hoy mismo», pero nunca más se supo de la Silvia. Lo único que hizo por ella fue correr la voz de que estaba en la DGS para que alguien se ocupara de sacarla. Solo su amiga Manuela lo intentó.

Buscó por las tabernas a Miguel hasta que dio con él.

—Señor Miguel, necesito que me dé la cartilla de racionamiento de su hija. La han cogido con el estraperlo.

—¿Y te crees que presentando la cartilla la van a sacar? —se recochineó Miguel, sin siquiera preguntar dónde estaba su hija.

—No. Es para hacerle un paquete y llevárselo.

—Pues si la ves dile una cosa de mi parte: que se coma los pelos. ¿Me has oído bien? Que no hubiera abandonado a su padre. Hala... aire.

Los cuatro días que pasó en la Puerta del Sol fueron llevaderos. Tuvo la suerte de que uno de los cocineros se fijara en ella durante el reparto del primer rancho. La vio tan aterrorizada en una esquina del calabozo, sentada en el suelo y con la cabeza entre las rodillas, llorando... tan jovencita...

—Eh... ¿cuántos años tienes, niña?

—He cumplido diecisiete en Reyes —dijo entre hipos.

—¿Estraperlista?

—Sí, señor.

—¿Sabes pelar patatas?

—Sí, señor.

—No llores, que ahora vuelvo.

Algo de mano tenía el cocinero con los guardias, porque los convenció para llevársela de ayudante mientras llegaba su orden de traslado y con el pretexto de que había dos subalternos enfermos. Comió bien durante tres días y la dejaron dormir en un camastro allí mismo, en un cuartucho junto a la cocina que, al menos, no tenía rejas.



—Tuviste suerte.

—Dentro de lo que cabe, sí. Le di pena. Es que no sé por qué a la Silvia y a mí nos llevaron allí, porque a la DGS iban sobre todo los presos políticos. Menudas palizas les daban.

—¿Viste algo?

—Algo vi, pero me daba miedo mirar. Yo iba a los calabozos con el cocinero y empujaba un carro mientras él repartía unas cazuelas por las celdas. Una vez vi un cuarto que estaba abierto porque estaban limpiando mucha sangre del suelo. Había dos anillas que colgaban del techo, como si hubieran tenido a alguien ahí colgado. Pero lo que más miedo me daba eran los gritos que salían de detrás de las puertas. Murieron muchos ahí abajo.

—Una pena que no pudieras pasar allí toda la condena.

—No lo sabes tú bien.



Al cuarto día llegó su orden de traslado a la cárcel de mujeres de Ventas para cumplir con los diez días de prisión que se imponía a los estraperlistas de poca monta. Diez días eternos en los que no se pudo sacudir el pánico ni el recuerdo de su madre. En alguna de aquellas celdas a la Juana se le empezó a ir la vida; por esos mismos pasillos se perdieron sus firmes zancadas; en alguna de las salas apartadas comenzó a buscarla la muerte; por el patio arrastró sus raídas alpargatas... Su madre había estado allí, y allí mismo la perdió.

Recuperó una imagen que creía olvidada, unas marcas que un día vio de refilón en los pezones de su madre cuando apenas habían pasado dos días de su puesta en libertad. Supo después que eran las señales de las descargas. «Que no me hagan nada, por favor, que no me hagan nada. Por favor... por favor... que no me hagan lo que a mi madre». Lo repetía en bajito, acurrucada en un rincón, para que las otras siete

presas no la oyeran. Quería hacerse invisible ante aquellas mujeres que buscaban desafiantes la mirada, pero no permitían que nadie se la sostuviera. Las peleas entre ellas eran constantes y dos o tres parecían marimachos. Las otras lo eran. «Que no me miren, por favor, que no me miren. Que no me toquen».

Solo se sentía segura cuando podía confundirse entre la masa del patio o del comedor. Nunca más pasaría por aquello.

Recuperó algo de ánimo al quinto día, con la visita de su tía Dora.

—No tenía mucho, hija, pero te he dejado en el paquete una muda y unas sardinas arenques. ¿Pasas hambre? Estás muy desmejorada.

—Tengo más miedo que hambre, tía. En la celda me han tocado unas «tortis» muy peleonas.

—¿Pero te han hecho algo?

—Todavía no, pero no duermo por si acaso. Creo que me he librado porque una de ellas conoció a la prima Meli. ¿Quién te ha dicho que estaba aquí?

—La Manuela. Como hacía varios días que no venías por casa, me acerqué a la calle del Águila. La muchacha intentó traerte algo, pero el cabrón de tu padre no le quiso dar la cartilla.

—Estarás harta de tanto venir a Ventas. Esto parece tu segundo barrio. ¿Cómo está el tío? ¿Y la prima?

—Ahí anda... arreglando algunos muebles por su cuenta. Ahora está yendo dos días por semana a una ebanistería de Fuencarral, pero no hay forma de salir del hoyo. Tu prima lo tiene desesperadito. Ya está liada con otra, con una que trabaja en Almacenes Simeón. Una tal Juanita. Digo yo que será esa, porque siempre está que si Juanita esto, que si Juanita lo otro, que si Juanita es muy culta, que si Juanita es contable... Y no veas cómo viste. Se lo sacará la Juanita esa del almacén. La muda me la ha dado ella.

—¿Y la Isabel?

—Esa voló con los cuartos de tu prima. Bueno, hija, ten cuidado aquí dentro, que solo te quedan cinco días. No creo que tenga para traerte otro paquete, pero ya veré si rasco algo.

—No te preocupes, tía. Pero en cuanto salga, yo no vuelvo al estraperlo, aunque me muera de hambre. Me meteré a servir.

—Lo que sea, Antoñita, pero no cojas el camino de tu prima.

Febrero del 47 marcó el final de la experiencia estraperlista y el principio de la servidumbre como externa en la casa de un militar de la calle del Arenal. De ocho de la mañana a diez de la noche, de lunes a sábado, Antonia fregaba, planchaba, cosía, cocinaba, ponía mesas, quitaba mesas y hacía la compra para aquel coronel con tres hijos, esposa y suegros. El sueldo no era para lamentarse y las sisas en el mercado le permitieron sobrevivir con más soltura. Ya comía caliente todos los días; y tenía

zapatos para los domingos; y hasta pudo comprarse un pintalabios y encargarle su primer vestido a la Engracia para estrenarlo en junio, por su santo. No hubo oportunidad. Lo colgó tras la puerta de la Manuela, y cuando volvió el viernes por la noche de trabajar, solo quedaba una desnuda percha.

—Te juro que yo no he sido, Antonia —le insistía la Manuela mientras Antonia no dejaba de llorar—. También se han llevado dos latas de sardinas y un huevo. Y la Encarna tampoco ha sido, porque estábamos las dos con la Paca en la verbena de San Antonio. Por cierto, felicidades, que es tu santo.

—¡A la mierda mi santo! Para lo que me sirve... ¡Hay mucha choriza en esta vecindad! —gritaba Antonia en el patio—. ¡Hace falta ser cabrona para robarle a un pobre!

El domingo se la llevó la Encarna al Retiro para que se le fuera el disgusto. Por eso, y porque pasear junto a la guapura de Antonia aseguraba el piropo y, con un poco de suerte, una horchata gratis. No es que Antonia tuviera mucha labia con los chicos, pero del palique ya se encargaba la Encarna. Aquella misma tarde no solo sacaron la horchata, porque la charla con dos chavales de muy buen ver se alargó hasta casi entrada la noche y hubo que refrescarla con unos granizados de limón. Tenían un pico gracioso, y consiguieron comprometer a las chicas para el domingo siguiente.

Y los encuentros continuaron de domingo en domingo, entre horchatas, barquillos y granizados; entre paseos en barca y ratos tontos dando de comer a los patos. Manuel le había echado el ojo a Antonia desde el primer día. Estudiaba arquitectura en Madrid y su familia era dueña de dos cortijos en Sevilla. Le hablaba de sus caballos, del coche que conducía, de las fiestas a las que iba... Mal asunto.

Cuando la Encarna fue a buscarla una de aquellas tardes de domingo para ir al encuentro de sus novios, Antonia dijo que no iba.

—No me fío, Encarna.

—Mujer, si son muy educados. Y universitarios... y tú le gustas mucho al Manuel, que se nota.

—Por eso no me fío. ¿Qué va a querer de mí un universitario? Pues aprovecharse.

—Hija, no puedes ir con la escopeta levantada toda la vida. Así no te sale novio. ¿Qué pasa, que porque sea estudiante ya es un aprovechado? Y anda que no es guapo...

—Soy analfabeta, he estado en la cárcel por estraperlista, trabajo de fregona... ¿Qué te crees tú que busca? En cuanto lo encuentre, adiós muy buenas. Ya te lo digo yo.

—Pues lo mismo no... a lo mejor te saca de pobre y te enseña a leer. ¡Por Dios, Antonia, que tiene hasta un «Haiga»! Vamos, mujer, que si tú no vas, qué hago yo con el amigo que se traiga.

—Ni «Haiga» ni leches... que no me fío y se acabó. Nadie con esa clase se puede fijar en mí para algo bueno.

—Pues si tú no vas, yo tampoco. Al fin y al cabo, siempre voy de carabina.



—No fastidies... ahora resulta que mi padre podría haber sido un arquitecto terrateniente de Sevilla.

—Pues no, porque tu padre es el que es. Si hubiera sido otro, ya no serías tú, so espabilada.

—También es verdad. ¿Pero le viste algo raro? ¿Te metió mano?

—¡Qué me va a meter mano! Era educadísimo y muy culto. Decía que me quería llevar a Sevilla, pero me acobardé. Creía que todo el mundo quería aprovecharse de mí. Yo siempre iba con la Encarna para no estar sola con él, pero cuando me pidió que saliéramos solos, me asusté.

—Para mí que dejaste escapar un buen partido, aunque yo hubiera salido perdiendo. ¿Y qué coche tenía?

—Pues ya te digo, un «Haiga».

—Un «Haiga» no es un coche, es como los pobres llamabais a los coches. Seguro que él no te dijo eso del «Haiga».

—En realidad, decía automóvil, y yo pensé que, como era rico, sería un «Haiga». ¿No era una marca?

—No. Cuando empezaron a aparecer los nuevos ricos con el estraperlo y con lo que chorceaban en el Auxilio Social, lo primero que hacían era comprarse un coche, «el más grande que *haiga*», decían. Y con «Haiga» se quedó.

—Mira tú. Toda la vida creyendo que un «Haiga» era una marca, como la Mercedes. Pues entonces el del sevillano no sería un «haiga» porque era rico de familia. Pero era bajito.

—¿El «Haiga»?

—No, el Manuel. ¿Has visto qué bien han quedado las puertas del armario?



El único recuerdo que quedó de aquel pretendiente fue una foto que le hizo un fotógrafo ambulante del Retiro. Manuel quería que se la hicieran juntos, pero Antonia dijo que no por si le daba pie a pensar que ya eran novios. Se las hicieron por separado y cada uno guardó una copia. La de él la acabó perdiendo, pero conservó como oro en paño la suya, con los labios muy pintados y unos pendientes de bisutería que le regaló Manuel aquel mismo domingo, el último que le vio. El primer novio que tuvo a la vista pasó a la historia sin llegar a serlo.

Antonia se centró en tener contenta a la familia que servía para que no le faltaran sisas con las que sobrevivir. Siempre iba al mercado de la Cebada, porque la conocían bien y la despachaban mejor. Era guapa, alta, delgada; con una cinturita que traía loco a más de un tendero. Siempre muy limpia, con su raya en medio y su pelo bien recogido y brillante de tanto aclararlo con vinagre.

Goyo, el frutero, sabía que si le entraba directamente no iba a llegar a ninguna parte con aquella chica tan poco habladora. Y buscó otras mañas. Con Goyo trabajaba

en la frutería Julio, el novio de la Paca, y gracias a ella pudo empezar a salir con Antonia. Siempre los cuatro juntos. Si del sevillano desconfiaba por rico, de Goyo desconfiaba por guapo. «¿Pero tú qué quieres? —le recriminaba la Paca—. Si es rico, porque es rico; si estudia, porque estudia; si es guapo, porque es guapo. ¡Hija de mi vida, búscate un chepa pobre!».

A finales de 1947, Goyo tenía veintiún años, cuatro más que Antonia, y una planta que para sí hubiera querido añadir a su currículum el universitario. Muy moreno, pelo negro zaíno, bigote y unas hechuras finas que aún alargaban más su 1,84 de estatura. Su madre había muerto de unas fiebres puerperales después de dar a luz a su séptimo hijo, y el padre, solo unas semanas después de comenzar la guerra.

«Y antes se tenía que haber muerto —se quejaba siempre Goyo—; parecía que tenía cochinos en vez de hijos». El padre se dedicaba a recoger cartones y chatarra por las calles con un carro y un mulo, pero los hijos comían bazofia mientras él guardaba una nutrida despensa encerrada en un arcón. Vivían en la calle Antonio López, al otro lado del Manzanares, y de allí tuvieron que salir huyendo Goyo y su hermano Juanín para que su padre no les moliera a palos después de forzar el baúl para que todos los hermanos se hartaran de chorizo y queso.

La muerte del padre desperdigó a los siete huérfanos. La más pequeña quedó acogida en una inclusa, dos de los chicos acabaron con distintos parientes, las dos niñas mayores fueron a dar a un colegio de huérfanas y a los dos que quedaban descolgados, Juanín y Goyo, las autoridades republicanas los enviaron provisionalmente a una colonia de Murcia. La previsión era que en marzo de 1937 fueran trasladados a Valencia y, junto con otros setenta niños, embarcaran en el buque *Cabo de Palos* camino de la Unión Soviética. Un exceso de cupo los dejó en tierra en el último momento y los devolvieron a la colonia murciana.

No le gustaba hablar de su pasado. Cada vez que salía el tema de la guerra lo esquivaba porque decía que le retumbaban en la cabeza los tiros de gracia que oía desde su casa de Antonio López siendo un niño. «Los fusilaban al lado de mi casa —contaba Goyo cuando se decidía a hablar—. Eran tantos que lo hacían con ametralladoras desde una camioneta en marcha. Muchos quedaban heridos, y durante horas se oían los quejidos. Luego pasaban andando, y de vez en cuando oíamos: ¡pam! Por cada tiro de gracia, callaba un lamento».

Lo único que le divertía relatar, por lo excéntrico del episodio, era aquella vez en la que se murió dos veces.

Terminada la guerra, Juanín y Goyo permanecieron en Murcia acogidos por dos familias que al menos se ocuparon de darles instrucción. Goyo enfermó con dieciséis o diecisiete años, ni siquiera lo recordaba; y nunca supo de qué. Tifus, quizás. Estuvo en el sanatorio varias semanas, empeorando día a día, hasta que lo desahuciaron y le dieron la extremaunción.

Recordaba perfectamente haber oído cómo lo declaraban muerto y la orden de que lo bajaran al depósito. Allí, rodeado de cadáveres y a la espera de que lo metieran en una caja y se lo llevaran, alguien reparó en que aquel chaval tenía un hilo de vida. Contaba Goyo que la mujer del director del hospital comenzó a cuidarle personalmente, con mimo, impresionada porque aquel joven, muy desmejorado pero guapo, hubiera vuelto de la muerte. Le llevaba caldos de gallina que ella misma le daba a cucharadas; patatas guisadas que espachurraba en la salsa para que le fuera fácil tragar; morcillas desmenuzadas, sopitas de leche... Y Goyo revivió.

Y luego volvió a morir.

Por segunda vez le despidieron de este mundo, por segunda vez se avisó al cura para que le asistiera y por segunda vez acabó tumbado en el depósito entre otros supuestos cadáveres. «A cuántos de aquel hospital habrán enterrado vivos», se preguntaba siempre Goyo. Tuvo suerte de que la esposa del director se hubiera encariñado con él, porque la mujer, cuando supo que había muerto, quiso despedirse de él en la soledad de aquella sala y lamentarse, acariciándole la frente, de que todos los cuidados que le dedicó no hubieran servido para salvarle.

«¿Goyo?», dijo la mujer cuando creyó ver un movimiento de ojos bajo los párpados, y lo siguiente fue un débil gruñido del muerto. «¡Coño con el Goyo! ¡Que no quiere irse! ¡Enfermeraaaaaa!».

La mujer repitió los cuidados con más empeño aun después de esta segunda resurrección, y Goyo, esta vez definitivamente, salió del trance. Nunca supo cómo se llamaba, porque para él siempre fue «la señora», pero no le hubiera importado morir un par de veces más a cambio de seguir recibiendo tanto afecto. Nadie le había tratado jamás con tanta ternura ni le habían peinado y lavado con tanto mimo.

Poco más conocía Antonia de la vida pasada de Goyo, pese a que lo machacaba a preguntas para saber con quién estaba dispuesta a jugarse los cuartos. Le gustaba mucho.

Dejó de servir en la casa del militar porque le faltaba tiempo para estar con él. Verle de domingo en domingo no era plan, así que recuperó sus habilidades de barnizadora y se colocó en un taller de ebanistería de la glorieta de Pirámides que le dejaba tiempo para ver todas las tardes a su novio. Casi todas, porque Goyo y su compañero frutero Julio dedicaban las de los viernes y los sábados a aprender a conducir camiones.

Aquella chica apareció de repente, dando voces, una tarde en la que Antonia se dio de bruces con la verdad. Acababa de salir al portal de la calle del Águila para encontrarse con Goyo, cuando, apenas dados unos pasos junto a él, se les echó encima la energúmena al grito de «¡Canalla! ¡Aprovechado! ¡Conque aprendiendo a conducir!». Goyo no sabía dónde meterse; Antonia miraba a uno, miraba a otra, ató cabos y se unió a los insultos: «¡Eres un mentiroso! ¡Sinvergüenza! ¡Un chulo con

mucha labia, eso es lo que eres, cabrón!». Goyo se quedó plantado en mitad de la calle, compuesto y sin las dos novias.

Antonia entró rabiosa al patio buscando a la Paca.

—Nos la están pegando, Paca. ¿Ves por lo que no me fío? Ni de guapos ni de ricos. ¡Son todos unos listos!

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho el Goyo? —preguntaba la Paca desconcertada.

—¿El Goyo? Preocúpate de lo que te hace el Julio. Me apuesto el cuello a que está en las mismas. Nos dicen que se van a conducir camiones cuando se van con otras, y a las otras les dicen lo mismo cuando quedan con nosotras.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pues quién va a ser... la otra, que es la que ha seguido al Goyo hasta aquí. Menuda bronca hemos tenido fuera. Busca... busca al Julio, a ver si tiene las manos en un volante o en otro sitio.

—Pues lo estoy esperando de aquí a un rato... como sea verdad, me van a oír en la Puerta de Toledo.

Julio no apareció aquella tarde. Goyo lo paró en el camino y le dijo que mejor lo dejara; que no estaba el horno para bollos.

Muchas semanas les costó a los dos recuperar la confianza perdida con las chicas por haber estado haciendo doblete en amores. Empezaron por reconocer la falta y admitir que lo más cerca que habían estado de un camión era cuando descargaban el género en la Cebada; admitieron que no tenían perdón, pero que con las otras solo tontearon; juraron que era a ellas a quienes querían.

Durante casi dos meses, cada tarde, cuando cerraban la frutería, los dos penitentes se plantaban en la acera de enfrente del portal intentando expiar su culpa y aguantando con caras de corderos degollados las miradas frías de sus exnovias mientras pasaban de largo. Pero, vista aquella demostración de resistencia, el desprecio fue degradándose hasta la condescendencia para acabar dejando paso al perdón. En solo un mes uno de aquellos dos páñfils tenía que irse a la mili y, si insistía en su papel de pasmarote, le iban a declarar desertor, porque Goyo no estaba dispuesto a moverse de allí hasta que recuperara a Antonia.

Antes de incorporarse a filas, la pareja reanudó su noviazgo. Tras el campamento en Toledo y durante el tiempo de mili en El Escorial, empezaron a hablar de boda. Sin prisas, cuando reunieran lo suficiente. Las buenas intenciones de Goyo las demostraba entregándole a Antonia el poco dinero que había ahorrado de su salario en la frutería, las cuatro perras que le daban durante el servicio militar y las otras cuatro que sacaba con sus trapicheos en el cuartel.

Tuvo suerte con que le tocara terminar la mili en El Escorial, no solo por la cercanía a Madrid, sino porque le destinaron a servir en las dependencias y en el

comedor de oficiales. Comía como un cura y sus cometidos se limitaban a cumplir con los recados del teniente de turno o con el capricho de un coronel al que no le gustaba la leche que servían en el cuartel. Le enviaba cada día a la lechería del pueblo para que le trajera su exclusivo cuartillo. Goyo tenía acceso a toda la intendencia de los mandos, lo que le permitió organizar con otro recluta un chanchullo que les proporcionó buenos cuartos para sus caprichos.

De tanto ir y venir a la lechería, acabó haciendo amistad con la señora Pura, la dueña, lamentándose siempre de tener que acarrear sola con el despacho de leche desde que a su marido lo condenaran a veinte años y un día por su adhesión a la rebelión. «Ya ves, hijo —se quejaba a Goyo—, se rebelaron ellos, mi marido se quedó donde estaba y al final el rebelde acabó siendo el que no se había rebelado».

El marido de la señora Pura cumplía condena en el valle de Cuelgamuros, en las obras del Monumento a los Caídos, y allí había establecido un trapicheo de ropa con su mujer como enlace: Goyo y su amigo robaban mudas y ropa a los oficiales, se la vendían a la lechera y ella se la pasaba a su marido para que a su vez negociara con los harapientos presos que trabajaban en las obras. Resultó milagroso que nunca los descubrieran, porque tanto él como el otro recluta era muy altos y delgados, destinados los dos como gastadores para encabezar los desfiles por su buena planta, pero a veces salían del cuartel aparentando el doble de su anchura natural porque llevaban puestos cuatro calzoncillos, cuatro camisetas, tres camisas y dos monos. En la trastienda de la lechería, Goyo y su compañero se deshacían de todas sus capas, recuperaban su esbeltez y regresaban al cuartel aparentando diez kilos menos.

Las ganancias les permitían fumar tabaco rubio y tomarse sus buenos cafés con copa en establecimientos donde a veces se cruzaban con los mismos oficiales a los que servían en el cuartel.

Y disfrutando de sus gajes en una terraza de postín en la tarde de un domingo, se topó con ellos un oficial famoso por sus malas pulgas. Tras levantarse para el saludo, el mando se les encaró y se alegró, con sorna, de que el servicio militar tratara tan bien a dos soldados rasos. «Esa cajetilla de rubio no me la puedo fumar ni yo», les dijo. Aún en posición de firmes, Goyo, con sobrada soltura al estar fuera del cuartel, replicó: «Es que tengo un tío rico en América, mi teniente». «Me alegro por usted. Sigán disfrutando», se despidió el oficial tras un silencio en el que no les permitió descansar.

A la mañana siguiente, mientras Goyo andaba en la faena de desmontar y limpiar las armas de los mandos, se le acercó el mismo teniente, que, esta vez sin mediar palabra, le arreó el guantazo con la mano abierta que se quedó con ganas de darle el día anterior. «Con mis recuerdos para su tío —le dijo—. No vuelva a olvidarse de dónde está y a quién se dirige». Esta vez Goyo no respondió ni siquiera el obligado «Sí, mi teniente». Se quedó en el suelo, escupiendo sangre porque una pieza del fusil que estaba limpiando y que sujetaba con los dientes le rompió dos muelas por repercusión del mamporro.

Antonia se administraba bien con lo que Goyo ahorraba de sus menudeos. Incluso le sacó un suculento extra al espabilado de su jefe por quererle birlar parte del sueldo acordado. En el taller de ebanistería de Pirámides no había forma de cobrar cada semana lo mismo, y Antonia, harta de que el salario fuera menguando, acabó exigiéndole a su maestro los atrasos. La respuesta del patrón fue el despido. La reacción de Antonia, la denuncia al sindicato.

En el verano del 48 se celebró el juicio, y allí tuvo que aguantar Antonia que su maestro justificara la mengua del salario acusando a su empleada de robarle los trapos de barnizar. No contó el perjuro con la presencia de un perito que fue requerido por el juez para que aclarara un par de asuntos técnicos en las faenas del barniz.

El experto solo le hizo dos preguntas al maestro de Antonia: cuántos muebles barnizaba a la semana la denunciante y ahora acusada, y cuántas muñequillas utilizaba en ese mismo periodo de tiempo. Las respuestas que dio el denunciado y ahora acusador provocó la contundente respuesta del perito: «Si yo tuviera que barnizar todos esos muebles, no podría hacerlo con menos del doble de los trapos que usted le facilita a la señorita. Dudo mucho que le sobren como para llevárselos».

El juez falló a favor de Antonia y condenó al maestro al pago de todos los atrasos y a una indemnización que, intentó defenderse el condenado, no podría pagar de un golpe. Se estipuló el pago de una cantidad fija semanal hasta saldar la deuda, y cada sábado, cuando salía de otro taller en el que encontró trabajo, Antonia se acercaba altiva para recoger lo que era suyo.

Cómo saboreó aquel triunfo. El primero de su vida.

La hucha de Antonia seguía engordando hasta para permitirse ir preparándole a Goyo ropa decente que luciera en los permisos del cuartel y para cuando acabara el servicio militar. Con lo alto y lo guapo que era... y lo poco que le lucía todo.

Encargó tres camisas a medida, una de ellas de seda; le compró un mono de peto muy coqueto, siete pares de calcetines y unas zapatillas de ciclista. Montaba muy bien en bicicleta.

Goyo vivía en la antigua casa familiar de Antonio López, de la que había tomado posesión su hermano mayor, Emilio, junto a Carmen, su mujer, y un hermano de ella. Era su cuñada la que, a regañadientes pese al dinero que recibía a cambio, se debía ocupar de la ropa de Goyo y de darle de comer, pero Antonia comenzó a notar cosas raras, como que su novio estrenaba continuamente calcetines y que solo en una ocasión le vio puestos los que ella le compraba. Goyo llevaba a rajatabla cambiarse a diario de calcetines porque le olían mucho los pies.

—Tú no ganas para calcetines. ¿Es que no usas los que te compré? Porque cada par solo te lo he visto puesto una vez.

—Me desaparecen cuando los dejo con la ropa sucia y me tengo que comprar más —se excusaba Goyo.

—Los calcetines no desaparecen solos. Te voy a decir yo a ti dónde están, en los pies de tu hermano y en los de su cuñado. Y a mí este plan no me va. No voy a estar quitándomelo yo para vestirle los pinreles a Emilio y al hermano de la Carmen.

—Es la Carmen, que me dice que se rompen. Yo creo que no le gusta verme por allí y me está haciendo la vida imposible.

—Pues esa casa es tanto tuya como de tus hermanos, y bien que pagas para que encima te dejen estar. Ella instala a su hermano, pero le molestan los hermanos de su marido. Una espabilada, eso es lo que es.

—Pero no te he contado lo peor. No te cabrees, que bastante cabreado estoy yo ya.

—Como sea lo que me estoy imaginando, claro que me cabreo... porque no veo que te pongas la camisa de seda.

—Me la han quitado. Y las zapatillas de la bici.

—¿Pero tú eres tonto? Pues quítaselas tú a Emilio, que son tuyas.

—No ha sido Emilio. La semana pasada pasó por casa el Juanín y se llevó puesta la camisa y las zapatillas.

—¿Cómo? ¡¿Y te quedas tan pancho?! No te digo... ahora resulta que estoy vistiendo a tus hermanos de pies a cabeza. Esa ha sido la Carmen. Ella se las ha dado. Pues ya le estás pidiendo que te devuelva las zapatillas y la camisa, o voy y la lío.

—Déjalo, Antonia... el Juanín se ha ido y no sé dónde está ahora, y yo solo quiero desaparecer de esa casa. En cuanto salga de la mili y vuelva a la frutería, nos casamos.

—Nos casaremos cuando tengamos para casarnos, y así vamos por mal camino —remató Antonia mientras se levantaba muy ufana de aquel velador del Retiro y dejando plantado a Goyo con la horchata.

Así era Goyo. Con tal de no discutir...

1950

Boda

Se citó con sus tíos y su prima para que fueran los primeros en saber la fecha de su boda. A su padre ya se lo diría cuando lo encontrara sereno.

—El lunes 10 de abril me caso, tía.

—¡Ay, qué alegría, hija! ¿En lunes? —se extrañó la Dora.

—Tiene que ser en lunes, porque se casa la hija del Caudillo y van a dar tres mil pesetas a todas las parejas que se casen el mismo día que ella. ¡Tres mil pesetas, tía! ¡Tú sabes todo lo que se puede hacer con tres mil pesetas!

—Mira que te lo he dicho veces, Antoñita —terció su prima Meli—. Que no te casaras con un obrero. Esas tres mil pesetas no te van a sacar de pobre.

—Goyo es un buen hombre —defendió Rafael a su futuro sobrino político—. Mejor un frutero honrado que no una contable estirada que se cree la marquesa de Simeón.

—Juanita no es ninguna estirada. Es toda una señora y una amiga muy querida —se revolvió Meli—. Deberías alegrarte de que tu hija viva bien, porque también tú te aprovechas de lo que me da.

—¿Amiga? ¿Tú te crees que nos chupamos el dedo? —intentó callar Antonia a su prima—. Y encima tiene la edad de tu madre. Anda ya, Meli... si estás con ella, pues estás con ella, pero te dejas de cuentos chinos. Mira, yo solo he venido a invitaros a mi boda, no a que te metas con Goyo porque sea frutero... y Juanita, si no le importa ir a la boda de un obrero, también está convidada.

Antonia dejó la ebanistería dos meses antes de la boda y corrió a arreglar todo el papeleo que le requerían para poder cobrar la gratificación. Partidas de nacimiento, de bautismo, el permiso paterno por ser menor de edad, los datos de filiación de la Seguridad Social de Goyo...

—¿Qué Seguridad Social, Antonia? Mi jefe nunca me ha dado de alta.

—Yo te mato. ¿Y me lo dices ahora? Si no estás dado de alta no nos dan las tres mil pesetas. Ya se lo estás pidiendo mañana mismo.

—En cuanto le diga que me dé de alta, me despide. Las tres mil pesetas son pan para hoy y hambre para mañana. Mejor un sueldo todas las semanas que no un premio de golpe para luego no tener nada.

—¿Y yo? Me quedo desasistida. ¿Y si tenemos hijos? ¿Y si me pasa algo? Solo tengo el médico de mi padre, y no le quiero pedir nada. ¿Y si te pasa algo a ti? Nos quedaríamos sin pensión.

—Yo no me quiero enemistar con mi jefe, Antonia... Ya nos apañaremos.

—Pues tú verás. O te enemistas con tu jefe o te enemistas conmigo, pero tú no te vas de rositas. ¿O todo esto es porque no te quieres casar? Pues nada, déjalo, no nos casamos. —Y volvió a dejarle plantado, esta vez frente a un café con leche que hacía rato había dejado de humear.

Solo fue una amenaza, porque Antonia siguió recopilando papeles, con o sin tres mil pesetas. No lo tuvo fácil con don Dimas, el nuevo cura de la Paloma, al que no le salían las cuentas por mucho que mirara los documentos. Con veinte años recién cumplidos, necesitaba contar con el permiso de Miguel para casarse y adjuntar la partida de nacimiento de su padre, la de defunción de su madre, la de matrimonio, la de bautismo de su hija...

En el volante de nacimiento, Antonia aparecía registrada como «hija natural»; en el de bautismo, como de «legítimo matrimonio», la cédula de identidad de Miguel lo reconocía como «soltero», la partida de defunción de su madre decía que era igualmente «soltera», y la de matrimonio no aparecía por ningún sitio. Los chanchullos de la Dora veinte años antes para que su sobrina no se quedara sin bautizar, salieron a la luz.

—Dile a tu padre que venga a hablar conmigo —le dijo don Dimas a Antonia—. ¿Es que no ves que esto no puede ser... que en cada papel pone una cosa distinta?

—No lo sé, padre. Yo no sé leer.

—Y además... ¿por qué no te he visto nunca por aquí si vives ahí al lado?

—Porque los domingos trabajo. Tengo puesto en el Rastro —mintió Antonia.

—Muy mal. El primer mandamiento de la Santa Madre Iglesia es oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar. Que así salís las mujeres como salís. «El hombre es fuego, la mujer estopa; llega el demonio y sopla». ¿Hace cuánto que no te confiesas?

—Me confesé en San Andrés hace un mes, don Dimas. Una cosa es que no pueda ir a misa en domingo y otra que no cumpla. Cuando puedo me acerco a la iglesia que me pilla de camino —replicó Antonia muy resuelta, aunque se quedó con las ganas de responderle al refrán con otro que siempre le oía a su madre: «Si los curas comieran chinas del río, no estarían tan gordos los tíos *jodíos*».

—¿Y qué es lo primero que dices cuando vas a confesarte? —preguntó el párroco para pillarla en la mentira.

—Pues qué voy a decir... que me quiero confesar. Después de dar los buenos días, claro.

—Tú no has pisado un confesionario en tu vida. Se dice «Ave María Purísima».

—Ah... eso... Eso también lo digo, padre, pero después de los buenos días. ¿Me va a casar o no me va a casar?

—Dile a tu padre que venga.

Miguel no estaba tan peleón como antaño. La edad y la soledad le aconsejaron que suavizara las formas y allanara el camino por si el matrimonio de su hija le pudiera llevar, con el tiempo, a ser admitido y atendido por la nueva familia. Acudió

obediente a la cita con el cura y lo enredó en una maraña de embustes para no fastidiar la boda. Que si ya sabe usted cómo estaban las cosas antes; que si la iglesia donde se casó la habían quemado los rojos; que en el registro no aparecía la partida de matrimonio; que si lo de la soltería era un error que no pudo arreglar porque no sabía lo que ponía... pero su mejor baza era demostrar que estuvo legítimamente casado porque por algo llevaba veinte años recibiendo puntos por matrimonio y por hija.

Esfumados los seiscientos duros, ya no había necesidad de casarse en lunes ni de andar con prisas. La fecha para la boda se señaló para el domingo 21 de mayo de 1950, y los esfuerzos de Antonia se centraron en buscar un lugar para vivir. Con su padre, ni en broma. En casa de la Manuela no había sitio para los dos. Donde los tíos, tampoco; demasiada gente, aunque la vieja ya se hubiera muerto. Y en casa de Goyo la cuñada dejó bien claro que no admitía más gente. Mejor. El casado, casa quiere.

Antonia encontró una habitación de alquiler, con derecho a usar la cocina, en la casa de una viuda de la calle Mariblanca. Ciento veinticinco pesetas al mes. En el cuarto acoplaron una cama con cabecero y pie de tubo azul de ciento cinco centímetros y un armario con luna que compraron en el Rastro. La mitad inferior del espejo devolvía la imagen deformada, pero por algo costó el armario cincuenta pesetas. El tío Urbano, que seguía trapicheando con antigüedades y al tanto de la cacharrería de la que se deshacían en buenas casas, les ofreció un colchón de lana, nuevecito, que un marqués vendía por doscientas cincuenta pesetas. Lana. Qué lujo. Nunca habían dormido en un colchón de lana. Borra como mucho.

Solo faltaban los trajes y ajustar la hora de la ceremonia.

—La limosna son doscientas cincuenta pesetas. Y tiene que ser a las diez de la mañana, que a las doce hay misa.

—¡Cincuenta duros por casarme! Pero, por Dios, padre, que eso son dos meses de alquiler —se quejó Antonia—. Eso no es una limosna, es un dineral. Ni que esto fuera San Francisco el Grande.

—No se te ocurra volver a usar el nombre de Dios en vano. Ese es el donativo estipulado. Si no tienes, os puedo casar en un reclinatorio a las siete de la mañana. Eso se queda en ciento veinticinco.

—De eso nada. A un reclinatorio van las que tienen algo que ocultar y yo no estoy preñada. Yo me tengo que casar en el altar mayor. Por el amor de Dios, padre, déjemelo en ciento veinticinco...

—Y dale con meter a Dios en esto... Tú verás, pero ojo, que te cases a la hora que te cases, tenéis que venir los dos a la catequesis antes del enlace.

—¿Y por venir a la catequesis no hay rebaja? Dios dijo que la limosna es lo que uno pueda dar.

—¿Que Dios dijo qué? Anda... anda...

A la mierda el colchón de lana. Y se cagó en Dios cuando salía por la puerta de la sacristía.

Antonia se enteró de que en Cáritas de La Latina estaba la señorita Dolores, que ayudaba a los más pobres con dinero para bautizos, comuniones y bodas. Consiguió de ella las ciento veinticinco pesetas, que completó con otras ciento veinticinco para soltarle al cura sus honorarios de cincuenta duros.

Tres días seguidos tuvieron que ir los novios a la catequesis, donde un cura les ilustraba sobre las bondades católicas del matrimonio mientras dos mujeres se alternaban leyendo parrafadas del libro *El evangelio de la madre*, una pretendida recopilación de obligaciones de la mujer para con el marido que a Antonia le espeluznaban y a las que Goyo, mucho más práctico, ni siquiera prestaba atención. «La madre cristiana es la clave de la sociedad, el eje de la patria y la cantera encargada de suministrar santos que en el cielo gocen y alaben al Señor por toda la eternidad».

—¿Qué quería decir eso de que si el marido tiene ciertas «distracciones» hay que ser más cariñosa y más dulce? —preguntaba Antonia a Goyo cuando salían.

—Y yo qué sé, Antonia. ¿Qué va a saber un cura del matrimonio y los hijos? ¿Hay que venir...? Pues se viene y se acabó. Es todo palabrería.

—No saben nada estos... ¿A qué no sabes con quién está liado don Dimas? Pues que sepas que todas las noches mueve el colchón con la hija de la María, la que vive en el 25 de Calatrava. La María se acomodó limpiando la sacristía y haciendo de comer al cura, y su hija de dieciséis años iba de vez en cuando a ayudarla, hasta que la dejó preñada de tanto «echar la dormida».

—¿A la María?

—No, a la hija. El niño corretea por aquí y es clavadito a don Dimas, lo sabe todo el barrio. Y siguen liados. Ya le valía haberse fijado en lo que dice ese tal Teodogino con el que se meten tanto en la catequesis. No sé qué les habrá hecho este hombre.

—Al final me he enterado yo más que tú, y eso que no estaba haciendo caso. El tal Ogino es uno que tiene un método para no tener hijos si no se quiere, pero ahí dentro decían que no hay que seguirlo, que Dios decide los hijos que tienen que venir. Pero ni caso, Antonia; ni a unos ni a otros, que esto es solo un trámite. En cuanto nos casemos no hay que volver por aquí, que te ponen la cabeza loca.

—Como que le voy a dejar yo a Dios que decida por mí, si todavía estoy esperando que me eche una mano. Eso es lo que quieren, que echemos desgraciados al mundo para que ellos sigan comiendo de los pobres. Cincuenta duros... la madre que los parió.

Apenas dos años después, el cura desapareció discretamente de la parroquia. La hija de la María comenzó a pasear otro bombo por el barrio y el padre Dimas consiguió un traslado antes de que demasiados niños le empezaran a llamar papá.

El esmoquin de Goyo lo alquilaron en Casa Gilarranz por cien pesetas —con el compromiso de devolverlo a primera hora del día siguiente si no querían que la cuenta subiera hasta las doscientas—, y Antonia alquiló su vestido de novia por otros veinte duros a una amiga que acababa de casarse. Todo fueron piropos para los novios. «Vais tan guapos que os tenían que casar en los Jerónimos», les dijo la Dora nada más verlos.

Allí estaban también los tíos Urbano y Germán; y la prima Meli con la altiva Juanita y su perenne cara de asco por mezclarse con tanto muerto de hambre; la familia de Goyo y el 27 de la calle del Águila casi al completo; los fruteros de la Cebada, tres amigas modistillas y otras dos barnizadoras... y Miguel, que tuvo que llevar a su hija al altar para mantener las formas, aunque Antonia, si hubiera podido elegir, habría preferido llegar del brazo de su tío Rafael.

La treintena de invitados soportó con resignación la soporífera ceremonia del enlace, que duró, no la media hora prevista, sino media más. La imagen de la Virgen de Fátima andaba de peregrinación por varios pueblos de España y una delegación mexicana viajó aquel mismo domingo a Madrid con el famoso cuadro de la Virgen de Guadalupe, lo que dio pie a don Dimas a recrearse en las santas bondades de la madre de Dios mientras la mayoría de la concurrencia solo pensaba en la madre que lo trajo a él.

Los invitados salieron resoplando, menos Juanita, que encontró las palabras del párroco dedicadas a la Virgen «muy acertadas e instructivas, ¿verdad, Meli?». «Sí, Juanita».

Con gusto hubieran desaparecido las dos de allí, colgada una del brazo de la otra, pero Meli se sintió obligada a pasar por el trámite del convite. Juanita puso una excusa para esfumarse y librarse de compartir un desayuno que adivinaba miserable.

—Seguro que os dan un café con leche y churros —le dijo en un aparte a Meli mientras esperaban la salida de los novios—. Discúlpame con tu prima. Dile... no sé... que tengo que atender a mi familia, que ha venido de Barcelona.

—Mujer, espera un poco y despídete tú misma. Yo no le digo eso de Barcelona. Mi prima sabe que eres de un pueblo manchego.

—Tu prima no sabe ni a tocino... qué va a saber ella si La Mancha está en Barcelona o en Pernambuco, si es una ignorante. No me gusta dejarte sola, pero te espero en casa, que así tu padre no tiene que seguir viéndome la cara ni yo viendo la cara de tanto ordinario, que se me pone el cuerpo del revés. Y eso que el novio de tu prima iba guapo, no parecía un frutero.

—En cuanto se quite el traje alquilado volverá a ser lo que es, un catamelones.

—Y ese de allí... el de los pelos tiesos que se está yendo... ¿quién es?

—Mi primo Chispa, el hijo de mi tío Germán. Habrá venido a darle un beso a Antonia. Son casi de la misma edad. Pero como no se habla con su padre, se irá por

no verle.

—Desde luego, Meli, tenéis unos motes en el barrio... ¿Lo de Chispa es por electricista? Porque tiene los pelos de punta, de los calambrazos... digo yo. Parece que ha hecho pis en un enchufe.

—Lo de Chispa es por chispa, por buscavidas. Lleva solo desde que era pequeño, corriendo de un lado a otro y dejado de la mano de Dios y de la del borracho de su padre. Ahora es pintor. Con doce años robó una bicicleta en Madrid y lo pillaron en Zaragoza camino de Barcelona.

—Hija, qué familia... Entre ladrones, borrachos y rojos... no ganáis para disgustos.

Meli no se defendió del comentario. Todavía no le había contado que se había pasado seis meses en la cárcel por el intento de robo en la gestoría militar y que el juicio estaba pendiente.

La salida de los novios de la iglesia de la Paloma disipó el agobio de Meli y evitó que Juanita siguiera escandalizándose con las peripecias de los desastrados parientes de su intachable íntima. Se despidió de los novios con unos hipócritas deseos de felicidad, apenas disimulando que se iba porque ese no era su sitio natural, y casi culpando a sus familiares barceloneses por lo inoportuno de su visita.

—¡Anda! Si mi prima Meli me había dicho que eras de un pueblo de Ciudad Real... Por La Mancha, ¿no? —le dijo Antonia mientras se dejaba sujetar las manos por Juanita, a punto ya de estamparle los dos besos que acabaran con aquel encuentro—. Es que la portera de mi casa también es de por allí.

—Pues no. Lo debiste entender mal —respondió Juanita airada.

«Esta finolis se ha creído que los analfabetos somos tontos». Pero esto ya solo lo oyeron sus tíos Rafael y Dora, que agradecieron tanto como Antonia el mutis de Juanita, esa garrapata machona que se creía la reina de los mares y que no dejaba a su hija ni a sol ni a sombra.

Mientras todos se dirigían hacia un bar de desayunos del Portillo de Embajadores que Antonia tenía apalabrado, los recién casados corrieron a su nido de la calle Mariblanca para cambiarse de ropa. Mejor no tentar la suerte con los trajes alquilados y vestirse con los que Antonia ya había dejado preparados: uno de chaqueta negro para ella y un pantalón y americana de sport para Goyo. Antes estaban guapos. Ahora, además, elegantes. Tan altos... tan delgados.

Invitaron a chocolate, un suizo y un vaso de leche fría, y a cambio recibieron de algunos invitados un sobre con veinticinco pesetas. «¿Es que se han puesto todos de acuerdo para no pasar de los cinco duros? —se quejó Antonia—. Serán siesos...», pero al menos alcanzó para pagar los desayunos, el fotógrafo, el ramo, alguna deuda que les quedaba pendiente y una ayuda de quince pesetas que le tuvo que dar a su tía Dora, empeñada en preparar la comida de celebración, ya solo para la familia, aquel domingo de mayo. Miguel, los novios, los tíos y la prima Meli comieron macarrones con tomate y pescadilla rebozada sobre el mejor mantel con los remiendos mejor

disimulados.

La primera cena de Antonia y Goyo, sentados frente a frente, con las piernas cruzadas sobre la cama de su habitación alquilada de la calle Mariblanca, fue una rosquilla «tonta» y una «lista», compradas una semana antes en la verbena de San Isidro y guardadas en un cucurucho de papel de estraza.



—Os pusisteis ciegos... macarrones, pescadilla, suizo, chocolate, rosquillas...

—Todo se me hacía poco. Tenía mucha hambre atrasada...

—¿Y la noche? ¿Qué tal?

—¿Qué tal... de qué?

—La noche de bodas... que cómo fue.

—Pues cómo va a ir... como van las noches de boda. A ti te lo voy a contar.

—¿Hubo triqui triqui?

—Y ñaca ñaca, no te digo. Habría... yo qué sé... no me acuerdo. Han pasado más de sesenta años. De lo único que me acuerdo es de que al día siguiente la necesidad seguía en el mismo sitio... que papá madrugó mucho, porque era lunes y había que descargar el género que llegaba a la Cebada... que me fui a devolver los trajes de alquiler... a por unos papeles que me tenían que dar no sé dónde para no sé qué... Recogí el racionamiento, una tartera con macarrones que habían sobrado del día anterior en casa de mi tía; compré medio esqueleto de pollo para el caldo de los garbanzos, me fui a la calle del Águila a preparar la comida...

—Alucino con tu mala memoria.

—Las penalidades no se olvidan. Al fin y al cabo, era volver a la misma vida de mierda de siempre.

—¿Y qué hacías tú en la calle del Águila? ¿No vivíais en la habitación de Mariblanca?

—Allí no se podía vivir. Era muy pequeño. Pero mi padre estaba como una seda y llegué a un apaño con él. Ya no me daba miedo, aunque me lo encontrara borracho. Nunca más me pudo poner la mano encima porque yo ya tenía marido.



A cambio de que su hija le arrimara un plato y le tuviera lavada y planchada la ropa, Miguel aceptó que Antonia y su marido hicieran la vida de día en su casa. El mercado de la Cebada estaba a un paso, y a Goyo le venía bien comer allí y aprovechar un rato de siesta antes de levantar otra vez el cierre de la frutería. En aquella vecindad estaba el refugio de Antonia, con sus amigas por si hacían falta, con un patio donde no había día sin chismorreos y a solo una caminata de casa de su tía. La minúscula habitación de la calle Mariblanca quedó para las noches y las amanecidas. Bien aprovechadas, porque en julio Antonia tuvo su primera falta.

Hubo que ampliar el acuerdo con Miguel. Las ciento veinticinco pesetas que

pagaban al mes solo por dormir les asfixiaban la existencia, y cuando llegara la criatura no habría forma de apañarse en aquel cuchitril. El padre de Antonia calculó que, aunque tuviera que renunciar a gran parte de su espacio y soportar los llantos de un crío, saldría ganando si permitía que la pareja se instalara definitivamente con él. A cambio, Goyo y su hija se ocuparían de adecentar aquel antro maloliente para convertirlo en un hogar.

Las baldosas para el suelo las reunió Antonia, poquito a poco, a razón de dos por día, en una obra en la que andaba trabajando el nieto de Paca la Guarra, cerca de Atocha. «Como no te pudimos dar nada por tu boda —le dijo el Francisco—, te puedo apañar unos baldosines. Entre los que salen con defecto y los que pueda distraer, te puede quedar un suelo fetén. Siempre será mejor que el cemento desconchado que tienes ahora».

Levantando un par de tabiques, robaron al minúsculo piso una habitación con el espacio justo para la cama del matrimonio. Treinta centímetros sobraban por un lado y ninguno por el otro. O se entraba andando de perfil por el hueco que quedaba entre la pared y el colchón de borra, o se subían a la cama gateando desde los pies.

Dinero no había para poner una puerta, pero un retal barato que encontró Antonia en el Rastro le dio para una cortina que separaba su habitación del resto del piso y para tapar el hueco que quedaba bajo el fogón y la pila de fregar. Miguel se arreglaba en una cama plegable que Goyo le extendía cada noche después de apartar la mesa camilla y apilar sobre ella las cuatro sillas. Por la mañana, cuando Miguel desaparecía, su hija plegaba la cama, recolocaba la mesa con sus sillas, vaciaba el orinal y recuperaba la sensación de que esa casa era solo de los dos.

El verano del 50 se le pasó volando entre obras, chapuzas y vómitos. Durante los tres primeros meses, las vecinas se acostumbraron a sus carreras por el pasillo camino del retrete común, tapándose la boca y la nariz con la mano para no regar el camino de legumbres. «¡Allá que te va otra vez la Antonia! —gritaba siempre alguna desde el patio—. ¡Vas a acabar echando al chiquillo por la boca!». Eran las malditas judías pintas del racionamiento que había que comer y cenar un día sí y otro también.

Las náuseas pasaron, pero se instalaron un constante ardor de estómago y una ciática que ya no la abandonaron hasta primeros de marzo de 1951, cuando Amelia vino al mundo y Antonia estuvo en un tris de largarse.

Nunca le gustó la comadrona que le tocó en suerte, seguramente agriada de ver nacer tanto futuro harapiento en frías covachas como aquella de la calle del Águila. Parecía que todo lo que llegara de mano de su padre venía para ponerle alguna zancadilla en el camino, y la comadrona estaba asignada por la Seguridad Social de Miguel. El jefe de Goyo seguía sin darlo de alta.

Solo la vio en una ocasión antes del parto, en el séptimo mes, y le dejó bien clarito que no tenía que llamarla hasta que empezaran los dolores. El lunes 5 de

marzo, a las diez de la mañana, la Domi corrió como una bala al mercado de la Cebada para avisar a Goyo de que Antonia había roto aguas; Goyo corrió a por la comadrona, la Manuela corrió a por la Dora y nadie se molestó en correr en busca de Miguel. La Engracia calentó agua, la Encarna llevó toallas y la Paca subió una pastilla de jabón La Toja a estrenar que tenía guardada desde meses atrás.

Antonia quería un chico. «Sufren menos», decía. Goyo prefería una niña. «Son mejores personas», replicaba. A las dos y veinte del mediodía del 5 de marzo, Meli dio su primer berrido en la primera planta del 27 de la calle del Águila, en el mismo lugar donde su madre lo había dado veintiún años atrás.

La recién parida se quejaba de un dolor en el lado derecho del abdomen. «Es normal —le dijo la comadrona mientras se lavaba—. Masajéate. Eso es que la matriz tiene que volver a su sitio».

Y se fue.

Pero a Antonia le empezó a faltar el aire. La Dora se asustó, Goyo temblaba con la niña en brazos y la Engracia hizo la pregunta: «¿Ha salido la placenta?».

Goyo soltó a la niña en brazos de la Paca, bajó las escaleras en dos saltos y salió gritando del portal para frenar a la matrona, que ya doblaba la esquina sin oírle. Cuando la alcanzó, solo acertaba a decir «¡Se muere! ¡Se muere!».

La carrera de vuelta fue vista y no vista. La comadrona se lanzó con todo el ímpetu que le quedaba sobre la tripa de una Antonia que parecía dar sus últimas bocanadas de vida. La placenta salió y la partera abandonó la casa sin decir palabra y con la cabeza baja para no ver las miradas asesinas de la concurrencia. Todavía pudo oír desde el portal la despedida que le dedicó la Engracia: «¡Menuda comadrona! ¡¿A que no te dejás las placentas en las tripas de las ricas?! ¡Matasanas!».

Amelia había dejado de llorar y disfrutaba de su primer sueño en un cesto de mimbre de tercera mano sostenido por dos sillas.

—¿De verdad que no te importa que mi prima Meli sea la madrina? —le insistió Antonia a su marido.

—De verdad que no. Tu prima será lo que sea y nos despreciará todo lo que quiera, pero si nos pasara algo, la niña estará segura. Tiene posibles para sacarla adelante. ¿Y Juanita, qué? ¿De padrino? —bromeó Goyo.

—¡Quita! Pero no estaría mal que el padrino pudiera ser don Emilio. Es tan cariñoso... aunque sea falangista. Tan educado... Veremos si entre mi prima y Juanita no le hacen un roto. Ese sí que se iba a ocupar de situarla bien, pero lo que no puede ser, no puede ser, y don Emilio no puede exponerse. Tu amigo Robi la sacará de pila.

El comienzo de la relación con Juanita había marcado para la prima Meli el principio de su calculada escalada social. Vivía a saltos entre la casa de sus padres en la calle del Amparo y la de su novia en la calle de la Cruz. El sueldo de administrativa de su amiga en Almacenes Simeón les daba para vivir sin estrecheces, lucir buenas prendas que Juanita sacaba a muy buenos precios, y dejarse ver, solo de vez en cuando, por lugares de postín. Poco para ellas.

Aún faltaba dar el salto para que la impostura de esas dos señoronas, que siempre parecían ir o venir del Ritz, encajara con naturalidad en ambientes escogidos, y eso solo podía conseguirse de la mano de personalidades de altura y reconocida trayectoria. Don Emilio Rodríguez-Tarduchy tuvo la fatalidad de cruzarse en el camino de aquellas dos ambiciosas damas que disimulaban su contubernio bajo la apariencia de madrina y ahijada.

Nadie lo ponía en duda. Sus comportamientos eran intachables; sus formas, refinadísimas... Ya se encargó Juanita de pulir a Meli, extirpándole su lenguaje barriobajero y ayudándola a refinar desde sus modales hasta su caligrafía. Sus disfraces las atraparon hasta el punto de convertirlas en unas escandalizadas damas que se lamentaban entre ellas de la cantidad de maricones que se paseaban por Madrid sin pudor.

Juanita lucía sus cincuenta y cinco espléndidos años llevando del brazo a su protegida Meli, con veinticinco recién cumplidos, cuando en 1949 conocieron a don Emilio durante una recepción de la Sección Femenina. Les gustaba a ellas estar al tanto de los actos sociales a los que tuvieran fácil acceso sin invitación, aunque rara vez las frenaban en la entrada dado el porte y la ensayada seguridad con la que llegaban. «Tú, con la cabeza alta, Meli, mirando al frente. Y no te separes de mí».

Coincidieron al final de aquel acto, durante una charla banal mientras sujetaban con finura una copa de vino español, con don Emilio, un señor muy educado que se interesó por aquellas dos damas de apariencia modosa, especialmente por la más joven. Cruzaron unos cuantos comentarios sobre los discursos, hablaron de lo exquisito que estaba el vino, de las grandes mujeres españolas que estaba forjando la Sección Femenina, de la insustituible labor de su directora...

Don Emilio respondía siempre que le era posible a la invitación que viniera directamente de Pilar Primo de Rivera. La conocía desde jovencita, cuando ejercía como mano derecha de su padre, al que ayudó a fundar Unión Patriótica con el mismo entusiasmo que, años más tarde, empleó en la organización de Falange Española cuando su hijo José Antonio le pidió su apoyo y su experiencia.

La soltura de Meli prendó a don Emilio, que decidió convertir aquel accidental encuentro en el primero de muchos no tan casuales. Allí mismo, con la segunda copa de vino español, aprovechó para invitarla al palco de autoridades —«Por supuesto, junto a su señora madrina»— del primer Concurso Internacional de Coros y Danzas Populares que se celebraría en junio en el paseo de la Chopera del Retiro.

—Este manda mucho, Meli —le advirtió Juanita camino de casa—. Trátale bien, que te está buscando.

—Es muy mayor, Juanita. Tiene por lo menos sesenta y muchos... o setenta...

—Menos lata te dará. Se conformará con lucirte.

—Pero querrá algo más que lucirme. Si a ti no te importa...

—¡Pero bueno! ¿Tú quieres o no quieres que salgamos de la mediocridad? ¿Prefieres a un señoritingo aún por hacer, que ni se sabe si llegará a algo, o a un

hombre hecho y derecho que ya lo tiene todo conseguido? Además, la elegancia de don Emilio le quita años. Un hombre educado y distinguido siempre aparenta menos edad de la que tiene.

—¿Y si está casado?

—Seguro que es viudo. ¿Tú has visto a su mujer? A estas cosas siempre se va con la esposa.

—Ya, Juanita, pero ¿y si no es viudo? ¿Y si su mujer no ha podido ir?

—Tiene clase, Meli, se le huele, y eso es lo que importa. Manda mucho, ya te lo digo yo. Alguien así es lo que necesitamos para que nos sitúe.

—Ya veremos... porque esto es hablar por no callar. Si se pone a tiro, a ver por dónde salimos.

—Ya te diré yo por dónde salimos. Y sin remilgos, ¿eh? A estas alturas un hombre no va a venir a separarnos.

Don Emilio mandaba mucho más de lo que ninguna de ellas pudo llegar a imaginar. Era coronel de infantería retirado y auxiliar de Somatenes de la Primera Región Militar; fundador y vicepresidente de la Unión Militar Española, jefe de la Red Nacional de Radiodifusión, secretario de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, procurador en Cortes y consejero nacional de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.

Y estaba casado.

Los encuentros con don Emilio hubo que apañarlos en una pensión de la plaza de Santa Ana, pero un caballero tan fervientemente católico como él, tan tradicionalista, tan cuidadoso de su reputación pública, no consintió en continuar con una relación carnal —«afectiva», prefería decir él— sin explicar a la madrina de su amante las circunstancias que le empujaban por ese camino de pecado. No estaba seguro de que una dama recta y cabal, atenta vigilante de la moral de su ahijada, lo entendiera, pero sentía que debía contar con el permiso de Juanita si buscaba que la relación con esa guapa guasona, cuarenta y cuatro años más joven que él, fuera tan estable como ilícita.

Sentadas las dos impostoras frente a don Emilio en un velador del café del Prado, Juanita dejó asomar una fingida consternación cuando conoció la historia, aunque de inmediato adoptó una actitud comprensiva y piadosa hacia don Emilio. «Qué tragedia, don Emilio. Tiene usted el cielo ganado y estoy segura de que el Señor así lo ha entendido. Si Él ya lo ha perdonado, ninguno de sus siervos está en el derecho de no hacerlo. Tiene usted mis bendiciones. Y por los padres de Meli, no se preocupe. Son unos pobres rojos ignorantes que al menos tuvieron el buen juicio de dejarla en mis manos para su educación. Nunca ponen en duda ninguna de mis decisiones, ¿verdad, hija?». «Sí, madrina».

«Pobres rojos ignorantes». Si la Dora llega a aparecer en ese momento de

intercambio comercial, a don Emilio le habría sacudido todos sus cargos de un guantazo y a Juanita le hubiera hecho tragar sus perlas una a una. Esa vieja —la Pelos, como la conocían en la familia— llevaba años comiéndose a su hija y ahora estaba dando su consentimiento para que también se la comiera un viejo falangista de sesenta y nueve años y misa semanal.

Meli asistió al diseño de su futuro con inquietud mal disimulada. No por la situación en sí, que ya estaba hablada y aceptada de antemano contara lo que contara don Emilio, sino porque a través del ventanal del café del Prado veía el portal donde había sido detenida con la Valentina tiempo atrás. Se veía ahí... vestida de chico, contra la pared... Don Emilio no tenía por qué saberlo, pero algún día tendría que contárselo a Juanita.

La esposa de don Emilio, doña Soledad, jamás salía de su casa del número 3 de Marqués de Cubas. Fue el duelo que se impuso tras la muerte de tres de sus cuatro hijos a manos de los milicianos en agosto del 36. A Emilio, Ramón y Manuel los llevaron a la checa en la que se convirtió el sótano del Círculo de Bellas Artes y allí los fusilaron. Don Emilio pasó la guerra refugiado junto a su esposa en la embajada de Chile, mientras el único hijo que les habían dejado vivo pudo salir de España.

El triunfo fascista les devolvió su posición y catapultó a Rodríguez-Tarduchy a ocupar una interminable retahíla de cargos públicos del Movimiento. Pero doña Soledad no pudo ni quiso levantar cabeza después de la pérdida de sus tres hijos. La última vez que pisó la calle fue cuando pudieron recuperar los cuerpos y asistió al triple entierro en un panteón que compró don Emilio en el cementerio de la Almudena. Juró no abandonar su casa, el último lugar en el que los vio vivos, hasta que fuera a reunirse con ellos.

Don Emilio, en cambio, recuperó su raza militar y se volcó en una arrolladora actividad política que a punto estuvo de acarrearle otra tragedia.

En la misma casa de Marqués de Cubas donde vivía con su esposa —vistiendo permanente luto y dejando pasar la vida encastrada en una silla de ruedas—, don Emilio, desde su autoridad como jefe de provincias de la Falange originaria, reunió a finales de 1939 a un grupo clandestino de falangistas a los que la dictadura de Franco les parecía excesivamente blanda. Su gobierno no iba por los cauces previstos ni seguía el modelo hitleriano, y había que redirigir los objetivos de España antes de que las cosas fueran a peor y visto que el caudillo no se posicionaba donde debía.

Don Emilio fue nombrado presidente de aquella Junta Política que coordinaría las acciones desde la clandestinidad y contra el régimen. Objetivo, matar a Serrano Súñer. No, mejor a Franco.

Aquellas reuniones de falangistas rebeldes no fueron más allá de pergeñar planes inverosímiles para perpetrar un atentado. Pensaron hacer volar por los aires la tribuna de Franco el 1 de abril de 1941, mientras presenciara el desfile del Día de la Victoria, pero lo descartaron porque les pareció un método más propio de anarquistas rabiosos que de caballeros patriotas. Había que disparar directamente sobre el traidor a la

causa, ese mismo día, pero en el teatro Español, a donde Franco acudiría a ver desde el palco la función *Las mocedades del Cid*, representada por la Sección Femenina. Al estilo Abraham Lincoln, pero obviando aquello de *Sic semper tyrannis*.

Decididos el cómo, el cuándo y el dónde, llegó el momento de confirmar que no había dudas para llevar a cabo la acción, y el domicilio de don Emilio Rodríguez-Tarduchy presenció la más absurda votación que cabía esperar de los cinco miembros de la Junta Política: cuatro votos en contra y una abstención. Ni uno solo de los que maquinaron el plan para matar a Franco apoyaron su propia iniciativa.

Ahí murió una conspiración que llevó a la cárcel, al paredón o al destierro a varios de los implicados, aunque la férrea fidelidad de sus miembros evitó confesiones que hicieran correr la misma suerte a los que se libraron de ser descubiertos. Don Emilio entre ellos.

La relación de la prima Meli con Rodríguez-Tarduchy proporcionó a Juanita y a su inventada ahijada la buena vida que buscaban y la posición social ansiada. Fueran adonde fueran, don Emilio no levantaba sospechas al ir acompañado de dos señoras, y hasta podían acudir a contados actos sociales donde no destacaran entre la multitud, como cuando el propio Francisco Franco le hizo entrega de la Encomienda con Placa de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas al excelentísimo señor don Emilio Rodríguez-Tarduchy, el mismo que había planeado matarlo.

Las citas en la pensión de la plaza de Santa Ana, sin embargo, provocaban en don Emilio cierta incomodidad por la cercanía del lugar a las Cortes. La casa donde vivía Juanita no servía para sus propósitos, y así se lo hicieron ver. Era muy digna pero demasiado pequeña, y la vecindad acabaría sospechando de tanta ida y venida, puesto que allí nunca había entrado un hombre que no fuera de la familia. Es más, dada la edad de don Emilio, Juanita se angustiaba solo con imaginar que alguien pudiera pensar que era a ella a quien iba a visitar.

Meli acabó convenciendo a su amante de que la única manera de disfrutar de una total independencia sería que les pusiera un piso más señorial y alejado de su zona de influencia, aunque «tienes que entenderlo, Emilio, donde yo vaya, irá Juanita. Lleva velando por mí toda la vida y no puedo dejarla sola». «Por supuesto que lo entiendo, Melita. Juanita es como tu madre, y a una madre nunca se la puede dejar de lado».

En un elegante edificio de la calle Altamirano, casi esquina con la de la Princesa, don Emilio compró un piso donde continuaron los encuentros, ya sin horario preestablecido ni citas a escondidas. Allí se instaló cómodamente aquella pareja sin que el tercero en discordia sospechara que en realidad formaba parte de un trío.

Así estaban las cosas cuando la hija de Antonia y Goyo vino al mundo. Meli aceptó encantada amadrinar a la niña, y aunque don Emilio se mantenía discretamente

apartado de todas las intimidades familiares, hizo llegar sus mejores deseos para la niña a través de su amante. Todos sabían de su existencia, y Antonia y Goyo incluso lo conocían bien de alguna visita que hicieron a la calle Altamirano. Les pareció un señor muy educado y cariñoso, de buen carácter, y de sobra sabían que era alguien muy importante porque la prima Meli no podía evitar presumir de ello, pero sentían lástima de aquel anciano que, por mucho galón que luciera y mucho cargo que ostentara, no supo olerse el berenjenal en el que se había metido.

La relación de la prima Meli con don Emilio también trajo beneficios para el matrimonio de Antonia y Goyo.

Amelia pasó sus dos primeros meses de vida dando alegrías a sus padres, pero cuando entró en el tercero dejó ver la potencia de sus pulmones y comenzó a convertir la mayor parte de las noches en una tortura. Salvo Miguel, al que sus curdas le permitían coger un sueño profundo del que los llantos de su nieta no conseguían sacarle, ni Antonia ni Goyo pegaban ojo. Goyo la acunaba hasta caer rendido; Antonia lo sustituía hasta que la rendida era ella y Amelia continuaba llorando sin dar ni una sola pista de lo que le pasaba. El médico tranquilizó a los padres. «La niña está sana, no le pasa nada. Es muy llorona, solo eso».

La primeriza Antonia rozaba la desesperación, y no dejaba de intentar ni una sola cosa de lo que le aconsejaban las vecinas. Dejó de darle el pecho porque le hicieron ver que, quizás, su leche no era de buena calidad. «Dásela de vaca, Antonia, ya verás como la niña mejora». Como si sobrara el dinero para comprar leche de vaca, pero ni aun haciendo el esfuerzo la niña dejó de llorar. «Pero tiene que ser siempre de la misma vaca», le advirtieron después, y Antonia localizó la vaquería donde le aseguraran que la leche sería del mismo animal. Amelia siguió berreando y Antonia volvió al médico.

Con la niña en brazos, esperando su turno en la consulta, una mujer se acercó para ver qué clase de criatura profería semejantes lloros. «Huy, pobrecita —dijo— está cuajando los dientes». Antonia le contó al médico el diagnóstico de la espontánea, y solo consiguió que la acusara de ignorante y la llamara pesada por no saber aguantar las consecuencias de la maternidad: «¡Cómo va a echar los dientes si es una criatura que no tiene ni tres meses!».

Una semana después, Amelia echó sus primeros cuatro dientes de leche al mismo tiempo. A los once meses tenía la dentadura completa y cesaron los llantos. «Tantos dientes... lo mismo ha sido por la leche de vaca», dedujo Goyo.

La calma no duró mucho. Cumplido su primer año de vida, Amelia comenzó a tener vómitos y diarreas que el mismo médico lumbrera diagnosticó como una infección gástrica que se curaría con un simple tratamiento astringente. Pero la niña fue a peor y comenzó a perder peso. La impotencia de Goyo y Antonia les llevó a pedir ayuda a la prima Meli, siempre muy dispuesta a todo lo que tuviera que ver con su ahijada.

Gracias al dinero que le proporcionaba don Emilio, pagó la consulta del pediatra Luis Montero y prometió hacerse cargo del tratamiento que el doctor prescribiera. Costara lo que costara. Amelia padecía una gastroenteritis en grado muy avanzado y a punto de derivar en una tuberculosis intestinal. Había que administrar urgentemente estreptomycinina, un antibiótico muy escaso en España, y varias sesiones de onda corta.

El medicamento, descubierto apenas unos años antes, no lo proporcionaba la Seguridad Social y su administración estaba muy restringida y vigilada. Solo se podía encontrar, con mucha suerte y a precios desorbitados, en el mercado negro, pero ni aun así les aseguraban conseguirlo en menos de un mes.

Antonia no estaba dispuesta a ver cómo la vida de su niña se iba por el retrete y revolvió Madrid hasta averiguar que a través de la Mutualidad Laboral de Comercio, a la que pertenecía Goyo, podría conseguir la estreptomycinina. Con la niña en brazos se plantó en el 77 de la calle Fuencarral y la primera bofetada la recibió cuando, al dar el nombre de su marido, se negaron a recibirla porque el jefe de Goyo nunca había satisfecho las cuotas de sus trabajadores.

Si conseguía curar a su hija, mataría al maldito jefe de Goyo. Y después, a Goyo.

—Quiero hablar con el que más mande aquí. Con el director —dijo Antonia allí plantada, de pie derecho, con la niña en brazos y dispuesta a no moverse.

—El director no recibe al primero que aparece, señora. Pida cita y veremos cuándo puede recibirla.

—Pues yo de aquí no me muevo hasta que me reciba. Si quiere, llame a la Policía.

—Venga, señora, no vayamos a tener un problema. Váyase a casa.

—¡Que le he dicho que de aquí no me mueve nadie! —gritó Antonia con la cara desencajada y los ojos ahogados en lágrimas—. ¡Mi niña se muere porque no tiene un antibiótico!

Algo se le movió por dentro al funcionario, porque la invitó a sentarse y desapareció tras una puerta. Solo habían pasado dos minutos cuando volvió a buscarla para acompañarla hasta el despacho del director.

Sin conseguir que la niña dejara de llorar, Antonia le explicó la situación y juró en aquel despacho hacer lo que fuera por conseguir la medicina, pero también aprovechó para explicarle que el jefe de su marido no solo no pagaba las cuotas de sus empleados a la Mutualidad, sino que tampoco les tenía dados de alta en la Seguridad Social. «No voy a dejar que mi niña se muera porque un cabrón no haga lo que tiene que hacer con sus obreros». El director tomó buena nota de todos los datos que le dio Antonia y le aseguró que él mismo se iba a encargar de que su hija tuviera la medicina al día siguiente. «Pasado mañana como mucho. Y que su marido tampoco se preocupe —añadió—. Su jefe va a tener que ponerse al día con las cuotas y va a regularizarlo. Vaya tranquila».

Amelia empezó a mejorar, aunque la tardanza en diagnosticar la enfermedad y las dificultades para conseguir el tratamiento le acarrearón secuelas que arrastró durante años. Perdió gran parte de la flora intestinal, lo que la llevó a un estreñimiento casi

crónico que, a su vez, provocó que la niña acabara con dos hernias inguinales por los esfuerzos y que la obligaron a llevar braguero hasta los diez años. Sus comidas no podían ir más allá de jamón de york, pescado blanco, fruta y leche. Los yogures, además, había que comprarlos en la farmacia porque su consumo quedó restringido a los enfermos y solo los despachaban con receta. Cualquier alimento que se alejara mínimamente de esa dieta blanda le provocaba un sarpullido del que solo podían librarla a base de compresas de vinagre.

El respiro que les dio la mejoría de Amelia duró poco. En la frutería las cosas empezaron a torcerse cuando el jefe de Goyo se vio obligado a pagar las cuotas a la Mutualidad y a regularizar la situación laboral de los empleados. Supo quién había sido el responsable, aunque Goyo se intentó excusar diciendo que fue la desesperación por curar a su hija lo que provocó que se destapara todo. Dos meses después lo despidió, pero redondeó su venganza acusándole de robo para evitar el pago de la indemnización.

Cuando Goyo y el resto de los compañeros acudían al mercado central de Legazpi a por las cajas de frutas y verduras, tenían que dejar al mayorista una señal que recuperaban al día siguiente, al devolver los cajones de madera. El jefe acusó a Goyo de quedarse con el dinero de esa señal, y dado que la denuncia les llevaría a juicio, engatusó a una clienta habitual de la frutería para que acudiera como falso testigo.

La niña mala, su marido despedido... «¿Es que esta puta vida no va dejar de apretarnos el cuello algún día?», rabiaba Antonia.

Goyo no paró quieto mientras esperaba fecha para el juicio. Iba a la recogida del melocotón, a cortar uva a La Mancha, a descargar bultos a los mercados... lo que fuera con tal de llevar unos duros a casa y poderle comprar a la niña los alimentos que necesitaba, aunque el jamón de york solo podían conseguirlo gracias a la prima Meli. Días enteros pasaban comiendo nada más que las lentejas del racionamiento, cuando las había, y algunas sardinas arenques que les conseguía la tía Dora cuando podía. Salvo una mísera contribución, Miguel seguía reservando casi todo el dinero para sus vinos. Nunca se le vio conmovido por la situación de su nieta; ni admiró los esfuerzos de su yerno por sacar adelante su casa. Jamás vio en su hija a la gran mujer que era.

Camino de la cola del racionamiento, Antonia se topó con Toñín, un antiguo compañero de Goyo en la frutería, que iba a buscarla.

—Menos mal que te encuentro, Antonia. ¿Dónde está Goyo?

—Cortando uva.

—Tienes que avisarle como sea. Su juicio es mañana.

—¡Mañana! Nadie nos ha citado. ¿Qué hago, Toñín? Cómo le aviso, si está en un pueblo y no viene hasta el domingo. Oye... ¿y tú cómo lo sabes?

—Porque se lo he oído esta tarde al cabrón del jefe. Y dile que tenga cuidado, que

lleva a una clienta amiga suya de testigo.

Antonia dejó temprano a Amelia en casa de su tía Dora y se presentó en el juicio. Notó la sorpresa del jefe y supo que algo había hecho, algún tejemaneje de los suyos, para evitar que Goyo se enterara de la cita.

—¿Dónde está su marido? —preguntó el juez cuando Antonia se presentó.

—En Burgos. Ha muerto un familiar y nadie nos ha avisado de que el juicio era hoy. De haberlo sabido, no habría ido al entierro y estaría aquí.

—Algo sabrían, porque usted ha venido —se extrañó el juez.

—Me enteré ayer por uno de los mozos de la frutería. Me lo encontré por casualidad.

—El juicio se aplaza para dentro de quince días —dijo el magistrado tras unos segundos de silencio y mientras escribía en un papel—. ¿Sabe usted leer, señora?

—No, señor.

—¿Y su marido?

—Sí, él sí.

—Entréguele esto. Ahí están escritos el día y la hora de la próxima vista. Así nos aseguramos de que no vuelve a haber problemas de comunicación.



—¿A qué vino lo de Burgos y el entierro? ¿Por qué no dijiste que estaba cortando uva por La Mancha?

—Yo qué sé. Fue la mentira que se me ocurrió. Un muerto por en medio parecía más serio. Lo mismo si le digo que estaba trabajando en la uva... no sé... no pegué ojo esa noche pensando qué decirle al juez, y decidí que un entierro era lo mejor. Tenías que haber visto la cara del cabrón del jefe cuando me vio aparecer. *Joputa...*

—¿Te dijo algo?

—No, pero se azoró mucho. Lo noté. Y me quedé con la cara de la testigo.

—¿Para qué?

—Por si me la encontraba por el barrio antes de que llegara el juicio, pero no la vi. No me la eché a la cara hasta el día de la nueva citación.

—No me digas que te fuiste a por ella...

—Me acerqué hasta donde estaba sentada y le dije muy bajito: «Diga la verdad. Solo le estoy pidiendo que diga la verdad, por su propio bien», pero se lo dije muy despacito, con un tono que la acojonó. Seguro.

—¿Y vosotros no teníais abogado?

—¿Nosotros? ¿Abogado? El jefe era el que llevaba abogado, que fue el que me dijo que me apartara de la testigo, pero nosotros no teníamos. Allí fuimos tu padre y yo.

—¿Y cómo pensabais defenderos?

—Como pudiéramos. Con la verdad. ¿Tú te crees que antes ibas y contratabas a un abogado como el que va a comprar tocino? A ver si te enteras... que éramos la última mierda. Nadie nos amparaba. O te sacabas tú las castañas del fuego o nadie se pringaba por un pobre. Un abogado... no te digo la otra...



El primero en declarar fue el denunciante.

—¿Cuánto dinero dice usted que le robó su empleado? —preguntó el juez.

—Dos mil pesetas.

—¿Está seguro de la cantidad?

—Justo esa.

—¿Ni peseta más ni peseta menos?

—Exactamente esa cantidad.

—¿Desde cuándo ha notado usted que le viene robando?

—Más o menos desde que se casó.

—¿Cuándo fue eso?

—En mayo o junio del 50.

—¿No está seguro del mes?

—En junio, creo.

—¿No está seguro de la fecha en que empezó a robarle pero ha calculado que la cantidad del dinero robado se ajusta exactamente a dos mil pesetas?

—A lo mejor fue en mayo. Como no me invitó... Me acuerdo del dinero que me ha ido robando, pero no del mes. Tampoco creo que sea tan importante.

—Lo que es o no importante lo decido yo. ¿Por qué no lo ha denunciado antes?

—Porque estaba recién casado y me daba pena.

—¿Y no le daba pena no tenerlo asegurado? Porque aquí veo que lleva varios años trabajando para usted de forma continuada y solo ha sido dado de alta como trabajador hace unos meses. Exactamente dos meses antes del despido por presunto robo. Tome asiento —ordenó el juez, llamando inmediatamente después a la testigo—. Explique al tribunal exactamente lo que vio hacer al denunciado.

—Un día le pagué con un billete, él buscó en la caja y, como no había cambio, abrió una cremallera de su mono, cambió el billete por monedas y se guardó el billete —respondió la mujer.

—¿Quiere usted decir que se guardó el billete pero sacó la misma cantidad de monedas del bolsillo de su mono?

—Sí.

—¿En cuántas ocasiones le vio hacerlo?

—Solo esa.

—Puede sentarse.

Goyo fue el último en prestar declaración.

—¿Hizo usted lo que ha narrado la testigo?

—Sí, señor.

—¿Por qué sacó el dinero del bolsillo del mono y se guardó el billete, y de dónde procedía ese dinero?

—En ese bolsillo guardaba el dinero de las señales para las cajas de fruta que

había que pagar en el mercado de Legazpi. Ahí llevaba mucho suelto, y como en la caja no había suficiente, cambié el billete por el suelto de mi bolsillo, pero el billete me lo tuve que guardar para que me cuadraran las cuentas.

El tono amenazante de Antonia a la testigo había funcionado. El juez falló en contra del jefe y le obligó a indemnizar a Goyo con mil novecientas pesetas que sirvieron para comprar sábanas, cortinas, ropita para Amelia e instalar unas tuberías que llevaron agua corriente desde el patio del 27 de la calle del Águila. A Antonia se le saltaron las lágrimas cuando vio que de aquel vulgar grifo roñoso, conseguido en un tenderete del Rastro, salía agua.

Pero Goyo seguía sin trabajo y Miguel continuaba a lo suyo. Visto que su yerno no encontraba nada estable y que el dinero que entraba en casa se destinaba a simplezas como agua corriente y ropa para la mocosa, el padre de Antonia les advirtió que nunca más aportaría dinero para que le dieran de comer:

—Apañaos vosotros con lo vuestro, que yo me apañaré con lo mío. Bastante hago con dejaros vivir aquí.

Además, en esa casa no había forma de beber o comer con vino. Agua o leche.

—¿Dónde se ha visto comer con leche? —se quejaba siempre Miguel.

—Pues beba agua —le contestaba Goyo.

—¿Agua con un cocido? Eso no puede ser bueno. Ya lleva agua el cocido y tengo que echarle más agua encima. Me voy a ahogar.

«No caerá esa breva», pensaba Antonia. Y cruzaba su mirada con Goyo sabiendo que el pensamiento era el mismo.

1953

Trabajo

La ayuda llegó de mano de don Emilio, con el que la relación de la prima Meli iba según los planes preconcebidos por la alcahueta de Juanita. Un trío bien avenido. Ellas a lo suyo cuando él no estaba, Juanita respetándoles su espacio íntimo por el bienestar de las dos; Meli doblemente satisfecha y don Emilio en la inopia.

Apreciaba a Antonia y Goyo, esa pareja luchadora que lo daba todo por su hija y a la que don Emilio tomó especial cariño. Se sentía padrino de Amelia solo porque su Melita era la madrina y porque de vez en cuando le hacía sentir bien llevar la contraria a Juanita, que veía en la ahijada de su «ahijada» a una cría debilucha con un futuro obrero. «A saber la educación que le van a dar a esa niña...», vaticinaba la Pelos. «Pues la mejor que puedan, Juanita; la que ellos no tuvieron», respondía don Emilio.

Antonia y Goyo no querían a los falangistas ni en pintura, pero don Emilio era otra cosa. Sus frustradas conspiraciones contra el Caudillo aún las desconocían, aunque eso habría disparado el aprecio que sentían por él, y su admiración por el tal *Jíler* les dejaba fríos, fuera quien fuera aquel tipo del que le oían hablar en escasas ocasiones.

El amante de la prima Meli les parecía un hombre de buen corazón cuando le oían frases como que «Las cosas en España no se están haciendo bien», «Para esto no hemos hecho una guerra», «El Caudillo es un miserable traidor»... Lo que no sabían adivinar es que tras esas palabras enfadadas bullía un espíritu que añoraba los modales nazis.

—Don Emilio no merece que le engañéis así, Meli —le recriminaba Antonia a su prima.

—¿Quién le está engañando? Él sabe que vivo con Juanita.

—Venga, hombre, no fastidies... pues claro que lo sabe. Si sois uña y carne... Lo que no sabe es lo que tendría que saber.

—Tú no te metas donde no te llaman, que también a ti te ha venido bien que Emilio esté ahí.

—Qué tendrá que ver una cosa con la otra. Algún día se va a enterar y va a ser peor. ¿Cuánto llevas con él? ¿Cuatro años? Pues ya va siendo hora. ¿Es que no te da lástima estar sacándole los cuartos a un hombre al que le han matado tres hijos? Si te aprovecharas tú sola, todavía... pero que Juanita esté chupando como una garrapata en la chepa de un tiñoso...

—Juanita irá donde yo vaya, y no sé a qué viene tanta pena por lo de sus hijos,

porque los mataron los tuyos, los rojos.

—¿Los míos? Con los míos, como tú dices, me comía los mocos, y los tuyos me dejaron hasta sin mocos que comerme. No quiero ni a unos ni a otros. Mira, vamos a dejarlo... pero el día que don Emilio se entere de que has estado en la cárcel por ladrona y de que su querida tiene novia... se va a liar.

—¿Y quién se lo va a decir? ¿Tú?

—Dios me libre de darle el disgusto. A mí no me importa si estás con uno o estás con otra, solo digo que no deberías estar con los dos. Que se va a liar...

Era una conversación recurrente en la que de vez en cuando acababan cayendo las dos primas, y en la que siempre terciaba Goyo. «Antonia, no te metas».

Pese a esos roces esporádicos, Meli no perdía contacto con Antonia porque adoraba a su ahijada. Tenía decidido que nunca tendría hijos, y Amelia estaba destinada a ser la perfecta sustituta, por eso le preocupaba que Goyo no terminara de encontrar un trabajo que pusiera las cosas más fáciles a la niña. Don Emilio acabó recomendando a Goyo para un trabajo en la Empresa Nacional Calvo Sotelo, dependiente del Instituto Nacional de Industria. Con saber leer y escribir era suficiente, y era una empresa... empresa. Un pedazo de empresa. Con su nómina, con sus pagas extraordinarias, con sus vacaciones, con su horario de entrada, con su horario de salida, con su Seguridad Social, con su mierda de sueldo... Lo que se dice una empresa decente.

Acceder a un puesto en una empresa nacional, aunque fuera para limpiarla, exigía un pasado intachable, un sinfín de papeleos y varias entrevistas para ver la presencia y los modales del aspirante. Los papeles de Goyo, en orden; la estampa, para quitar el hipo; el pasado...

—¿Qué clase de persona eres?! ¡Me está bien empleado, por intentar ayudarte!
—entró dando voces Meli en la casa de su prima y dirigiéndose a Goyo.

—¿Yo? Para el carro... ¿a qué viene esto? —preguntó Goyo desconcertado.

—Han llamado a Emilio para decirle que cómo se atreve a recomendar a una persona con tus antecedentes. Has estado en la cárcel, tienes denuncias por robo y estafa... eres un sinvergüenza. Emilio está disgustadísimo. ¡Te lo advertí, Antonia... que no te casaras con un obrero!

—¡Y dale con el obrero! ¡Como si tú hubieras nacido en palacio! —replicó Antonia mientras miraba a Goyo que se dejaba caer en una silla y se reía sin disimulo—. ¡Y tú de qué te ríes!

—Me río porque lo ha vuelto a hacer, pero ahora me ha tocado a mí. Dile a don Emilio que no se disguste, Meli, yo nunca he estado en la cárcel ni he robado a nadie. Es mi hermano.

El certificado de penales de Goyo al que tuvo acceso la empresa indicaba varios delitos y condenas que en realidad correspondían a su hermano Juanín, un avisado

que cada vez que acababa detenido daba el nombre de alguno de sus hermanos varones. Los salpicó a todos con sus antecedentes, y, en esta ocasión, la víctima fue Goyo.

Tuvo que presentarse varias veces en la Dirección General de Seguridad para limpiar su ficha, demostrar su identidad y pasar más de un reconocimiento físico, mientras un policía secreta se dedicó a interrogar a parte del vecindario y al propio matrimonio por separado. Un gilipollas, según Antonia. «Pero le callé la boca».

Tras las preguntas meramente rutinarias sobre cuándo y dónde se conocieron o en qué habían trabajado para comprobar si las versiones de uno y otro coincidían, el investigador dejó que asomara un detective peliculero.

—Cuando he hablado con su marido, me he fijado en que va muy bien vestido.

—Es que iba a venir usted.

—Lleva una camisa de seda muy elegante.

—Tiene buena percha. Cualquiera cosa que se pone le cae bien.

—Pero es de seda. Muy cara. No le pega mucho a un obrero.

—Me recuerda usted a mi prima.

—¿Cómo dice?

—Nada. ¿Y qué pasa porque un obrero lleve una camisa de seda? ¿O hay que ir disfrazado de obrero?

—No es una prenda que esté al alcance de cualquiera —dijo el policía con un tonillo empalagoso y media sonrisa—. Yo mismo no puedo tener una.

—Una pena. En Almacenes Simeón tengo yo una conocida que le sacaría una a buen precio.

—Lo que le estoy diciendo —y aquí endureció el tono y borró la sonrisa— es que la situación de necesidad de su marido no se corresponde con una camisa de seda.

—Yo se lo explico. ¿Ve esa foto que hay colgada detrás de usted? Es del día de nuestra boda, pero vamos vestidos de calle porque los trajes de novios eran alquilados y no queríamos que se estropearan. Si se fija, la camisa que hoy lleva Goyo es la misma que estrenó aquel día, y ya va para cuatro años que la tiene. Se la pone poco, para que no se le gaste y porque es la única camisa de seda que ha tenido en su vida. Se la ha puesto para usted, aunque sea un obrero. Un obrero... mi marido, no usted. Ya me entiende.

Lo que ella decía. Un gilipollas.

Goyo consiguió que desaparecieran los borrones de su pasado y que los antecedentes volvieran a la ficha de su legítimo propietario, y a don Emilio, no solo se le pasó el disgusto, sino que reforzó su enchufe para el trabajo como penitencia por haber dudado de la integridad de su recomendado. «Ya sabía yo que este hombre era honrado», fue todo lo que dijo.

Goyo entró a formar parte de la plantilla de servicios generales del Centro de

Investigación Calvo Sotelo, en la zona industrial de Legazpi. Portero a ratos, tomando nota de las visitas que entraban y salían; subiendo y bajando la barrera para que entraran y salieran los coches de los químicos de la empresa, llevando recados, sirviendo cafés en las reuniones... un empleo que les proporcionaba el dinero justo, justísimo, para vivir, pero tan bien administrado por Antonia, que aquel verano pudieron disfrutar de diez días de vacaciones en una desangelada pensión de Valencia.

Habrían preferido ahorrar ese dinero, pero el médico había recomendado hacía ya dos años que Amelia tomara baños de mar para reanimar sus desorientadas defensas y que evitaran sus constantes intoxicaciones alimentarias. Valencia era el lugar con mar más cercano y barato. Fue el primer viaje de Antonia; la primera vez que se subía a un tren, la primera que vio el mar y sintió la arena bajo sus pies, la primera que se calzó un bañador... La primera vez que se quemó.

Sentada en un merendero de playa, emocionada ante su primer plato de auténtica paella valenciana, ni se enteró de que un agujero en la lona del toldo dejaba pasar un traicionero rayo de sol que acabó provocando una perfecta ampolla delimitada por el escote trasero del vestido. Los siguientes ocho días de vacaciones fueron un infierno de fiebres y dolores, durmiendo boca abajo y embadurnada de una pomada que le dieron en la farmacia. La piel de esa zona superior de la espalda le quedó tan sensible, que durante años estuvo pegando brincos ante cualquier roce inesperado.

Nada de aquello, sin embargo, le hizo olvidar su primera impresión del Mediterráneo. Cómo podía haber algo tan bonito y tan grande; de dónde salía tanta agua. Apenas pasaba más allá de la orilla, cuando el agua le llegaba a la mitad de los muslos. Ese era el límite para agacharse y mojarse de cuerpo entero. «El mar es muy traicionero, que lo sé yo. Vete tú a saber lo que hay debajo», le decía a Goyo cuando intentaba llevarla más adentro arrastrándola por las manos, despacito. «Pues qué va a haber, Antonia... boquerones».

La vida, aunque todavía se mostraba miserable para enseñar su mejor cara, parecía dejar de apretar tanto. Pasaban necesidad, pero no hambre; tenían que mirar hasta la última perra, pero no faltaba una peseta para disfrutar de una limonada en la verbena de la Paloma ni ganas para echar unos bailes en la kermés de San Antonio.



—Parece que vamos saliendo del hoyo...

—Qué va... cuando salías de una, te venía otra. Como para creer en nada... Fue cuando papá tuvo el accidente. Nunca se me olvidará, fue el mismo día que fui con la tía Dora a cambiar los vales de Navidad. ¿Te he contado lo de los vales que nos daban a los pobres? Bueno, que se supone que nos tenían que dar a los pobres, pero la mayoría se los quedaban los ricos.

—Pues si venías de cambiarlos es que a ti te los dieron...

—A mí me los dio don Emilio. Eran unos vales del Auxilio Social que te cambiaban luego por un litro de aceite, una manta, un kilo de patatas... pero muchos de ellos no llegaban, se los quedaban para repartírselos entre los falangistas. Aquel día fuimos mi tía y yo a la casa de socorro de la Carrera de San Francisco a cambiar cuatro vales que me llevó la prima Meli de parte de don Emilio. Era el día en que venían las propias autoridades a repartir las bolsas para salir al día siguiente en la foto del periódico...

—¿Qué os dieron?

—Ni me acuerdo, pero estando en la cola mi tía dijo: «¡Anda! Si está Campos Pareja repartiendo las bolsas». ¿Te acuerdas de Campos Pareja? ¿El vecino al que enseñó el tío Rafael a leer y escribir, el que se metió a falangista?

—Sí, el que acabó de teniente de alcalde del barrio de La Latina y de concejal de urbanismo...

—Ese. Pues estaba él repartiendo... muy trajeado, muy gordo. Y mi tía lo vio desde lejos, pero es que se fijó más y vio que por delante de nosotras, en la cola, estaba la Luisa, la mujer de Campos Pareja.

—¿Y qué hacía ella en la cola de los pobres?

—Pues no te estoy diciendo que los mismos que repartían se lo quedaban. La Luisa llegó hasta las narices de su marido sin cruzar palabra, como si no se hubieran visto en su vida, y cambió un montón de vales por un montón de bolsas. El caso es que seguimos en la cola hasta que nos llegó el turno y mi tía le aguantó la mirada a Campos Pareja para ver si se acordaba de ella. No sé yo si él apartó la vista porque pensó que la Dora también se había fijado en su mujer o si de verdad no reconoció a su antigua vecina. La verdad es que mi tía estaba ya muy desmejorada porque la estaba consumiendo la leucemia. En cuanto cambiamos los vales, la Dora tiró de mí y dijo: «Vamos a seguir a la Luisa, a ver a dónde va».

—Vaya dos detectives...

—Pero lo peor no es que estuviera allí la Luisa, que ya me dirás tú qué necesitaba ella siendo la mujer de un pez gordo... Es que resultó que otras cuatro mujeres que estaban también en la cola haciendo como que no se conocían entre ellas eran amigas de la Luisa, y todas juntas, cargadas con bolsas a dos manos se empezaron a juntar en el camino hasta que llegaron a un coche muy grande aparcado en la calle Tabernillas. Metieron todas las bolsas en el maletero, se subieron y se fueron.

—¿Y tu tía Dora no se fue a por ella? ¿No le dijo nada?

—¿Qué le iba a decir? Se podía haber buscado un lío. La llamó franquista japuta por lo bajo y nos fuimos. Aquel día, al final de la tarde, cuando vi que se echaba la hora y tu padre no había llegado, me empecé a preocupar. Nunca se entretenía en el camino.



El sueldo de Goyo apenas alcanzaba para terminar el mes, así que, siempre que le daban la oportunidad, aceptaba hacer horas extras en la carga y descarga de bidones de hidrocarburos y material que llegaba de las plantas de provincias hasta el centro de investigación. Aquella tarde, en el muelle de carga y descarga, un camión dio marcha atrás sin ver que había alguien detrás. Atropelló a Goyo y le molió el pie derecho.

Un compañero de Goyo se presentó en casa para decirle a Antonia que su marido estaba ingresado en la clínica del Trabajo. Intentó que no se asustara, diciéndole que estaba bien, que ya le habían operado y que esperara a la mañana siguiente para ir a verle, pero el rebujo de ropa lleno de sangre que le entregó decía que la cosa se presentaba fea. Dejó a la niña con una vecina y salió pitando para el sanatorio.

Era casi medianoche y se negaron a dejarla pasar, pero Antonia sacó otra vez su tenacidad y amenazó con dormir en la misma puerta de la clínica si no la dejaban ver

a su marido. Encontró a Goyo en una cama, con la pierna escayolada y una sonrisa para no preocuparla.

—Solo es un pie, Antonia.

—Lo dices como si un pie no sirviera para nada.

—Claro que sirve, mujer, para lo mismo que el otro; lo que quiero es que te tranquilices porque no me voy a morir.

—Me ha dicho tu compañero que el pie está destrozado.

—Es que me ha pasado por encima el camión con el pie de canto. Si hubiera estado plano... Me han dicho que me tienen que operar mañana otra vez.

—¿Tú crees en Dios, Goyo?

—¿A qué viene eso? Ya sabes que no. En Dios que crean los suyos, que son los únicos de los que se ocupa.

—Yo qué sé... por si quieres que rece a lo que sea para que te quede bien el pie.

—Más vale que le reces al médico, pero no te preocupes, que me curarán.

Goyo sufrió varias operaciones durante los nueve meses que estuvo en la clínica. En dos ocasiones entró al quirófano para la amputación, y de las dos salió con el pie en su sitio. Cada vez que el traumatólogo decidía que amputar era la única solución, cambiaba de opinión en el último momento e intentaba salvarlo. El doctor Epeldegui operó tantas veces aquel pinrel, que lo conocía como la palma de su mano. Quitó huesos, reparó tendones y tranquilizó a Antonia diciéndole que le había cogido tanto cariño al pie de su marido que se ocuparía de él como si fuera el tercero de los suyos.

El pie siguió en este mundo, pero Goyo no se pudo desprender el resto de sus días de una cojera. Zapatos blandos, plantillas especiales y dolores crónicos a cambio de que su pie derecho —que, en contrapartida, tuvo el detalle de dejar de oler—, siguiera siendo uno de sus principales puntos de apoyo.

La baja laboral menguó los ingresos considerablemente, y fue el tío Rafael el que advirtió a Antonia de que no les estaban pagando lo que de verdad les correspondía. El accidente laboral se había producido durante las horas extraordinarias y debían pagar una parte proporcional. Antonia no entendía muy bien esas cuentas, pero se plantó en Calvo Sotelo para hablar con el jefe de personal y que se las aclarara. Al fin y al cabo, era una empresa nacional y allí eran serios.

—Se lo voy a decir muy claro para que lo entienda —le dijo el hombre—. Su marido estaba haciendo horas extras y esas horas no las habíamos declarado, por eso le pagábamos en dinero contante y sonante y no se las metíamos en la nómina.

—Pero me han dicho que hasta que pueda volver a trabajar debería cobrar algo más de la Seguridad Social... Es que no llegamos a fin de mes. ¿Dónde puedo ir a reclamarlo? —preguntó Antonia, dando a entender que no se iba a parar ahí.

—Vamos a hacer una cosa. Yo le voy a dar ahora mismo dos mil pesetas como gratificación por el accidente, y dejamos aquí el asunto.

Pero Antonia no quedó conforme, y visto que el alta de su marido se alargaba, volvió a ver al jefe de personal cuatro meses después de la primera cita. Esta vez le

pudo sacar mil quinientas pesetas más y se mostró firme en acudir a Magistratura para conseguir lo que de verdad le correspondía de acuerdo con el Seguro Obrero de Enfermedad. El jefe de personal comprobó que esa mujer venía mejor informada que en la anterior ocasión y decidió pasar a la amenaza directa. «Si quiere reclamar legalmente —le dijo—, hágalo. Seguramente ganará, pero será pan para hoy y hambre para mañana, porque yo no le puedo asegurar que la empresa no decida despedir a su marido en cuanto vuelva al trabajo».

¡Joder con la empresa nacional! Allí eran tan chorizos como el frutero del mercado de la Cebada.

Antonia había pasado por dos juicios en su vida y de los dos había salido con bien. Estaba dispuesta a ir a un tercero, pero Goyo se aterrorizó. «No puedo volver a quedarme sin trabajo. Déjalo, por favor, déjalo. Qué dirá don Emilio, después de que ha sido él el que me ha colocado». Y Antonia, por primera vez en su vida, abandonó la lucha. «Tú, con tal de no discutir...», recriminó a Goyo.

Goyo volvió a la empresa, a un puesto fijo de conserje, en la garita de entrada, porque ya no estaba para correrías ni esfuerzos. Dada su media invalidez, nunca más contaron con él para hacer las horas extraordinarias, y el sueldo se vio tan rebajado que dedicó las tardes a recorrer Madrid con su bicicleta para encontrar otro trabajo que les permitiera acabar el mes. Nada. Solo chapuzas mal pagadas.

Antonia recurrió a don Emilio, que, conmovido por el accidente de Goyo, prometió estar atento por si surgía algo. Un día se le ocurrió preguntar en el cinema Argüelles si necesitaban personal. Allí le conocían bien, porque estaba muy cerca de la calle Altamirano y no había semana que Meli y él faltaran a la doble sesión continua. Con Juanita, claro. Juanita tampoco faltaba. A los tres les encantaba el cine.

Y no solo conocían de vista a don Emilio; también sabían que debía de ser alguien importante porque muchas veces le estaba esperando a la salida un coche oficial.

La pregunta de don Emilio no cayó en saco roto, y no tardaron mucho en decirle que su recomendado se pasara por la sala al día siguiente porque había un puesto de acomodador.

Goyo se puso como loco. No sería mucho sueldo, pero seguro que las propinas dejarían un buen pellizco. Y encima vería películas gratis... y seguro que podría colar a Antonia de vez en cuando..., con lo que le gustaban las películas de *Tirone Póver*.

Cuando acudió a la cita, se fijó en las dos películas que ponían aquel día de junio del 55. *Hablan las campanas* y *Flecha rota*. Una de monjas y otra de indios. Ninguna era de *Tirone Póver*.

Apenas le preguntaron nada, porque viniendo de la mano de don Emilio... en fin, ya se le suponía hombre de bien. Se fijaron en que iba aseado, que tenía buena planta, le tomaron las medias para tenerle listo el uniforme, le recordaron el papeleo que debía presentar, incluido su ya impoluto certificado de penales, y le citaron dos días después para la firma del contrato.

—¿Dónde está el carné de Falange? —le preguntaron a Goyo en la oficina del cine mientras el gerente revisaba los papeles.

—No tengo.

—¿Pero usted no viene de parte de don Emilio?

—Sí, pero no tengo carné de Falange.

—Entonces, ¿es usted mutilado de guerra?

—Tampoco.

—¿Y por qué cojea?

—Porque me atropelló un camión.

—Vaya por Dios... ¿Por eso no lo movilizaron?

—No me movilizaron porque yo en la guerra era un crío. El camión me atropelló hace un año.

—¿Combatiente de la División Azul?

—Que no. Que no he estado en ninguna guerra.

—No se me soliviente, que lo único que estoy buscando es el requisito para contratarle. Porque si no, no va a poder ser... tenemos que dar preferencia a los españoles patriotas.

—¿Y yo qué soy, francés?

—Pero si no es de Falange y no ha luchado por España, ¿cómo justifico yo que no ha estado con los rojos?

—Le estoy diciendo que yo era un crío en la guerra, que no estaba ni con unos ni con otros. Me mandaron a Murcia a principios del 37.

—¿Lo ve? Los únicos que le pudieron mandar a Murcia fueron los rojos.

—¿Y si me saco el carné?

—No hay tiempo. Necesitamos un acomodador para ya mismo y tenemos muchos excombatientes. Ya le diré yo a don Emilio que, sintiéndolo mucho, no ha podido ser.

A freír espárragos *Tirone Póver*.

Se consoló pensando que nunca tendría que ponerse aquel traje circense de color rojo, con una banda dorada que recorría los laterales de las perneras y unas charreteras chillonas sobre los hombros de la chaqueta que le daban aspecto de capitán general más que de acomodador de cine. Goyo continuó vistiendo su uniforme azul de conserje, de lunes a viernes y de ocho a tres, en su caseta de la empresa Calvo Sotelo, controlando las entradas y las salidas de las visitas, levantando la barrera al paso de vehículos, recibiendo y entregando el correo, leyendo el *ABC*, que siempre le pasaba a mediodía uno de los químicos del laboratorio...

Una noticia del día 2 de febrero de 1954 en la página de las Necrológicas le dejó clavado en cuanto vio el nombre en el titular. «¡Coño! ¡La mujer de don Emilio se ha muerto!».

Arrancó la hoja para leérsela a Antonia en cuanto llegara a casa.

Ayer falleció en Madrid, confortada con los últimos sacramentos, la virtuosa dama doña Soledad de la Puente, esposa del ilustre periodista y coronel del ejército don Emilio Rodríguez-Tarduchy, secretario ayudante que fue del marqués de Estella [Miguel Primo de Rivera] y en la actualidad secretario general de la prensa del Movimiento.

La finada contaba con grandes simpatías por sus excepcionales dotes de bondad y espíritu cristiano. Con ejemplar resignación y entereza sufrió en la época de la dominación marxista el asesinato de tres de sus hijos y la persecución sañuda de que fue objeto su esposo. Todo ello contribuyó a que una incipiente afección cardíaca se desarrollara de manera alarmante, y, pese a todos los cuidados médicos y de la familia, le sobreviniera ayer un colapso del que no pudo recuperarse. La noticia de su fallecimiento produjo verdadero sentimiento. Infinidad de personas de todas las clases sociales desfilaron ayer tarde por el domicilio mortuorio para testimoniar al coronel Rodríguez-Tarduchy y su familia el testimonio de condolencia por la irreparable pérdida que les aflige.

—¿Qué es sañuda? —preguntó Antonia.

—¡Cómo que qué es sañuda! ¿Se muere la mujer de don Emilio y tú te quedas con lo de sañuda? Pues yo qué sé, rabiosa o algo así —respondió Goyo—. ¿Qué hacemos?

—¿Y qué vamos a hacer? Si te parece vamos a darle el pésame al hijo. «Buenas, que somos los primos de la amante de tu padre».

—Pues aquí dice que ha ido gente de todas las clases sociales.

—Pero eso lo ponen por poner. Ni siquiera sé si le tenemos que dar el pésame a don Emilio cuando lo veamos o hacernos los tontos.

—¿Y al entierro tampoco vamos?

—¿Pues no se murió ayer? La habrán enterrado ya. Además, eso estará lleno de falangistas, ya me dirás qué pintamos nosotros. No creo que hayan ido mi prima y la Pelos... capaces son. Tú mira en el periódico de mañana a ver qué dice.

Y Goyo volvió al día siguiente con el recorte del *ABC*.

Ayer por la mañana se verificó el entierro de doña Soledad de la Puente. Presidió el sepelio el viudo, don Emilio Rodríguez-Tarduchy, y su hijo, don José; ministro secretario general del Movimiento, don Raimundo Fernández Cuesta; subsecretario de información y turismo, señor Cerviá; generales Cuervo y De la Cuerda, y el vicesecretario general del Movimiento, don Juan José Pradera.

En la concurrencia figuraban numerosísimos periodistas y destacadas jerarquías de Falange, que acompañaron hasta el cementerio a los restos de la señora de Rodríguez-Tarduchy. El

secretario nacional de la prensa del Movimiento recibió numerosos testimonios de pésame.

—Menos mal. No dice nada de la Pelos y de tu prima.

—Lo único que faltaba, que hubieran salido en el periódico como amigas de la familia. ¿Y no dice dónde la han enterrado?

—Aquí no, pero en la esquila ponía que en la Almudena. ¿No compró don Emilio una tumba para su familia? Pues ahí la habrá enterrado, con sus hijos. Lo que no sé yo es qué va a pasar ahora, porque Meli siempre ha dicho que don Emilio quería casarse con ella en cuanto pudiera... y ya puede.

—Juanita no va a parar hasta que lo tengan trincado del todo, y esta es una lapa. Donde vayan ellos, va ella con el cuento de que es su madrina. Esta tarde me voy a ver a mi tía, a ver qué me cuenta.

La Dora le dio a Antonia los datos que le faltaban. Efectivamente, don Emilio no tenía previsto dejar pasar mucho tiempo para casarse con su Melita.

—Mira, hija, yo estoy contenta y ya no me importa que sea un hombre tan mayor. Por lo menos si se casa con él tendrá el resto de su vida asegurada. Dejará de dar tumbos y se podrá quitar de encima a la Pelos.

—Que te crees tú eso, tía. ¿Quién te ha dicho a ti que se la quiere quitar de encima? Si Meli se casa con don Emilio, Juanita se va con ellos. Y si no, al tiempo...

—¿Cómo va a consentir eso don Emilio? Él querrá estar con su mujer, en su casa... que esta es otra, porque no creo que se mude a vivir al piso de Altamirano; ese se lo dejarán a la Pelos, ya verás. Y tampoco veo yo bien que tu prima se vaya al de Marqués de Cubas, porque allí vive el hijo mayor con su mujer... y también están los nietos. No es plan.

—Pues en cuanto se case, mi prima se va a convertir en abuela con treinta años. Y la Pelos, en madrina de la abuela. Vaya berenjenal... ¿Tú cómo estás, tía...?

—Cada vez peor. No sé si llegaré a verla casarse.

Don Emilio llevaba mucho tiempo planeando formalizar una relación que ya duraba cinco años, y lo haría en cuanto la vida, y sobre todo la muerte de su mujer, le dieran la oportunidad. Quería de verdad a Meli y le divertían tanto sus bromas que a veces se notaba rejuvenecer. «Por cada día que paso contigo pierdo un año de los cumplidos, Melita», le decía don Emilio, pero no estaba dispuesto a seguir escondiendo a una querida de la que, seguramente, ya tenía noticias mucha más gente de la deseada. Solo su posición le había librado de que los rumores se extendieran más de la cuenta, a la vez que la perenne presencia de Juanita aportaba una importante ración de disimulo.

Meli, en cambio, temía que llegara el día. Solo a Juanita le había confesado que tenía un juicio pendiente con la justicia militar, aunque le ocultó los meses de

condena en la cárcel de Ventas. La Pelos se quedó conforme cuando escuchó de boca de su «ahijada» una historia reinventada y despojada de toda la gravedad que en realidad ocultaba.

«Bueno, tú no le digas nada a Emilio, Meli —la aconsejó Juanita—. Total, es una historia insignificante que no va a ninguna parte, y lo mismo ese juicio ya ni sale. Para qué le vas a dar el disgusto, mujer, si agua pasada no mueve molino».

Pero, quizás por primera vez en su vida, Meli atendió el consejo de su prima Antonia: «Díselo, Meli, que bastante engañado lo tenéis con vuestro apaño. Como se entere por otro lado va a ser peor y le vas a hacer mucho daño. Don Emilio te adora y tarde o temprano lo va a saber. No te arriendo las ganancias como lo descubra por su cuenta».

Ya lo tenían hablado, pero apenas unos días después de haber enterrado a su mujer, don Emilio pidió formalmente a Meli que se casara con él. Lo harían muy discretamente, con los testigos justos y necesarios en la iglesia de la Esperanza Macarena de Sevilla. Su primer matrimonio había sido en Burgos en 1904 porque de allí era doña Soledad y porque allí servía como primer teniente del regimiento Infantería de Castilla nº 16, pero su capricho era casarse en su tierra, Sevilla. Con su Melita sería posible.

Meli decidió no dejar pasar más tiempo para contarle a su futuro marido un pasado irresponsable del que se arrepentía muy sinceramente. Su loca juventud, las malas compañías y a la ingenuidad fueron las culpables de su mala cabeza, le dijo a don Emilio. Afortunadamente, su madrina Juanita apareció a tiempo para sacarla del hoyo de la malevolencia y ponerla en el buen camino.

—Perdóname, Emilio, pero tenía tanto miedo de contártelo...

—Cómo no me lo has dicho antes, Melita, con lo que yo te quiero... ¿No entiendes que la mujer con la que me case tiene que tener un pasado intachable? Bastante tengo ya con lo que se va a decir.

—Si yo al final no quería... pero la Valentina me amenazó si me echaba atrás y la dejaba sola. Tenía miedo... yo era muy joven. Estoy muy arrepentida. Muy arrepentida, Emilio —decía Meli entre sollozos ensayados—, pero ya no tiene remedio, ya no puedo arreglarlo. Lo hecho, hecho está. Que Dios me perdone. Juanita solo sabe que tengo pendiente el juicio, pero no sabe que he estado en la cárcel. No se lo digas, por favor, Emilio... no se lo digas. Ella cree que, como ya han pasado tantos años y el juicio no ha salido, lo mismo ya ni sale.

—Pero yo no puedo correr ese riesgo. Ten en cuenta que tu caso está en la jurisdicción militar, y yo soy coronel. Tengo muchos enemigos, aunque no lo parezca; algunos de los que fueron al entierro de Soledad habrían preferido estar enterrándome a mí. Si se enteran de que mi futura esposa tiene antecedentes por robo en una gestoría militar... ¡Pero por Dios, Melita, en qué estabas pensando!

—El hambre, Emilio, el hambre... —seguía justificándose Meli mientras se esforzaba en que las lágrimas continuaran brotando—. Son las penalidades, que te

nublan el entendimiento.

—No llores más, Melita, que ya verás cómo lo solucionamos. Dios te ha querido perdonar poniéndote en mi camino. Algo se podrá hacer.

—Yo no quiero perjudicar tu carrera ni tu reputación, pero al menos nadie puede publicar nada, ¿no? En la prensa mandas tú.

Los primeros hilos que movió don Emilio fueron en el Cuerpo Jurídico Militar. El expediente de Amelia Pozuelo tenía que estar en alguna parte y había que localizarlo para hacerle un lavado de cara. Un miembro del Consejo Supremo de Justicia Militar, viejo amigo de armas, prometió ayudarle, pero aconsejó a don Emilio que la táctica más adecuada era dar salida al juicio y conseguir la absolución. Hacer desaparecer el expediente por las bravas podría levantar alguna desconfianza y dejar un rastro indeseable. Solo había que encontrar al fiscal adecuado para preparar la pantomima.

Desempolvar el caso, buscar el abogado defensor conveniente y adiestrar a Meli en las preguntas y en las respuestas le llevó varios meses a un fiscal que estuvo dispuesto desde el primer momento a perder el juicio para que su acusada fuera absuelta.

Todo el chanchullo judicial salió según lo previsto, Meli recuperó un expediente impoluto y la boda se fijó para principios de 1955.

La tía Dora andaba en las últimas y ya apenas se levantaba de la cama, aunque al menos llegó a tiempo de ver casada a su única hija.

El tío Rafael debía ejercer como padrino, pero se negó en redondo a subir a un avión para ir a Sevilla. «No sé a qué vienen estas prisas —se quejaba—. Podemos ir en tren». Pero los planes de don Emilio eran ir y volver de inmediato, y tantas horas de traqueteo a sus setenta y cinco años se le hacían muy cuesta arriba.

La negativa de Rafael a subirse a un avión provocó un cambio de planes que don Emilio aprovechó muy hábilmente para quitar de en medio a la prevista madrina, la omnipresente Juanita. Acordó con Meli que, ya que su futuro suegro no podía asistir a la ceremonia por su miedo a volar, le permitiera a él elegir a los padrinos. «Entiéndelo, Melita, es un poco raro que tu madrina de bautismo sea también la de tu boda. Goyo y Antonia serán los padrinos».

A Goyo no se le movió una pestaña. Si había que ir, se iba, aunque no le volviera loco ser el padrino de boda de un falangista que podía ser su abuelo. Pero Antonia se ilusionó de más ante la posibilidad de subir a un avión. Ya había ido en tren a Valencia y ahora podría ir volando a Sevilla. La envidia del barrio.

Cuando la Pelos vio que su madrinazgo peligraba si Rafael no acudía a la boda de su hija, hizo de tripas corazón y dulcificó sus maneras para rebajarse ante el padre de Meli y rogarle que acudiera a la ceremonia. «Es su hija, don Rafael, tiene que llevarla usted al altar y hacer las cosas como Dios manda».

¿Don Rafael? ¿Como Dios manda?

—Qué sabrá esta alcahueta de lo que manda Dios, si lleva toda la vida saltándose a la torera. Y ahora resulta que he pasado de ser el señor Rafael a don

Rafael. ¿Qué te parece? No te digo con lo que me sale ahora... Te voy a tener que dejar un día sola —le decía a su mujer, sentado junto a Antonia en la habitación de la calle del Amparo donde la Dora apuraba en la cama sus últimas semanas de vida.

—Tú no te preocupes por mí, que tu hermana Carmen me atenderá bien. Aunque solo sea por esta vez, la Pelos tiene razón. Tienes que llevar a Meli al altar. Lo siento mucho por Goyo, Antonia, pero ya que yo no puedo ir, que vaya Rafael.

—A Goyo le da lo mismo —contestó Antonia—, lo malo es que don Emilio ya no le pagará el billete para que vaya. Pero yo sí que voy si doña Pelos lo permite; aunque, no sé yo... si ha convencido al tío, ya os digo yo que al final se sale con la suya y acaba siendo la madrina. A cojones no le gana nadie y ya verás cómo yo me quedo sin ir a Sevilla como me quedé sin abuela.

—Yo no sé qué clase de boda rara es esta, medio a escondidas —dijo Rafael—. Vamos cuatro gatos, y el hijo de don Emilio ha dicho que no va.

—Cómo va a ir, si ha enterrado a su madre hace un año. Estará dolido el hombre —lo disculpó Dora—. Dices tú de boda rara... para rara, la familia que se está montando. Vamos a tener un yerno que podría ser mi padre.

—Y la prima va a tener un hijastro mayor que ella —siguió Antonia la broma para que su tía Dora mantuviera la sonrisa—. Y tres o cuatro nietos... —se reía Antonia—. Y vosotros vais a ser bisabuelos de los nietos de don Emilio.

—Este hombre nos ha hecho viejos a todos de golpe —se lamentó Dora.

—Lo peor es que vamos a tener yerno y nuera teniendo solo una hija —dijo Rafael, mirando la foto de Meli que colgaba de la pared del dormitorio—. Si esto lo entiende alguien, que baje Dios y lo vea.

Antonia no se equivocó. Juanita acabó chafándole su primer viaje en avión porque no paró hasta recuperar su madrinazgo; incluso fingió un soponcio ante don Emilio por la tristeza que la embargaba al no poder estar junto a su simulada ahijada en un momento clave de su vida. La Pelos se salió con la suya y mató así dos pájaros de un tiro: consiguió convertir su mentira en verdad al amadrinar a Meli en su boda y evitó que Antonia, para ella una desclasada analfabeta, ocupara un puesto que ni le correspondía ni en el que encajaba socialmente.

Don Emilio organizó en la iglesia de la Macarena de Sevilla una ceremonia tan exageradamente discreta que rozó la clandestinidad. «Hija, ni que te casaras preñada», le dijo Antonia. Nadie más allá de un par de amigos íntimos se enteró de que, apenas un año después de haber enterrado a su primera esposa, se estaba casando con una mujer nacida casi cinco décadas después que él.

Se aseguró de que la noticia no saltara a los ecos de sociedad y que los escasos invitados que acudieran fueran de parte de la novia. Para don Emilio aquello solo era un trámite imprescindible para recolocar ante Dios, ante el Movimiento y ante su círculo cercano una «situación anómala»; para Juanita, satisfecha con la discreción

del momento, significaba el último paso de su plan para trincar a don Emilio, y Meli solo lamentó no haberse vestido de blanco. «Sé prudente con el vestido, Melita», le insistió su futuro marido.

La prima Meli, toda de negro, con mantilla y peineta, no se permitió más que un toque festivo con tres claveles blancos en un lado del peinado, acoplados en un bucle de su pelo azabache. El novio ni siquiera admitió la presencia de un fotógrafo para no correr riesgos y, quizás, porque el propio don Emilio entendió que la imagen que habría quedado para el recuerdo sería muy ambigua. La estampa de un plantel de personajes con edades tan definidas que cualquiera ajeno a la situación no dudaría en emparejar erróneamente. Don Emilio aparentaba ser el padre de la novia y Juanita la hermana mayor de Rafael, aunque Rafael fuera el suegro del anciano y la anciana Juanita la amante de la contrayente.

La ya señora de Rodríguez-Tarduchy, días después de regresar a Madrid, volvió a vestirse de novia enlutada para hacerse una foto de recuerdo. Sola. Con su peineta alta de carey y su mantilla negra de encaje de Chantilly que la ayudaron a colocarse Antonia y la Pelos en el mismo estudio de fotografía de la Gran Vía.

—Es la primera vez que veo una foto de boda sin novio —le dijo Antonia a su prima cuando terminó la sesión.

—Emilio es un hombre muy recto —replicó Juanita—. Él sabe cómo tienen que hacerse las cosas. Qué sabrás tú.

—Yo sé lo que sé, que ya es mucho más de lo que sabe él. Usted dirá lo que quiera, pero esta boda ha sido de extranjis. Mira que casarse de negro... y con peineta, si eso ya no se lleva. Estás muy guapa, Meli, pero con ese velo negro debió de parecer que ibas de entierro.

—No seas ignorante. Nadie va de entierro con mantilla y peineta —se revolvió su prima—. En Sevilla es muy elegante.

—A mí no me llames ignorante tú también. ¿A que no sabes que la mantilla la usaban las sirvientas hace mucho? —preguntó con tono listillo a su prima Meli para cambiar de tema—. Ahora se la ponen las señoritas, pero antes, las sirvientas. Que sepas que te has casado vestida de criada. Ignorante.

—Te lo estás inventando.

—Me lo dijo una maestra modista que tuve, que nos contaba historias mientras cosíamos. Era muy fina hablando y yo no le entendía la mitad de las cosas, pero hablaba muy bien. Me acuerdo que nos contó que la mantilla estaba «en contradicción con su destino», que ahora lo entiendo, pero antes no; quiere decir que se hizo para una cosa y acabó siendo otra...

—Sabemos lo que quiere decir... —la frenó la Pelos.

—Por si acaso. Pues la mantilla la usaban las sirvientas de buenas familias, para que se les notara lo que eran, pero luego a sus señoritas les fue gustando y empezaron a utilizarlas, solo que la llevaban por delante, como un velo para que los hombres no les vieran la cara, y sujeta en la coronilla con una peineta baja. Mi maestra nos dijo

que luego vino la costumbre de echárselo hacia atrás, pasando el velo por encima de la peineta, y por eso ahora queda tan bonito, con la peineta debajo y la mantilla por encima.

—¿Y qué tiene que ver aquí el destino contradictorio? —preguntó Meli.

—¿Usted tampoco lo entiende, Juanita? —replicó Antonia con sorna—. Pues muy fácil. Que la mantilla la empezaron a usar las señoritas para tapar lo guapas que eran y ahora su destino es precisamente hacerlas más guapas. Ignorantes, que sois unas ignorantes —remató Antonia entre risas vengativas.

Amelia pasó a ser la excelentísima señora de Rodríguez-Tarduchy, pero la convivencia no pudo normalizarse como a su esposo le habría gustado. El hijo de don Emilio, Pepe, se negó a admitir en la misma casa de donde su madre había salido camino del cementerio a una mujer que, bien lo sabía él, había engatusado a su padre con su radiante juventud y con el único objetivo de lograr una posición social y unas jugosas rentas en cuanto le llegara la viudez. No soportaba la idea de que esa advenediza conviviera con su mujer y sus hijos, ni mucho menos que la bruja estirada que siempre la acompañaba se dedicara a mangonear su hogar.

Don Emilio tuvo que instalarse provisionalmente en el piso de la calle Altamirano, mientras, a través de su cargo en la prensa del Movimiento, inició los trámites para conseguir a toda prisa una casa más céntrica en donde disfrutar con su Melita de una vejez que a él se le antojaba una segunda vida.

Siempre guardó la esperanza de que lo que alguna vez le había insinuado Meli no llegara a efecto. Ella seguía empeñada, aun casada, en no separarse de Juanita, aunque don Emilio estaba dispuesto a poner todas las facilidades para disolver aquel trío de una maldita vez.

—Pondré el piso de Altamirano a nombre de tu madrina, para que esté tranquila y segura de que no le va a faltar nada.

—No me pidas eso, Emilio. Después de todo lo que ha hecho por mí, yo no puedo dejar tirada y sola a Juanita. Se está haciendo mayor, y no es justo hacerle eso justo cuando necesita tanta compañía.

—Pero si está como un roble, Melita... y se vale muy bien por sí misma. Solo tiene ¿cuántos? ¿Sesenta y pocos?

—No le gusta decir su edad. Pero no se trata de cómo esté o cómo deje de estar. Es que no me perdonaría que le ocurriera algo después de tantos años juntas.

—Ya veremos, Amelia. Ya veremos...

Rara vez la llamaba Amelia. Solo cuando se sentía profundamente decepcionado.

Don Emilio vio cómo acabó consumándose lo inevitable. Por mediación del secretario general del Movimiento le fue adjudicado un piso con tres habitaciones en el número 21 de la calle Gravina. Y allí se instaló aquel estrafalario triunvirato que a duras penas deshizo la muerte.



—Esto es una broma del destino. ¿Acabaron los tres viviendo en Gravina? ¿En la calle que ahora es pleno barrio de Chueca?

—Y tenías que haberlas visto muchos años después, cuando Chueca se empezó a poner de moda. Iban las dos agarradas del brazo, con sus pieles y sus perlas, llamando maricones y degenerados a todos los que se les cruzaban. Unas hipócritas hasta el final.

—¿Ellas no se daban por enteradas de que todos sabíais que estaban liadas?

—Con los años se volvieron unas viejas agrias y fachosas. Y claro que sabían que lo sabíamos, pero ellas iban de excelentísimas, se sentían por encima de todo y de todos. Cada vez que las oía llamar guarras a dos chicas que pasaban agarradas de la mano, yo les decía «Por favor... si vosotras lleváis de novias casi cincuenta años, so hipócritas. Si tendríais que invitar a todo el barrio para celebrar las bodas de oro».

—¿Y qué decían?

—Nada, chitón. A mí ya no me apabullaban.

—Tiene guasa... al final acabaron siendo las pioneras del barrio gay. ¿Cómo se organizaron en la casa?

—¿Ellas? Tan normales. Don Emilio dormía en la habitación grande, en otra tenía su despacho y en la otra estaban instaladas las doñas en dos camitas de noventa.

—Bueno, tuvieron el detalle de no poner una cama de matrimonio. ¿Tu prima no dormía con su marido?

—Yo no sé cómo se organizaron, porque nunca les vi irse a dormir. No sé si unos días dormiría con su marido y al siguiente con la Pelos... no sé, chica. Mi prima al principio decía que no quería molestarle porque él madrugaba mucho, pero luego tampoco dormía en la habitación de matrimonio porque se quejaba de que roncaba. A quien se lo cuentes, no se lo cree.

—¿Cómo es posible que don Emilio no se enterara?

—Al final se enteró. Eso lo mató.

—¿Cuándo fue eso?

—Ya te lo contaré, que he quedado con Manoli para irnos a la junta de accionistas del Santander.

—No me dejes esta historia a medias. ¿Qué pintáis en la junta? Si no os enteráis de lo que dicen... Cuéntame cómo lo supo don Emilio.

—Que no, otro día. ¿Y qué, si no me entero? Siempre cae algo. En la junta del Sabadell me dieron un paraguas y una caja de bombones.



La prima Meli enterró a su madre el mismo año de la boda, pero el duelo apenas encontró hueco entre el deleite de su nuevo estado civil. Por fin había cerrado el círculo. Ya se sentía como lo que era en los actos oficiales, a los que acudía orgullosa, agarrada al brazo de su marido y dejando momentáneamente huérfano el de Juanita. Alguna vez vio de reojo los codazos con los que la concurrencia se alertaba de la presencia de la nueva pareja oficial, pero eso, lejos de achicarla, la envalentonaba.

Nacida en una corrala de Lavapiés, hija de una estraperlista, sobrina de un timador, ladrona y con las letras justas. Todo eso había sido la ahora excelentísima señora de Rodríguez-Tarduchy. Y eso era lo que contaba.

Lo que no iba a permitir de ninguna manera era que, por alguna remota y estúpida

posibilidad, por algún improbable error de cálculo, se viera cargando con un embarazo. Por edad, el vigor de don Emilio debería estar de capa caída, pero, por si acaso y como le recordaba Juanita de vez en cuando, «Meli, cuidadito, no vayamos a tener un disgusto».

Ya tenía a su ahijada Amelia para volcar en ella sus escasos instintos maternales. Esa niña las pillaba al vuelo, y Goyo consiguió que con tres años cumplidos, su hija ya conociera la mayoría de las letras y los números.

La prima Meli quería que su protegida tuviera una educación refinada y cuanto antes, y el único colegio decente que había en el barrio de La Latina era el Sagrado Corazón de la calle Don Pedro, en manos de las Hijas de la Caridad.

—¿Con monjas? —preguntó Antonia, intentando evitar que le saliera una exclamación cuando su prima Meli se lo propuso.

—Si quieres, la llevamos con los curas... Pues claro que con las monjas. Con quién va a ser. ¿No pensarías llevarla al colegio de los desarrapados?

—No, pero las monjas me dan miedo. Yo te lo agradezco, de verdad, Meli, pero no quiero que me la conviertan en una beata. Que aprenda de todo y que no sea una analfabeta como su madre, pero no la quiero ver con un rosario en la mano. Y además, ¿tú sabes lo que debe valer meter ahí a la niña?

—Lo que cueste lo pago yo, y hay que aprovechar lo rápido que aprende Amelia, porque en ese colegio las admiten desde muy pequeñitas, que ya he ido a preguntar.

—Claro, cuanto antes empiecen a adiestrarlas, mejor. ¿Y la ropita? Porque las de ese colegio llevan hasta gorro.

—Todo. Yo lo pago todo.

—Lo hablaré con Goyo. Dale las gracias a don Emilio, que, al fin y al cabo, el dinero saldrá de él.

—Las gracias me las das a mí, que soy yo la que se encarga.

Amelia se convirtió en la colegiala más incongruente de la calle del Águila. «¡Qué niña tan finolis! ¡Si pareces rica!», le decían algunos vecinos del 27 cuando la veían entrar y salir perfectamente uniformada de la mano de Antonia. Camisita blanca con su lazo rojo al cuello de lo más cursi, vestido negro con falda de vuelo y ceñido por una faja a juego con el lazo, calcetines blancos, zapatos de cordones y un sombrero de ala ancha y copa redonda. Un primor de criatura. Siempre perfectamente planchada, con los zapatos sin una mota de polvo ni la más mínima manchita de barro en la trasera de los calcetines. En días lluviosos, Antonia echaba un trapo al bolso y en la misma puerta del colegio, justo antes de entrar, frotaba los zapatos y revisaba los calcetines de su hija por si habían recibido alguna salpicadura en el camino desde casa. Mojaba con saliva una punta del paño y restregaba la manchita de barro hasta hacerla desaparecer. «Nunca lleves cascarrias, hija, que según te vean, así te tratan. Y los zapatos siempre limpios, que nadie se imagine que eres pobre mirándote los pies».

A principios del verano del 55, Amelia terminó su primer curso con medalla y diploma. La prima Meli quiso acudir al acto de entrega de distinciones a las mejores alumnas, que por algo ella era la artífice del triunfo, pero su ahijada estuvo en un tris de quedarse in albis porque su madrina llegó con retraso a la cita en la calle del Águila.

Con la niña casi en volandas, Antonia y su prima corrieron desesperadas camino del colegio, desierto cuando llegaron porque ya estaba todo el mundo en el salón de actos del primer piso.

Aceleradas por el corredor, oían los ecos ahogados de los discursos que les llegaban desde alguna parte, pero no encontraban el lugar. La prima Meli abría y cerraba puertas como loca para dar con el salón de actos, hasta que en una de las ocasiones se quedó clavada. Amelia solo vio la cara de susto de su madrina cuando, aún agarrada al picaporte de la puerta, exclamó: «¡Huy! ¡Perdón! —Cerró de golpe y añadió—: ¡Vamos! ¡Corred!».

Cuando se alejaban, mientras la prima Meli continuaba abriendo y cerrando puertas, Antonia y su hija no pudieron evitar volver la cabeza para ver salir del cuarto a un cura a la carrera, con los faldones volando, y justo después a una monja que dirigió su espantada en dirección contraria a la del cura al tiempo que intentaba colocarse la toca. «Serán putas...», dijo Antonia por lo bajini.

—¿Tú has visto eso? —preguntó Antonia en un susurro a su prima, ya sentadas en el salón de actos.

—No importa lo que yo he visto. ¿Lo ha visto la niña?

—La niña es muy larga, que por algo le van a dar medalla y diploma. Yo preocupada para que no la conviertan en una beata, y resulta que se acuestan con los curas. Muy abiertas estas Hijas de la Caridad... de piernas.

—Que lo haga una no quiere decir que lo hagan todas, Antonia.

—No. Las que tienen cara de mala leche son las que se han quedado con las ganas.

—Shhhhh... que ya le toca a la niña.

La prima Meli no tuvo tiempo de matricular a su ahijada para el siguiente curso. Aquel verano llegó al 27 de la calle del Águila la orden definitiva de desahucio que acabó de golpe con las ilusiones de aquella niña lista y pobre embutida en el uniforme de una colegiala de lujo.

Sabían que acabarían perdiendo la casa, porque tarde o temprano el ayuntamiento de Madrid concretaría su anunciado proyecto urbanístico para abrir al tráfico una gran vía que uniera San Francisco el Grande con la Puerta de Toledo, y en mitad de esa prevista nueva avenida de varios carriles estaban plantadas sesenta y nueve fincas que había que demoler. La calle del Águila iba a desaparecer casi por completo.

—Nos van a echar cuando menos lo esperemos —le decía Goyo a su mujer solo unas semanas antes, muy pendiente siempre de los periódicos para que la sorpresa fuera menor.

—Pero creo que están dando casas a todos los que echan... pagando, claro.

—A todos no, que ya estamos como siempre. Aquí dice que el gobernador civil de Madrid ha dicho que hay que dar casas con justicia, a los que hayan ayudado «al Caudillo en la creación del nuevo estado».

—Eso no puede ser, porque a los que están echando son a los más desgraciados, y no creo que todos sean falangistas.

—Ya, pero hay casas... y casas. Y las decentes se las darán a los que se las darán. Escucha cómo van a repartirlas. Tienen preferencia los que «derramaron su sangre en los campos de batalla, los que sufrieron persecución y prisiones, los mutilados y muchos excombatientes, excautivos, viudas y huérfanos de la cruzada llenos de cicatrices espirituales y físicas como doble vestigio de su gran comportamiento».

—¿Qué es vestigio?

—Mujer, siempre te quedas con lo más tonto de lo que te leo.

—Me quedo con lo que no entiendo. No te voy a preguntar por lo que ya sé.

—No importa lo que sea. Lo malo es que nos tocará irnos al quinto pino, porque las mejores colonias que están haciendo dentro de Madrid estarán reservadas para los suyos.

—Tú y yo somos huérfanos de guerra, y mi padre estuvo en África. Su capitán era Franco. ¿Eso no cuenta?

—Lo que cuenta es que tus padres estuvieron en la cárcel porque los acusaron de rojos.

—Los soltaron porque no encontraron nada.

—Pero cuenta que los detuvieron. Y lo peor es que esta casa está a nombre de tu padre, o sea, que el piso se lo darán a él. Me veo en una chabola.

—De eso nada. Yo me hago con una casa aunque tenga que remover Roma con Santiago. ¿Y si le pedimos a don Emilio que te haga de Falange?

—Que no. Que yo me voy a una chabola antes de hacerme falangista.

Hacía años que los organismos franquistas de la vivienda trabajaban en construir en los arrabales de Madrid, rápido y mal, lo que en terminología de despacho se bautizó como «poblados de absorción», aunque al ciudadano absorbido se le ofrecía con el distinguido título de «ciudad jardín».

Con mano de obra tan poco especializada como barata, se construyeron miles de pisos a toda velocidad sobre terrenos inestables y con materiales de calidad ínfima. Bloques rodeados de la nada y que brotaban en mitad de lo que los desterrados empezaron a llamar colonias de barro. Las mujeres cargaban largas distancias con bolsas de la compra y, las más entregadas, llevando y trayendo niños de colegios lejanos porque los prometidos aún no se habían construido. Trabajadores en bicicletas roñosas recorrían los kilómetros que separaban Madrid de sus poblados porque los transportes proyectados tampoco acababan de llegar.

A los miles de expulsados de sus casas por planes urbanísticos, por casas en ruina y por una impertinente plaga de termitas que se instaló en Madrid y que los propios madrileños propagaron por aprovechar las maderas de las casas abandonadas para hacer reparaciones en las propias, se unía un peregrinaje imparable de cientos de familias que llegaban a la capital huyendo de las miserias del campo.

Madrid frenó a los campesinos en poblados de chabolas que se fueron salpicando entre las colonias a las que el ayuntamiento desterró a sus vecinos más harapientos para que no afearan la capitalidad.

A todos los inquilinos del 27 de la calle del Águila se les ofreció el realojo, a cambio de cinco mil pesetas, en unos bloques de pisos construidos en Vallecas.

El patio fue perdiendo bullicio y la parra se cuajó de racimos que ya nadie recogía. Dejó de oírse el vocerío de las mañanas de colada y a finales del verano empezaron a escasear los tertulianos de las charlas al fresco. Las tiendas fueron cerrando, la calle vio un lento pero continuado desfile de vecinos, y las fachadas, con las ventanas desnudas de persianas, se mostraban grises y petrificadas, sin el colorido y el movimiento que daban los tenderos repletos siempre de calzoncillos, faldas, sábanas y pantalones. Nadie quería ser el último en irse porque nadie quería ver la muerte de la calle que les regaló más penalidades que alegrías, pero todos abandonaban el barrio con apetito de novedades. Era un constante vaivén de nostalgias e ilusiones, de añoranzas que inmediatamente apagaba el espejismo de una vida mejor en una vivienda decente. Vivir como personas, sin compartir retrete, sin tener que limpiar por riguroso turno los meados de los demás. En otro barrio. Todo nuevo.

El barrio que esperaban no era barrio, eran unos bloques plantados en mitad de una solanera y separados de la villa de Vallecas por más de un kilómetro que se convertía en un barrizal casi imposible de atravesar cuando llovía y en un secarral que se hacía interminable a la hora de cruzarlo en verano.

El agua corriente no salía del grifo porque la canalización no se había completado, pero chorreaba por las paredes al menor chaparrón, y la luz no llegaría hasta que se instalara un transformador para la zona que aún no estaba ni empezado.

La Paca, la Domi, el Bernabé, la Engracia, la Encarna, la Ino... todos, con apenas dos semanas de diferencia, fueron llegando hasta allí cargando, en camionetas alquiladas y compartidas para ahorrar gastos, con los cuatro trastos que sacaron de sus infraviviendas con patio para instalarse en una birria de piso, eso sí, con váter propio.

Miguel se hizo fuerte en la calle del Águila cuando le contaron que en la colonia de Vallecas, tabernas, más bien ninguna. «¿Y encima tengo que pagar cinco mil pesetas por irme a vivir al culo de Madrid? De eso nada. Antes me las bebo. Que me busque Franco una casa en mi barrio. ¿Y cómo llego desde allí hasta donde me toque

pintar? Porque Vallecas está en la otra punta de todas partes. Que no, hombre, que no». Esperaba que Antonia y Goyo le solucionaran la papeleta, y en sus planes estaba que a donde fueran ellos, iría él. Esfuerzos, los mínimos.

Las intenciones de Antonia eran otras. Vio la oportunidad de desembarazarse de su padre definitivamente si conseguía desterrarlo a Vallecas mientras maniobraba para conseguir un piso lejos de él, en alguna ciudad jardín de las muchas que estaban construyendo. Supo que en Ginés Navarro, la empresa de construcciones donde Miguel trabajaba como pintor, estaban dando ayudas para viviendas de sus empleados porque esa era la orden del régimen. A espaldas de su padre, Antonia se plantó en la constructora de la carretera de La Coruña y pidió hablar con el jefe de personal. Lo enredó amenazándole muy sutilmente con denunciar a la empresa si no le entregaba las cinco mil pesetas con las que pagar la adjudicación del piso de Vallecas.

—Se lo pueden ir descontando del sueldo poco a poco, porque sé que lo están haciendo con los otros trabajadores. Mi padre no va a ser menos. Eso no está bien.

—Pero es que su padre no ha solicitado la ayuda.

—Porque mi padre se cree que le va a llover un piso del cielo, por eso le estoy haciendo yo los trámites. Yo le firmo lo que sea, pero las cinco mil pesetas usted me las da a mí porque mi padre no se va a quedar en la calle y tengo que conseguir el piso que le corresponde.

Pese a su total analfabetismo, Antonia manejaba una habilidad burocrática que ya hubieran querido muchos instruidos. Desde que con apenas diez años aprendió a sacar su partida de bautismo para que la admitieran en los colegios, no se paraba ante ningún organismo ni la asustaba ir preguntando de ventanilla en ventanilla hasta llegar a destino. Con sus propias mañas y con las indicaciones que recopiló entre los vecinos del 27 de la calle del Águila que ya habían pasado por todas las gestiones, Antonia consiguió el piso en Vallecas para Miguel a la vez que intentaba enterarse de dónde estaban construyendo las colonias más decentes para obtener otro piso donde vivir con Goyo y con Amelia. Al fin solos.

Antonia no dejó tiempo ni ganas para la nostalgia. Abandonar la calle del Águila era dejar atrás veinticinco años de miserias, de hambre, de piojos, de ratas, de borracheras, de palizas... Se acabaría mover muebles para poder comer y volver a moverlos para poder dormir. Quizás entre los escombros que invadirían el barrio se quedara enterrada para los restos esa imagen que su cabeza reproducía una y otra vez. Su madre corriendo calle abajo, huyendo de los golpes de Miguel, mientras ella la perseguía con su pierna herida para frenar su fuga y no volver a perderla. La última vez que tuvo madre. La última vez que la vio.

En las nuevas colonias tenía que haber algún trabajo por la tarde para Goyo con el que completar el sueldo mísero que le daban como conserje en Calvo Sotelo. Ese pluriempleo y la milimétrica administración de su casa les permitirían dar una entrada

para acceder a un piso en algún poblado que no fuera de los peores. Fue a ver a don Emilio y se lo pidió sin tapujos.

—Don Emilio, ya sé que nos ha ayudado mucho... con el trabajo de Goyo, con el colegio de la niña... —le dijo, sentada en el salón de su casa de la calle Gravina—, pero le suplico un último favor. Me he enterado de que están construyendo por la carretera de Andalucía una colonia de pisos. Y que allí habrá colegio y una plaza con tiendas y un ambulatorio... y dicen que hasta un parque. ¿Usted no sabrá si hay algún trabajo por allí para Goyo? Por las tardes puede hacer de jardinero... o de barrendero... Si todo aquello es nuevo, tienen que necesitar obreros.

—¿Por qué te parece mal irte a Vallecas? —preguntó Juanita—. Mira que molestar a don Emilio para estas cosas. Tendréis que ir a donde os toque.

—Mire, Juanita, esto no es la lotería, y la suerte a veces hay que buscarla —intentó contenerse Antonia—. Ya he visto los pisos de allí. Están en un descampado. El agua la llevan en camiones y hay que bajar a por ella con garrafas. Y no hay luz. Ni colegio para Amelia.

—¿Y todo eso que no quieres para ti lo quieres para tu padre? Muy bonito... —siguió la Pelos metiendo el dedo en el ojo.

—De mi padre solo he recibido hostias... y perdóneme la palabra, don Emilio. Él comía bien mientras yo lloraba de hambre y recogía garbanzos del suelo. Y no le faltaban sus vinos, aunque yo fuera con los pies envueltos en trapos porque no tenía ni alpargatas. ¿Eso es un padre? ¿Eso? Mire, Juanita, no me soliviente...

—Bueno, bueno... —intentaba calmar los ánimos su prima Meli—. Mi tío Miguel no es que merezca muchos miramientos, Juanita... En eso le tengo que dar la razón a Antonia.

—Demasiado he hecho, que le he conseguido su casa sin que él moviera un dedo. Yo quiero irme con mi marido y mi hija. Y allá se las apañe, como me las tuve que apañar yo.

Don Emilio permitía que la discusión discurriera mientras pensaba cómo dar respuesta a la petición de Antonia. Dejó que ella sola se defendiera ante las impertinencias de la Pelos porque la sabía capaz y porque disfrutaba cuando a esa resentida le plantaban cara.

—¿Sabes quién está construyendo esa colonia, Antonia? —preguntó don Emilio.

—No lo sé. ¿El Ministerio de la Vivienda?

—El ministerio lo controla, pero no construye. ¿No sabes si es de la Obra Sindical del Hogar o del Instituto Nacional de la Vivienda? ¿O del Patronato o de la Dirección de Regiones Devastadas?

—No. He conseguido unos planos de lo que están haciendo —dijo Antonia mientras sacaba del bolso un papel grande doblado ocho veces—. A lo mejor aquí lo dice.

—Tú eres muy lista cuando te interesa —volvió a intervenir la Pelos.

—Déjela ya, Juanita —cortó esta vez en seco don Emilio, y leyó en voz alta la

leyenda al pie del plano—. «Poblado de absorción de Villaverde. Setecientas cincuenta y dos viviendas de edificación rural en ciudad jardín. Urbanización ejecutada por la Comisaría General para la Ordenación Urbana de Madrid y sus Alrededores para su posterior reparto por la Obra Sindical del Hogar y Arquitectura». Pues a lo mejor tenemos suerte, Antonia. En la Obra Sindical tengo un conocido que nos puede orientar. Vente mañana a tomar otro café, a ver si ya te puedo decir algo. Y tráete también a Amelia, que me gusta verla.

Antonia le agradeció mucho todo su interés, llamó a la niña, que había estado todo ese rato dibujando en el balcón, y se fue hacia la puerta.

—Nunca le vas a poder pagar a don Emilio lo que te está ayudando —la despidió Juanita en el descansillo con un deliberado tono de reproche.

—La que no le podrá pagar es usted. Rece para que siga en la inopia. Y rece también para que no le saque yo de ella —replicó Antonia cuando abría la puerta del ascensor mientras la Pelos cerraba de un portazo.

Don Emilio mató para Antonia dos pájaros de un tiro. La Obra Sindical del Hogar, un organismo surgido del Sindicato Vertical creado por Falange, era, efectivamente, el encargado de adjudicar los pisos de la colonia del Cruce, así conocida porque se había proyectado en el vértice del triángulo donde la carretera de Andalucía cruzaba el camino que entraba al antiguo pueblo de Villaverde, a seis kilómetros del sur de Madrid.

El viejo amigo con el que había contactado don Emilio encontró una solución redonda para Antonia y Goyo. La colonia había empezado a construirse ese mismo año y estaba a medio hacer, pero se necesitaban vigilantes que vivieran allí y encargados al mismo tiempo de ir cobrando los recibos mensuales a los vecinos que iban instalándose con cuentagotas a medida que iban terminándose los bloques.

Goyo consiguió un trabajo como vigilante de tarde, y ese puesto llevaba aparejado la adjudicación de una vivienda. A Miguel lo dejaron en la calle del Águila con sus llaves del piso de Vallecas. «Te vas cuando quieras o esperas a que derrumben la casa contigo dentro, tú verás», le dijo Antonia por toda despedida.

En septiembre de 1955 llegaron Antonia, Goyo y Amelia a un piso bajo de la calle de Alcocer en la colonia del Cruce de Villaverde. Dos habitaciones, comedor, cocina mínima y cuarto de baño con ducha; todo apretado en cuarenta metros cuadrados. Una mansión con váter solo para ellos.

El paisaje era asunto aparte. El colegio, la plaza donde se iban a instalar las tiendas, las aceras, el alumbrado de las calles, el ambulatorio... todo estaba sin hacer o empantanado. Daba igual. Ya lo terminarían.

En el piso tampoco había luz, pero se apañaban bien con lámparas de carburo y se consolaban con ver cómo corría alegremente el agua por los grifos, la ducha y la taza del váter... ese váter exclusivo. Lo que les faltaba no era peor que lo que nunca

habían tenido. Todo llegaría en su momento y atravesar descampados, a veces embarrados, en otras polvorientos, nos les robaba ni un ápice la ilusión de verse independientes.

1956

El pisito

Goyo acababa derrengado con su ansiado pluriempleo. Las camionetas de la compañía Adeva que pasaban cada media hora por el Cruce para enfilarse en la carretera de Andalucía hasta terminar su recorrido en Legazpi, junto al mercado central de frutas y verduras, a solo un paso de donde estaba la Empresa Nacional Calvo Sotelo, iban siempre desbordadas de obreros que intentaban llegar puntuales a sus puestos de trabajo en Madrid. Muchos viajaban por fuera, agarrados a cualquier saliente, aguantando a pulso los seis kilómetros de camino y aliviados a veces por brazos anónimos y caritativos que salían a través de las ventanillas para sujetarlos.

Goyo se organizó a pedales. Le traía más cuenta hacer su camino en bicicleta y saber que siempre ficharía a tiempo, que correr el riesgo de no encontrar sitio ni en los topes de la camioneta. Lo malo era el frío de las mañanas en invierno, y lo peor, el regreso a Villaverde en verano con el sol de las tres de la tarde, pero al menos aquellos dos trabajos les daban para sobrevivir.

La colonia se fue llenando poco a poco de los vecinos que iban recibiendo sus casas, mientras Antonia esperaba como agua de mayo que anunciaran el día en que Franco fuera a inaugurarla para que por fin terminaran de construir el prometido transformador y llegara la luz. «Nunca había deseado tanto ver al cabrón del Caudillo», decía.

Peor fue encontrar colegio para Amelia. Con lo bien que iba la niña y lo lista que había salido... una pena que sufriera un parón. El Cruce de Villaverde era un desamparado poblado encajado entre un arroyo mugriento que corría por el lateral de la empresa de ascensores Boetticher y Navarro, la carretera de Andalucía y varios sembrados de garbanzos. Al otro lado de la carretera, más campo antes de llegar a Villaverde Bajo, y en dirección opuesta, las obras del futuro colegio público que aún tardaría años en llegar, varias chabolas, otro descampado y, por fin, Villaverde Alto.

El colegio más cercano que encontró Antonia no era colegio, pero al menos serviría para que Amelia no perdiera ritmo y estuviera entretenida las mañanas y las tardes. Era la clase del señor Emilio, un maestro que enseñaba a niños de las edades más diversas en un almacén de Villaverde Bajo. La niña había cumplido cinco años y el señor Emilio no la ilustraba con nada que no supiera ya, pero Amelia ni perdía interés ni se dio por enterada del brutal cambio que supuso el nuevo cole. Había pasado de niña perfectamente uniformada en un aula al que no le faltaba el más mínimo detalle escolar, a tener que ir vestida con más capas que una cebolla para eludir el frío de aquel almacén convertido en aula y en donde solo había sillitas

pegadas a la pared.

Todos los niños se apañaban escribiendo y haciendo cuentas con el cuaderno sobre las rodillas. Antonia, sin embargo, continuó con su costumbre de echar un trapo al bolso para quitar el polvo o el barro que se acumulaba en los zapatos durante la caminata. «Acuérdate, Amelia, los zapatos, siempre limpios».

La familia fue adaptándose sin quejas al nuevo barrio. El único disgusto fue que Miguel llegó antes que Franco.

Apareció una tarde por sorpresa, subido en un carro alquilado tirado por una mula. Cargaba con su cama plegable, su colchón, una mesa camilla, dos sillas y una maleta de cartón entelado. A Antonia casi le da un vahído. Goyo solo dijo: «No... si ya lo sabía yo».

Las máquinas excavadoras habían llegado por fin hasta el 27 de la calle del Águila y Miguel aguantó viviendo solo hasta el último minuto del último momento, dispuesto a lo que fuera con tal de no irse a vivir a Vallecas. Aunque Antonia tuvo cuidado de no darle señas de la nueva casa, sí le dijo que Goyo había encontrado trabajo de vigilante en Villaverde. Miguel solo tuvo que llegar al Cruce, localizar una colonia de nueva construcción y preguntar por «Goyo, el vigilante», conocido ya por todos los vecinos porque puntualmente acudía a cobrar los recibos.

Antonia rabiaba, ahora también con su marido. Echaba de menos algo más de coraje para defender su independencia. Bien es cierto que Miguel era un teatrero de premio, y que sabía dar lástima. A su edad... tan solo, a punto de jubilarse... sin familia.

—¿Tendrás guardados los papeles del piso de Vallecas? —le preguntó Antonia.

—Sí. Y las llaves.

—Más te vale, con lo que me costó conseguírtelo. Te vamos a dejar que te quedes, pero ¿te acuerdas de lo que me dijiste cuando me tuve que ir a casa de la Manuela?

—No —contestó Miguel, manteniendo un tono modoso.

—Me dijiste que «San Pirando» si no te entregaba todo el dinero para tus vinos. Pues lo mismo te digo. O me entregas el dinero o «San Pirando» de aquí.

—¿Todo?

—Te dejaré algo para tabaco y tus chatos, pero te juro que si apareces borracho te ahogo en el arroyo de más abajo. Yo ya no soy una niña acobardada. A la mínima, te echo, que no me das ninguna pena. Y llévate al basurero esos cuatro trastos podridos que te has traído.

—Me ha costado diez duros alquilar el carro.

—¡Al basurero! Estaba esperando a un cabrón y me viene otro —murmuró Antonia mientras se daba la vuelta.

Amelia comenzó a dormir en una cama extensible que se agenció Antonia y que instalaron en el comedor al perder la niña su habitación en beneficio de su abuelo. No se lo podía creer. Hacía solo unos meses que se había olvidado de lo que era apartar

unos muebles para poner otros y la historia volvía a buscarla. En contrapartida, caviló cómo sacar tajada de aquella desgracia, y la idea se la dio la camita de la niña.

Con la excusa de pedirle precios, Antonia fue a la fábrica de camas del señor Benito, en la glorieta de Embajadores. Lo conocía bien, porque había sido vecino de la calle del Águila y sus hijos fueron compañeros de juegos. El hombre, viudo, andaba desesperado a cuenta de las mujeres con las que se habían casado sus dos varones. Las nueras se llevaban a matar y vivían todos juntos en la casa donde tuvo que acoger el señor Benito a las dos parejas, justo encima de la fábrica.

Antonia recordó algunas de las veces que le oyó lamentarse cuando le contaba que entre unos y otras iban a acabar con él. «Mis hijos han llegado a pegarse. Mi casa es un campo de batalla, pero a ver qué voy a hacer. Ninguno tiene dinero para comprarse un piso, y si yo tuviera, se lo compraba, aunque me quedara sin comer».

Antonia tenía la casa que necesitaban.

Tras el disimulo sobre si tal o cual cama turca sería mejor, Antonia preguntó directamente al señor Benito cómo le iban las cosas en casa. «De mal en peor», fue su respuesta. «Pues yo tengo un piso que le puede venir de perlas», contraatacó ella. Y le planteó el negocio sin rodeos.

Le informó de la casa que le habían adjudicado a su padre en Vallecas y que ni siquiera había llegado a ocupar. Si el señor Benito estaba dispuesto a aflojar veinticinco mil pesetas, uno de sus hijos y su esposa podrían instalarse en ella, teniendo solo cuidado de decir que eran parientes lejanos del propietario en caso de que alguien preguntara. «Pero no se preocupe, que nadie pregunta. Hay tal desbarajuste con los realojos, que ninguno está pendiente del vecino —lo tranquilizó la negociante—. Puede usted comprobarlo, porque allí están viviendo la portera de mi casa, la Domi... ¿se acuerda de la Domi?... y la Engracia, y la Paca... Pregunte, pregunte si quiere». Antonia se ocuparía de entregarle un papel con la renuncia de Miguel a los derechos de la casa en el que diría que los que allí vivían eran sus parientes mientras él trabajaba fuera. Un chanchullo en toda regla que ella sabía cómo manejar.

El hombre le pidió tres días para pensarlo.

—Hay poco que pensar, señor Benito... ¿Es que su salud no vale veinticinco mil pesetas? Comprar un mal piso no baja de cien mil. Usted verá...

Al cuarto día Antonia estaba como un clavo en la fábrica de camas para ver si se concretaba el trato, y con ella llevaba el papel que le había preparado un abogado con la renuncia que Miguel firmó con una cruz bajo la amenaza del «San Pirando» y apretando los labios de rabia al tener claro que no vería ni un duro del negocio que había puesto en marcha su hija.

Un documento con todas las de la ley que no servía absolutamente para nada, salvo para tranquilizar al señor Benito.

El acuerdo se cerró, y una semana más tarde a Antonia le temblaban las rodillas pegada a una fachada de la calle de Embajadores, apretando su bolso bajo el brazo derecho con veinticinco mil pesetas dentro. Ni siquiera se las podía guardar en el sujetador porque abultaban mucho. Las piernas no le respondían. Todo el mundo la miraba. Todos sabían que llevaba encima un dineral.

Buscó un taxi, el primero al que se subía en su vida, y dijo «A la empresa Calvo Sotelo. Casi al final de la calle Embajadores, cerca de Legazpi».

—¿Le pasa algo, guapa? La noto nerviosa. Si quiere la invitó a un café para que se tranquilice —le dijo el ligón del taxista.

—Mejor me lleva a Calvo Sotelo y nos tomamos el café con mi marido. Y no me llame guapa.

—Es que lo es.

—¡A Calvo Sotelo, coño!

Cuando Goyo la vio desde la caseta de la conserjería bajarse del taxi, supo que ya tenía el dinero, y solo entonces a Antonia dejaron de sudarle las manos y paró de amargarle la boca. Vomitó.

Por fin Antonia pudo darle al trapero las viejas, rasposas y roídas mantas del ejército con las que se apañaban desde hacía años. Y las sábanas repletas de zurcidos. Y las cortinas hechas de retales. Se compró un abrigo de *mouton* y un vestido camisero; Goyo estrenó traje para los domingos y abrigo de paño; Amelia lució tres vestidos nuevos, uno de ellos de nido de abeja en la pechera, y Miguel recibió una propina de mil pesetas de las que Antonia le restó setecientas para comprarle mudas, camisas y dos pantalones.

La casa comenzó a ser un hogar, con las ventanas vestidas de visillos y cortinas, con colchas en las camas, con unas pantallas que taparon las tristes bombillas que hasta entonces colgaban de los cables del techo. Y comían sobre un mantel de florecitas, cada uno con su servilleta a juego.

Pero antes de nada, Antonia apartó el dinero necesario para instalar la calefacción. Aquel piso que se les antojaba un palacio, aunque solo fuera por tener váter propio, parecía construido sobre un pantano. Las humedades se comían las paredes y dejaron un criadero de moho con el que Antonia luchaba a diario; eso, cuando no andaba arrodillada con la bayeta recogiendo el agua que rezumaba del suelo. Uno de los albañiles que trabajaba en la colonia les dijo que, dada la mala construcción de las casas, aquello no lo iban a solucionar hasta que no instalaran la calefacción.

Para Antonia ya era tarde, porque le diagnosticaron una bronquitis crónica y un reuma de los que ya no se pudo desprender.

Faltaba solucionar la educación de Amelia. Ni un maldito colegio decente y asequible en los alrededores en el que enseñaran más allá de una formación primaria

con la *Enciclopedia Álvarez*. Con las clases del señor Emilio la niña no llegaría a ninguna parte, y el bachillerato no lo daban en los colegios nacionales. Antonia estaba dispuesta a hacer de tripas corazón con aquellas disfrazadas con hábitos con tal de que su hija alcanzara su título, pero las doscientas setenta y cinco pesetas al mes que cobraban en el único colegio de monjas que había en Villaverde Alto eran imposibles de asumir.

—¿Es que no la puedes llevar a las gratuitas? —le preguntó su prima Meli cuando le pidió Antonia una ayuda para que la pequeña pudiera matricularse en el colegio—. Casi todos los de monjas tienen un cupo para las que no pueden pagar.

—Pero solo cogen a las que ellas quieren, y a las gratuitas no les dan bachillerato. Las dejan solo con la enseñanza primaria, que ya me he enterado yo. Menudas son. Te lo pido porque si pagaste el primer año de la niña en el Sagrado Corazón, igual te da pagar a otras monjas. Además, deben de ser las mismas, porque este colegio los llevan las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. El uniforme lo pongo yo.

—Lo que no entiendo es cómo en un colegio de pueblo cobran más que en uno de Madrid...

—Es que todo ha subido mucho. Las monjas también. Y a ese colegio van las hijas de *Boticher*, y la del dueño de Muebles El Barato, y la del jefe de la central de Telefónica de Villaverde... Como son todos ricos, por eso será más caro. Digo yo, no sé.

—Lo máximo que puedo hacer es darte cien pesetas al mes. Por lo menos que sea una ayuda para que la niña no salga tan atea como tú.

—Yo lo que quiero es que le enseñen. Ya me ocuparé yo de sacarle las tonterías y las mentiras que le metan en la cabeza.

—Pues vaya moral que va a aprender Amelia.

—Como hablemos de moral, te doy lo tuyo... No me busques.

—¿Ya estamos otra vez? Cien pesetas. El resto lo ponéis vosotros, que los caprichos hay que pagarlos.

—¿Un capricho que tu ahijada no salga tan ignorante como tú y como yo? ¿Eso es un capricho?

—Yo no soy una ignorante. La que no sabe leer ni escribir eres tú.

—Pero yo he salido lista y tú una espabilada. Sabes las letras y cuatro números, pero te falta moral y educación. Que lo sepas, so ilustrada.

No fue fácil la estancia de Amelia en el colegio de monjas. Pese a que Antonia pagaba religiosamente las doscientas setenta y cinco pesetas mensuales gracias a las cien de ayuda de su prima, el trato que recibía la niña era mezquino. Sor Pirfano, la superiora con la que tenía que tratar Antonia, conocía la procedencia de Amelia, «el poblado chabolero del Cruce», como de vez en cuando dejaba caer, y sabía de las

dificultades económicas de la familia, porque Amelia era de las pocas niñas que no pagaban comedor. «No vivimos con los quinquis, hermana Pirfano. Nosotros tenemos casa. Y si le traigo la tartera a la niña es porque necesita una alimentación especial. No me la humille».

Amelia ya podía comer casi de todo, pero el pescado rebozado, el arroz pastoso y la fruta demasiado madura no eran propios de aquel comedor de niñas pudientes. «Estas zorras ahorran hasta en dar de comer a las que les pagan», se quejaba Antonia, que decidió no pagar un almuerzo para pobres en un colegio de ricas preparando la tartera de la niña cada mañana.

Por calentar la comida de Amelia, el colegio exigía el pago de una peseta diaria; un extra del que se libró Antonia llevándole ella misma cada mediodía un guiso recién hecho. Corriendo siempre, para que no se enfriara durante el kilómetro y medio de camino.

Pero las monjas no paraban de apretar. No había semana sin petición a las familias para contribuir con un duro para las misiones o con otras cinco pesetas para poner flores a la Virgen. Cuando no eran los negritos, eran los chinitos, y cuando no, los pobres. Antonia contribuía con comida y medicinas que sacaba del economato al que tenían derecho los trabajadores de empresas nacionales.

—Ya te he dicho varias veces, Antonia, que tienes que traer el duro, como las otras niñas —le volvió a llamar la atención la superiora, que siempre la tuteaba para acrecentar su mando—. Y las flores a la Virgen las compramos nosotras. Deja de traer claveles.

—Pero, digo yo, que los chinitos y los negritos pobres necesitarán comida, más que dinero. Pobrecitos, que yo sé lo que es el hambre, hermana Pirfano. Comida es lo que necesitan, ya se lo digo yo.

—Lo que necesitan lo decide la congregación, no tú. Si no puedes pagarlo, lo entiendo. Si quieres le busco sitio a la niña con las gratuitas, para que no pases calamidades.

—En las gratuitas no hay bachillerato, y yo me quito de comer antes de que mi hija se quede sin bachillerato.

—¿Y para qué le va a hacer falta a Amelia el bachillerato, Antonia?

—Para lo mismo que a la hija del señor Boetticher.

—Boetticher es una empresa. Y aquí no vienen sus hijas; vienen las hijas de uno de los jefes.

—Lo mismo me da de quién sean hijas... como si son del papa, pero Amelia tiene que salir con el bachillerato como me llamo Antonia.

«¡Joder con las Hermanas de la Caridad! Venga a pedir y pedir... parece que les ha hecho la boca un fraile», renegaba Antonia cada vez que Amelia venía con una nueva petición del colegio a la que ella volvía a responder con un kilo de legumbres.

La hermana Pirfano era un mal bicho criado en una familia de postín. Lo dedujeron las niñas porque siempre llevaba colgado un bolígrafo de oro y porque de

vez en cuando aparecían por el colegio algunos parientes en enormes coches con chófer. Gastaba siempre muy buen calzado, unos botines finos y lustrosos de medio tacón que llamaban la atención de Amelia.

Cuando observaba los paseos de las monjas por el claustro en los momentos obligatorios de meditación, no quitaba ojo de los pies que asomaban de los faldones. La hermana Pilar, su profesora de música, la más cariñosa y querida por todas las alumnas, siempre llevaba las mismas zapatillas de fieltro, deshilachadas a la altura del dedo gordo; debía de ser pobre. La hermana Julia, la de álgebra y geometría, calzaba buenos zapatos, pero tan feos como sobrios; un reflejo de su carácter seco. Sor Angustias, la de dibujo, los llevaba apagados, sin brillo, igual que sus clases. Su madre tenía razón, los zapatos hablan de quien los lleva puestos.

En 1957, la colonia del Cruce estaba llena y a pleno funcionamiento. Para entonces, Antonia se había convertido en la perfecta ayudante de Goyo, atendiendo a todos los que pasaban por casa o la abordaban por la calle mientras su marido estaba en el trabajo de la mañana. Memorizaba los recados, cobraba los recibos atrasados que Goyo guardaba en casa a la espera de que pudieran pagar y evitando informar de esos retrasos a la Obra Sindical del Hogar; ayudaba a los vecinos más despistados a situarse en el barrio, informaba a las mujeres de las tiendas que mejor despachaban, buscaba a los albañiles de mantenimiento de la colonia para decirles que una cañería había reventado en tal calle o que la grieta del edificio de más allá se estaba haciendo más grande... Antonia comenzó a ser conocida como la «vigilanta».

Al igual que Goyo, había visto llegar a la mayoría de los vecinos porque casi todos tuvieron que pasar por la casa del vigilante para presentar los papeles de la adjudicación, recoger las llaves y recibir instrucciones del funcionamiento de la colonia. Tanta ida y venida de nuevos vecinos les proporcionó muchos conocidos y estar al tanto de todo lo que se cocía por el Cruce.

Los que menos duraban en las casas eran los gitanos, que llegaban para ser realojados después de haber visto cómo destruían su chabola. Pero a ellos la vida se les hacía imposible en un piso, donde las familias, casi siempre muy numerosas, se negaban a separarse del burro con el que recogían chatarra y cartones, la cabra y un par de gallinas.

Cuando se presentaban en casa del vigilante con el papel de la adjudicación, Goyo intentaba buscar alguna vivienda libre de planta baja para que, al menos, dejaran a la bestia atada por fuera a la reja de la ventana. Pero no había forma. El burro, la cabra, las gallinas y algún que otro perro acababan viviendo dentro. A Goyo le llovían las quejas del resto de los vecinos.

Él siempre los tranquilizaba de la misma forma. «No se preocupen, que en dos meses, como mucho, se habrán ido». Solían desaparecer enseguida, no sin antes dismantelar la casa de grifos, lavabos, azulejos y losas que les servían para levantar

su nueva chabola.

Esas casas había que repararlas y adjudicarlas de nuevo a otros inquilinos que estaban a la espera de una vivienda; familias que seguían llegando tras los desalojos de poblados chaboleros, las menos, y otras que conseguían el piso por recomendación de algún alto cargo del régimen. Tampoco es que les hicieran mucho favor. Los que llegaban recomendados al Cruce de Villaverde debían ocupar el escalafón más bajo en la lista de compromisos.

A mediados de 1957 Goyo comenzó a extrañarse de la frecuencia con la que se presentaban nuevos vecinos cordobeses a ocupar los pisos rehabilitados. Casi todos eran de Cabra. Antonia se propuso averiguar a qué venía esa coincidencia geográfica y acabó atando cabos después de unas cuantas charlas aparentemente casuales en las que siempre salía a relucir el mismo nombre, el señor Solís.

Los hombres decían ser primos lejanos, la mayoría de las mujeres presumía de haberle dado de mamar, y Antonia, que no acababa de entender de dónde venía el empeño de todos de emparentar con el tal Solís, comenzó a llamarle el Mil-leches.

José Solís, le explicó Goyo, había sido nombrado hacía solo tres meses ministro-secretario general del Movimiento, y dado el volumen de gentes procedentes de Cabra, estaba claro que desde su nuevo cargo se había dado prisa en dar respuesta a sus paisanos.

Antonia se refería a ellos como «los cordobeses» porque no conseguía aprenderse el gentilicio que le daban cuándo preguntaba eso de «¿Y ustedes de dónde son?». «Somos egabrenses, de Cabra, un pueblo de Córdoba», respondían. A Goyo tampoco le cuadraba el nombre de los lugareños con el de su pueblo, pero dedujo que lo de egabrenses sería una evasiva rebuscada para evitar llamarse cabrones o cabreros.

Rebuscada, no, porque Cabra era la villa heredera de la antigua Egabro romana, pero lo de egabrense era una finura lingüística que quedaba muy lejos de los conocimientos, no solo de Goyo y de Antonia, sino del propio ministro Solís de ser cierto el episodio que le ridiculizó durante una sesión de Cortes. Abogaba Solís desde su poderío de mandamás del Movimiento Nacional por un proyecto de ley que aumentara el número de horas destinadas a la gimnasia y al deporte en los colegios en vez de dedicar tanto estudio a las lenguas muertas. «Porque, en definitiva, ¿para qué sirve hoy el latín?», fue la infeliz pregunta atribuida a José Solís, a la que su colega falangista y procurador en Cortes Adolfo Muñoz Alonso, reforzado además por su cátedra de historia de la filosofía, le respondió desde su escaño: «Por de pronto, señor ministro, el latín sirve para que a su señoría, que ha nacido en Cabra, le llamen egabrense y no otra cosa».

Goyo y Antonia hicieron buenas migas con dos nuevos vecinos del Cruce, Pura y Mariano; ella era una jovencísima egabrense, y él, un cabrón nacido en Madrid que acabó recalando en Cabra a finales de los años cuarenta. Desde allí consiguió el piso

que le devolvió a Madrid con Pura, una pareja que arrastraba una historia que a Antonia le hizo sentir por ella una mezcla de lástima y penitencia bien merecida, y no poca desconfianza hacia él.

Pura era la menor de tres hermanas, y con la mayor de ellas se había casado Mariano. Tuvieron dos hijos, pero los tres acabaron abandonados en cuanto el marido se encaprichó de la mediana de las hermanas, a la que también plantó en cuanto puso el ojo en la jovencísima Pura cuando cumplió trece años. Si la tercera de las hermanas no hubiera sido la última, el picaflor de Mariano habría seguido recorriendo el escalafón.

Pura llegó a la colonia con dieciocho años y Mariano no le permitía salir a la calle si no iba acompañada por él... o por Antonia. «Se te ve una mujer decente —le decía Mariano—, y la Pura es muy guapa como para dejarla sola». «Será cabrón, el cata-hermanas este...», pensaba Antonia antes que decírselo. Pero llegó el día en que la oyó.

El 21 de mayo de 1958, octavo aniversario de su boda con Goyo, Antonia quiso sorprender a su marido con una cena de lujo. Llevaba meses ahorrando para poder poner en la mesa una docena de cigalas cocidas que dispuso perfectamente acostadas sobre un lecho de lechuga y rodeadas de chirlas. Así las había visto en la foto de una revista, con las pinzas estiradas y bien juntitas. En la imagen había almejas, pero a tanto no llegaba.

Pendiente de la llegada de Goyo para encender la luz solo cuando estuviera delante de la mesa, Antonia permanecía oculta, vigilando tras la persiana bajada del piso de la calle Alcocer. Lo vio llegar acompañado de Mariano, andando los dos con parsimonia hasta detenerse junto a la ventana. Goyo escuchaba las quejas de su amigo por la mala suerte que había tenido con las mujeres, por el dinero que podría haber amasado si no fuera por ellas.

—Si supieras lo que yo he tenido, Goyo... aunque ahora me veas en una colonia de pobres. Podría ser millonario, pero las mujeres se lo han comido todo. Cuando yo era jefe del Auxilio Social de mi barrio en Madrid, los sacos de garbanzos, el azúcar, las patatas... entraban por la puerta y los guardábamos en el almacén. A los críos les dábamos acelgas con agua, y por la noche sacábamos los sacos en carros y los revendíamos. ¡Ni te imaginas el dinero que gané en aquella época! Y ya me ves... lo único que he conseguido es este piso por mis contactos en Falange.

Antonia se encendió.

Salió a la calle y agarró a Mariano de la pechera. «¡Hijo de puta! ¡Cabronazo! ¡Cómo te atreves a presumir de haber matado a niños de hambre! ¡Falangista asqueroso! —gritaba Antonia mientras Goyo intentaba arrancarla de las solapas de Mariano—. ¡Tú eres un mierda! ¡Tú has traficado con mi hambre! ¡Yo era uno de esos niños a los que dabais acelgas con agua! ¡Hijo de puta!».

Estaba fuera de sí.

Goyo se la llevó a rastras y él fue el único que disfrutó de las cigalas de

aniversario. A Antonia se le cerró el estómago. «No sé cómo has sido capaz de estar oyéndole sin decirle nada. Con el hambre que nos han hecho pasar cabrones como él...», le recriminaba a su marido.

Las relaciones con Mariano y Pura se cortaron de cuajo, aunque ella continuaba saludando a Goyo y a Antonia cuando se los encontraba, siempre al lado de una vecina encargada de acompañarla. Una tarde, Antonia la frenó en seco.

—Me estoy empezando a cansar de que nos saludes solo cuando no está el Mariano delante. A mí no se me retira el saludo a ratos, que te quede claro —la desafió.

—Entiéndelo, Antonia, me lo tiene prohibido, y antes está él que tú, aunque yo te aprecio mucho. Dice que vas hablando mal de los falangistas, y que puedes tener problemas que me salpiquen a mí. Que lo mismo te denuncia...

—Pues le vas a decir una cosa de mi parte al cabrón de tu marido... que no es tu marido. Si me quiere denunciar a los falangistas, le dices que yo tengo conocimientos en Falange de muy arriba, y que los problemas los puede tener él. Aquí la única que pierde categoría hablando con vosotros soy yo... que no sé ni cómo estás con ese tipejo que ya ha pasado por todas tus hermanas y que ha dejado abandonados a sus hijos. Que se ande con cuidado, a ver si la que le va a denunciar soy yo.

La vecina que acompañaba a Pura no podía cerrar la boca, y la muchacha no sabía qué decir al comprobar que Antonia conocía toda su historia y que, seguramente, empezaría a conocer toda la colonia a partir de ese momento.

El imprudente de Mariano tenía al tanto de todas sus machadas a Goyo, y Goyo se las había transmitido a Antonia, que soltó la lengua en cuanto se vio ofendida y amenazada.

El episodio callejero provocó que Pura y Mariano empezaran a cambiar de acera para evitar cruzarse con Goyo y Antonia. Al principio, manteniendo miradas desafiantes; después, desde que hizo la comunión Amelia, bajando la cabeza para evitar que Antonia y Goyo ni siquiera repararan en ellos. Era verdad que conocían a alguien gordo en Falange.

No fueron los únicos que se quedaron con un palmo de narices cuando un enorme coche oficial, con chófer, distintivos militares y banderitas de Falange en los laterales del morro, fue a buscar a Amelia a su humilde colonia del Cruce para llevarla al colegio de Villaverde Alto a que tomara su primera comunión. Dentro se acopló como pudo la niña, entre Juanita y su madrina Meli, con don Emilio sentado delante. Goyo y Antonia fueron caminando. Salieron con tiempo para que cuando llegara el coche ellos ya estuvieran allí. Antonia quería ver la cara de la estirada hermana Pirfano, que recibía a las niñas y sus familias en la puerta, cuando Amelia bajara de

semejante cochazo oficial. «Se va a caer de culo», pronosticó Goyo.

Antonia había dejado preparado un picoteo para cuando regresaran de la ceremonia. En la misma calle, sobre unas maderas largas que se agenció Goyo, apoyadas en caballetes y cubierto el doméstico apaño con manteles, algunos vecinos y los escasos invitados por la comunión de Amelia disfrutaron de huevos rellenos, patatas en ensalada, aceitunas, ensaladilla rusa, limonada y fresas con nata.

Meli aprovechó un momento para llevarse a un aparte a su prima y hacerle una propuesta. Lo había hablado previamente con don Emilio y Juanita y les parecía bien. A la niña no le faltaría de nada de ahora en adelante. Pagarían toda su educación en un colegio aún mejor que al que acudía en Villaverde y, sobre todo, más céntrico. Se relacionaría con otras niñas de mejores familias, tendría más y variados vestiditos y, quién sabe, si Amelia valiera, podrían pagarle la universidad.

—Pero se tiene que venir a vivir con nosotros. La podéis ver cuando queráis, pero mejor los domingos para que no se distraiga de los estudios.

—¿A ti se te ha ido la cabeza?

—¿Es que no te parece un trato justo?

—¿Un trato? ¿Tú te crees que mi hija es una mula? Anda, Meli... que preferiría no haberte oído. Mi hija y mi marido son lo que más quiero en el mundo y no me separa de ellos ni Dios. ¿Tú qué te has creído?

—Sé que estás embarazada, y mientras crías a otro hijo, nosotras... nosotros hemos pensado que podríamos ocuparnos de Amelia. Pero ya veo que estás dispuesta a que tu hija sea una desgraciada viviendo en esta colonia antes que dejar que la eduquemos nosotras... nosotros.

—Sabía yo que esto era idea tuya y de Juanita. ¿Qué educación le vais a dar, si vosotras tenéis la vuestra en la punta del pie? Si vivís de la mentira y de las apariencias... si vais de lo que no sois... Cómo se te ocurre que porque vaya a tener otro hijo te voy a dar a Amelia.

—No grites. Y no me la vas a dar, ya te he dicho que podéis ir a verla.

—Lo que me faltaba, que tú me des permiso para ver a mi hija. Y grito lo que me da la gana porque estoy en mi casa, en mi calle y en mi barrio.

—Así es como agradeces que yo, que ya me tratan de ilustrísima y excelentísima señora, quiera ayudar a tu hija. Me está bien empleado, por rebajarme.

—Excelentísima señora... Tú qué vas a ser excelentísima. Tú eres de Lavapiés, como yo. Y te has comido los mocos como yo. Y de ilustrísima tienes lo que yo te diga. A ver si te crees que porque te hayas arrimado a don Emilio se te han pegado los estudios.

—¿Así me lo pagas? Ni siquiera le he dicho a Emilio que tus padres han estado en la cárcel por rojos, y bien que lo podía haber hecho. Ya sabía Juanita que no te lo ibas a tomar bien. Le tendría que haber hecho caso.

—Mira, Meli, me tienes de Juanita hasta los cojones. Ni es un tío ni es una tía, es el caballo de Espartero. Y a don Emilio no hace falta que le cuentes nada porque ya

se lo he contado yo. Lo que tendrías que contarle no se lo cuentas, ¿verdad? Bien sabes que mi madre no era roja y mi padre tampoco. Mi madre era una simple verdulera que fue a la cárcel por venganza, y mi padre... a mi padre lo tendrían que haber dejado dentro, pero no por rojo, sino por cabrón. ¡Excelentísima? ¡Ilustrísima? Anda ya, Meli... que si yo he estado en la cárcel por estraperlista, tú has estado por ladrona. Tú nunca has sido más que yo, has sido peor que yo. ¡Excelentísima!

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Juanita, que se había acercado sin que las primas repararan en ella—. ¿A qué viene eso de que has estado en la cárcel?

—Pues pasa que vosotras no os lleváis a Amelia. Yo me he tenido que criar sin madre, pero mi hija no se va a criar sin la suya —se le encaró Antonia—. Os metéis vuestro dinero por donde os quepa.

—¿Cuándo has estado tú en la cárcel, Meli? —volvió a preguntar Juanita.

—Claro... es que la excelentísima no se lo ha dicho. A la que se le llena la boca de educación no cuenta que estuvo seis meses presa por ladrona. No cuenta que gracias a lo que yo sacaba con el estraperlo, mi tía Dora le podía llevar buenos paquetes a la cárcel. Mi hija se queda con nosotros y se acabó la discusión. vuestras cosas os las apañáis entre vosotras —remató Antonia ya más calmada, dando media vuelta y dejando a la pareja allí plantada—. Yo voy a ponerle una limonada fresquita a don Emilio.

Como apañaran sus asuntos, quedó para ellas, pero Antonia supo que les acarreó un disgusto gordo que también trajo consecuencias para Amelia. Las muy vengativas dejaron de pagar las cien pesetas de ayuda para los estudios y alguna ropita que de vez en cuando le regalaban.

No por ello estaban dispuestos a que la niña abandonara el colegio, pero lo que no podían permitirse era otro hijo. «Ya habrá tiempo de tener más, Antonia —intentaba consolarla Goyo, aunque la más decidida a abortar era ella—; no podemos ahogarnos más de lo que estamos. Vete a hablar con Rosario».

Rosario era conocida en la colonia por tener un discreto contacto en el barrio de Usera que provocaba abortos. A cambio de una comisión, llevaba a las mujeres hasta una comadrona «muy limpia y muy profesional que deshace tripas sin riesgos para la madre», como bien explicaba para tranquilizar a las pacientes.

Antonia abortó antes de que se cumpliera el tercer mes, y su inquebrantable decisión de salir del agujero antes de traer más desgraciados al mundo ayudó a que el disgusto pasara antes. El siguiente hijo que tuviera vendría cuando hubieran dejado atrás tanta necesidad, cuando pudieran estar seguros de que no le iba a faltar lo indispensable. Y venir, vendría, porque si algo seguía echando de menos Antonia era un hermano. Uno al menos. Amelia no sería hija única.

La pareja puso fuerzas e ingenio a trabajar. El vigilante Goyo se convirtió también en el cobrador «de los muertos» en el Cruce, y, a la vez que pasaba los

recibos para la Obra Sindical del Hogar, recaudaba las mensualidades de los asegurados o intentaba captar nuevos clientes. Lo tenía fácil, porque toda la colonia lo conocía y no tenía que perder tiempo en ganarse la confianza de los vecinos.

Pero los ingresos continuaban siendo insuficientes pese a la administración milimétrica de Antonia y a los trucos que maquinó para que toda la ropa de su marido saliera gratis. Tanto en su trabajo de conserje en Calvo Sotelo como en el de vigilante a sueldo de la Obra Sindical del Hogar, Goyo estaba obligado a vestir de uniforme, uno de verano y otro de invierno, que la empresa y el organismo le facilitaban anualmente.

Antonia sacó provecho a su habilidad con la aguja y llegó a un acuerdo con las dos sastrerías a las que Goyo tenía que ir a recoger sus trajes. En vez de entregarle uniformes nuevos para las dos temporadas, bien podían cambiárselos por el equivalente en precio a un abrigo, una gabardina, un par de chaquetas de sport, una camisa de hilo, un traje de vestir, un corte de tela para hacerse ella un vestido o un par de faldas... lo que fuera.

No por ello Goyo dejaba de ir como un pincel, porque además de ser muy cuidadoso con la ropa, Antonia sabía darle la vuelta a las chaquetas y pantalones que supuestamente había que desechar por gastados; desmontaba los cuellos y los puños de las camisas para ocultar la tela rozada y coserlos de nuevo dejando a la vista la cara que no había sufrido desgaste; cambiaba las ballenas de los cuellos, metía entretelas nuevas en las solapas, repasaba los fondos de los bolsillos... y los uniformes viejos volvían a relucir.

Sacó unas perras más encargándose de lavar y planchar semanalmente las batas blancas de los químicos que trabajaban en Calvo Sotelo, y encontró trabajo cosiendo en casa unas piezas de telas cortadas y marcadas que le entregaban en un almacén del centro de Madrid y que ella tenía que devolver convertidos en pijamas perfectamente armados. Dos míseras pesetas por cada pijama terminado.

1960

¿Australia?

Aquel 1959 terminó cuesta arriba y el siguiente no empezó mejor. Miguel se había jubilado y empeoraba con la edad, afortunadamente no de salud, porque era lo último que hubieran deseado Antonia y Goyo; tener un enfermo agriado en casa. «No le dará un algo que lo deje en el sitio de golpe», se lamentaba Antonia de vez en cuando. «Tu padre nos entierra a todos, que el alcohol parece que lo conserva bien en vez de matarlo», respondía Goyo.

Una noche de septiembre, cuando los tres regresaban del cine de verano del barrio, se encontraron la puerta abierta. No era la primera vez que pasaba. Cuando Miguel aparecía borracho, a duras penas atinaba con la llave y a encontrar el camino de la cama, y aunque Antonia nunca se atrevió a cumplir su amenaza de echarle, al menos le condenó a dormir arrinconado en la cama mueble para que su hija recuperara su habitación y evitar que la despertara cuando llegaba dando tumbos.

Aquella noche de verano Antonia se fue a por su padre, bebido de más, y le recriminó que no hubiera cerrado la puerta. Aunque bien escondido para que no lo encontrara ni Miguel ni nadie, en casa se guardaba el dinero de los recibos, y si alguien hubiera entrado en la casa al ver la puerta abierta de par en par, no se habrían podido levantar de ese golpe.

El viejo, esta vez, se revolvió. Sacó una navaja del bolsillo y se tiró a por Goyo; era la primera vez que se atrevía. Amelia reculó asustada, Antonia se cruzó en el camino y el navajazo se lo llevó ella en una mano.

El puñetazo que estampó Goyo en la cara de su suegro lo dejó grogui esa noche y dolorido durante una semana. Pese a todo, su marido nunca quiso poner a Antonia en la tesitura de echar a su padre de casa. Entendía que por mucho que lo odiara, su conciencia no le permitiría cargar con eso.

Pero cambiaron las condiciones. «A partir de ahora —le dijo Antonia—, solo te quiero ver por casa para dormir. En cuanto te levantes, aire... quédate con tu dinero y te apañas desayunando, comiendo y cenando fuera de casa. Búscate una mujer que te lave y que te planche... y allá te las apañas».

—¿Vas a hacerle eso a tu padre?

—Tú no eres mi padre. Tú eres un animal. Si vuelves a sacar la navaja a mi marido, te abro la cabeza.

Aunque la casa era pequeña como para admitir una redistribución, Antonia se las ingenió para, robando medio metro a la cocina, otro medio metro al pasillo, tirando un tabique allí y levantando otro allá, añadir un cuchitril para dejar a su padre

encajado junto al váter. Diseñó, organizó, consiguió materiales baratos, regateó con uno de los albañiles de la colonia, trabajó con él para evitar otro peón... y todo ello sin dejar de cumplir con sus encargos de costurera y pese a estar embarazada de nuevo.

A las seis de la mañana del día 1 de agosto de 1961, Goyo despertó a su hija. «Amelia, levanta, que te llevo con Vale. Luego iré a buscarte». La niña, medio grogui por el madrugón y tan obediente como siempre, no pidió más explicaciones. Llegó a casa de la vecina y continuó durmiendo.

Durante su segundo sueño, a la siete en punto, nació su hermana, y dos horas después se la pusieron en los brazos. La decepción de Antonia al ver que era otra niña apenas duró el tiempo en que su hija tardó en dar el primer berrido, aliviada cuando comprobó que se había cumplido el deseo de su marido. Goyo solo quería chicas.

Nació en casa, con comadrona y sin incidentes.

—¿Cómo la van a llamar? —preguntó la partera.

—No lo hemos pensado, la verdad —contestó Goyo.

—Se suele poner el nombre de la madre, de algunas de las abuelas, de alguna tía... por mantener la tradición de la familia.

—Las tradiciones están para saltárselas —replicó Antonia, aún agotada por el parto—, y en esta familia mejor romper con la tradición. No pienso llamar a mi hija ni Juana ni Josefa ni Petra ni Dora... Pobrecita.

Nadie había pensado en un nombre, y, puesto que el único que les gustaba de la familia más cercana ya lo llevaba puesto Amelia, le pidieron a ella que eligiera cómo llamar a su hermana. La niña, racional y observadora, contestó casi de inmediato: Nieves. «Es que es muy morena... y tiene mucho pelo. Y muy negro... y los ojos muy grandes y muy oscuros», se explicó Amelia mientras le retiraba el pelo de la carita.

Al día siguiente, Nieves tuvo su primera sesión de peluquería doméstica. El cura que la bautizó unos días después dijo que era la primera vez que veía a un recién nacido con flequillo.

Las obras en la casa para arrinconar a Miguel supusieron un extra que volvió a hundir la ya maltrecha economía familiar. Por mucho que trabajara Goyo, por mucho que cosiera y trapicheara Antonia, el dinero no cundía. Emigrar podría ser la solución.

El primo de Antonia, el Chispa, estaba pensando en irse a Australia con su mujer y sus dos hijos pequeños.



—¿Pero tú sabías dónde estaba Australia?

—En la otra punta, lejos de mi padre y de Villaverde. Yo me hubiera ido sin pensarlo dos veces. Si no llega a ser por tu padre...

—¿Por qué no Alemania? ¿O Suiza?

—Porque en Australia querían familias, y en Alemania solo obreros. Nos podíamos ir todos juntos.

—No me gustaría haber nacido en Sídney, la verdad.

—Pues habrías aprendido inglés a la primera.

—Sí, y lo mismo habría salido rubia natural. ¿Les fue bien?

—Al principio fue jodido, lógico. Enrique se mató a trabajar, pero vivían en mejores condiciones que aquí, con muy buena educación para los chiquillos, con buena sanidad... Y mejor les habría ido si no se hubieran vuelto años después. Fueron muy valientes yéndose sin saber a dónde iban. Yo me hubiera ido con ellos, pero tu padre se acojonó... ¿No te ha contado mi primo Enrique la historia del colchón?

—¿Qué pasó con el colchón?

—Que lo único que se llevaron puesto a Australia, al país de la lana, fue un colchón de lana. Que te lo cuente... que te partes.



A Enrique no le había ido mejor con su padre que a Antonia le fue con el suyo. Germán era clavado a su hermano Miguel; no tanto en sus melopeas, porque al menos las de Germán, solo a veces, tenían guasa. Además de sus habituales episodios encaramado a la estatua de Eloy Gonzalo en la plaza de Cascorro, se le podía ver durante horas, espatarrado frente a cualquier fachada de la zona del Rastro, intentando hacer rodar pared arriba una perra gorda.

Antes de la guerra había disfrutado de un trabajo estable al servicio del actor José Isbert —desde entonces cargó con el apodo de El Botones—, pero su gusto por el mal vino terminó por dejarle sin trabajo. Acabó vendiendo en el Rastro y enredado con la Carmen, con la que tuvo a Enrique y a una niña de la que nadie de la familia recordaba el nombre porque apenas duró en este mundo unas semanas. La Carmen la dejó un día sola y cuando Germán volvió a casa se encontró a la cría asfixiada, enredada entre la ropa de la cuna.

Aquella tragedia enloqueció a Germán, que acabó ingresado durante un tiempo en un manicomio porque ni siquiera la bebida le quitaba de la cabeza la imagen de su niña muerta. Cuando lo soltaron, la Carmen había desaparecido del mapa y Germán decidió que su única preocupación a partir de aquel momento solo sería él mismo.

El pequeño Enrique acabó convertido en un superviviente callejero, alimentado a

veces por los vecinos, otras haciendo mandados a cambio de un mendrugo o rateando lo que podía al menor descuido. Por eso le empezaron a llamar Chispa en el Rastro, porque lo suyo era visto y no visto, siempre corriendo de un lado a otro para torear el hambre.

Con doce años convenció a un amigo para alquilar unas bicicletas durante una hora y acabó arrastrándole a una aventura camino de Barcelona, convencido de que allí encontrarían un mejor futuro. Sobrevivieron en el camino pidiendo por las casas de labriegos y durmiendo al raso, hasta que una pareja de la Guardia Civil los detuvo a las afueras de Zaragoza cinco días después de haber partido de Madrid. La escapada le costó un año de reformatorio.

Salvo el episodio ciclista, el Chispa lidió muy bien con la miseria sin perder la sensatez, porque acabó arrimándose a su tío Urbano para aprender el oficio de pintor.

Ya casado con Loren, cuando trabajaba pintando una vaquería en la calle Lista, se enteró por un compañero de que andaban buscando familias dispuestas a emigrar a Australia. Cerca de allí, junto a la embajada de Estados Unidos, en la calle Serrano, estaban las oficinas del Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas, a la que el gobierno australiano había hecho una petición de campesinos para trabajar en la zafra y que más tarde se amplió a otros grupos de trabajadores.

Desde principios de la década de los cincuenta, Australia buscaba a la desesperada inmigrantes del Reino Unido, pero allí no encontró los suficientes para cubrir los cupos anuales necesarios que requería el despegue económico del país. Volvieron sus ojos después hacia el norte de Europa, intentando atraer a alemanes y holandeses por ser una población que asimilaría fácilmente el australiano de pro al no ver riesgos de contaminación de su selecta raza blanca. Tampoco aquella intentona fue suficiente, y no quedó más remedio que aceptar a europeos del Este que, pese a su sospechoso poso comunista, eran rubios y blanquitos.

Australia era un pozo sin fondo en la recepción de emigrantes por su constante necesidad de mano de obra campesina e industrial, y ya no quedó otra que reclamar obreros morenitos del sur de Europa. Griegos, italianos y, por último, españoles, comenzaron a ser bien recibidos. Australia pagaba cien dólares por emigrante para el pasaje en barco y ofrecía trabajo tan seguro como duro, comida, sanidad y educación para los hijos.

Enrique, Loren, embarazada de tres meses, y sus dos críos de dos y tres años partieron de la estación del Norte de Madrid camino de Vigo a primeros de enero de 1962. Llevaban con ellos su bien más preciado: un colchón de lana enrollado y protegiendo en su interior un orinal, dos cacerolas y una sartén.

En los meses anteriores a la partida les habían facilitado libros y folletos para que se fueran familiarizando con el país, pero quedaron tan impresionados con las fotos de los aborígenes y los bulos que comenzaron a correr entre los futuros viajeros, que no prestaron atención a que Australia fuera ya el primer productor de lana del mundo. «El nuestro era un colchón buenísimo... y carísimo. No lo íbamos a dejar aquí —

contaba Loren—. Solo estábamos preocupados por los aborígenes, porque decían que secuestraban a las mujeres de los emigrantes y que luego se las comían. Si nos hubiéramos enterado de que Australia era el país de la lana, no nos habríamos llevado el colchón. Ni el orinal».

El Chispa fue, seguro, el más avisado de todo aquel contingente con destino a Australia. A sus treinta y un años, no solo tenía infinidad de recursos para sacarse sus castañas del fuego, sino para evitar que los demás se quemaran.

Nunca olvidó la angustiada carrera de Miguel, otro de los emigrantes que conoció durante los reconocimientos médicos previos, corriendo por el andén de la estación del Norte con una maleta en cada mano y su mujer a la zaga cargando con su niña de tres meses e intentando alcanzar el tren en marcha que le tenía que llevar hacia su sueño australiano. No lo alcanzó.

El frustrado emigrante intentó salvar la situación buscando un taxi que lo llevara hasta alguna estación del recorrido donde subirse al tren, sin saber que aquel convoy había sido fletado extraordinariamente para el transporte de esos cuatrocientos emigrantes, sin paradas previstas entre Madrid y Vigo.

Hasta el puerto gallego llegó Miguel como un señor, en taxi, pero sin dinero para pagar la carrera. El Chispa fue testigo de cómo intentaba convencer al jefe de la expedición para que le adelantara el dinero que ganaría con su primer trabajo en Australia y evitar que el taxista le denunciara, pero el responsable se mostró implacable. «Sí, claro, y cuando lleguemos, si te he visto no me acuerdo».

A Enrique se le ocurrió cómo conseguir que aquel tarambana, capaz de llegar tarde a coger el tren que le llevaría a su salvación y de subirse luego a lo loco a un taxi para hacer el recorrido sin pensar en el dineral que le costaría, no durmiera en un calabozo del puerto de Vigo. Buscó al emigrante más cabezón, le pidió la gorra y, colocado al pie de la pasarela de embarque, se dedicó a pedir a todos los que iban subiendo unas pesetas para que Miguel saldara su deuda con el taxista y pudiera embarcar.

El 5 de enero de 1962, el buque italiano *Castel Felice*, en ruta desde Inglaterra, zarpó de Vigo rumbo a Melbourne, al suroeste de Australia, con todos los emigrantes previstos a bordo.

«Al final resultó un cabrón el tal Miguel —se lamentaba El Chispa—. Yo, que llegué con ocho pesetas y cuatro céntimos en el bolsillo, le llené la gorra de perras y vi que, con lo que le sobró después de pagar el taxi, cruzó al estanco del puerto y compró tabaco para el viaje. Cuando se me acabó el mío durante la travesía y fui a pedirle algún cigarrillo, el cabronazo me dijo que no, que si me daba tabaco se quedaba sin él. Si no llega a ser por su mujer, lo tiro por la borda en mitad del Índico...».

Fueron treinta y seis días de travesía surcando tres océanos y tres mares, atravesando el canal de Suez y soportando las peores tormentas. Loren nunca olvidó aquel viaje, embarazada, mareada, con náuseas constantes, incapaz de ingerir nada

que no fueran patatas cocidas y machacadas con un poquito de aceite de oliva.

La habilidad de Enrique facilitó el viaje, porque consiguió para ella una de las hamacas de cubierta que estaban reservadas para los ingleses que había pagado por ellas desde el inicio de la travesía. El Chispa se fijó que cada hamaca tenía en un lateral de la armadura de madera un papelito pegado con el nombre de la adjudicataria. Consiguió un papel igual, imitó la caligrafía y puso el nombre de su mujer: «Mrs. Loren».

Los últimos quince días fueron los peores. Sin ver tierra, con unas tormentas que ponían el barco de pie, con todos los pasajeros amarrados con cuerdas a las columnas para no terminar revolcados... Todos los platos y los vasos de las cocinas acabaron rotos y el pasaje solo pudo comer bocadillos durante las dos semanas que restaban de travesía, con fiambres ya en mal estado y con el agua racionada.

Desembarcaron en Melbourne a las doce de la noche del 10 de febrero, acarreando su colchón de lana con sus cuatro cacharros dentro y caminando con dificultad para no perder la verticalidad. Allí los subieron a un tren camino de Wodonga, un pueblo del interior donde se encontraba el campamento de acogida de inmigrantes de Bonegilla. Loren, perfectamente atendida por su embarazo, recibía doble ración de fruta y leche, pero se quedó sola con los chiquillos cuando apenas llevaban tres días en el centro de acogida porque, debido a una huelga general de vendimiadores, el gobierno australiano pidió que se reclutara urgentemente mano de obra entre los inmigrantes recién llegados antes de que la uva se estropeará. Veinticinco días estuvo el Chispa en la vendimia, de donde regresó escuchimizado y renegrado por doblar el lomo a cuarenta y cinco grados, con sus primeras sesenta y seis libras en el bolsillo.

Enrique acabó encontrando trabajo en lo suyo, de pintor, y solo tres meses después de llegar a Australia tuvo derecho a una casa en Henty. Una casa para humildes australianos que les pareció de lujo, con el único problema de que estaba vacía. Por peores cosas habían pasado, y, además, en su magnífico colchón de lana que había atravesado con ellos el mundo de punta a punta podrían dormir los cuatro.

No habían pasado tres horas desde que llegaron a su primera vivienda australiana cuando comenzó a desfilar por allí una retahíla de vecinos alemanes, rusos, yugoslavos y finlandeses con muebles, cacharrería de cocina y electrodomésticos. Esa era la costumbre entre inmigrantes. Amueblar la casa del recién llegado, como antes se la amueblaron a ellos.

Se adaptaron bien, aprendieron a chapurrear *spanGLISH* y allí, en el hospital de Henty, nació Yoli, la primera *spanish baby* de aquel pueblo de Nueva Gales del Sur.

El reparto de carne gratuita llegaba puntual; la leña para las chimeneas de cada habitación aparecía siempre perfectamente apilada en el jardín como por arte de magia; los dos niños fueron escolarizados obligatoriamente pese a su corta edad y la vida comenzó a transcurrir sin que les faltara de nada.

Solo había una cosa que no les encajaba con tanto miramiento sanitario, alimentario y educacional. No había váter en las casas.

Una caseta muy vertical instalada en el jardín, con un cubo en su interior bajo una especie de asiento, era la letrina a la que había que enfilear cuando apretaban las ganas, pero luego no había un lugar en el que deshacerse del contenido del cubo. Aquello les pareció a Enrique y a Loren una guarrería impropia de aquella sociedad tan milimétricamente organizada y controlada.

La solución inmediata que encontró el Chispa fue hacer agujeros en el jardín para ir enterrando las inmundicias, con lo que consiguió la parcela más frondosa de toda la urbanización. Las cosas se pusieron en su sitio dos semanas después, cuando una vecina italiana acudió a hablar con Loren. Los operarios que recogían cada madrugada las basuras de las letrinas de la zona estaban extrañados de que, cada vez que acudían a la letrina de los nuevos vecinos a cambiar el cubo sucio por uno limpio y desinfectado, se lo encontraban vacío. «¿Es que los españoles no cagan?», fue el recado que le llevó la italiana de parte de uno de los encargados de la limpieza nocturna.

Esa era la vida que no le hubiera importado vivir a Antonia, y, de haber conseguido convencer a Goyo para irse a Australia, seguramente el Chispa no se hubiera vuelto en 1966 presionado por Loren. «En Australia encontramos muy buena gente y vivíamos sin que nos faltara de nada, pero yo me sentía muy solita —se quejaba Loren—. Allí no había vida de barrio, los vecinos no se juntaban en las casas, cada uno estaba a lo suyo. Yo me quería volver a España creyendo que las cosas habrían mejorado, y convencí a Enrique para que regresáramos. Fue un error».

El Chispa dejó en Australia a Loren y a los chicos hasta asegurarse un trabajo en Madrid. Se colocó con un conocido que tenía la concesión para pintar las nuevas sucursales que el Banco Central abría en España y repintar las que necesitaban otra mano, pero aún faltaba encontrar un piso antes del regreso de su mujer y sus hijos.

Goyo y Antonia intentaron por todos los medios conseguirle una vivienda de las que iban quedando vacías en la colonia del Cruce, muy escasas y solo fáciles de obtener mediante una recomendación.

Antonia no dudó en acudir a alguno de los vecinos cordobeses que presumían de conocer muy bien al egabrense ministro José Solís para que hablara a favor de su primo Enrique, y como a todos les gustaba andar en buenas relaciones con el vigilante, dieron en la tecla adecuada para arrancarle un piso para el Chispa. «Pero te tienes que meter ya —le advirtió Goyo—, porque solo hay dos pisos libres y en cuanto nos descuidemos me llega una orden con otra recomendación y te lo quitan».

Ese mismo día Enrique salía hacia Valencia para pintar otra sucursal del banco, y cuando regresó, cinco días después, dispuesto a tomar posesión de su vivienda, cerca de su prima Antonia, el piso había volado. El mismo Solís se lo había dado a la

sobrina del cura de la colonia, don Ángel, un mal bicho que recriminaba sin piedad a los niños que no interrumpían sus juegos en la calle para acudir a besarle la mano.

Goyo intentó convencerle de que se metiera por las bravas en el otro piso que aún quedaba libre. «Si vienen a echarte, tú te metes en la cama y te haces el enfermo, que ya verás cómo no pasa nada. Que ya me conozco yo el percal». Pero el Chispa no quiso, le podía la honradez y no quería conseguir un piso sin todos los beneplácitos para que luego, cuando ya estuvieran todos instalados, llegara el disgusto del desahucio.

Una de la sucursales del Banco Central que tuvo que pintar Enrique, tres semanas después del fiasco del piso, fue en Cabra, y por allí pasó un hombre sonriente, calvo, bien maqueado, que buscó entablar conversación cínicamente campechana. El Chispa le siguió la corriente.

—Llevo viéndoles por aquí desde hace un par de días —dijo el hombre a Enrique, el único de los pintores que estaba en el exterior—. ¿De dónde vienen ustedes?

—De Madrid —contestó el Chispa, subido a una escalera y sin soltar la brocha ni perder de vista la fachada.

—Bien lucido están dejando el nuevo banco.

—Se intenta.

—Yo vivo a caballo entre Madrid y Cabra. Soy de aquí, pero tengo que viajar mucho a la capital, aunque me gusta pasar en mi pueblo todo el tiempo que mis obligaciones me permiten.

—Pues muy bien.

—¿Tienen ustedes para mucho con el local? —preguntó el hombre

—En cuatro días volvemos a casa.

—Me han dicho que son ustedes muy meticulosos pintando. Muy detallistas... que está muy bien en estos tiempos, porque hay mucho chapucero por ahí suelto.

—Se hace lo que se puede. Lo bien hecho, bien parece.

—Ya que está usted liado, le voy a pedir que me pinte una habitación de casa.

—Pues ya le digo yo a usted que no.

—Pues yo creo que sí —respondió más autoritario el hombre, sorprendido por la sequedad del pintor.

—Pues no señor, no se la pinto.

—¿Sabe usted quién soy?

—Claro que lo sé. El señor ministro. El que me dio una vivienda en Villaverde y una semana después me la quitó para dársela a la sobrina del cura. Así que, no, señor, no le pinto la habitación. Hable con el capataz.

El ilustre egabrense dio media vuelta, ofendido porque aquel pintor con un pañuelo moquero en la cabeza, con cuatro nudos en los extremos que le protegían de la solanera, le hubiera plantado cara sin dirigirle ni una mirada. El Chispa chafó las intenciones del falangista y borró de un brochazo el gesto simpático con el que se acercó y del que continuamente hacía gala Pepe Solís, «la sonrisa del régimen», como

le bautizó la prensa por su forzada simpatía y su cansina verborrea.

El Chispa había reconocido de reojo al ministro del Movimiento en cuanto se acercó, y al igual que él, ya estaban advertidos todos los operarios que trabajaban en la sucursal del Banco Central de Cabra de que cuidado con el ministro; que andaba haciendo reformas en su casa y aprovechaba la imponente de su cargo en el Movimiento para sacar tajada de fontaneros, albañiles, electricistas y pintores de obras ajenas.



—¿Y no pudo haberle pintado la habitación a cambio de que le consiguiera otro piso?

—Ya se lo dije yo cuando nos lo contó, pero le pudo la dignidad. Y además, se dio el gustazo de enviar a hacer gárgaras a un ministro franquista. Eso se lo llevó puesto. Al final, consiguieron un piso por el barrio de Aluche, pero con mucho esfuerzo. Loren y los chicos regresaron de Australia, pero unos años después tuvieron que volver a emigrar porque no levantaban cabeza. Una vez te trajeron un palo de esos que los lanzas y vuelven, ¿no te acuerdas?

—Un bumerán... claro que me acuerdo, aún lo tengo.

—Oye...

—¿Qué?

—Me dijiste que ibas a buscar dónde se llevaron a mi madre a enterrar y veo que no me dices nada.

—Está Jesús en ello. En cuanto me diga algo te lo cuento. ¿Y yo qué? Todavía estoy esperando el desenlace de don Emilio.

—Lo acabaron matando. Si ya lo sabía yo... que en cuanto se enterara, le iba a dar algo. Tú eras muy pequeñita cuando ocurrió.



A don Emilio le gustaba pasar los veranos al fresco de Miraflores de la Sierra, al norte de Madrid, donde alquilaban una casa para los tres. Siempre los tres.

Amelia se unía a ellos en agosto para pasar dos o tres semanas con su madrina y don Emilio y pese a la opinión de Juanita, más resentida que de costumbre desde que la impidieron hacerse cargo de la educación de la niña.

Amelia era el entretenimiento de don Emilio, y don Emilio el abuelo que nunca tuvo Amelia, porque el ascendente genético que a ella le había tocado en suerte era más parecido a un animal de bellota.

Cada tarde de verano, mientras duraban las siestas que con puntualidad castrense echaban las doñas durante exactamente treinta minutos, don Emilio sentaba a la niña a su lado en la mesa del jardín para divertirla con juegos didácticos, empeñado como

estaba en la educación de Amelia. En mitad del entretenimiento con dibujos, jugando a palabras cruzadas o haciendo castillos con naipes, la convencía para leer una página de *El Quijote* del que Amelia no conseguía digerir la mitad de las palabras.

Ese era el juego favorito de don Emilio: explicarle el contexto de las frases que no entendía y hacer que Amelia fuera apuntando en un papel los términos que dejaban de sonarle a chino para celebrar al final del día todo lo que había aprendido.

—¿Cuántas palabras has aprendido esta tarde?

—Maravedí, ínsula y rocín.

—Que es lo mismo que decir...

—Moneda, isla y caballo...

—Muy bien. Pues apúntalas como sabidas. ¿Y celada?

—De esa no me acuerdo...

—Algo parecido a un casco de las armaduras antiguas. Si mañana te sigues acordando de lo que significa, la apuntamos. Hoy te has ganado el helado de chocolate.

—El chocolate me da sarpullido.

—Pues de vainilla.

Además de alguna visita esporádica en domingo para ver a su hija durante su estancia en Miraflores, cada año, a finales de agosto, Goyo y Antonia tomaban el autobús de línea y echaban tres horas de recorrido para recoger a Amelia y llevarla con ellos de vuelta a Madrid. Eso hicieron el viernes 28 de agosto de 1964.

Dieron un paseo por el pueblo, y después de una buena comida a la que invitó don Emilio en una terraza, mientras hacían tiempo en el jardín de la casa antes de tomar el autobús de vuelta, Antonia vio al marido de su prima salir al porche con paso vacilante.

Bajó los cinco escalones despacio, volcando todo su peso sobre el lado con el que se aferraba a la barandilla y con la otra mano arrebujiándose la camisa a la altura del estómago. Dio la vuelta a la casa y se fue a la parte de atrás del jardín. «Algo le pasa a don Emilio —le dijo a Goyo—. Voy a ver».

Se lo encontró llorando, apoyado contra un árbol y con las manos sujetándose la cabeza. «¿Está usted bien, don Emilio?», preguntó Antonia, pero la única respuesta que recibió fue un empujón y un «¡Déjame en paz!». Antonia dio un respingo hacia atrás, más que por el envite, por el susto de recibir un bufido de aquel hombre que jamás le había levantado la voz.

No pasaron dos segundos sin que don Emilio se arrepintiera de lo que había hecho. «Perdóname, Antonia, perdóname... pero ahora déjame solo, por favor. Déjame. Y perdóname», dijo mientras intentaba disimular las lágrimas.

Antonia aceleró el paso hacia la casa dispuesta a averiguar qué había pasado, y encontró a su prima y a Juanita en el baño arreglándose el pelo.

—¿Qué ha pasado? Don Emilio está llorando ahí fuera...

—Métete en tus asuntos —le dijo Juanita, sin dirigirle la mirada ni dejar de atusarse su pelo blanco.

—Os ha pillado, ¿verdad?

—¡Que te metas en lo tuyo! —insistió Meli.

—Lo que es un milagro es que no os haya descubierto antes. Lo vais a acabar matando. Don Emilio os saca de la mierda y le pagáis así... Que se os quede en la conciencia.

Amelia fue a despedirse de don Emilio, que disimulaba su tormento mirando fijamente un libro abierto del que no pasaba página desde hacía media hora. Le notó las mejillas mojadas cuando fue a darle un beso. «Adiós, don Emilio. Y muchas gracias», se despidió la niña. «Adiós, hija», fue lo último que le oyó decir sin levantar la vista del libro. Ese no era el talante del mismo hombre con el que esa mañana había estado jugando a palabras cruzadas.

Antonia y Goyo, con su hija pequeña en brazos, prefirieron dejarle tranquilo y no hacerle pasar más apuros. Agarraron a Amelia de la mano, recogieron su maleta y tomaron el autobús de línea a Madrid sin sospechar que esa era la última vez que verían a don Emilio. En cuanto la pareja y las niñas desaparecieron de su vista, se metió en la cama sin querer recibir explicaciones. Ya las tenía todas.

En solo unas horas la niebla se disipó de un golpe, descubrió la gran mentira que le había regalado su amada Melita; recordó decenas de detalles de aquellas falsas parientes, entendió de dónde venía su enfermiza unión... Volvieron a su cabeza las palabras de su futuro suegro cuando fue a pedirle la mano de Meli y su insistencia en preguntar si estaba seguro de lo que hacía. «El corazón nunca es viejo, señor Rafael», le contestaba don Emilio creyendo que su única preocupación eran los cuarenta y tantos años que le separaban de su hija. «Usted verá dónde se mete, don Emilio, que ya es mayorcito —zanjaba Rafael—. Pero debería pensárselo dos veces».

Recordó lo exageradamente solícita que era Meli a cualquier deseo de Juanita, su insistencia en dejarle dormir solo para no molestarle porque él madrugaba mucho, las estrictas horas de las comidas porque Juanita siempre almorzaba a las dos en punto y cenaba justo a las nueve, las malas formas que le dedicaba si contradecía alguna decisión de su madrina... de su amante.

Pasaron por su mente el asesinato de sus tres hijos, la muerte en vida de su mujer, el cóctel en el que las conoció, la casa de la calle Altamirano, las tardes de cine, la oposición de su hijo cuando le dijo que volvería a casarse, su boda en Sevilla... maldita hora.

Don Emilio fue dejándose morir.

A las ocho de la tarde, Meli llamó urgentemente a Fernando Kuntz, el secretario de su marido, para que fuera a buscarlos a Miraflores para devolverlos a Madrid.

—¿Qué ocurre, doña Amelia? —preguntó Fernando.

—Mi marido no se encuentra muy bien. Es mejor que volvamos hoy mismo.

—¿Pero qué tiene? ¿Han llamado al médico?

—Usted venga a por nosotros. Seguramente será una bajada de tensión. Prefiero que lo vean en Madrid.

A las tres y media de la madrugada de hoy, 29 de agosto de 1964, falleció el coronel don Emilio Rodríguez-Tarduchy, figura destacada de la vida política nacional.

En la hora de la muerte se hallaban junto a él su esposa, doña Amelia Pozuelo; su hijo don José, sus nietos y su secretario, señor Kuntz.

Don Emilio Rodríguez-Tarduchy fue un activo y eficaz colaborador del general Primo de Rivera durante la etapa de su gobierno, así como del fundador de la Falange, con quien colaboró activamente en la fundación del movimiento falangista.

El ilustre soldado ha sobrellevado durante varios meses la enfermedad que le ha llevado a la muerte, con viril entereza y acendrado espíritu cristiano.

Representaciones oficiales de ministerios y organismos políticos, destacadas personalidades del ejército, las letras, la política y el periodismo han concurrido esta tarde al piadoso acto de conducción del cadáver del coronel extinto hasta el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena. Presidieron la comitiva fúnebre, junto al hijo del finado, el delegado nacional de Asociaciones, don José Jordana Fuentes, que ostentaba la representación del ministro secretario general del Movimiento; el exministro don Raimundo Fernández Cuesta; el delegado nacional de Excombatientes, general García Rebull; el gobernador civil accidental y vicepresidente de las Cortes, marqués de la Valdavia; jerarquías falangistas, miembros de la Vieja Guardia, representaciones de la prensa española y del Ministerio de Información y Turismo, ostentando la representación del director general de prensa el subdirector general de servicios informativos. Durante el trayecto dieron guardia de honor al féretro porteros de las Cortes en traje de gala.

Y Goyo. También estuvo Goyo, aunque no lo recogiera la noticia de *La Vanguardia Española*.

La mañana de aquel sábado sonó el teléfono muy temprano. Saltaron de la cama a la vez, pero Antonia llegó antes.

—¿Qué ha pasado?! —preguntó alterada Antonia, ahorrándose el «¿Dígame?», porque ya sabía quién era.

—Soy yo, prima... Emilio ha fallecido. Ha sido esta madrugada, pero he

preferido esperar para llamaros.

—No... si ya lo sabía yo. ¿Cuándo lo traéis a Madrid?

—Nos vinimos ayer después de vosotros. Se puso muy malo.

—¿Que se puso malo? Lo pusisteis malo vosotras, que es muy distinto. Te lo dije, Meli... te lo llevo diciendo años.

—Déjate ahora de sermones. ¿Podéis venir o no? Están terminando de montar la capilla en casa. Necesito que me saques una falda y me corras los botones de una blusa negra. Se me han quedado pequeñas...

—Sí, Meli, sí... ahora vamos para allá —respondió Antonia con tono cansino—. Pobre don Emilio... no tenéis perdón.

—¡Coño, Antonia, que tenía ochenta y cuatro!

—¡Y estaba como una pera! ¡Si no es por vosotras, llega a los cien!

Pese a las edulcoradas necrológicas de la prensa remarcando la entereza del ilustre falangista sobrellevando la enfermedad que le había provocado la muerte, don Emilio no padecía más allá que los achaques propios de un octogenario. La enfermedad que lo consumió de golpe se llamaba engaño. Murió solo unas horas después de haber descubierto lo que desde hacía quince años se le venía ocultando. Eso no lo sabían los periódicos.

La calle Gravina presenció aquella mañana de sábado un desfile constante de coches oficiales de donde subían y bajaban ministros, militares, diputados, directores de periódicos...

—Será por falangistas... —le cuchicheaba Antonia a Goyo, viendo a todos los que iban dando el pésame al hijo y a la viuda, que en ningún momento se dirigieron la palabra.

—¿A que no sabes quién es ese que acaba de entrar? Solís, el de Cabra. El ministro.

—Mira tú... al que ha dado de mamar medio Villaverde. Fíjate dónde lo hemos ido a encontrar.

—¿A qué hora es el entierro?

—Sale de aquí a las cinco, pero vais a la parroquia de Santa Bárbara, y de allí, a la Almudena.

—¿Cómo que «vais»? ¿Tú no vienes?

—No. Yo me quedo aquí con Meli y la Pelos. Me ha dicho mi prima que solo tenéis que ir los hombres.

—¡Joder! ¿Y qué hago yo con todos esos?

—Hombre, hazlo por don Emilio. Si no llega a ser por él...

—Tendríamos que estar velando a la Pelos, no a él.

—A esa la va a velar su padre. Yo vendría para asegurarme de que está muerta. Pero no te preocupes, que nos entierra a todos. Comiendo verduritas y bebiendo solo agua mineral va a durar mucho.

—Lo mismo cuando eche un trago del grifo se muere.

—Lo mismo. La próxima vez que le pida a mi prima su vasito de Solán de Cabras se lo voy a llevar yo...

Goyo volvió a recoger a Antonia después del entierro. Llegó cabreado.

—¡Pues no me han hecho cantar el «Cara al sol»! ¡Allí mismo, mientras lo bajaban a la tumba!

—Y qué esperabas... —le dijo Meli—. ¿Un chotis? Era un alto cargo de Falange.

—Sí, coño, pero es que no me lo sé.

—¿Y qué has hecho? —le preguntó Antonia sonriendo.

—Mover la boca. Menos mal que me he quedado atrás del todo, pero el brazo lo he tenido que levantar.

—Me parece una falta de respeto a don Emilio que estés haciendo chufas —intervino Juanita airada.

—Le dijo la sartén al cazo... Si quiere hablamos de faltas de respeto, Juanita... Vámonos, Antonia, que todavía tenemos que ir a recoger a las niñas.

—Aquí os quedáis —se despidió Antonia—. Solitas, como queríais. Fin del paripé.

En las reseñas biográficas que se publicaron tiempo después, quedó para los restos que don Emilio Rodríguez-Tarduchy «contrajo segundas nupcias con otra mujer ejemplar y gran patriota, dama enfermera, doña Amelia Pozuelo Villarreal».

2014

El guirigay

— ¡¿Dama enfermera?! ¡¿Mujer ejemplar?! ¡¿Patriota?! Pero de dónde se han sacado eso... Me mondo.

— Está publicado en un libro, mamá. *José Antonio, fascista*, de José Luis Jerez Riesco. Y no te vayas a creer que es un libro antiguo, porque salió en 2003.

— Lo que yo te diga... para mondarse. Mi prima sigue engañando a todo el mundo en el siglo XXI. Ni era patriota ni era enfermera... y ejemplar, ni te cuento. Era de Lavapiés y punto. Y mala persona.

— ¿Dónde enterraron a don Emilio?

— En la tumba que compró en la Almudena para sus tres hijos. Con su mujer.

— Podríamos ir a verle. De paso, digo... porque ya sé dónde enterraron a la abuela.

— ¿Has encontrado a mi madre?

— Lo ha averiguado Jesús después de mucho preguntar, pero la que la ha localizado es Paloma, una empleada de las oficinas del cementerio. Y ha sacado el certificado de defunción del Registro Civil. Pero te puedes imaginar que ya no está. Podemos ir al sitio donde la llevaron. El papel del cementerio dice que «el cadáver de doña Juana Herrero Huertas fue inhumado el día 4 de noviembre de 1942 en sepultura 4ª temporal, cuartel 25, manzana 11, letra B, cuerpo 8, siendo trasladados sus restos al osario el día 10 de febrero de 1953».

— ¿La enterraron de caridad?

— No lo dice.

— ¿Y dice cuándo se murió? ¿Y dice de qué?

— «En Madrid, a las diez y diez del día 3 de noviembre de 1942, ante don Juan Alberti de la Torre se procede a inscribir la defunción de Juana Herrero Huertas, de cincuenta y dos años, natural de Madrid, hija de Francisco y de Petra, domiciliada en paseo de la Chopera-Parque de la Mendicidad, de profesión sus labores y de estado soltera, falleció en dicho parque el día primero del mes de noviembre a las catorce horas a consecuencia de colapso por enterocolitis según resulta de la certificación facultativa».

— ¿No fue de infarto? Eso me dijeron... ¿Y qué es eso de enterocolitis?

— Dicho finamente, diarrea.

— Pobrecita... con razón la vi tan delgada la última vez, cuando corría calle abajo huyendo del cabrón de mi padre.

— ¿Quieres que vayamos al sitio donde la enterraron?

— Para qué... si ya no está. Pero, si quieres, te enseño la tumba de don Emilio.

— Pero si tú no fuiste al entierro...

— Pero sé dónde está. Enterré allí a mi prima... y antes, mi prima enterró allí a Juanita.

— ¿Cómo?

— Y a la Carmen, la mujer del Marquesito...

— ¿Me estás diciendo que en la tumba del tipo que quiso matar a Franco están los tres hijos que le mataron los milicianos, su primera esposa, la mujer de un timador, tu prima Meli y su amante la Pelos?

— Todos juntos.

— ¿Y cómo permitió el hijo de don Emilio semejante mezcla?

— Porque la que decidía era mi prima. Ella era la viuda y heredó la tumba, por eso metió a Juanita y a la Carmen. Meli fue la última en llegar.

— Me da miedo preguntar de quién es ahora esa sepultura...

— Pues de quién va a ser, mía. Mi prima me dejó cuatro perras y la tumba, porque el piso era del estado. Pero a mí no me metas con todos esos. Menudo cisco debe de haber ahí abajo. A mí me quemas.

— Estoy cuajada. Esto no va a haber quién se lo crea.

— Ojalá nada hubiera sido cierto... ojalá no me hubiera tocado la mierda de vida que me tocó. Yo apreciaba a don Emilio, la verdad, pero una guerra siempre la empieza alguien. Y la empezaron ellos.

Epílogo

En 1973, un coche se llevó por delante a Miguel cuando atravesaba la antigua carretera de Villaverde para acudir a uno de los bares de la colonia de San Nicolás. «¡Que paren ellos!», era su respuesta cuando algún vecino le reprendía por no cruzar por el semáforo que había apenas veinte metros más allá.

Sufrió varias fracturas que le ataron a la cama de un hospital durante tres meses, tiempo que Antonia empleó en infinidad de idas y venidas para echar instancias en todos los organismos posibles hasta conseguirle una plaza en alguna residencia de la Seguridad Social. Fuera donde fuera. «Como si es en la Cochinchina», repetía a todos los funcionarios con los que trató.

Miguel acabó empadronado en contra de su voluntad en la residencia de Toro (Zamora), donde murió en 1974 con la misma mala leche que le acompañó toda su maldita vida. Tenía ochenta y un años.

El tío Rafael volvió a casarse y tuvo dos hijos. Murió el 15 de agosto de 1984.

Juanita y Meli continuaron su feliz convivencia y su hipócrita vida en la misma casa de la calle Gravina. Día a día fueron asistiendo, escandalizadas y añorando la aplicación de la Ley de Vagos y Maleantes, a la paulatina transformación de su barrio de Chueca en la zona gay de Madrid.

A mediados de marzo de 1990, con noventa y seis años, murió Juanita plácidamente. Su última cena fueron unas judías verdes con patata cocida y su vaso de agua Solán de Cabras. Antonia nunca consiguió que le aceptara uno del grifo. Meli enterró a su amante junto a su marido, pero no llegó a inscribir el nombre de Juanita en la lápida. Años antes sepultó a su tía Carmen, la mujer del Marquesito. Tampoco la identificó.

En mayo de 1999 falleció Meli con setenta y cuatro años cumplidos. Nunca dejó de discutir con su prima ni de reivindicar su condición de excelentísima señora. Antonia sí se encargó de que su nombre figurara con letras de metal: «Amelia Pozuelo de R. Tarduchy». Habrá sido la última vez que se movió esa losa.

Goyo falleció en Palma de Mallorca en febrero del año 2000, cuando disfrutaba con Antonia de un viaje del Inverso. Sus cenizas, tal y como fue su deseo, volaron al Mediterráneo desde la cala de la Media Luna, en el Parque Nacional Cabo de Gata-Níjar.

El Chispa y Loren continúan viviendo en su casa del barrio de Aluche. Hablan un perfecto *spanGLISH*.

Amelia terminó el bachillerato y consiguió un empleo en las oficinas centrales del Banco Central. Tuvo que renunciar a su sueño de estudiar Medicina.

Goyo intentó paliar la desilusión solicitando para su hija una plaza en la Empresa Nacional Calvo Sotelo, que facilitaba la carrera de Ciencias Químicas en las propias instalaciones de la calle de Embajadores para todos los hijos de empleados que tuvieran un buen expediente académico. La solicitud fue rechazada. Solo aceptaban hijos varones, aunque con peor expediente que la hija de Antonia y Goyo.

Amelia se convirtió en una extraordinaria bancaria e ingresó en la universidad en 2008 para cursar Gestión y Administración pública. Todas sus renunciaciones hicieron posible el futuro profesional de su hermana.

Antonia desterró definitivamente su condición de analfabeta a partir de los sesenta años, cuando se matriculó en una escuela para mayores. «Ahora soy analfabeta funcional, que es muy distinto. Sé lo que es porque se lo oí decir a Felipe González. Leo y escribo malamente, pero leo y escribo».

Solo ha completado la lectura de tres libros porque se agobia ante el océano de palabras que cuajan las páginas, pero hojea los periódicos, siguiendo la lectura mientras pasa el dedo por la línea, para no olvidar lo poco que aprendió.

A mediados de los noventa empezó a interesarse por la información bursátil y a entender, más o menos, lo que era una fusión de empresas, una OPA hostil y un reparto de dividendos. Su repentina afición por las cotizaciones de las empresas que salían a Bolsa, que se fusionaban con otras o que ampliaban capital la llevó a vigilar desde las páginas de Economía de *El País* la evolución de las compañías que podrían facilitarle algunas ganancias para cambiar el suelo de la cocina, sustituir la bañera por una ducha de hidromasaje, tapizar los sillones o conocer La Habana.

Sus últimas ganancias las recogió de las «gugles» —Google—, que incrementaron su cotización un 40 por ciento entre enero de 2013 y junio de 2014. Aún no ha decidido en qué emplear los mil doscientos euros que ha ganado. Dice que le gustaría conocer las islas Malvinas.



—¿Las Malvinas? ¿Para qué?

—Dicen que hay unas playas muy bonitas. Las he visto por la tele...

—Ah... vale... las Maldivas.